NUNCA PODRÁS ESCAPAR

JOSE URBANO

Nunca podrás escapar

Jose Urbano

Nunca podrás escapar
© Jose Urbano 2024.

Primera edición marzo de 2024

Diseño de Portada:
Azahara Nieto

Maquetación:
Plataforma Publicatú (http://bit.ly/3uBK9uU)

Información legal:
La publicación de esta obra puede estar sujeta a futuras correcciones por parte del autor, así como son de su responsabilidad las opiniones que en ella se exponen. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos o soportes sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

A Manolo,
el gran amor de mi vida

Nota del autor

Tanto los nombres de las víctimas como las situaciones que aparecen en este libro son ficticias. Por desgracia, todas ellas han sido escritas basadas en casos reales.

PRÓLOGO

Me enfrento a la famosa hoja en blanco. Nunca he escrito un diario porque me parece la cosa más cursi del mundo. No lo hice cuando era niña y, quién me lo iba a decir, ahora me encuentro aquí sentada como una idiota. Seguro que mañana lo leo y me parece que está fatal escrito. Aunque no es exactamente un diario tal cual. En este cuaderno negro, comprado en una tienda de chinos, voy a anotar toda la información que les saque a esos cerdos. No puedo olvidar ningún detalle, por pequeño que sea. Lo más importante es averiguar quién le mató. Luego veré qué hacer con el asesino o asesinos de Álvaro. Duele tanto pensar en él… Su risa, sus bromas, su voz… Son parte de un pasado muerto, inexistente.

Prometo escribir cada noche lo más significativo: nombres de cada uno de ellos, confesiones, secretos… Todo. Esta misión debe salir perfecta. Conociéndome, no fallaré. Siempre he sido una chica muy competitiva. Odio perder por encima de todas las cosas. Si quiero algo, hago hasta lo imposible por conseguirlo. No voy a fracasar.

Hoy me he propuesto empezar a contar todo el proceso: cómo los encontré, cómo fue el primer contacto con Alfonso, pero, sobre todo, quiero escribir sobre lo sucia que me siento ahora mismo. Necesito soltar lo que siento. ¿Qué he hecho? ¿Era necesario meterme en la cama con ese… monstruo? Parecía que no iba a parar de vomitar nunca. Las manos me temblaban y era incapaz de controlarlas. ¿Era miedo? ¿Rabia? ¿O asco? No puedo permitir que mis debilidades me superen. Tengo que aprovechar todo lo que he aprendido hasta ahora. Fortalecerme y evadirme sobre lo que estoy haciendo tiene que ser la clave. Jugar a ser otra chica sin escrúpulos para que sea creíble.

He roto las primeras hojas del cuaderno después de emborracharme y drogarme. He sido una estúpida. Menos mal que he recuperado la mayoría de los datos que había escrito con anterioridad.

Me estoy volviendo loca.

Completamente loca.

Mi rabia ha partido el lápiz por la mitad. Siempre he odiado escribir con lápiz, es como escribir de mentira, sin ganas. Será mejor que utilice un bolígrafo a partir de ahora. He buscado por toda la casa y he encontrado uno azul de mi madre. No sé nada de ella desde que se fue a cuidar de mi tía. Genial. Mi padre en la cárcel y mi madre me llama una vez por semana, como mucho. No dejo de fumar, beber y drogarme. Esto no pinta bien. No era el futuro que yo quería cuando era pequeña. Me da mucha pena pensar en aquella niña. Todo acabó

en la basura, pero juro que cuando acabe con todos ellos voy a retomar mi vida. O eso espero. ¡Joder, Álvaro! Todo se fue a la mierda desde que te mataron. Pero tranquilo, voy a hacer justicia. Es lo único que me queda en esta vida. Ojalá podamos vernos ahí arriba y lo celebremos como es debido. Con un buen porro. ¿Qué mierda estoy escribiendo aquí? Se supone que este puto cuaderno era para guardar los detalles de la misión.

Soy un desastre. Tengo que mejorar y centrarme o yo también acabaré muerta. Ganas no me faltan. Por lo menos quiero llevarme a unos pocos por delante. Tengo que dejar de beber y enfocarme en cazar a esos bastardos.

Me he fijado en el calendario que mi madre tiene colgado en la pared de la cocina. El tiempo ha pasado volando y ni me he enterado. He calculado los días desde que me puse en marcha y… madre mía… ¡Dos meses y ni me he enterado! Sesenta y cuatro días para ser exactos desde que publicaron el horrible vídeo en el que Álvaro aparecía sufriendo. ¡Qué mierda! Juro por mi vida que lo van a pagar muy caro. Me muero de ganas de verlos sufrir, pero debo ir con pies de plomo. Paciencia. El mínimo fallo puede estropear todo el proceso. Incluso pueden huir y los perderé de vista para siempre. Nunca podría perdonármelo.

Echo mucho de menos a mis amigas. Y, aunque me cueste reconocerlo, también echo de menos a Mario. Llevo tantos días separada de ellos… Pero es por un bien común. Sueño con despertar de esta pesadilla y que los cinco estemos juntos de nuevo. Sonriendo y haciendo planes, locuras. Nos han robado la juventud.

Todavía no soy consciente de todo lo que ha pasado en estos dos meses…

CAPÍTULO 1.
LA URRACA Y EL NIÑO

Después de una mañana bastante ajetreada, la urraca se posó en una ventana del centro de la ciudad. Aún llevaba el pico manchado de restos de yema de huevo. Acababa de volver de lo que podía haber sido el último viaje de su corta y aburrida vida. Mientras picaba los huevos de una granja y empezaba a saborear su fantástico desayuno, un granjero con una larga barba la descubría y le gritaba mientras tiraba piedras que no cumplían su objetivo. Las pequeñas piedras viajaban a cámara lenta mientras giraban con fuerza. Por suerte, la urraca tenía la suficiente inteligencia y agilidad para escapar de allí con vida, aunque una piedra de unos diez gramos estuvo a punto de impactar contra su ala derecha.

Las plumas blancas y negras comenzaban a brillar gracias a los primeros rayos de sol de la mañana. Con su pico afilado rascaba suavemente el ala que había estado a punto de ser mutilada y, poco a poco, aliviaba el picor que tanto le molestaba. Pensó que necesitaba un descanso y se posó en la ventana de los edificios próximos.

De pronto, la ventana se abrió dando paso a una señora mayor y bastante supersticiosa y comenzó a hacer aspavientos con las manos y a gritarle a la urraca que se fuera a otra parte. El pobre pájaro soltó un leve graznido y voló hacia el sur.

Allí, en la ventana de una sexta planta, miró su reflejo en el cristal cuando, de pronto, alguien entró en la habitación. Era Marcos, un niño de doce años, que aquella mañana tampoco había querido ir al colegio. Estaba solo en casa mientras sus padres trabajaban. La urraca le observaba atentamente sin hacer el más mínimo movimiento.

Marcos lloraba desconsolado mientras arrancaba una hoja de su cuaderno de matemáticas y cogía un bolígrafo negro del lapicero que tenía encima de su escritorio.

Echó un vistazo a su dormitorio antes de sentarse a escribir aquellas palabras tan duras en aquel simple trozo de papel. Una carta que ningún niño debería escribir. La habitación estaba bastante recogida para un chico de su edad.

Había dejado la cama hecha y recogido la poca ropa que tenía en la silla y encima de su cama. Quería que su madre estuviera orgullosa de él. Miró por última vez los pósteres de sus películas favoritas recordando su gran sueño de ser director de cine. Un sueño eclipsado por el dolor que sentía.

Y empezó a escribir.

Lo siento mucho. No puedo soportarlo más. No quiero vivir en un mundo que no me acepta tal como soy. No quiero vivir en un mundo que me insulta, me hace daño y no me quiere.

Sé que os voy a hacer muchísimo daño, pero no puedo seguir luchando. Sé que lo hemos hablado muchas veces y me habéis intentado ayudar y me habéis dicho, una y mil veces, que no haga caso a esos niñatos y que me centre en lo que de verdad me gusta. He intentado centrarme en el arte, pero todo está envuelto en oscuridad. Siento que estoy mal…

Y no solo tengo que aguantar el daño que me hacen en clase. Todo el mundo me odia y se ríe de mí… Sobre todo, después de aquel famoso vídeo que salió hace unos días. No quiero vivir con tanto odio a mi alrededor. Yo trato a todo el mundo bien y solo recibo odio.

Solo tengo la esperanza de que al otro lado… solo espero que la muerte sea mejor que esta horrible vida. Lo único que quiero es descansar en paz.

Es muy duro ser alguien diferente en este mundo.

De verdad que lo siento, papá, mamá…

Os quiero mucho,

Marcos

Secó con la yema de sus dedos las lágrimas que se habían derribado sobre el papel con la intención de borrar aquellas duras palabras. Dejó el papel en el escritorio, le puso el capuchón al bolígrafo y lo dejó a un lado. Se dirigió lentamente hacia la ventana de su cuarto como si se tratase de una especie de ritual que necesitase un tiempo lento.

La urraca no salió volando, sino que, simplemente, se apartó a un lado de la ventana como si quisiera ponerse en primera fila para ver el espectáculo que estaba a punto de comenzar.

Marcos lloraba mientras permanecía sentado en aquel bordillo lleno de polvo. Miró hacia arriba y un ligero vértigo le perturbó por unos segundos. El sol brillaba como nunca y la mañana prometía. Le vinieron a la cabeza los pocos amigos que tenía en el colegio.

«¿Qué pensarán cuando se enteren de lo que había hecho? —pensó—. ¿Llorarán?».

No podía retrasar más aquello. Pronto alguien lo vería y llamaría a la policía o a los bomberos. Tenía que hacerlo antes de que se arrepintiera. Ni siquiera fue consciente de que tenía a una urraca a su lado. Contó hasta tres y, dando un pequeño empujoncito con sus jóvenes manos, saltó al vacío.

Dicen que cuando estás a punto de morir tu vida pasa por delante de

tus ojos a una velocidad extrema. Pero mientras caía, Marcos descubría que aquello era mentira. Lo que en realidad veía en aquellos escasos segundos que le faltaban para morir, era la vida que podía haber tenido: no habría vivido del arte, pero se habría enamorado de un artista; tendría una familia feliz junto a su chico y dos perritos de raza *beagle*; iría a terapia constantemente para superar el *bullying* y el daño que le provocaba la sociedad y lo superaría; acabaría casándose tras seis años de relación.

Y… Marcos aterrizó en el suelo abrazando a la muerte en el acto.

Todo el mundo empezó a acercarse al cuerpo inerte mientras la sangre se abría camino en la acera. Nadie podría hacer nada por Marcos. Ya no.

Mientras todo ocurría, la urraca, por fin, abandonó la ventana de aquella casa que pronto se llenaría de gritos de dolor y llantos de unos padres destrozados.

Desgraciadamente, Marcos no fue la única víctima a causa de aquel horrible vídeo que apareció en las redes de la noche a la mañana. En él se podía ver a un chico maltratado y humillado. Ese chico fue asesinado minutos después de que le grabasen en terribles condiciones. Álvaro apareció en todas las noticias por un tiempo y provocó ira, dolor y rabia en sus amigos y familiares, dejando atrás a una madre que devoraba sus cenizas y rozaba la locura, a unas amigas rotas de dolor y a un ex que lo había traicionado.

La noticia del crimen se fue extinguiendo lentamente y parecía que todo el mundo la había olvidado. Hasta que meses después, Mercedes, la madre de la víctima, apareció en televisión y pidió ayuda de nuevo.

Los asesinos de Álvaro contratacaron aquella entrevista subiendo el vídeo del chico sufriendo y las redes y televisión volvieron a arder de nuevo.

La policía no consiguió encontrar el origen de aquel vídeo, pero sí lograron eliminarlo pocos días después de su salida. A raíz de aquello, las agresiones de homofobia aumentaron un cuarenta y dos por ciento. Se había creado una especie de caza de brujas en el país. Nadie que perteneciera a la comunidad LGTB podía estar cien por cien tranquilo: agresiones en colegios, de noche, a plena luz del día… Para colmo, algunos partidos políticos tampoco ayudaban y la sociedad parecía estar infectada de odio.

Con unos tres millones de reproducciones, el vídeo había provocado cientos de agresiones, una decena de crímenes y varios suicidios. Marcos, por desgracia, sería el primero de varios adolescentes que elegirían quitarse la vida antes de seguir aguantando ese sufrimiento.

Otra de las víctimas que decidió quitarse la vida fue Raúl. El joven de

veintidós años hacía meses que formaba parte de los pacientes de Alfonso y sus amigos. Su foto, junto a sus datos personales y su informe, estaban guardados en una carpeta azul en el almacén de los padres de Beca. Llevaba meses encerrado en casa y con miedo de lo que le pudieran hacer esos salvajes. En este caso, Luis y Beca se encargaban de que no se saliera del camino que le marcaban.

Ahora Luis estaba desaparecido, pero eso no impidió que Jorge y Beca celebraran la muerte de Raúl como si fuera un gran triunfo, a pesar del fracaso que suponía perder a un paciente.

Aquel vídeo, de poco más de dos minutos, había vuelto a reactivar la sed de venganza, el dolor y la rabia.

Marcos

Diana

Victoria

Pablo

Santiago

Fran

Elena

Jose

Adrián

Los nombres de aquellos pobres niños bailaban una melodía triste en su cabeza. Las lágrimas se desbordaban de sus ojos con la intención de no parar nunca.

—¿Cómo podía ocurrir eso? —pensó.

La sociedad había fallado a tantos jóvenes… Eran demasiado pequeños para pensar en el suicidio, un acto provocado por el odio de sus compañeros de clase. Niños que, como su hijo, habían sido asesinados por unos cobardes con miedo a personas diferentes. Los acorralaban con insultos, risas y agresiones hasta no dejarles más opción que lanzarse al vacío.

¿Nadie hacía nada? ¿Dónde estaban los profesores para educar a sus alumnos? ¿Y los padres? ¿Cómo permitían que sus hijos crecieran con tal cantidad de odio? No podía entenderlo. No era tan difícil educar en el respeto y la diversidad. Si cada uno fuera feliz con su vida, no se metería en la de los demás…

Sin darse cuenta empezó a clavar las uñas en la palma de su mano. Se relajó manteniendo los ojos cerrados por unos segundos.

Sentía un pellizco en el pecho. Respirar era una meta casi inalcanzable. Una mano le ofreció un pañuelo mientras cerraba la tapa de su portátil. Pensó que era suficiente por el momento. Aunque solo acababa de empezar… Necesitaba leer más noticias de ese estilo para el discurso. Iba a sufrir demasiado leyendo aquellos casos reales, pero no podía detenerse. Situaciones que la llevaban a lugares peligrosos que desembocaban en su propio sufrimiento. Nunca superaría aquel dolor tan grande e injusto, pero no pararía de gritar hasta que se la escuchase.

Tomó una taza de café con la esperanza de que fuera una pócima revitalizante que le diera la fuerza para seguir luchando. Por los vivos y por los que, por desgracia, ya no estaban. Ahora se encontraba bastante mejor gracias a la persona que vivía con ella. Era un nuevo comienzo. Seguro que encontraba piedras en el camino, pero iba a destrozarlas, a pasarlas por encima. No podía parar en seco. Si lo hacía, corría peligro.

Era como en aquella película en la que la protagonista se contagiaba de una especie de maldición y un cambiaformas la perseguía a todas horas para acabar con ella. Estaba marcada por la depresión y se había jurado no caer de nuevo en ese pozo.

Abrió el portátil con desgana y con miedo. Los nombres de aquellas víctimas de bullying y homofobia la esperaban, como si estuvieran molestos por no haberse despedido en condiciones. Sacó toda la información que podría necesitar y fue navegando de noticia en noticia. La misma persona que le ofreció el pañuelo se sentó junto a ella y empezó a masajearle la espalda con dulzura. Ambos temblaban ante aquellas noticias tan… no eran capaces ni de describir las barbaridades que leyeron a continuación.

CAPÍTULO 2.
PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Todo el mundo tiene sus propios problemas. Algunas personas no encuentran a su media naranja, otras sufren alguna adicción peligrosa y otras disfrutan de su éxito en todos los aspectos hasta que algo se tuerce. Este es el caso de Mayte y los jóvenes que parecían estar a su cargo. Les había abierto la puerta de su casa desde que eran niños y, en parte, se había encargado de educarles a su manera. Los amigos de su hijo Alfonso parecían huir de sus hogares en busca de cariño y comprensión. Los padres de Beca pasaban de su hija; los padres de Luis no paraban de trabajar para que no le faltase nada y lo que en realidad le faltaba era estar con sus padres; y la madre de Jorge falleció muy joven impregnando a su marido con una fuerte depresión. Sin embargo, Mayte había criado a Alfonso sola desde que el pequeño tenía cinco años. Le faltó un padre, pero tuvo todo el cariño que una madre puede dar. A partir de ese momento llegó una enorme avalancha de obstáculos.

Parecía que Mayte podía respirar tranquila después del crimen que cometieron ella y Alfonso. Ese era uno de los problemas que parecía solventado, pero le faltaban unos cuantos más. Como, por ejemplo, el de Luis Garrido. Uno de los amigos de su hijo que había decidido desaparecer, de la noche a la mañana, mientras Alfonso agredía a un chico en su portal. Luis no contestaba a los mensajes ni a las llamadas y podría estar a punto de cargarse todo lo que habían planeado.

—No tiene cojones de ir a la policía —le repetía su hijo una y otra vez.

¿Esas palabras la tranquilizaban? Ni en broma. Algo le decía que ella y los suyos estaban en peligro.

Respiró profundamente antes de tumbarse en el sofá de su casa. Con las manos entrelazadas sobre su abdomen, Mayte no paraba de darle vueltas a la cabeza. No era una persona que se pusiera nerviosa con frecuencia, así que comenzó a respirar lentamente como había hecho otras veces. Cogía aire por la nariz y lo expulsaba por la boca.

No pudo evitar recordar el peor momento de su vida cuando perdió a su marido. Fue en esa época cuando tuvo que empezar a meditar. Tenía un niño de cinco años al que cuidar y, para colmo, debía cambiar de casa. La mudanza hizo que perdiera los nervios con su hijo. Por suerte, en aquel momento solo le levantó la mano y no llegó a nada peor. Le abrazó con fuerza, arrepintiéndose de lo que había estado a punto de hacer.

El pequeño Alfonso no paraba de llorar y de preguntar por su padre. Llevaba días sin saber de él y su madre no había sido capaz de darle una respuesta. Tenía que cerrar el círculo. Lo necesitaba.

Cuando la mudanza por fin estaba terminada y madre e hijo comenzaban su nueva vida, Mayte pensó que era el momento de zanjar aquel amargo asunto. Alfonso jugaba con uno de sus coches de bomberos. Siempre decía que quería dedicarse a ello. No paraba de imitar el sonido de la alarma del camión todos los días y volvía loca a su madre.

—¡Alfonso! Deja de jugar un momento, cariño. Tengo que contarte una cosa.

Alfonso estaba demasiado envuelto en su imaginación y hacía caso omiso a lo que le decía su madre. Sin tratar de perder los nervios, Mayte le arrebató el juguete provocando unos llantos desesperados.

—Ahora te lo devuelvo. Solo quiero que me escuches un segundo, ¿vale?

El niño cortó su llanto, aunque era incapaz de controlar el temblor de su boca.

—Es sobre papá, cariño.

—¿Cuándo va a venir? —gritó el pequeño dando saltos de alegría.

Mayte sintió un pellizco en el estómago y unas tremendas ganas de vomitar. Estaba envuelta en una pesadilla y deseaba con todas sus fuerzas escapar de allí.

—Papá… papá no va a volver, cariño. Se ha ido al cielo como el abuelo.

Esperó con temor la reacción de su hijo que no tardó en llorar y en gritar.

—¡Yo quiero ver a mi papá! ¡No quiero que se vaya con el abuelo!

Mayte, destrozada, abrazó a su hijo con fuerza mientras le besaba su fría mejilla. Se sentía un monstruo por lo que acababa de contarle al pequeño Alfonso, pero todo lo que hacía y haría en un futuro sería siempre por su bien.

Los días pasaron lentos y pesados de una estación a otra. Alfonso crecía sin parar. Ya no estaba tan interesado en los coches de bomberos, sino en coleccionar cromos de fútbol. Mayte se los compró con la intención de que su hijo fuese un hombre hecho y derecho. De vez en cuando, Mayte perdía la paciencia con su hijo. Era en esos momentos cuando notaba que había envejecido unos cuantos años de golpe y su carácter se había ennegrecido, lo que provocaba que se enfadara aún más consigo misma y con aquella situación. A veces, le

contestaba muy mal a Alfonso y luego se arrepentía. Aquel angelito era su mundo y no tenía culpa de que su vida se hubiera convertido en una mierda. El enfado consigo misma era tan grande que comenzó a hacerse daño con la goma del pelo que siempre llevaba en la muñeca. Estiraba la goma negra lo máximo posible y la soltaba con rabia.

Utilizaba aquel castigo personal no solo en casa, sino también en el trabajo. Mayte era enfermera y raro era el día que algún paciente mayor o algún pariente que venía de visita no le sacaba de quicio. Se encerraba en el baño y allí ejercía su castigo ejemplar con la pequeña goma.

Le dio tanto uso que, semanas más tarde, ya no le aportaba ningún dolor y necesitaba encontrar un sustituto que estuviera a la altura. Así que el siguiente paso fue pellizcarse en los muslos, más concretamente en zonas que nadie pudiera verlas jamás. No era una misión difícil, ya que se juró a sí misma que no volvería a estar con otro hombre en su vida. Los pellizcos empezaron por crear cardenales verdes que, poco a poco, se transformaban en tonos morados y desembocaban en un color negruzco.

Quitando ese pequeño detalle, madre e hijo fueron acostumbrándose a su nueva vida y a su nuevo hogar. Aunque el pequeño Alfonso tardó un poco más.

—Mamá, ¿por qué no volvemos a nuestra casa? ¿Por qué nos hemos ido de allí? —preguntó una noche Alfonso mientras estaban cenando.

Mayte sonrió, le acarició el pelo a su hijo y en ese justo momento fue consciente de lo inteligente que iba a ser.

En la actualidad también pasaban por un momento complicado, pero Mayte tenía mucha más fortaleza que antes y se sentía imparable. Aquella mañana le asaltaban un montón de recuerdos amargos del pasado y le daba rabia no poder quitarse esa sensación de que todo estaba en peligro.

De pronto, empezó a agobiarse y tuvo la necesidad de salir a la calle.

A pesar de ser los últimos días de verano, era una mañana bastante fresca. El contacto de una suave brisa en su rostro le sentó de maravilla al instante. Caminó sin rumbo, aunque estaba decidida a desembocar en el supermercado y comprar lo que había anotado en el móvil. Pasó por delante de muchos negocios. Unos nuevos y otros antiguos. No pudo evitar recordar lo que había cambiado el barrio desde que llegó con su hijo pequeño en brazos. El dolor había cicatrizado, pero seguía allí rasgando las entrañas con una leve intensidad.

Seiscientos pasos después de salir de casa, Mayte pasó por delante de la comisaría. Después del crimen que cometió ya no pasaba por aquel

lugar con la misma tranquilidad.

La entrada de la comisaria estaba casi desierta y quizás por eso fue más fácil verla. Cerca de la entrada había una mujer que Mayte no conocía personalmente, pero con la que estaba conectada de alguna manera. Su corazón empezó a palpitar con fuerza. La mujer no paraba de mirar la comisaría indecisa. Mayte recordaba con claridad hasta su nombre. No era de extrañar por qué el destino las había unido hacía no mucho tiempo. Se llamaba Mercedes y Mayte había matado a su hijo para proteger a Alfonso.

Mercedes parecía dispuesta a entrar en comisaría por fin, hasta que Mayte la paró en seco.

—Perdona que te moleste —intervino Mayte con el tono de voz más dulce que jamás hubiera utilizado—. ¿Nos conocemos?

—Creo que no —respondió Mercedes mirando fijamente a Mayte con extrañeza.

Mayte parecía ser de repente la mejor actriz del país.

—¡Ah, sí! Usted es… Disculpa mi impertinencia. Vi hace unos días su entrevista en televisión. Siento muchísimo lo que le ocurrió a su hijo. Debe de ser algo… No se me ocurren ni palabras para describirlo. Lo siento muchísimo.

Mercedes no pronunció ni una onomatopeya y prefirió hacer un leve gesto con la cabeza.

—No quiero ni imaginar lo que es eso. —Mayte fingió emocionarse—. ¿Sabes? Me sentí tan identificada contigo… Yo también he criado a un hijo sola. Mirarla es como ver a mi otro yo de otra dimensión o algo parecido. Perdona, estoy diciendo muchas tonterías.

—¿Eres madre soltera?

—Bueno… Soy viuda desde hace ya bastantes años.

La conversación evolucionó de tal manera que parecían amigas de toda la vida y Mayte decidió invitarla a un café. Al principio, Mayte no sabía muy bien lo que estaba haciendo, aunque era consciente de que jugaba con fuego. Y es que, ¿qué haría aquella madre si se enteraba de que estaba tomando café con la asesina de su hijo?

En el fondo, Mayte sentía pena por Mercedes. Ella no tenía la culpa de que su hijo fuera un pervertido. Se le veía una mujer fuerte y tenían muchas cosas en común. Estuvo a punto de agarrarle la mano, pero no quería espantarla. Pensó que podía llegar más lejos aún y sacarle una jugosa información.

—Espero que el asesino ya esté entre rejas y pague pronto —dijo Mayte continuando con su actuación.

—Ojalá fuese así… La policía dice que puede que tenga alguna pista, pero no me han querido confirmar nada todavía.

—¡Ah! ¿Por eso ibas a entrar a la comisaría?

—No. Había pensado en… una tontería —dijo Mercedes derribando su mirada hacia el suelo.

—La justicia no sirve para nada. Deberíamos tomarnos la justicia por nuestra propia mano —soltó Mayte con desprecio.

Mercedes estuvo a punto de decir que ella y sus amigos pensaban lo mismo, pero no quería darle demasiada información a una extraña.

Hablaron durante una hora. Y en ese tiempo, Mayte aprovechó para sacar toda la información posible sin resultar sospechosa. Como esperaba, la policía no tenía ninguna pista que pudiera incriminar a Alfonso y a Mayte. Aunque le preocupaba que la supuesta pista que tuviera la policía estuviera relacionada con Luis. Pagó los cafés, le dio de nuevo el pésame a aquella pobre mujer y se despidió de ella con la intención de no volver a verla nunca más.

De camino a casa, una sonrisa permanente protagonizaba su rostro. Se sentía a salvo de la policía y del crimen que había cometido junto a su hijo.

«Un problema menos del que preocuparse por ahora», pensó.

Sacó su móvil y escribió en un grupo de WhatsApp:

Os quiero ver a todos esta tarde en casa. Tenemos que hablar.

Poco a poco volvió a respirar con tranquilidad. Aunque si Mayte y su nueva amiga Mercedes hubieran estado atentas, habrían descubierto que al otro lado de la calle alguien las estaba observando con mucha atención.

CAPÍTULO 3.
UN NUEVO COMIENZO

A pesar de la mala racha que había vivido, Laura se encontraba en un buen momento. Mejor dicho, se encontraba en un punto de inflexión hacia un futuro mejor. Iba a terapia una vez a la semana y cada vez estaba más contenta. Por suerte, había encontrado un psicólogo no muy caro que la ayudaba con el trauma que le había creado el asesinato de su amigo Álvaro. Por ahora, de los gastos económicos se encargaba su abuelo, pero Laura se sentía fatal por ello y buscaba otro trabajo de fin de semana para compaginar con su trabajo en la residencia. Su abuelo lo hacía con mucho gusto y lo único que deseaba era que su nieta se sintiese mejor y no estuviera triste. Y, por fin, después de varios meses, Laura empezaba a ser la chica feliz que era.

Bagheera, su preciosa gata negra, estaba más sana que nunca. Pasaban la noche y el día jugando y corriendo por la casa. Laura la amaba como si fuese su hija y es que en realidad lo era porque se encargaba de cuidarla, alimentarla y mimarla. Estaba harta de esa gente que le decía que era un animal, que no debía tratarla como una hija. Le costaba, pero para alcanzar la felicidad no paraba de repetirse una de las cosas más importantes que había aprendido en terapia: enfócate en lo tuyo y no prestes atención a lo que dicen los demás.

Ya no aparecía casi nunca esa voz que le susurraba que se iba a morir la gata cada vez que la besaba y acariciaba su pelo negro brillante. Y tampoco estaba tan obsesionada con que todo el mundo a su alrededor, sobre todo su abuelo, iba a morir. Ese fue el primer aspecto en el que notó evolución desde que empezó la terapia. Por supuesto, le seguía doliendo la muerte de su amigo, pero empezaba con, lo que ella llamaba, su nueva vida. Por supuesto, existían días peores que otros en los que todo se removía en su cabeza con la intención de volverla loca. Esos días cerraba los ojos y los dejaba pasar. Aceptar estar mal era otra de las cosas que había aprendido recientemente.

Lo que más le costaba era no tener cerca a Mario. Desde que se fue a casa de sus padres hablaban continuamente, pero no era, ni por asomo, la misma relación que habían tenido antes. Todo era más frío y sentía que no volvería a verle. Con el paso del tiempo ya no hablarían por teléfono todos los días, cada uno de ellos conocería gente nueva y empezarían otra vida hasta desaparecer, como pasa con todas las amistades a lo largo de nuestras vidas.

Por suerte, Laura estaba centrada en terapia y en conocerse a sí misma. Pensar en el futuro o en el pasado no le aportaba nada bueno

y por ello se centraba en el presente. A veces era duro y complicado, pero desde que no planificaba a largo plazo sentía menos ansiedad.

Los martes, a las seis de la tarde, tenía terapia todas las semanas. Había días que salía mejor y otros peor, pero, en general, después de aquella hora respiraba una especie de aire renovado. Era bastante caro, pero valía la pena. Odiaba cuando pensaba en el dinero. Seguro que otras veces había gastado más dinero en caprichos tontos y no le daba tanta importancia. En este caso era un tema de salud y necesitaba seguir aquella especie de tratamiento.

Llegó diez minutos antes de su cita. La recepcionista de la clínica le sirvió un café con leche. La taza ardía y Laura esperó un poco para que se enfriase. La sala de espera era muy acogedora. Paredes en tonos pastel envolvían un par de sillones cómodos que hacían muy relajante la espera. En otra silla había un oso de peluche grande con un corazón en el pecho que ponía *Quiérete*. Laura recordó la primera vez que lo vio y estuvo a punto de emocionarse. Parecía una tontería, pero cuando empezó a visitar al psicólogo cualquier cosa hacía que sus ojos estallasen en lágrimas.

Javier, su psicólogo, llegó tan puntual como siempre y entraron en la sala. Era una habitación muy acogedora, con luz tenue proveniente de varios flexos de tamaño mediano. Lo que más le gustaba a Laura de aquella sala era el sofá. Aunque no era del todo inclinado como había visto en las películas.

—¿Qué tal te encuentras hoy, Laura? —le preguntó su psicólogo con una voz dulce.

—¡Bastante bien, la verdad! Poco a poco voy notando mejoría con las herramientas que salen en cada sesión.

Era impresionante como, sin que Javier le dijese nada, Laura conseguía sacar de sus entrañas las respuestas que la ayudaban a mejorar. Siempre había pensado que ir al psicólogo era que te dijeran lo que debías hacer. Y no era así para nada. Poco a poco sanaba sus heridas mentales escuchando su propia voz, como si tratase de liberar demonios pronunciando las palabras exactas.

—¿Has hecho los deberes que te mandé la semana pasada?

Laura se sonrojó porque le tocaba hablar de un tema que le daba bastante vergüenza. Javier estaba atento a cualquier movimiento que hacía con las manos y eso la ponía más nerviosa aún. Sentía como que si hacía un movimiento en falso descubriría que estaba peor de lo que contaba.

—¿Laura? ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—Te preguntaba si habías hecho los deberes. —Javier bebió un sorbo de agua.

—Todos los días he salido de casa unos quince minutos para desconectar y tomar aire fresco.

—¿Y sobre conocer gente nueva? ¿Ha surgido algo?

Esa pregunta seguía clavándosele en el corazón. Era doloroso darse cuenta de que había perdido por completo a su grupo de amigos y de que tenía que crear uno nuevo. Le costaba dar el paso y estaba envuelta en una gran capa de pereza.

—He salido a tomar algo con compañeros de trabajo y eso, pero no he conocido a nadie nuevo en sí.

Javier anotaba en su cuaderno la evolución que veía en Laura.

—Bueno… también me he descargado Tinder. Tenía bastante miedo a ese tipo de aplicaciones después de… después de lo que le pasó a Álvaro.

—Sí, es normal. Ten en cuenta que haber dado ese paso es un gran avance. Estás perdiendo el miedo poco a poco. Estás siendo muy valiente y lo estás haciendo genial. Valóralo.

—Soy consciente de ello. Eso me anima a seguir con la terapia. Es como cuando vas al gimnasio y te notas mejor físicamente. —Laura se sintió ridícula al mencionar esa frase porque no había pisado un gimnasio en su vida.

Javier sonrió lentamente y se recolocó el flequillo de una manera bastante elegante.

Laura lo observaba con cautela y esperaba no ponerse colorada. Era incapaz de mirarle a los ojos, pero si no lo hacía sospecharía algo. Y a su psicólogo no se le escapaba nada. La vergüenza se debía a que Laura había tenido un sueño erótico con él. No recordaba gran cosa de ese sueño, por suerte o por desgracia. En su mente se repetían leves destellos en los que Javier se acercaba hacia ella con su camisa blanca desabrochada. No llegaban a tener sexo, o no lo recordaba, pero había sido de los sueños más húmedos que había tenido en su vida.

Después de aquella noche no podía mirarle de la misma manera. La imagen seria que tenía de Javier se había manchado para siempre. Y tampoco era capaz de contarle lo que le había ocurrido. Ahí sí que se moriría de la vergüenza. Incluso había soñado, noches después de aquel picante suceso, que se lo contaba en consulta y su psicólogo se abría la camisa y se lanzaba a por ella de nuevo. No entendía lo que le pasaba con Javier. No le parecía guapo, pero tenía algo que le daba morbo y algo así como curiosidad.

—¡Céntrate en la terapia, chica! —se repetía una y otra vez—. ¡Tu

abuelo no se está gastando el dinero para que te corras en sueños con tu psicólogo!

Laura se agobiaba cada vez que recordaba esos momentos porque pensaba que estaba empeorando cada vez más. No podía evitar poner el sexo por delante de todo para evitar sus problemas.

—Y en esa aplicación… —continuó Javier—. ¿Has conocido a alguien en concreto? ¿Alguien que te haya despertado algún sentimiento positivo?

—Casi todos los chicos que me han escrito han sido para mantener relaciones sexuales. Son asquerosos. Me da mucha rabia que todo sea así, tan frío y sin sentimientos de por medio. Llámame antigua. No me importa porque ya estoy acostumbrada a ser la rara de mi generación.

Javier emitió una leve risa.

—Entonces, ¿no has conocido a nadie especial?

—Bueno… Hay un chico con el que he hablado varias veces que parece distinto, divertido. El otro día me dijo de quedar, pero por ahora no hemos coincidido.

—¿No habéis coincidido?

Javier clavó su mirada en los ojos de Laura y ella no pudo evitar sentirse al descubierto.

—Me gustaría conocerle un poco más antes de verle.

Laura no paraba de tocar sus dedos impregnados en sudor.

—Ten en cuenta que es el miedo el que te está frenando a hacerlo. Como ya hemos visto en otras sesiones, el miedo es señal de cambio. Y superarlo te hace más fuerte.

—Entiendo que será el miedo a que me ocurra lo mismo que a Álvaro…

Sus manos empezaron a temblar y las palabras que acababa de pronunciar se le clavaron como espinas y frenó sus ganas de llorar. Javier se inclinó sobre su silla y le ofreció un paquete de pañuelos. Siempre lo hacía para animarla a soltar sus lágrimas.

—Lo mejor que puedes hacer, siempre que ese chico te dé buenas sensaciones, es probar a quedar con él. Saltar al vacío y luchar contra el miedo. Si te sientes más segura, puedes ir acompañada de alguien. Repito: siempre que te sientas cómoda. No quiero que fuerces ninguna situación.

—Lo sé, lo sé. Sé que hasta que no dé un paso hacia adelante no voy a avanzar. Y creo que en breve seré capaz de quedar con él. Estoy convencida al cien por cien de que todo va a ir bien de ahora en adelante.

—¿Te apetece contarme algo más sobre ese chico o sobre las sensaciones que te ha provocado hablar con él?

—En principio me ha dado buena primera impresión. Y es superguapo, la verdad. Le gusta jugar al fútbol y eso me pone bastante.

Laura soltó una risa picarona y a la vez se sintió avergonzada de hablar de esas cosas con otro hombre. Había dado por hecho que Javier era hetero. Sabía que, si fuera *gay*, como sus amigos, no tendría tanto pudor a decir ciertas cosas. Incluso sería capaz de contarle lo del sueño erótico y echarse unas risas. Por ahora tendría que seguir intrigada. Javier no hablaba nunca de su vida.

—¿Me has dicho cómo se llamaba? No lo recuerdo.

—Jorge. Se llama Jorge.

La hora de terapia de aquel día terminó tan rápido como todas las semanas. Laura y Javier cuadraron su próxima sesión y se despidieron. Mientras Javier la acompañaba a la salida, le dijo algo que a Laura le vino de maravilla.

—Cada semana avanzas como una campeona. Sigue así.

Laura salió a la calle con una enorme sonrisa y, decidida, sacó su móvil del bolsillo en el que estaba atrapado, abrió Tinder y escribió a Jorge.

¿Te apetece que nos veamos mañana por la tarde?

Esperó ansiosa la respuesta. Cada cinco minutos miraba su móvil con la esperanza de que su nueva ilusión le contestase. Caminó con una sonrisa porque se acababa de enfrentar al miedo. Eso significaba que iban a venir cosas buenas.

Las horas corrieron a cámara lenta hasta la cena. Agustín notó a su nieta más distraída de lo normal y empezó a preocuparse.

—¿Todo bien en terapia hoy?

—Sí, todo muy bien —dijo Laura sin quitarle el ojo a su móvil.

—¿Esperas alguna llamada? —volvió a preguntar Agustín intentando no ser demasiado pesado.

—No… ¡Ay! ¡Lo siento, abuelo! Ya sé que no te gusta que use el móvil mientras comemos, pero es que…

Y fue en ese momento cuando apareció un mensaje en la pantalla de su móvil. Y sí, era una notificación de Tinder. Por fin había recibido el mensaje que esperaba.

Aprovechó que acababa de cenar y se encerró en el baño para contestar el mensaje.

Mañana me viene genial. ¿Qué te apetece hacer? ¿Cine?

Laura se llevó la mano a la boca y emitió un grito sordo de alegría. Soltó el móvil en el lavabo y dio palmadas pequeñas e insonoras.

Me parece genial, guapo.

Terminó la conversación con un icono de beso. Se pasaron los teléfonos, que aún no tenían, y contó cada minuto que faltaba para verle en persona. Laura estaba más ilusionada que nunca y todo parecía ir viento en popa. Parecía que los problemas y la mala racha, que había vivido, daban paso a una etapa bonita, pero todo habría cambiado si Laura hubiera sabido quién era realmente Jorge.

CAPÍTULO 4.
HERMINIA

Debía tener la cabeza ocupada la mayoría del tiempo. No podía permitirse volver a subir a la azotea y pensar en tirarse al vacío. De hecho, desde aquel día en que la bandera arcoíris le gritó con fuerza que no se suicidara, no había vuelto a subir.

Ya no pasaba tanto tiempo delante de la televisión viendo series porque era en ese momento cuando su cabeza le jugaba malas pasadas. Había vuelto a trabajar y lo hacía a jornada completa. Cuando volvía a su casa se le caían las paredes encima. Se quedaba dormida muy pronto en el sofá debido al cansancio provocado por la actividad que había tenido durante todo el día. Si paraba, explotaba.

Por ahora, solo mantenía contacto con Laura y Nerea. Aún no entendía por qué no había denunciado a Mario. Nerea le había prometido justicia y le había rogado tiempo antes de actuar. Supuestamente, Nerea trabajaba con un detective privado en busca de pistas. ¿Qué pasaría si capturaban a los culpables del crimen de Álvaro? No podían confiar en la justicia. Estaban en un callejón sin salida que se inundaba a gran velocidad.

Mercedes se sentía inútil y necesitaba hacer algo más. Estaba llenándose de ira y no paraba de desearle la muerte al asesino o a los asesinos de su único hijo. ¿Qué habría pasado si aquella mujer, Mayte, no la hubiera asaltado en la entrada de la comisaría? ¿Hubiera sido capaz de romper la promesa que le hizo a Nerea y habría denunciado a Mario? Cualquiera pensaría que era una mala madre por no haberlo hecho antes. No era una decisión fácil. La justicia parecía haberse vuelto loca y defendía más a culpables que a víctimas. Los asesinos le dijeron a Mario que la policía estaba metida en el ajo. ¿Y si sacrificaba a Mario para nada? Su cabeza daba vueltas sin parar hasta tal punto de volverla loca. No podría esperar mucho más. Si ni Nerea ni Mario daban señales de vida, tendría que hacer algo. Tendría que arriesgarse.

Dos días después de tomar café con la asesina de su hijo, recibió una triste llamada. Herminia, el único familiar vivo que le quedaba, estaba ingresada en el hospital y no le quedaba mucho tiempo. Empezaba a estar cansada de aquella maldita mala racha. Parecía que estuviera jugando una partida eterna con la muerte. Partida que siempre perdía. Sin pensárselo dos veces, hizo una pequeña maleta y fue hacia el hospital para cuidar de Herminia.

Cuando entró en la habitación, su tía extendió los brazos con una

sonrisa enorme en su boca desdentada.

—¡Qué sorpresa, cariño! —dijo Herminia un poco débil.

—¡Hola, bonita! ¡Cuánto tiempo! Perdona por llevar tanto tiempo sin verte.

—¡No te preocupes! ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Una enfermera muy simpática me ha llamado hace unas horas. Supongo que aún tienes mi móvil como emergencia.

—¿De quién si no? Solo quedamos nosotras en esta pequeña familia. Bueno, nosotras y tu hijo. ¿Cómo está? ¿Sigue igual de guapetón?

Mercedes se hizo pedazos por dentro. No le había contado nada, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Por un momento pensó en ahorrarle el sufrimiento a su tía, pero la conocía demasiado como para saber que no pararía de preguntarle por Álvaro. Resumió lo máximo posible el terrible suceso que había tenido que vivir para que no sufrieran demasiado ninguna de las dos. Los recuerdos la torturaban mientras Herminia lloraba desconsolada.

—¡No sé ni que decirte! No tengo palabras… Pobrecita, por lo que estarás pasando… Dios mío…

Su tía le agarró la mano con dificultad. Las dos lloraron desconsoladas hasta que Herminia se quedó dormida. Mercedes dio un par de cabezadas en un silloncito de color *beige*. No pudo evitar recordar su última vez en el hospital. En aquel caso, Mario les confesaba todo lo que había ocurrido con Álvaro.

Mario. Mario. Mario.

Su nombre rebotaba en todas las partes de su cuerpo. Si estuviera delante de ella en ese mismo instante sería capaz de matarlo. Dicen que del amor al odio hay solo un paso. Y ahora había entendido esa frase a la perfección. Mario había formado parte de su familia, había dormido en su casa y ahora se había convertido en un enemigo en potencia. En el fondo, sabía que había sido una víctima más de esos asesinos y que había cometido un error muy grave, pero se negaba a defenderlo. Ahora mismo no podía.

«Quizá si encuentran a los culpables gracias a él…», pensó. «Imposible. Jamás podré perdonarle».

Solo pensar en volver a abrazarlo le provocaba una fuerte molestia en el estómago.

Evitó aquellos pensamientos mirando a su adorada tía. Hacía bastante tiempo que no la veía y fue impactante verla tan enferma y demacrada con aquella bata blanca de hospital y con el suero enganchado a su brazo lleno de moratones. Mercedes no pudo evitar odiar el paso del

tiempo y la vida en general. ¿Por qué tenía que ser todo así? El mundo estaba muy mal construido. ¡Cómo se notaba que Dios lo había creado en seis miserables días!

Siempre pensaba que la vida debería ser más sencilla y sin sufrimiento. ¿Era mucho pedir que el ser humano muriera de viejo mientras dormía? Solo esperaba que su tía mejorase porque no estaba preparada para otra muerte. Y si moría Herminia… Estaría completamente sola. Ya solo quedaría ella viva en su familia. ¿Y Julio? ¿Podría contar como familia al hombre que la dejó embarazada cuando eran adolescentes y luego no fue capaz de hacerse cargo del niño? Por ahora, había decidido bloquear su móvil, aunque tenía ganas de seguir hablando con él. Le costaba mucho aceptar que seguía enamorada de Julio como una tonta. Su primer y único amor en su vida. Aunque hubiese querido conocer a alguien no tenía tiempo. Criar a un hijo sola era lo primordial en su día a día. Y ahora… Ahora estaba perdida. Naufragaba en el mar del abismo sin una misión concreta. Y si no tienes desafíos y objetivos claros, la vida te consume.

¿El destino le había entregado a Julio de nuevo como una segunda oportunidad? ¿Había cometido un error al apartarle de su vida? ¿Lo necesitaba para seguir adelante? Las preguntas le taladraban la cabeza a la vez que ella respondía mentalmente de forma negativa a cada una de ellas. Mercedes se dio unos pequeños golpes en las sienes para intentar reiniciar su cerebro. Fue ahí cuando Herminia se despertó.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Herminia preocupada.

—Es mi cabeza. A veces siento que me estoy volviendo loca.

—No es para menos. Has pasado por un infierno.

Y eso que Herminia no sabía ni la mitad.

—Tenías que haberme llamado, Merche. La verdad es que me molesta un poco que no me avisaras para el entierro.

—Lo incineramos… Así lo quiso mi hijo. Siento no haberte avisado, pero mi mente estaba en blanco. No reaccionaba de la misma manera que siempre. Estaba como desconectada, como…

Un destello rápido apareció en la cabeza de Mercedes en el que se veía comiendo las cenizas. Se moría de la vergüenza y no fue capaz de mirar a los ojos a su tía por unos segundos.

—No importa. No estoy enfadada contigo, Merche. Ni se me ocurriría.

Mercedes agarró la mano de su tía de nuevo y por un momento se sintió mal. Debía estar ella apoyando a Herminia y no al revés. La notaba más cansada de lo normal. Tenía tatuada la muerte en sus pupilas. No quería reconocerlo, pero temía que a su tía no le quedaba mucho tiempo.

—¿Sabes qué? He soñado con él —dijo Herminia con un brillo en sus ojos.

—¿Con quién? —preguntó Mercedes confusa.

—Con tu hijo.

Por un momento, Mercedes se quedó sin aire con el que respirar. Su tía Herminia era conocida en el pueblo como una especie de vidente. Las vecinas cotillas la llamaban bruja, pero el término favorito de Herminia era médium. Mercedes no creía en esas cosas, pero cuando era adolescente su tía le contó varios hechos que le pusieron los pelos de punta.

—Hacía muchísimo tiempo que no tenía este tipo de sueños. El último no era tan agradable como el que acabo de tener con tu niño.

Mercedes sentía la necesidad de preguntarle a su tía lo que había soñado.

—Ante todo, tu niño quiere que sepas que está bien donde está. Y te agradece todo lo que haces por conseguir justicia. Eres una buena madre.

Hasta ahora todo parecía muy típico y sin ninguna información específica.

—Hay algo que me ha repetido varias veces, pero o yo estoy demasiado mayor o no recuerdo lo que significa.

—¿Qué te dijo? —Mercedes se levantó del silloncito y se sentó en la cama.

—Repetía una y otra vez: no vuelvas a subir.

—¿Que no vuelva a subir a dónde?

—No lo sé. Eso es lo que no entendí. Por más que lo intento no consigo recordar nada más. Estoy demasiado vieja y ya no es como antes. Lo que sea que he tenido desde niña ya no es lo mismo.

Mercedes no podía parar de llorar y sintió que de repente comenzaba a creer en todas aquellas historias que su tía le contaba de pequeña y que había escuchado por todo el pueblo. ¿Se habría referido a que no volviese a subir a la azotea? Era lo único que tenía sentido.

—Y ahora que lo recuerdo, también me dejó otro mensaje importante para ti. Me ha dicho que ya no puedes hacer nada por él, pero que hay muchas personas que necesitan tu ayuda. —Herminia empezó a toser y tuvo que detenerse un momento para beber agua. Dio un buen trago.

—Debes descansar, tita. Ya me lo contarás luego, no te preocupes —dijo Mercedes mientras le acomodaba la almohada.

—Quizás luego no pueda ya. Sabes que esto no pinta bien, Merche.

El silencio acompañó a unas miradas decaídas.

—Así que debes ser fuerte. Tu hijo quiere que seas una salvadora.

Y ya nadie volvió a decir nada más en aquella triste habitación de hospital. Las dos mujeres se quedaron mirándose a los ojos hasta que Herminia sonrió de oreja a oreja como si se tratase de una despedida. Pasaron lo que quedaba de tarde con las manos agarradas hasta que la luz de los ojos de Herminia se extinguió para siempre.

Todo el pueblo asistió al entierro. Herminia sí que quería que la enterrasen. Mercedes no estaba preparada para llevar otro evento de aquel calibre, así que les pidió ayuda a los vecinos del pueblo. Fue inevitable recordar a Álvaro y toda la mierda se removió en su cabeza otra vez.

Al llegar a su casa después del entierro, Mercedes se dio una buena ducha caliente y se fue a dormir sin probar ni un bocado. Tumbada en la cama, boca arriba, pensaba en las últimas palabras de Herminia. ¿O debería decir las de su hijo?

«HAY MUCHAS PERSONAS QUE NECESITAN TU AYUDA».

—¿Qué quieres que haga, hijo mío? —se preguntaba mirando hacia el techo—. ¿Cómo puedo ayudar a otras personas? ¿A qué personas?

La ansiedad no la dejó dormir casi nada aquella noche.

Días después sus preguntas seguían enredadas en una maraña imposible de liberar. Poco a poco retomó su vida cotidiana: iba a trabajar, mantenía su casa impoluta y salía a dar su paseo diario antes de que el sol se escondiera. Estuvo meditando si apuntarse al gimnasio o a clases de baile, pero siempre lo posponía. No sabía si era por vergüenza, por pereza o por ambas razones.

Se sentía tremendamente perdida como una figura de ajedrez atascada en su último movimiento. Tenía claro que Herminia le había dejado una pista sobre cómo continuar con su vida. Todo pasaba por algo, pensaba. Que su tía soñase con Álvaro, el mensaje, todo debía haber ocurrido por una razón en concreto. Necesitaba un objetivo claro antes de que la venganza, el dolor y los pensamientos suicidas la consumieran viva.

Y, dándole un susto de muerte, su móvil comenzó a sonar sin parar. El número era desconocido y no sabía si cogerlo. Parecía que los últimos días estaban llenos de señales y mensajes inesperados. Mercedes acabó por descolgar el teléfono justo antes de que la otra persona colgase.

—¿Diga? —preguntó con una pizca de terror en su voz.

El interlocutor se llamaba Pedro y era el notario de su tía Herminia.

Mercedes escuchó atentamente aquella llamada que solo duró escasos minutos. Debía asistir en una semana a la lectura del testamento de su tía. Además, también debía leer una carta. La última carta de Herminia.

CAPÍTULO 5.
AGUJAS

El salón de la casa de Alfonso y Mayte estaba lleno de voces y risas. Aunque la situación era algo compleja por la desaparición de Luis, parecía que no estuvieran demasiado preocupados.

Mayte entró al salón y de pronto todos guardaron silencio. Se notaba algo incómodo el ambiente. Había varios temas que tratar, pero el esencial era Luis.

—Vayamos al grano —dijo Mayte—. Quiero que por ahora no hagáis ningún movimiento más hasta que la situación no se tranquilice. Dejemos que pase la tormenta y que otros sigan nuestra causa. Encontraremos el modo de contratacar en otro momento.

No solo estaba el tema de Luis, sino que el vídeo que habían publicado hacía unos días estaba empezando a dar sus frutos. Lo habían borrado de YouTube, pero seguía reptando por otras páginas oscuras. El odio y la homofobia se había expandido como si se tratase de una pandemia. Había bandas que, como el grupo de Alfonso, se divertían agrediendo, insultando y persiguiendo al colectivo LGTB. Y todos estaban contentos por aquel gran triunfo.

—Pero algo más podremos hacer, ¿no? —preguntó Beca mirando a los demás con la intención de buscar apoyo.

—Por ahora no —sentenció Mayte.

—A lo mejor podemos seguir mejorando el barrio, no veo por qué solo nos centramos en esos maricas. Hay cada vez más extranjeros y mendigos infectando nuestras calles. ¡Mira que bien se camina por el barrio desde que aquel vagabundo se partió el cuello por las escaleras! —soltó Jorge entre risas.

—¡He dicho que no! —El grito de Mayte caló en toda la casa—. No pienso permitir que os pongáis en peligro. Bastante tenemos ya con el dichoso Luis. Hacedme caso de una puñetera vez, joder. Nadie hace nada hasta que yo dé la orden.

Ninguno de los asistentes se atrevió a pronunciar palabra, aunque todos querían hablar. Bastante les costaba respirar con tranquilidad entre tanta tensión.

—Quiero que continuéis con vuestra vida, que estudiéis o trabajéis. Nuestra causa solo va a detenerse un tiempo, pero si cometéis otro paso en falso la podéis cagar. Nada de ataques, nada de apuñalar a nadie ni palizas. Hay que esperar… ¿Entendido?

Todos afirmaron con la cabeza, jodidos por no poder continuar. Odiaban y temían a Luis por partes iguales. Y deseaban saber qué coño le había pasado. Estaban convencidos de que no iría a la policía, pero podría cagarla igualmente.

Dieron la reunión por finalizada. Beca y Alfonso se encerraron en el dormitorio y Jorge cogió su chaqueta para marcharse. Se despidió de Mayte y justo antes de salir por la puerta, una mano muy suave se posó en su hombro. No era la primera vez que sentía aquella suavidad. Mayte miró hacia el dormitorio de su hijo y comprobó que nadie los escuchaba ni los veía.

—Nadie se va a enterar de lo nuestro. Quiero que estés tranquilo, ¿vale? Cuando todo vuelva a la normalidad se lo contaremos a mi hijo y a Beca. Lo terminarán entendiendo.

—O puede que lo mejor sea que no se enteren nunca.

Jorge le guiñó un ojo a Mayte y salió de la casa de su mejor amigo. Las mentes de cada uno de ellos viajaban a lugares distintos. Por un lado, Jorge seguía dándole vueltas al presente, a lo que Mayte le acababa de decir y, sobre todo, pensaba en el lío que estaba metido. Y, por otro lado, Mayte cerró la puerta y se preocupó más por el pasado.

Mayte había conocido a Jorge desde que era un niño pequeño. Había sido el mejor y fiel amigo de Alfonso desde que tenían seis años. Gracias a esa amistad, su hijo se centró menos en preguntar por su padre y eso le dio a Mayte un nuevo comienzo.

Jorge pasaba más tiempo en casa de su mejor amigo que en la suya y si por él fuera, se habría mudado para siempre.

Mayte lo vio crecer y sentía que era como un hijo más. Hasta cierto punto. Jorge y Alfonso crecieron, llegaron a la adolescencia y ya no eran unos niños. Sus cuerpos habían crecido y se habían convertido en unos hombres altos y atractivos.

El día en el que Mayte dejó de ver a Jorge como a un niño, Alfonso había salido a hacer unos recados y dejó a su mejor amigo en casa a solas con su madre. Mayte y Jorge estaban sentados en el sofá hablando tranquilamente.

—¿Qué tal por el instituto? —preguntó Mayte—. No se habrá metido mi hijo en ningún lío, ¿verdad?

Jorge pronunció un no rotundo y, para reafirmarse, negó con la cabeza. En su rostro se reflejaba la preocupación de aquel inicio de interrogatorio. No quería meter a su amigo en problemas con su madre. Tenía confianza con Mayte, pero, sin saber muy bien el porqué, Jorge estaba un poco incómodo. Imponía estar a solas con la madre de tu mejor amigo, por mucha confianza que tuvieran.

—¿Y tienes alguna novia? Porque te gustan las chicas, ¿no?

—¡Claro que me gustan las chicas! —pronunció ofendido—. Pero no tengo novia aún.

Mayte se disculpó por haber sido tan indiscreta y, sutilmente, puso su mano encima de la pierna del joven. Al principio, no le dio importancia, pero al sentir el tacto del chico algo nuevo floreció en su interior. Los dos se miraron fijamente por unos segundos. Mayte, al ver la incomodidad reflejada en los ojos de Jorge, apartó la mano y no volvieron a darle importancia. Pero en su interior, nació el fruto de la preocupación.

Unos minutos después, Alfonso llegó a casa y entraron a su cuarto para jugar a la videoconsola. Entre risas, debatían quién de ellos ganaría al FIFA.

Mayte tuvo que ir corriendo al baño. Unas horribles arcadas emergieron de su estómago y estuvo a punto de vomitar. Se miró al espejo y, sin poder evitarlo, sintió una enorme vergüenza.

—¿Cómo puedes mirar así a un niño? Porque sigue siendo un jodido niño, depravada de mierda —se dijo enfurecida.

Había olvidado lo que era estar con un hombre. Y, por desgracia, esa necesidad se había activado de nuevo al tocar la pierna de un chico de quince años. Se sintió sucia y pecadora. Lavó sus manos con jabón y frotó con fuerza, sobre todo, la mano con la que había tocado a Jorge. Y no era suficiente. Quería borrar el tacto, lo que había sentido, pero el problema no estaba en las manos, sino en su cabeza. Estaba convencida de que merecía un castigo. Ya no le servía ni lastimarse las muñecas con la goma del pelo ni los pellizcos en los muslos. Necesitaba un castigo mayor por lo que se le había pasado por la mente. No podía convertirse en otra depravada asquerosa. Debía corregir sus pensamientos antes de que fuera demasiado tarde.

Si un profesional analizase detenidamente a Mayte, llegaría a la conclusión de que su comportamiento lo habría adquirido de niña, que su familia sería un desastre o que habría recibido malos tratos por parte de su padre o madre. Y estarían totalmente equivocados. En ese caso su comportamiento no venía de la infancia, sino de aquel suceso tan doloroso que sufrió hacía ya tantos años. Esa herida estaba mal curada y preparada para abrirse de nuevo.

De repente, Jorge entró al baño y le dio a Mayte con la puerta.

—¡Lo siento, Mayte! —dijo muy avergonzado.

—Pasa, pasa. Yo ya había terminado.

Mentía. Dejó libre el baño para que Jorge pudiera entrar, pero necesitaba encerrarse en algún sitio y recibir su propio castigo. En su

cuarto nadie la interrumpiría. Al pensar eso, imaginó cómo aquel chico de quince años entraba por sorpresa a su dormitorio de viuda desquiciada y se lanzaba a sus labios, le quitaba la ropa y lo hacían en silencio mientras Alfonso jugaba a la dichosa consola.

Esos pensamientos la enfurecieron aún más. Desde su cuarto, escuchó el ruido de la cisterna y cómo Jorge se dirigía hacia el dormitorio de su hijo. Buscó por su habitación en busca de un arma de castigo. Sintió la enorme necesidad de clavarse algo.

«Tiene que haber algo por aquí, maldita sea», pensó mientras buscaba desesperada por cada rincón de su cuarto.

Rebuscó en el armario, en la cómoda y solo encontró la frustración de no hallar lo que buscaba. Lo único que halló y que le podría servir, por ahora, eran las agujas de coser. Tenía de varios tamaños y, aunque en general eran pequeñas, le servirían para sentirse mejor consigo misma.

Comenzó a clavárselas en la yema de los dedos, en los brazos y piernas, pero no llegaba a sentir que fuera un gran sacrificio por su pecado. Pensó que sería una buena opción clavarlas entre sus uñas. Sabía que no podía pasarse porque no quería que nadie descubriera cómo torturaba su propio cuerpo. Aquel día consiguió quedar casi satisfecha del todo. Solo tenía que entrenar la mente y, cada vez que apareciera un pensamiento lascivo e inadecuado con Jorge, y estaba segura de que volvería a pasar, clavaría las agujas entre sus uñas. Estaba convencida de que pronto se curaría.

En la actualidad, seguía teniendo aquellos pensamientos, aunque muy esporádicos. Tenía una buena racha en la que no debía autolesionarse. En general, estaba concentrada en otros problemas y, aunque fuera algo malo, tener la cabeza ocupada le venía bien.

CAPÍTULO 6.
EL TRÉBOL

Los polvos con Alfonso ya no eran lo mismo que antes. Y solo con pensar en eso se asombró del cambio brusco que había sentido, como un vehículo que permanece siempre en línea recta y de pronto da un volantazo. Así se sentía Beca mientras viajaba en el asiento de atrás del coche de sus padres.

Su madre se había empeñado en que debían hacer un viaje juntos. Llevaban siglos sin hacer planes. Por supuesto, Beca se negó en un principio, pero su padre la amenazó sutilmente con quitarle la minuciosa paga que recibía al mes. En ese momento, Beca deseaba clavarle a su padre en la cara todas y cada una de las navajas que coleccionaba en aquella estúpida vitrina. Por suerte, su padre aún no había descubierto que Jorge y Beca habían utilizado una de sus queridas armas blancas para apuñalar a un chaval de madrugada.

Su madre no paraba de hablar mientras su padre se concentraba en la carretera y Beca miraba el teléfono. Beca aprovechó para hacer limpieza en el móvil, que pedía auxilio para que borrase vídeos y fotos. Aquel viaje absurdo era el momento ideal para hacer ese tipo de tareas.

Enredadas entre vídeos de broma, fotos mal enfocadas y capturas de pantalla accidentales, Beca encontró varias fotos de la última vez que salió de fiesta con Jorge. No pudo evitar recordar aquella maravillosa noche…

Aquella tarde, en el local, Jorge y Beca intentaban convencer a Alfonso para salir de fiesta.

—Ni de coña —respondió Alfonso—. Tengo otra vez migraña y sabéis que me pongo insoportable cuando me pasa.

—Bueno… descansa un rato y quedamos sobre las doce, por ejemplo —propuso Jorge.

Alfonso cada vez estaba más molesto. Odiaba que le insistieran tanto cuando no le apetecía.

—¡Venga, cariño! Nos apetece mucho ir de fiesta y emborracharnos. Nos debes una después de tanto tiempo —dijo Beca con tono empalagoso. Lo que hizo que Alfonso se enfadase más aún.

—¡Que no voy a salir, hostia! ¡Si tantas ganas de fiesta tenéis, iros vosotros!

—¿Cómo vamos a salir nosotros solos? —preguntó Jorge un poco

incómodo.

—Tampoco tiene nada de malo —dijo Beca.

Así que al final Jorge y Beca salieron solos de fiesta. Al principio, solo cenaron y bebieron algo de bar en bar. Entre charlas y risas fueron haciendo un repaso de todo lo que había ocurrido, en especial la noche en la que juntos atacaron a Mario. Ahí se dieron cuenta de que tenían una conexión especial.

Sus miradas, cada vez, se hacían más intensas e incómodas a causa de la cantidad de alcohol que controlaba sus cuerpos. Paseaban por las calles de la ciudad como dos enamorados que no se atrevían a dar el paso. Cobardes cuyas pupilas ardían con la intención de estallar apasionadamente.

—¡Es hora de irnos a bailar! —propuso Beca cogiéndole de la mano.

—Ya sabes que odio bailar…

—Y tú ya deberías saber que nunca me rindo y que siempre consigo lo que me propongo.

Jorge y Beca sonrieron de manera pícara. Estaban entrando en un terreno lleno de fango.

Llegaron a una discoteca bastante conocida llamada *El trébol*. Ya habían ido un par de veces y les gustaba bastante el tipo de música que pinchaban. Aunque esta era la primera vez que iban los dos solos. Esta vez ni Alfonso ni Luis estaban con ellos. Pensar en Luis les cortó un poco el rollo.

—No pienses en ese capullo ahora, Jorge. Hemos venido a pasarlo bien.

—No me preocupa él… —dijo Jorge con la mirada perdida.

Siguieron pidiendo copas entre canción y canción. Beca lo llevó hasta el centro de la pista y comenzó a bailar a su alrededor mientras Jorge bebía y la miraba con cierta vergüenza. Hasta se les acercó una chica para proponerles un trío pensando que eran pareja. Se partieron de risa al unísono y le dijeron a la chica que tenían una relación cerrada para que se largase.

—¿Te imaginas a nosotros dos juntos? —bromeó Beca con la intención de ver la reacción de Jorge.

—¡Uf! Eso sería imposible. Tendríamos que vivir en una especie de mundo paralelo o algo por el estilo.

—En realidad, no. Solo tendría que… estar soltera y ya está.

Beca notó cómo Jorge bebía incómodo de su copa mientras sonreía y miraba hacia varios lados de la discoteca. Por unos segundos se quedaron en silencio rodeados de extraños y con una canción nada

familiar de fondo.

—¿Ves a alguna guarra que te guste? —preguntó Beca para volver a conectar con su compañero de pista.

—Las veo a todas un poco desfasadas y demasiado borrachas. ¡Mira aquella rubia! Se le ven las bragas y no para de rozarse con todos… ¡Que puto asco de tía!

—¡No seas antiguo!

—Tal y como se comportan todas jamás confiaré en una mujer. Ninguna de estas es capaz de ser fiel a su novio mucho más de dos semanas.

Beca se sintió ofendida y le apartó la mirada.

El alcohol parecía que estaba provocando un enorme enfado a Jorge. Para animarlo, Beca le propuso dar una vuelta para ver a las chicas que había en la discoteca, lo que se conoce como dar una *putivuelta*.

Intentó presentarle a una chica pelirroja con cuerpazo, aunque en el fondo le quemaba por dentro la idea de que Jorge se liase con alguna de esas zorras. Le presentó también a morenas y rubias, pero el aspecto borracho de Jorge las echaba para atrás. Lo que provocaba que se enfadase cada vez más. Intentó pedir un chupito, pero Beca lo detuvo antes de que acabase en coma etílico.

A pesar de las bromas y de los bailes que Beca le hacía para levantarle el ánimo, Jorge estaba atascado en la miseria. Todo estuvo a punto de irse a la mierda cuando Jorge vio a una pareja de chicos besándose cerca de los baños. Beca se despistó un segundo y cuando quiso darse cuenta Jorge los había separado e intentaba pegarles. Llegó a tiempo y consiguió salir de la discoteca antes de que los echase el gorila de seguridad.

El aire fresco de la calle pareció relajar a Jorge. Lo desactivó casi al instante. Los dos se sentaron en unas escaleras a la salida de la discoteca. El miedo de que los descubrieran provocó que Beca le echara la bronca del siglo.

—¡Cómo se te ocurre atacar a esos dos maricas delante de toda esa gente! ¿Qué quieres? ¿Qué sospechen de nosotros? ¿No te parece que la cosa está ya bastante jodida? ¡Piensa un poco en las consecuencias, joder!

—¿Tienes miedo? —contestó Jorge desafiante—. ¿Se te ha pegado lo de tu querido novio?

Beca le señaló con el dedo y le pidió que no se pasase ni un pelo. Jorge se puso a gritar y la discusión se puso más seria. La buena energía de aquella noche de repente se había transformado en algo peligroso. Nunca se habían hablado de esa manera.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué te pones así? —preguntó Beca intentando calmar la situación.

Le costaba reconocerlo, pero Beca tenía miedo de que la borrachera de su amigo se descontrolase y dijera algo que los pusiera en peligro. Y una de las cosas que Beca odiaba era mostrar su miedo.

—Lo hemos pasado de puta madre y de repente se te ha ido la olla —continuó Beca dolida. Aquel no era el plan de noche que tenía pensado.

—La culpa es de las guarras esas de la discoteca y luego encima esos maricones de mierda besándose… La gente cada vez me da más asco —se desahogó Jorge. Aunque todo eso no era cierto. Era algo secundario y había algo más en el fondo que le estaba consumiendo.

—¡Pero tú pasa de la gente! —Beca acarició la pierna de Jorge.

—Ni una tía valía la pena en ese puto sitio. Ni en ninguno. Son todas asquerosas.

A Jorge cada vez le costaba más pronunciar las palabras con claridad. Beca, por el contrario, estaba más entera. La poca borrachera que tenía había desaparecido gracias al comportamiento de Jorge.

—¡Venga, vámonos! —continuó Beca rindiéndose de una vez por todas.

Jorge no solo hizo caso omiso, sino que continuó acribillando con sus palabras a todas las mujeres hasta que Beca lo paró en seco.

—¿Sabes por qué no te gusta ninguna de esas guarras como tú dices? —dijo Beca poniéndose de pie y agarrando la barbilla de Jorge.

—¿Por qué?

Los dos se quedaron unos segundos mirándose fijamente a los ojos. Alguna mirada fugaz desembocaba en los labios.

—Porque ninguna de esas putas soy yo.

Se acercaron lentamente, reculando alguna que otra vez, pero no fueron capaces de separar sus labios, que se enredaron escasos segundos, lo suficiente para que naciese la culpa y el deseo a partes iguales. Jorge fue el primero en separarse.

—Esto no ha pasado —dijo llevando sus manos a la cara—. Voy demasiado borracho, lo siento.

—No lo sientas.

Beca intentó besarle de nuevo, pero Jorge se levantó con dificultad y puso rumbo hacia su casa. Beca se paró un instante y luego corrió hacia Jorge. Lo agarró de los brazos y le miró de nuevo a los ojos.

—Sé que parece una locura, pero si tú me dices que deje a Alfonso, lo

dejo. Tú y yo tenemos muchas más cosas en común, juntos podemos seguir con nuestra misión. Sueño contigo todas las jodidas noches. Me despierto con tu cara en mi cabeza y así todo el día. ¡Estoy loca por ti, joder!

—Hemos bebido demasiado. No teníamos que haber salido juntos esta noche. Ha sido un error y si Alfonso se entera, nos mata a los dos.

—Alfonso solo me quiere para follar. ¡Le importo una mierda!

—Eso no es verdad y lo sabes. Te lo digo yo que soy su mejor amigo y me lo cuenta todo.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Dime una conversación en la que te haya dicho lo que me quiere!

Jorge se quedó pensando unos segundos. No sabía si no se le ocurría nada por la borrachera que llevaba encima o porque en realidad Beca llevaba razón.

—Seguro que solo te cuenta con detalle las posturas en las que follamos. Nada más.

Jorge miró hacia ambos lados de la calle y al pensar que alguien podía verlos así sintió unas terribles ganas de vomitar. Necesitaba salir de allí, alejarse de Beca, de la tentación. Cruzó la carretera sin mirar. Un coche rojo estuvo a punto de atropellarlo, pero el conductor pudo frenar a tiempo. Le llamó imbécil por ponerse en medio y continuó su camino.

—Esto no ha pasado —repitió tajante Jorge.

Ni siquiera fue consciente de que había estado a punto de ser atropellado.

—Mírame a los ojos y dime que no me deseas.

Beca estuvo a punto de decir, *Y dime que no me amas*, pero le pareció que era demasiado y corría el riesgo de recibir una negativa. A pesar de que Jorge no contestó y siguió su camino, Beca sonrió porque ese silencio era similar a la respuesta que quería escuchar.

—¡Beca! ¿Me estás escuchando, hija? —gritó su madre sacándola de golpe de los recuerdos de aquella noche tan especial y amarga a la vez.

Aquel viaje de fin de semana con sus padres se le hizo eterno. Mientras ellos discutían por cualquier cosa, en la cabeza de Beca revoloteaban pensamientos que cruzaban las caras de Alfonso y Jorge.

Por un momento se imaginó su futuro junto a cada uno de ellos. Su posible futuro con Jorge estaba envuelto en una sutil niebla y parecía incierto, aunque parecían felices juntos y hasta con niños correteando a su alrededor. Y el futuro junto a Alfonso era idéntico al que veía en

sus padres: discusiones, peleas, odio, reproches y maltrato. No podía confirmarlo con certeza, pero estaba convencida de que su madre había recibido alguna bofetada más de una vez… Beca jamás permitiría que su padre le volviera a poner la mano encima. Antes lo mataría. Se hizo una promesa: jamás tendría un matrimonio como el de ellos. Antes prefería acabar sola.

En aquel viaje no hicieron otra cosa que caminar y visitar lugares nuevos e insulsos. Lugares que no le aportaban nada. ¿No le aportaban nada o eran sus padres el problema? Seguro que si hubiera hecho ese viaje junto a Jorge, tendría otra opinión.

Su cabeza no paraba de decirle que aquel fin de semana debía de servirle para tomar una decisión. Había estado totalmente obsesionada con Alfonso, pero eso ya era en tiempo pasado porque una nueva obsesión había llegado a su vida. Poco a poco había ido creciendo el amor que sentía por el mejor amigo de su actual novio.

Estaba decidida a dar el paso y dejar a Alfonso porque Jorge terminaría con ella tarde o temprano. Por supuesto que tenía en cuenta que todo sería como una bomba, pero lo único que le importaba era estar con su nuevo amor.

En el fondo, aunque le doliera, sabía que a Alfonso le daría igual perderla, pero su orgullo de macho se vería totalmente afectado. Beca era una chica valiente y lucharía contra viento y marea por lo que quería. ¿Y si se equivocaba y lo perdía todo? Negativo. Ella nunca perdía.

Por fin, llegó el domingo y, de nuevo, viajaban los tres en el coche de vuelta a casa. En esa ocasión sus padres iban tan cansados que ni discutían. Su madre se quedó dormida mientras Beca quedaba hipnotizada con su móvil de nuevo.

—¡Vaya mierda de acompañantes llevo conmigo! —soltó el padre de Beca—. Es como si viajara solo…

Beca retiró sus ojos del móvil para lanzarle una leve mirada de asco. No tenía ganas de discutir. Miró el reloj de su móvil y vio que aún les faltaba una hora y cuarto para llegar a casa.

Beca imitó a su madre y dio un par de cabezadas. Su cuello le suplicaba que tuviera cuidado y que no volviera a dormirse. Acarició levemente su nuca para redimir la molestia antes de volver a coger el móvil. Le quedaba un veinte por ciento de batería para todo el trayecto. Siguió eliminando fotos y vídeos para intentar entretenerse. Su madre emitió un ronquido fuerte que sobresaltó al resto de la familia. Beca estuvo a punto de soltar una carcajada mientras su padre volvía a quejarse.

Cinco minutos antes de llegar a casa, Beca volvió a encontrar el vídeo

que guardó en su móvil meses atrás. Vídeo en el que se veía claramente a Alfonso torturando a Álvaro, uno de sus pacientes. Un chico que acabó muerto aquella misma noche a manos de Alfonso. Aunque tenía sus dudas de lo que ocurrió en realidad. Alfonso no le había confesado que Mayte terminó el trabajo sucio.

Estuvo a punto de borrar el vídeo, pero en el último momento pensó que podría necesitarlo.

«Nunca está de más tener una carta bajo la manga», pensó.

CAPÍTULO 7.
EL VIAJE DE UNA NARANJA CUALQUIERA

Como todos los viernes, doña María Asunción del Valle Carrasco se dirigía hacia la frutería del barrio para comprar la mejor fruta que había conocido en su vida. De hecho, la fruta no era lo único que le gustaba de esa tienda. A pesar de tener sesenta y siete años, el dependiente de esa frutería le llamaba la atención. Era muy jovencito, pero a ella le alegraba la vista.

De camino a la tienda repasó mentalmente lo que le hacía falta y, además, no podía olvidar comprar las dichosas naranjas que su marido le había encargado para su desayuno. Además de ser un cojín más de la casa, era muy exquisito a la hora de elegir las naranjas para su zumo. Si alguna no le gustaba, doña Asunción las utilizaba para su propio desayuno. Una de las cosas que más odiaba en el mundo era que la gente tirase la comida.

Llegó por fin a la frutería. Miró por todos lados buscando a su dependiente favorito, pero no lograba encontrarlo. Pensó que tendría el día libre o que estaría enfermo.

«Dios no lo quiera», pensó.

Por suerte, no había demasiada gente esperando ni se cruzó con alguna vecina indeseable. Cuando llegó su turno pidió fresas, melón, plátanos y, por último, las dichosas naranjas que, por muy poco, no se le olvidaron. Suspiró al pensar que hubiese tenido que volver a comprarlas porque, por supuesto, su marido no iría a por ellas.

—¿Hoy no trabaja el muchacho que siempre está contigo? —Si no hacía aquella pregunta estaba segura de que reventaría y no podría vivir tranquila.

—El domingo fue su último día —contestó el frutero sin ser consciente del daño que le estaba haciendo a la pobre Asunción—. Va a empezar a estudiar unas oposiciones.

—¡Vaya…! —dijo doña Asunción intentando ocultar su tristeza.

Para no ir demasiado cargada, pidió dos bolsas. En una metió el melón al fondo del todo y encima las fresas y en la otra los plátanos y encima las naranjas.

—Menos mal que vivo cerca… Ya podía haber venido a ayudarme. Menudo ser más inútil.

De camino a casa no paraba de refunfuñar y de criticar a su marido. Cuando doña Asunción se enfadaba, se le movía la cabeza de un lado

a otro como una especie de tic nervioso. Los niños del barrio se reían de ella porque decían que parecía el típico muñeco cabezón que se pone en el salpicadero del coche.

En el otro lado de la calle, un chico de unos trece años caminaba, como todos los días, con la mirada fija en su teléfono móvil. Le encantaba jugar a Pokémon GO, una aplicación para atrapar criaturas por la calle, y era la única manera de que saliese de casa. Sus amigos se reían de él en el colegio porque decían que ese juego estaba pasado de moda, pero a él no le importaba en absoluto. No necesitaba a nadie para jugar. La aplicación se iba actualizando de vez en cuando y ese mismo día acababan de poner algo bastante interesante.

Al llegar a la esquina de la calle, el chico se encontró de frente con doña Asunción y cuando quiso esquivarla fue demasiado tarde. La señora se cayó de culo, con suerte de no hacerse demasiado daño, y sus bolsas llenas de fruta se esparcieron por toda la calle. Las naranjas rodaron y rodaron como si intentasen huir de la persona que las acababa de comprar.

—¡Lo siento mucho, señora! —dijo el chico apenado.

—¡Ve con más cuidado, niño! —doña Asunción se enfadó más de lo que ya estaba —. ¡Ayúdame a recoger este desastre!

—¡Por supuesto!

Doña Asunción vio que el chico era bastante educado y por esa única razón no le dio un buen tirón de orejas.

El chico recogió todas las naranjas salvo una de ellas que pasó desapercibida entre los coches que estaban aparcados en la carretera. Doña Asunción se despidió del chico recordándole que debía ir con más cuidado.

Mientras la naranja se escondía entre las ruedas del coche, los dos humanos volvían a sus casas en direcciones opuestas. El vehículo empezó a moverse de pronto y, por suerte, la naranja resultó intacta.

Unos diez minutos después de que la naranja perdiese la sombra que le proporcionaba la rueda, otro chico que llevaba en la mano un monopatín se cruzó en su camino. Iba hablando por teléfono y, debido a que la conversación con su chica no era muy interesante, decidió entretenerse dándole patadas suaves a la naranja como si fuese una pelota pequeña. Las patadas la llevaron hacia otra calle, en concreto hacia la calle donde vivían Alfonso y Mayte.

El chico del monopatín terminó la conversación telefónica con una mueca de desgana y le dio la última patada a la naranja, dejándola en mitad de la acera.

La naranja aún estaba prácticamente intacta, pero amenazaba con

empezar a rasgarse. Los transeúntes pasaban por su lado y eran lo suficientemente adultos para no darle más patadas. Al menos, por ahora.

Un perro de raza *cocker* se acercó a ella y comenzó a olerla. Con el hocico, le dio un par de golpecitos y, si no hubiera sido porque su dueño le tiró de la correa, el perro se la hubiera llevado en la boca. Quizá ese hubiera sido un mejor destino que el que le esperaba.

Unas horas después, Alfonso y Jorge aparecieron por esa misma calle. Venían de jugar un partido de fútbol amistoso contra un equipo de otro barrio. Por las risas, se sospechaba que habían ganado por goleada.

—¡No sé qué hace ese tío en el equipo! ¡Es una mierda de jugador!

—¡Mejor para nosotros! —dijo Jorge parándose a atar los cordones de su zapatilla.

Ya estaban a unos escasos centímetros de la naranja y el viaje estaba a punto de llegar a su fin.

—¡Y qué me dices del golazo que les he metido por toda la escuadra! ¡Me lo han puesto a huevo! —Alfonso empezaba a emocionarse y, aprovechando que delante de él estaba la naranja en la acera, le dio una fuerte patada escenificando su tan orgulloso gol.

—¡Un golazo, sí! Beca estaría orgullosa de ti, campeón —dijo Jorge con burla.

—¡Bah! Ni la nombres. Prefiero no hablar de ella ahora.

La naranja salió disparada y mientras rodaba por la carretera dirección a la otra acera, una gran brecha apareció y se hizo cada vez más y más grande. La naranja atravesó varios charcos que encontró a su paso y varios trozos del interior empezaron a quedarse atrás en la carretera. Hubiese seguido rodando de no haber sido por otra rueda de coche que la detuvo en seco.

La naranja, partida por la mitad, estaba a los pies de un vehículo de color plateado y seminuevo. Estaba aparcado perfectamente y no estaba vacío. El conductor seguía dentro, sonriendo, mientras se terminaba de fumar el cuarto cigarro del día. El hombre, de unos cuarenta y cinco años, tenía barba de varios días y estaban empezando a aparecer algunas canas en ella. Aparentaba más edad de la que en realidad tenía, pero, aun así, se conservaba bastante bien. Unas gafas de sol Ray-Ban le tapaban parte de la cara. Tenía el pelo oscuro y, como le pasaba a su barba, las canas empezaban a ganar terreno. Le dio la última calada a su cigarro y lo tiró a la carretera.

Los cadáveres de la naranja y del cigarro fueron los únicos testigos de lo que el hombre misterioso dijo con un leve susurro.

—Por fin te he encontrado, hijo mío —dijo encendiendo el motor del coche sin quitarle los ojos de encima a Alfonso.

CAPÍTULO 8.
¿HOGAR, DULCE HOGAR?

Actualmente, Mario se encontraba en casa de sus padres. Todo estaba decorado de la misma manera, aunque varios adornos nuevos y desconocidos para él decoraban el salón. Su dormitorio estaba prácticamente intacto, a pesar de que su madre había usado el espacio para guardar ropa y algunos trastos.

Siempre había sido su casa, pero ahora le embargaba una extraña sensación y le hacía sentir que aquel hogar era única y exclusivamente de sus padres. Había escapado de un infierno para meterse en otro.

Todo empezó tras su llegada a la ciudad que le vio nacer. El viaje en autobús fue largo y lleno de recuerdos dolorosos. Por su cabeza revoloteaban cientos de mensajes tóxicos. Nerea era una de las portadoras por excelencia de esos mensajes.

«Cobarde. No huyas. Tienes que ayudarme a encontrar a esos asesinos. Nos lo debes. Sobre todo a Álvaro», recordaba.

Esperaba con ansias que al cambiar de ciudad todos sus problemas desaparecieran. Necesitaba hacer borrón y cuenta nueva. Aunque aquellas vacaciones tan especiales que se había marcado no podían durar mucho.

Desde el momento en el que bajó del autobús, Mario notó cómo aquella ciudad ya no era la misma que le vio nacer. El aire era más limpio que el lugar del que venía. Incluso las personas actuaban de diferente manera. Abandonaba una ciudad grande para esconderse en lo que ahora parecía ser un pequeño pueblo. Algunas personas lo miraban como si fuese un extraño, como si se tratase de alguien que había sido exiliado hacía tiempo y volvía de pronto. Ni siquiera él se sentía de aquella ciudad. Y eso que no habían pasado demasiados años.

La parada de autobús empezaba a llenarse de besos y abrazos de familiares que se reencontraban después de diversos periodos de tiempo. Mario los miraba con una ligera envidia, pero en el fondo sabía que no era justo. Nadie le había ido a recoger porque él mismo esperaba dar una sorpresa.

Hacía un día bastante soleado y, a pesar de ir con una maleta de tamaño considerable, a Mario no le importó ir a casa de sus padres andando. Quince minutos de paseo llenos de recuerdos y de encuentros con personas que llevaba mucho tiempo sin ver.

Pasó por su antiguo colegio y allí se detuvo un instante.

«¡Qué difícil era todo en esa época!», pensó.

Recuerdos infantiles pululaban por su mente, algunos más desagradables que otros. En ese momento una ráfaga de recuerdos embadurnó sus ojos. Una extraña situación le recorrió el cuerpo entero como un calambre.

Antes de retomar su camino, se cruzó con un antiguo compañero de clase. Si es que podía llamarle compañero. Uno de esos que le había machacado y se había burlado de él desde cuarto curso. El chico le reconoció y le saludó con una sonrisa y levantando bruscamente la mano izquierda. Se preguntó si recordaría su nombre. Mario, sin embargo, conocía hasta sus apellidos: Carlos López Merino o *Carlitos* como se le conocía en clase. Ahora le sonreía como si nada, como si no le hubiese creado traumas en su infancia. Carlitos le había gritado en varias ocasiones que era un maricón de mierda y había llegado incluso a amenazarle en más de una ocasión cuando estaban solos.

Ahora le sonreía y le saludaba como si nada hubiese pasado. De repente, se le vino a la cabeza una frase que escuchó decir a un profesor:

«Son cosas de niños, no hay que darle importancia».

Esos profesores que no hacían nada para defenderlo de los abusones y que eran tan culpables o más que ellos.

Carlitos no era nada en absoluto comparado con los monstruos que se habían cruzado en su camino. Esos monstruos que probablemente le estarían buscando por toda la ciudad y que seguro seguían haciendo daño a otros chicos. *Los extraños*, como él los nombró, podría ser que estuvieran en ese momento golpeando con los nudillos en la puerta de la casa donde vivía, estarían persiguiendo a otras víctimas o incluso estarían averiguando dónde se encontraba ahora.

«¿Se atreverán a perseguirme hasta mi ciudad natal?», pensó casi temblando.

El terror que sentía le iba a perseguir toda su vida. Daba igual si atrapaban a esos monstruos.

Mario necesitaba empezar de nuevo, pero sentía como si un grueso hilo rojo uniese su columna vertebral con el pasado del que intentaba huir. Tenía que cortar ese maldito hilo como fuera. Podía ayudar a Nerea en todo lo que pudiera desde allí y… No. Prometió volver y no escapar de sus problemas.

Continuó caminando y por cada lugar que pasaba aparecían recuerdos antiguos, olvidados en un cajón. Había de todo tipo: amargos, alegres, traumáticos… La idea de empezar una vida nueva en su ciudad natal comenzó a angustiarle. Solo conocía a algunos compañeros del colegio

y del instituto y con muy pocos de ellos había mantenido una relación estrecha. Sentía miedo y pereza al pensar que debía comenzar de cero y conocer gente nueva. Cada vez se sentía más atrapado, acorralado. Sabía perfectamente que tarde o temprano tendría que volver al lugar del que estaba huyendo. No podía quedarse eternamente porque Nerea iría a buscarle y le contaría todo a sus padres. ¿Y Mercedes? ¿Llamaría a la policía?

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba delante de la casa de sus padres. Al buscar en la mochila descubrió que había olvidado las llaves y no le quedó más remedio que llamar al timbre. Respiró profundamente y pulsó el interruptor que abriría la puerta hacia su próximo escondite.

—¡Sorpresa! —le gritó a su padre nada más entrar por la puerta.

—Pero… ¿Qué haces aquí, hijo? —dijo su padre con los ojos abiertos en su máximo esplendor.

—¡No te alegres tanto de verme! —dijo irónicamente al ver la seriedad de su padre.

Nacho le dio dos besos a su hijo y un abrazo con más duración de lo normal. Ese fue el primer detalle que puso a Mario en alerta porque su padre no era especialmente cariñoso. A su manera sí, pero no mucho.

—He venido unos días, en principio.

—¿Va todo bien? Te noto mucho más delgado, verás cuando te vea tu madre.

—He pasado una época muy rara, pero ha sido solo una racha mala. Hablando de mamá… ¿dónde está?

Nacho permanecía con el rostro bastante serio y, por primera vez en su vida, Mario le vio los ojos llenos de lágrimas a punto de saltar por los aires. Mario estaba destrozado y se temía una mala noticia. Se puso más nervioso cuando su padre le pidió que se sentase.

—¿Qué pasa, papá? ¿Dónde está mamá?

—Está en su dormitorio.

—¿Está enferma? ¿Qué hace en la cama aún?

Y fue allí, en aquel salón de la que ahora sentía como una casa extraña cuando recibió un golpe demasiado duro. Antes de que viese a su madre, Nacho le confesó que acababan de detectarle un cáncer que llevaba devorándola poco a poco y los médicos no tenían esperanzas. Mario se llevó las manos a la cabeza y lloraba desconsolado.

—Llora todo lo que necesites, pero delante de tu madre intenta mantener la compostura. No quiero que nos vea llorar a ninguno de los dos. Sé que es duro y es muy complicado, pero tenemos que evitar que nos vea tristes.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Mario apretó los dientes con la intención de detener la furia que sentía en aquel momento.

—Nos enteramos hace apenas unos días y tu madre no quería… preocuparte.

—¿Mi madre se está muriendo y me entero de casualidad? ¡Me parece demasiado fuerte, papá!

—Baja la voz —susurró con fuerza Nacho—. Ella necesitaba tiempo para contártelo. No esperábamos que llegases de sorpresa, Mario. Entiendo que estés molesto, pero no podemos discutir ahora. Hay que estar bien el poco tiempo que le quede a tu madre.

La conversación se volvió más dura a cada palabra que pasaba. Padre e hijo lloraban desconsolados y abrazados. Mario no recordaba la última vez que había sentido tal conexión con su padre y le dolía darse cuenta de que el tiempo se acababa y no había aprovechado su vida con sus padres. La muerte rondaba aquella casa y, si decidía vivir allí de nuevo, la relación con su padre sería extraña, vacía. Había escapado de una pesadilla para caer de boca en otra. Y le costaba decidir cuál era peor.

—¿Quieres entrar a ver a tu madre?

—No sé si puedo hacerlo —respondió Mario segundos después.

—Voy a entrar primero a decirle que has venido de sorpresa y que ya sabes todo. Ella quizás necesita su tiempo.

—Creo que es buena idea, papá. Gracias.

Mario volvió a quedarse solo en el salón junto a su maleta aún repleta de objetos personales y ropa. Para su sorpresa, su padre no tardó en volver. En cuanto avisó a su mujer de que Mario había llegado por sorpresa, se llenó de alegría y le pidió, deseosa, que entrase a verla.

—Recuerda, hijo. Tienes que ser un hombre y no llorar delante de ella.

Otra vez esa estúpida frase que estaba harto de oír. Mario no quería ser un hombre. Mario quería mostrar sus sentimientos sin que se tratase de una especie de tabú. Estaba muy cansado. Sabía que su padre no lo hacía con mala intención, pero esas palabras dolían como puñales. Acababa de descubrir que su madre estaba muy enferma de cáncer… ¡Qué se supone que tenía que hacer! Él quería llorar y romperse. No podía prometer que no fuera a desmoronarse allí mismo. ¿Podía abrazar a su madre o eso tampoco era de hombres?

Su enfado se mezcló con miedo y dolor provocando que Mario tuviera casi dificultad para respirar. Entró en la habitación despacio, con un nudo enorme en la garganta y rezando para ver a su madre en el mejor estado posible. A pesar de tener un rostro cansado, la sonrisa de su madre le tranquilizó un poco.

—¡Qué sorpresa que ha venido mi niño!

—Mamá… —Mientras abrazaba a su madre con fuerza, intentó pronunciar alguna frase, pero no podía hablar.

—Mi niño… No llores. No dejes que esto te ponga triste. ¡Estás más delgado! Nacho, prepárale al niño algo rico. Si no me doliera todo me levantaba y te hacía las albóndigas que tanto te gustan.

Entre sonrisas amargas se pusieron al día. Mario les contó a sus padres que se había cogido unas vacaciones y que necesitaba cambiar de aires. Saltaba de una mentira a otra con miedo de que se le escapara algún detalle. Bajó tanto sus defensas que estuvo a punto de contarle a su madre que Álvaro había sido asesinado. No podía creerse que hubiera estado a punto de cagarla de esa manera. Ni siquiera había salido del armario y no quería disgustar más a su familia.

Todo volvió a removerse en su cabeza y una pregunta le surgió desde una densa niebla: ¿no iba a contarle a su madre nada antes de que el cáncer se la llevase? Acababa de llegar y ya estaba su vida patas arriba de nuevo.

Mientras Nacho preparaba algo en la cocina, Mario le agarraba la mano a su madre con fuerza aguantándose las ganas de llorar. Ya nada tenía sentido. La pesadilla de la que huía pasó de ser el actor principal a un figurante que permanecía de pie al fondo. Lo que importaba era su madre y solo su madre. El mundo entero podría explotar a cambio de que su madre saliese ilesa de aquella asquerosa enfermedad. Y no sería el primer familiar querido que perdía la vida por un cáncer.

—No pienses ahora en cosas tristes, cariño. Vamos a aprovechar el tiempo.

Mario estaba asombrado con la sonrisa que mantenía su madre y estaba seguro de que la vería luchar hasta el final. Ojalá hubiera heredado la fortaleza de sus padres. ¿Por qué había nacido tan cobarde? ¿O esa fuerza estaba muy oculta y no lo sabía? Una luz interior intentaba catapultarle la idea de que era el momento de contar toda la verdad o, por lo menos, parte de ella. Su madre merecía conocer a su hijo.

—¡Sé valiente de una puta vez! —dijo el fantasma de Álvaro que hasta ahora parecía haberlo perdido de vista—. ¿No te da vergüenza mentirle a tu madre con lo poco que le queda de vida?

Mario pensaba que se había librado de esa parte de su cerebro que lo torturaba. El fantasma que lo atormentaba no se había quedado en el lugar del que huía. Deseó morirse lo antes posible y abandonar aquel mundo de pesadilla.

CAPÍTULO 9.

5445LBV

Cansada de caminar, Nerea se sentó en un banco en mitad de la acera y, sin pudor, se quitó las zapatillas. Con ambas manos masajeaba con rabia los dedos de sus pies intentando aliviar el dolor y la frustración que sentía por no conseguir su objetivo. Estaba acostumbrada a conseguir todo aquello que se proponía porque luchaba con todas sus fuerzas. Pero este nuevo reto se le estaba resistiendo.

Llevaba días, desde que se despidió de Mario en aquella estación de autobuses, buscando el coche y la matrícula de esos bastardos asesinos. Tenía que encontrar un Renault blanco antiguo con una matrícula capicúa y que acabase en *v* o *b*. Había recorrido calle por calle desde la casa donde vivía Álvaro hasta casi el centro de la ciudad. Una y otra vez hacía el mismo recorrido y no había ni rastro del maldito coche.

Días atrás, Mario le había facilitado otro dato muy importante. Recordó la distancia exacta que le marcaba la aplicación para ligar cuando habló por primera vez con *Los extraños*: unos setecientos cincuenta metros. Eso le sirvió a Nerea para trazar un recorrido concreto. ¿Qué probabilidad había de encontrar ese coche por el barrio? Si es que vivían por allí… Por lo menos tenía un objetivo claro para comenzar su búsqueda.

—¿Y si habían vendido el coche o estaba en el desguace? —susurró Nerea derrotada.

Por un momento pensó en pedirle ayuda a Laura o incluso a Mercedes, pero por ahora quería meterse sola en aquel enredo. Laura no tenía los *ovarios* de hacer lo que Nerea se había propuesto. Mercedes, sin embargo, podría ser una buena cómplice, pero aún creía en la justicia. Nerea no pudo evitar sonreír de manera sarcástica. Creer en la justicia le parecía todo un sueño. Solo tenía que poner las noticias para ver la mierda que había en el mundo. Se ató de nuevo las zapatillas y puso rumbo hacia su casa.

«Mañana será otro día», pensó.

Debía descansar, comer algo y darse una buena ducha. Al pensar en eso se le ocurrió otro plan.

—Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —susurró con una leve sonrisa esperanzadora.

Se sintió un poco imbécil por no haber pensado en ese plan antes. Le

pediría las llaves de la casa de Mario a Mercedes y… Su mente se detuvo al recordar lo que odiaba Mercedes a Mario. ¿Seguiría teniendo las llaves o las habría tirado a la basura con rabia? No perdía nada en preguntarle. Y si esas llaves ya no existían por algún motivo, no le quedaría más remedio que apañárselas para colarse. Solo tendría que esperar a que esos cerdos fueran a casa de Mario para agredirle, o a saber qué cosas le harían, y… Por un momento, sintió lástima por Mario. Su cabeza estaba hecha un lío porque no sabía si la había cagado con su amigo. Al fin y al cabo, Mario era otra víctima más.

Ahora Mario no importaba demasiado, solo lo quería de vuelta pronto. Él sí que tenía que ayudarla a cazar a los culpables.

Al llegar a casa ya casi había cerrado por completo su plan y estaba decidida a llamar a Mercedes para pedirle las llaves cuando, de repente, unos gritos, provenientes de unas calles más arriba, la pusieron en alerta. Meditó si entrar en su portal o curiosear lo que ocurría. Eligió lo segundo. Guardó las llaves en el bolsillo y siguió, hipnotizada, el jaleo de la calle.

Parecían dos hombres discutiendo. Voces llenas de rabia que no paraban de soltar tacos e insultos. Estaba cada vez más cerca. A los gritos se sumaban los pitidos de varios coches y supuso que había ocurrido algún tipo de accidente. Al girar la esquina, descubrió un pequeño atasco y, al fondo, pudo ver a los chicos que discutían. Ambos eran jóvenes, aproximadamente de su edad. Por lo visto, uno de ellos había golpeado el vehículo del otro mientras aparcaban.

La gente empezaba a amontonarse alrededor clavando sus miradas en aquel bochornoso espectáculo. Nerea pensó que eran todos unos cotillas sin ser consciente de que ella estaba haciendo exactamente lo mismo. Antes de saber la razón, sus manos comenzaron a temblar y sus pies cansados aceleraron el paso. Su corazón latía con más fuerza, uniéndose así a lo que iba a ser una gran fiesta. La respiración de Nerea se aceleraba a pasos agigantados mientras sus ojos, abiertos como platos, observaban a los dos chicos.

La discusión empezaba a perder ritmo y fuerza. Todo acabó sin un claro ganador. Uno de los chicos entró a una cafetería y el otro entró en su coche para recoger algo que había olvidado. Su mirada siguió a este último. Al parecer había sido el causante del pequeño golpe. Nerea ya se encontraba a escasos metros de aquel vehículo.

«No puede ser…», pensó.

El chico salió de nuevo del coche. Un Renault blanco viejo. Nerea tragó saliva y puso toda su atención en la matrícula: 5445LBV. Coincidía con los datos que Mario le había facilitado. El chico también coincidía físicamente con una de las descripciones que le había

descrito. ¿Era él? No paraba de temblar. Debía de ser una sensación parecida a cuando te toca la lotería, pero impregnada de horror.

Nerea hizo una foto con rapidez al coche y no dudó en seguir a su objetivo. Si todo iba bien, ya no necesitaría colarse en casa de Mario.

—Por mis muertos que no puedo perder a ese tío —murmuró.

Quería hacerle otra foto al supuesto asesino para mandársela a Mario, pero debía ir con pies de plomo, esos seguro que no le dolían tanto como los suyos propios. Nerea aprovechó para sacarle un par de fotos ahora que estaba distraído. No se le veía bien la cara, pero pensó que podría ser suficiente para enviárselas a Mario.

Sin perder al objetivo de su campo de visión, envió las fotos a Mario. Estuvo a punto de chocarse con una farola y eso le dio una pista para que estuviera más atenta. Estaba agotada, pero era el momento de no cagarla. Fue inevitable recordar las palabras de su madre:

«Siempre hay que estar preparados porque puede que consigas en el peor momento lo que llevas buscando toda la vida».

Miraba su móvil esperando que Mario contestase, pero ni siquiera estaba conectado. Necesitaba una respuesta urgentemente y Mario pasaba de ella. Enfurecida, siguió a su objetivo hasta un parque. El chico empezó a hacer unos movimientos raros con los brazos y Nerea no comprendía nada en absoluto. Parecía que solo estaba haciendo el gilipollas delante de su amigo. Un chico de pelo castaño y, aunque le jodía reconocerlo, bastante mono. No estaba a corta distancia, pero Nerea aprovechó para sacarles un par de fotos más. Lo bueno de las nuevas tecnologías era que podías ampliar la imagen desde lejos. Eso debía bastar. El chico de pelo castaño no salía bien porque lo tapaba su amigo. Escribió impaciente en su móvil.

—¡Mario! ¡Contesta de una vez! ¡Te necesito!

Mario seguía sin contestar y sentía unas tremendas ganas de estrangularle. Así que decidió llamarle desesperada. Lo intentó tres veces y, como siempre, no paró hasta conseguirlo.

—Nerea, ahora mismo no puedo hablar —dijo Mario con voz apagada.

—Es muy urgente que veas lo que te acabo de mandar.

—Ha pasado algo grave y no puedo…

—¡Que me escuches! Tienes que ver las fotos que te acabo de enviar. No quiero excusas.

—Mi madre tiene cáncer. Se está muriendo…

El tiempo se congeló unos segundos convirtiéndolos en una amarga espera. Nerea no sabía qué decir. No quería sonar fría, pero no podía

perder aquella oportunidad que el destino le ofrecía.

—Oh… ¡Lo siento mucho! —Aquellas palabras de su amigo le cortaron el aliento.

—Por favor, te pido que me dejéis en paz hasta que mi madre… —Mario tragó saliva y casi se ahogó en sus propias lágrimas—. Solo necesito estar con mi familia. Te prometo que en cuanto pueda vuelvo y os ayudo a hacer justicia.

Y sin mediar palabra Mario colgó el teléfono. Nerea se quedó pálida, con la necesidad de ser egoísta y enfocarse en su objetivo. Pero no podía. Estaba cansada de seguir luchando y la noticia que acababa de recibir la había destrozado más aún. No es que conociera personalmente a la madre de Mario, pero todo parecía derrumbarse a su alrededor.

Se sentó en mitad de la acera y apoyó su espalda contra un coche rojo que estaba aparcado a su lado. Su mente no paraba de gritarle que los buenos estaban predestinados a sufrir y a perder, que no habría justicia y que los hijos de puta siempre ganaban. ¿Para qué seguir luchando entonces?

Un veneno empezó a circular por su cuerpo infectándola de rabia y rencor. Por un momento pensó que Mario le estaba mintiendo y que lo de su madre era mentira. Lo había utilizado para escaquearse, como siempre. Lo mejor sería que viajase hasta la casa de los padres de Mario para asegurarse de que no mentía.

«Pobre Mario si se atreve a mentirme», pensó llena de furia.

Cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente. No quería sentirse sucia y llena de rabia. Ese sentimiento la llevaba por sitios oscuros y acababa refugiándose en el alcohol y en los porros.

No pudo evitar sentirse avergonzada de sí misma y allí, en mitad de la calle mientras algunas personas pasaban por su lado y la miraban con cara extraña, Nerea rompió a llorar. Un llanto que explotó como un volcán que estuviera bloqueado con un tapón de acero gigante. Lloró todo lo que había estado guardando en su interior todos esos meses. Casi se ahogó en su propio llanto, pero, al final, se sintió más que aliviada.

Empezaba a refrescar y pensó que sería justo volver a casa dejando a la mitad lo que había conseguido. A unas malas, ya sabía que podría encontrarle en ese parque y por esa zona. Esos cerdos, si es que de verdad eran ellos, vivían en su barrio, cerca de ella, de sus amigos. Un escalofrío recorrió sus brazos al ser consciente de que podía haberse cruzado con ellos miles de veces: en fiestas, en el transporte público, en las tiendas del barrio… Se sintió ridícula y agotada. Era el momento de volver a casa y recargar las pilas. Aunque le jodiera, no

podía hacer nada más. Solo se le ocurría entrar a ese parque y atacar a esos chicos. Ya no le importaba si se equivocaba o no. Necesitaba destrozar a alguien.

Justo antes de levantarse del suelo, notó la vibración de su móvil.

—¡Es él, joder! ¡Lo has encontrado!

Contestó Mario.

Se puso de pie y miró hacia los cerdos. Ahora podría llamarles así con seguridad. ¿O solo era culpable el chico moreno? Para su sorpresa, ya no estaban en aquel banco. El parque se había quedado vacío de repente como si unos extraterrestres hubieran secuestrado a todo el mundo. Nerea lamentó que se le escapasen y no pudo evitar el impulso de darle una patada en la rueda delantera al coche más cercano.

«Por lo menos ya sé dónde encontraros, hijos de puta», pensó enfurecida y algo esperanzada.

Día tras día, volvía a aquella zona con el enorme deseo de encontrarles de nuevo. No obtuvo beneficio hasta pasados cuatro días cuando volvió a encontrarlos en el mismo banco.

Los observó desde lejos llena de rabia y con la necesidad de matarlos a golpes. Porque una cosa tenía clara y era que necesitaba calmarse antes de realizar su próximo movimiento. ¿Y cuál sería ese movimiento? No tenía ni idea de qué hacer. Estaba totalmente bloqueada y eso conseguía cabrearla. Sabía que necesitaba paciencia y relajarse lo máximo posible. Un paso en falso y lo jodería todo.

Mario le confirmó que el chico moreno era uno de ellos, pero ¿y el otro? ¿El chico de pelo castaño estaba en el ajo? ¿Cuántos eran? Nerea recordaba que Mario le había contado que eran como una especie de secta o algo parecido. Quizás se iba a meter en una zona más peligrosa de lo que pensaba.

Un grupo de chavales se acercó a saludar a los cerdos a los que vigilaba. Todos eran guapos y parecían simpáticos y Nerea no paraba de pensar que todos ellos eran unos asesinos. El chico de pelo castaño había atacado a Mario, pero eso no quería decir que fuera el mismo asesino de Álvaro. Se suponía que también había una chica entre ellos…

—¡Joder! —susurró Nerea intentando escapar de los miles de pensamientos que intentaban volverla loca.

Cuando consiguió tranquilizarse, el grupo de gente había vuelto a dejar a los cerdos solos. No paraban de reírse y Nerea imaginaba lo bien que se lo pasaron matando a Álvaro. Apretó los puños con fuerza para evitar cruzar la carretera que los separaba y matarlos allí mismo.

Ese instinto debía contenerlo lo antes posible. Si en algún momento decidía acercarse a ellos debía prepararse muy bien el personaje.

Mientras ella sufría, los cerdos seguían riéndose y mirándole el culo a todas las chicas que corrían tranquilamente por el parque. Parecían ser unos gamberros normales y corrientes, pero detrás de aquellas risas inofensivas había unos locos asesinos homófobos. No solo eran culpables de la muerte de su mejor amigo, sino que, a causa de aquel maldito vídeo, muchas personas del colectivo habían acabado con su vida y se habían incrementado los ataques homófobos.

«Lo vais a pagar muy caro», pensó.

El chico moreno se puso de pie de repente y saludó a una chica que iba en bicicleta. La chica era bastante alta y tenía un estilo que a Nerea le gustaba. Llevaba un lateral de la cabeza rapada y parecía una mezcla entre *hippie* y moderna. Estuvieron un buen rato charlando bajo la mirada del otro chico que permanecía en el banco sentado. El cerdo y la chica de la bicicleta sonreían como dos estúpidos enamorados. ¿Sería ella la chica que vio Mario antes de que le apuñalaran? Cualquiera que se acercara a esos dos podría ser cómplice.

Mientras la chica se marchaba, los cerdos no dejaban de mirarle el culo y sonreían con la baba casi escapando de sus bocas. A Nerea se le ocurrió que podría hacer como aquella chica. Podría imitar aquel peinado y, aunque no era tan alta como ella, podría usar sus armas de mujer para conquistarles, sacarles información y destruirlos desde dentro.

Por fin tenía claro un objetivo en su miserable vida, pero no podía actuar, así como así. Primero debía dominar su ira y prepararse un buen personaje. Al día siguiente, llamó a una escuela de interpretación. Y no pudo evitar una enorme sonrisa en su boca.

Horrorizada, no pudo evitar levantarse de golpe de la silla. Era incapaz de contener su llanto. Aquello era demasiado duro y se le estaba clavando poco a poco como una estaca en el corazón.

—Déjame que lo haga yo, no tienes por qué pasar por esto —sentenció su ángel de la guarda.

—Quiero hacerlo yo… Pero necesito tiempo. Me cuesta creer que estas noticias sean de verdad. Parecen escenas de películas tétricas para inquietar al espectador.

—Te entiendo perfectamente. Es horrible. El mundo está lleno de cobardes que se envalentonan en manadas.

La noticia a la que se referían contaba la historia de Candela, una mujer trans, que caminaba tranquila por las calles de su ciudad. La chica volvía de su trabajo a las dos de la madrugada. Ser camarera no era el mejor oficio del mundo, pero gracias a eso había podido dejar de trabajar en la calle.

Aquel cuatro de septiembre la vida le tenía preparado un horrible regalo. A unos cincuenta metros de su casa tuvo la mala suerte de cruzarse con un grupo de cuatro chicos que iban bastante borrachos. Candela, al verlos de lejos, agachó la mirada y puso el foco en llegar a su cama y dormir del tirón. Los zapatos negros de tacón la estaban matando y una brisa fresca se colaba entre sus piernas sin medias.

Harta de mirar siempre al suelo y obedecer, Candela levantó la mirada. Al instante, reconoció a uno de los cuatro chicos que se dirigían hacia ella. Había sido un antiguo cliente de cuando trabajaba en la calle. Las miradas de ambos se cruzaron por un leve momento, suficiente para que la risa del chico muriese de inmediato.

El grupo de chicos comenzó a silbar y a gritarle obscenidades a Candela, que intentaba acelerar el paso y llegar a casa lo antes posible. Aunque tuvo miedo de que la siguieran hasta el portal.

El chico que había reconocido a Candela empezó a decirle a sus amigos que era un engendro.

—¡No le digáis nada! ¡Es un puto tío! ¡A mí intentó engañarme!

—¡Vamos a darle una buena paliza a ese tío! —gritó otro de los chicos.

Candela no pudo evitar escuchar lo que gritaban y aceleró aún más el paso. A pesar de la borrachera de aquellos jóvenes, consiguieron alcanzarla casi en su portal. La agarraron del pelo pensando que sería una peluca y la tiraron al suelo. Las patadas se fueron coordinando como si se tratase de una sádica coreografía. Una de las patadas, la decisiva, impactó en la cabeza de Candela provocándole la muerte en el acto.

La luz del portal se encendió y uno de los vecinos bajó las escaleras lo más rápido posible con la intención de socorrer a su vecina. La luz espantó a

aquella manada cobarde que salió disparada de allí.

Los servicios sanitarios no pudieron hacer nada por Candela y la policía no encontró ninguna pista sobre los asaltantes.

—Eso es lo que más me duele de todo. Esos asesinos siguen sueltos por ahí. Continúan con sus vidas como si nada. Besarán a sus novias y a sus familiares como santos inocentes. Esos monstruos tienen que pagar lo que han hecho, joder.

Se alteró más de la cuenta y no le quedó más remedio que tumbarse en el sofá. Su ángel de la guarda le trajo un vaso de agua y le acariciaba el pelo con delicadeza.

—¿Quieres que siga yo preparando el discurso? —le insistió.

—Solo necesito descansar un rato. Pero ahora mismo, no puedo borrar de mi cabeza el rostro de esa pobre chica. Me la imagino recibiendo golpes de esos monstruos y me pongo enferma.

Unas veces imaginaba a Candela siendo agredida y otras cambiaba el rostro de aquella mujer por la de su hijo. Ahí era cuando perdía todo el control. Y no se reconocía a sí misma en absoluto. Eso no le gustaba.

—¿Y si buscamos casos que no hayan terminado en tragedia? —preguntó su ángel—. Estaría genial contar historias de superación para dar algo de esperanza. Así conseguiremos también quitarles poder a los agresores y ganar fuerza para el colectivo.

Ambos se miraron con brillo y esperanza en los ojos. La idea parecía ser una maravilla que concedía la fuerza necesaria para continuar.

—De hecho, si te parece bien, puedes contar mi historia, nuestra historia —dijo su ángel con una sonrisa triste.

CAPÍTULO 10.
EL NACIMIENTO DE ALGO PELIGROSO

Primera cita

Laura estaba deseosa de conocer a Jorge, el chico que había estado conociendo por Tinder. La ilusión por enamorarse de nuevo le ayudaba a perder de vista sus miedos y lo que ella consideraba una vergüenza. Su abuelo y su maravillosa gata disfrutaban de buena salud y eso también la tranquilizaba. Era cierto que le daba un poco de pereza reiniciar el proceso:

CONOCER A ALGUIEN NUEVO

ENAMORARSE

RUPTURA

VOLVER A CONOCER A ALGUIEN

Dentro de la ruptura se abrían muchas posibilidades: acabar bien y tener una relación sana; acabar bien, pero en el fondo seguir enamorada; acabar de manera tóxica; y, por último, acabar de manera tóxica y seguir jodidamente enamorada.

Laura sentía que la sociedad se iba derrumbando poco a poco y que quedar con alguien nuevo era simplemente follar para terminar con un vacío insoportable al final. No paraba de hacerse la misma pregunta una y otra vez: ¿el mundo estaba cambiando y era una antigua?, ¿o nos esperaba la decadencia absoluta?

Como siempre, llegó la primera a la cita. Era demasiado puntual y le tocaba esperar unos minutos. A la hora exacta de la cita, Jorge apareció desde el final de la calle. Las manos de Laura empezaron a sudar compulsivamente y no sabía muy bien qué postura tomar. Su corazón le latía más fuerte a cada paso que daba su cita. Hasta que Jorge llegó hasta su posición.

Se dieron dos besos y empezaron a caminar sin rumbo. Laura había pensado llevarle hasta una famosa heladería de la zona. Solo de pensar en el batido que iba a pedir se le hacía la boca agua: sabor a chocolate con nata y trocitos de galleta oreo por encima.

La cita fue muy divertida, aunque la inseguridad estaba sentada todo el rato a su lado. Una voz le susurraba que el chico se estaba aburriendo y que era demasiado clásica para él. Aquella voz no se detuvo hasta que Jorge pronunció una frase concreta.

—Yo también estoy harto de follar por follar. Busco empezar algo más serio.

Terminaron la merienda y salieron a dar una vuelta por la ciudad. Entre bromas y risas acabaron dándose su primer beso en el recoveco de unos edificios de ladrillos. El contacto de sus labios fue especial. Ese primer contacto de sus bocas era el momento favorito de Laura. La mano de Jorge se paseaba por su pelo provocando que algo en su interior la volviese loca a la vez que varios escalofríos recorrían su cuerpo con la intención de bajar sus defensas.

Laura sintió que se estaba enamorando y eso le jodía. ¿Por qué siempre se enamoraba en la primera cita? ¿Estaba necesitada de cariño? Jorge parecía estar encantado con ella, pero siempre parecía lo mismo y ella era la que acababa jodida. Los últimos chicos con los que había quedado habían desaparecido. Le habían hecho lo que se llama *Ghosting*: parecen ilusionados en la cita, luego dejan de escribirle y no los vuelve a ver en su vida; o, peor aún, se los cruza por la calle y ni la saludan, girando la cara o mirando el móvil con disimulo.

Se despidieron en el portal de Laura dándose un apasionado beso. Por un momento, no fue consciente de que su abuelo les podía haber visto. Y no le importaba, la verdad. Estaba subida en la nube de los primeros besos.

Segunda cita

Bastante nerviosa, Laura se probaba ropa delante del espejo largo y estrecho que tenía en su dormitorio. Llevaba toda la tarde preparándose para la segunda cita. Del armario a la cama volaban vestidos, chaquetas, camisas y pantalones de todos los colores. Ilusionada, fue eligiendo sus primeras opciones. Algunas fueron descartadas rápidamente porque ya no le gustaban, otras estaban demasiado arrugadas y olían a cerrado.

Frente al espejo comenzó a probarse las últimas opciones que le quedaban. Un vestido de lentejuelas no le terminó de convencer y lo lanzó encima de la silla. Era el momento de deshacerse de tanta ropa. Sería mejor donarla más tarde en los contenedores que había en su misma calle.

«Seguro que a alguien le queda mejor que a mí», pensó.

Y de repente, se miró fijamente en el espejo. Allí, en ropa interior de color carne se dio cuenta de que no se gustaba en absoluto. Se agarró su larga melena negra y pensó que a lo mejor le vendría bien un corte de pelo. La idea de pintarse el pelo de otro color quedó descartada al instante.

Miraba con atención sus piernas y no eran tan bonitas como las que se veían en el cine o en redes sociales. Le faltaba ejercicio para tonificar sus músculos y marcar algo más de abdomen. Laura no había pisado

un gimnasio en su vida y no estaba decidida a hacerlo en mucho tiempo. Quizás nunca. Aunque como solía decir Nerea: *Nunca digas nunca*.

«La echo mucho de menos», pensó con tristeza.

Se dio la vuelta y, como pudo, miró sus glúteos. No es que estuvieran mal, pero no eran tan perfectos como los de las chicas que seguía en Instagram.

Se sentó derrotada en su cama y decenas de pensamientos revoloteaban en su cabeza. Estaba harta de que la sociedad vendiese de manera compulsiva un tipo de cuerpo. Parecía que, si no estabas tremenda, no tenías derecho a existir, y eso la frustraba y la cabreaba. A veces pensaba que sería mejor quitarse toda esa mierda de redes sociales. Y justo en aquel momento, decidida, cogió su móvil y desinstaló todas ellas. Respiró profundamente y se sintió aliviada, como si se hubiese quitado un gran peso de encima y por fin fuese libre.

Con el móvil aún en la mano, volvió a mirarse al espejo y pensó que lo mejor sería cancelar su cita con Jorge. Estaba desanimada, se veía fea y gorda y en su mente una voz rebotaba diciéndole que no era lo suficientemente atractiva y que no le iba a gustar a nadie, que era muy antigua para la sociedad en la que vivía y que al final acabaría viviendo sola con su gata.

Soltó el móvil en la cama y, desganada, rebuscó en el último recoveco del armario con la esperanza de encontrar algo que la motivase a seguir con la cita. Como de la nada, encontró un vestido rojo precioso que había comprado hacía tiempo y que jamás lo había llegado a estrenar. Volvió a mirarse al espejo con el vestido delante y le encantó. Pero en su cabeza estaba sembrada ya la inseguridad y no era capaz de salir de casa.

Agarró de nuevo el móvil para cancelar su cita. Abrió el WhatsApp de Jorge y antes de escribir recordó algo importante. Eran unas palabras que su psicólogo le repetía en cada sesión.

«Tienes que hacer planes y evitar estar siempre encerrada en casa. Quedar con amigos y pasártelo bien te ayudará a salir de ese lugar en el que no quieres estar».

Y de verdad que quería salir de esa tortura. Así que, a pesar de lo que le costó, Laura se puso el vestido rojo. Al verse tan elegante, sintió una fuerza interior tremenda. El vestido le otorgó el poder de la confianza y, junto a su pelo negro suelto, se dio cuenta de que no necesitaba tener abdominales y piernas perfectas.

—¡Eres maravillosa! —susurró a su reflejo.

Tras colocarse un colgante con forma de estrella, salió de su habitación. Su abuelo miraba orgulloso la belleza de su nieta y Bagheera se acercó a sus piernas para demostrarle que la quería.

—Si llego a saber que vienes tan preciosa, me arreglo un poco más —dijo Jorge nada más verla.

Se portó como un caballero con ella y terminaron cenando en el sitio más elegante que se podían permitir. Era un italiano al que Laura había ido alguna vez con sus amigas. Y, aunque estaba siendo una velada tan perfecta, la inseguridad se sentó junto a ella de nuevo. No podía ser verdad, aquel chico debía tener algún secreto que lo estropease todo. Y, aunque llevaba toda la razón, Laura apartó aquellos pensamientos lo más rápido posible.

Los dos jóvenes se miraban con los ojos brillantes y la sonrisa tonta de enamorados. Pagaron a medias, aunque Laura intentó pagar primero. Ella era la que trabajaba de los dos y no le parecía justo, pero Jorge se negó. Incluso se molestó un poco. Laura podía notar cómo había ofendido su orgullo de hombre.

Habían comido hasta reventar y decidieron dar un paseo por la ciudad. Las calles estaban más tranquilas de lo normal a pesar de ser viernes. Al pasar por un callejón oscuro y como si se tratase de una película romántica, Jorge la agarró y la besó apasionadamente contra la pared. Jorge condujo su mano a través de la raja del vestido y agarró fuerte una de las nalgas de Laura. A pesar de que ambos deseaban follar en aquel callejón pararon antes de tiempo.

Una brisa fresca hizo que a Laura le entrase un escalofrío. Jorge se quitó la chaqueta y la cubrió con delicadeza. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Sorprendentemente, en esa segunda cita tampoco acabaron en la cama. Era bastante complicado ya que no tenían libre ninguna de sus casas. Laura estaba dispuesta a pagar una habitación de hotel, pero después de la reacción de Jorge al intentar pagar la cena ni se le pasó por la cabeza.

La acompañó hasta el portal de su casa, como de costumbre, y la despidió con un buen beso con lengua. Jorge se quedó en el portal hasta que Laura entró en el ascensor con una permanente sonrisa tonta.

Se tumbó en la cama con el vestido y los zapatos aún puestos. Repasó mentalmente la cita y llegó a la conclusión de que lo que más le gustó fue el momento en el callejón. Los besos apasionados a oscuras ante el peligro de que alguien los viera.

«Jorge no es como los otros chicos», pensó.

La próxima cita sería la tercera y aún no la había forzado a mantener relaciones sexuales ni había huido. Eso decía mucho de él. Se sentía tan cómoda y feliz que su inseguridad aprovechó para atacarla de nuevo. Su voz interior le susurraba que no habían follado todavía porque era una sosa, antigua y con un físico del montón.

—¡Vete a la mierda voz estúpida! —dijo Laura en voz alta antes de quedarse dormida.

La maldita tercera cita

Laura acababa de recibir un mensaje que la puso un poco nerviosa.

—Me quedo solo en casa. La tenemos libre para nosotros dos.

No hacía falta ser muy lista para imaginar el subtexto de aquellas palabras:

«Tengo la casa lista para follar de una vez».

Laura se puso a calcular el tiempo que llevaba sin acostarse con un chico. Antes de la muerte de Álvaro ya llevaba un par de meses y después de lo ocurrido habían pasado como casi ocho meses. Se puso a dar vueltas por la habitación sin saber qué hacer. Debía ponerse guapa para esa cita tan importante. Con los nervios, había olvidado responder a Jorge.

—Estoy deseando verte esta noche.

Miles de pensamientos la agobiaban gritándole que no iba a salir bien, que no iba a dar la talla en la cama. Siguió paseándose por su habitación intentando cambiar sus pensamientos negativos por positivos, como le había enseñado su psicólogo.

Respiró profundamente y, poco a poco, se fue tranquilizando. Miró de nuevo su móvil y tenía otro mensaje esperándola.

—Te recojo sobre las ocho y media.

La espera se le hizo eterna. Aún eran las ocho y prácticamente ya estaba arreglada. En esta ocasión no llevaba un vestido ni nada demasiado estrafalario. Se había decantado por un vaquero roto por las rodillas, una camiseta blanca y una chaqueta vaquera. Todo lo estaba estrenando aquel día. Se había ido de compras días antes para renovar un poco el armario. Sobre todo, compró ropa que la hiciera más moderna. Necesitaba acabar con su imagen de sosa y antigua.

Todos los cambios que estaba haciendo en su vida tenía que contárselos a su psicólogo. Y sospechaba que algunas cosas no le iban a gustar. Ya se lo imaginaba diciendo:

«No se trata de cambiar tu manera de ser por nadie. Tienes que actuar como tú misma te sientas cómoda, sin crearte barreras o personajes ficticios».

En el fondo sabía que en parte llevaba razón, pero quería probar a cambiar algunas cosas.

—¿Estás bien? —le preguntó su abuelo—. No paras de mirar el móvil.

—Perdona, abuelo. Es que vienen a recogerme para salir un rato.

—Me alegro mucho de oír eso, cariño. Te vendrá bien hacer planes y divertirte.

Laura se dio cuenta de que se había metido en terreno pantanoso. No pensaba decirle a su abuelo que había quedado con un chico que había conocido por una red social para ligar. Le daría un infarto después de lo que le pasó a Álvaro. Al recordar aquello se le quedó un horrible sabor de boca, pero era una estupidez. Ya conocía lo suficiente a Jorge para darse cuenta de que no era un chico peligroso. Hasta ahora la había tratado como a una princesa. Estaba dispuesta a poner la mano en el fuego por él. No tenía claro si su relación tendría un gran futuro, pero Jorge era maravilloso.

Agustín no paraba de hacerle preguntas a su nieta: *¿A qué hora volverás? ¿Has quedado con tus amigas o con un chico? ¿Dónde vais?*

El colmo de aquel interrogatorio fue cuando le dijo que tomase precauciones. Fue en ese momento cuando Laura decidió coger su cartera y las llaves para salir de casa. Sería mejor que esperase en la calle. Salió de casa sin darle un beso ni a su abuelo ni a su gata. Estaba demasiado enfocada en su cita y no tenía tiempo para nada más. Se había centrado tanto en cambiar su manera de ser que estaba convirtiéndose en una estúpida.

Jorge, como de costumbre, llegó muy puntual. Eso era un detalle que a Laura le encantaba. Lo miraba feliz y orgullosa de pasear por la calle con él. Se sentía importante, como las chicas populares de su instituto. Paseaba con la cabeza erguida y charlaban sin parar mientras se comían con la mirada. Laura había ganado unos cuantos puntos de confianza.

Jorge le enseñó cada rincón de su casa y le contó que su padre se había ido a una casa rural con unos amigos.

—Desde que murió mi madre, mi viejo está metido en una horrible depresión —le explicó—. No sé qué más hacer con él.

—Vaya… Lo siento mucho.

De pronto, para evitar que la cita cayese en la tristeza, Jorge se le tiró encima y empezó a darle bocaditos en el cuello. Lo que provocó que Laura se derritiese. Sus cuerpos empezaron a ganar temperatura y antes de que estallasen, Laura detuvo aquel intenso momento.

—¿Vemos una peli?

—Tenemos toda la noche para nosotros solos —dijo Jorge mientras continuaba dándole besos por todas partes.

Sus manos no paraban de tocar todo el cuerpo de Laura hasta que paró en seco al notarla incómoda.

—¿Eres virgen o qué pasa?

Laura notó por primera vez un tono oscuro en las palabras del chico.

—No, no es eso… He pasado una mala racha y estoy un poco desentrenada a la hora de ligar. —Laura empezó a reír para quitar importancia al asunto.

Al final empezaron a ver la peli antes de lo previsto acompañados de *pizzas* y cervezas. Laura seguía con la idea metida en la cabeza de parecer más guay y pensó que beber le ayudaría a desfogarse. El alcohol se iba apoderando de su cuerpo y poco a poco iba consiguiendo su objetivo.

Cuando la película llevaba una hora y veinte minutos, la pareja empezó a besarse cada vez con más pasión. Jorge le quitó la ropa lentamente mientras atacaba de nuevo su cuello y sus pechos. Laura se dejó llevar todo el rato y parecía que, gracias al alcohol, conseguía concentrarse. La cosa parecía ir bastante bien.

A la mañana siguiente, Laura se despertó en aquella casa desconocida con un horrendo dolor de cabeza y sin saber lo que había pasado. Le dio mucha rabia no recordar nada de su primera vez con Jorge y comenzó a frustrarse, como era ya habitual.

—Bueno… espero que poco a poco vaya recordando algo —dijo con la intención de relajarse.

En ese momento, Jorge salió de la cocina mordiendo una tostada con mantequilla.

—¿Quieres algo de desayunar antes de irte? —preguntó mientras se rascaba el abdomen.

Laura sintió que su cita ideal la estaba echando de su casa sutilmente.

—No. No te preocupes… Desayunaré en mi casa.

Aunque le doliese reconocerlo, Laura se dio cuenta de que Jorge le hablaba de manera más fría. Iba a pasar lo que temía desde el principio. Después de follar, Jorge pasaría de ella.

Se vistió y cogió sus cosas con tristeza. Antes de salir de aquella casa, de la que suponía que no volvería a entrar, le dio un beso en la mejilla a Jorge.

«¿Volverían a verse?», pensó derrotada.

La respuesta era afirmativa.

CAPÍTULO 11. TERCERA CITA (VERSIÓN JORGE)

Estaba harto de esperar. Había tardado demasiado en follarse a alguna chica y Alfonso no paraba de meterse con él. Como muy tarde, siempre conseguía llevárselas a la cama en la segunda cita. Laura cada vez estaba más borracha e intuía que no tardaría en dormirse. Así que tenía que actuar pronto.

Mientras aquella chica de piel clara seguía luchando por intentar ser *sexy* mientras hablaba, Jorge recordaba lo que había pasado con Beca aquella noche. Estaba enamorado de ella, eso era algo que no podía remediar. Usaba a Laura para olvidar a Beca sin conseguir su objetivo.

Su amistad con Alfonso estaba por encima de todo y no iba a permitir que una mujer estropease su relación. A su alrededor todo parecía desmoronarse y sus escapadas con Laura parecían un nuevo refugio, al fin y al cabo.

Laura le empezó a tocar la entrepierna con dificultad. El alcohol no se lo estaba poniendo fácil. Jorge la agarró de los brazos y la tiró a la cama con bastante velocidad y con poca brusquedad, lo que provocó que el cuerpo de la chica rebotase en el colchón. La fue desnudando, poco a poco, hasta que Laura se quedó medio dormida. Murmuraba cosas sin sentido, pero Jorge no le prestaba atención.

Recorrió el cuerpo de Laura con su lengua húmeda hasta desembocar en el ombligo. Los susurros de la chica menguaron de repente, pero Jorge decidió que terminaría lo que había empezado aquella noche.

«Acostarte con ella será el primer paso para olvidar a la novia de tu mejor amigo», le susurró su propia voz interior con gravedad.

Cogió el condón que guardaba siempre en su cartera para emergencias, se desnudó con prisa y empezó a penetrar el cuerpo dormido de Laura antes de que se le bajara aún más el calentón. Era la primera vez que se follaba a una chica de aquella manera y tardó mucho más de lo que esperaba. Cansado, estuvo a punto de rendirse, pero solo le bastó con cambiar el rostro de Laura e imaginarse el de Beca. Al terminar se sentiría mal, pero necesitaba correrse como broche final.

Terminó con fuerza mordiéndose el labio inferior. Luego se tumbó en un lado de la cama y miró a Laura que seguía dormida a causa del alcohol.

Por un momento, Jorge se sintió mal, pero pronto justificó lo que había hecho con el pensamiento de que era lo que ella quería, por eso

había ido a su casa. Ella lo había provocado y era culpa suya haberse quedado dormida.

«Los hombres de verdad no se sienten mal por cosas como estas», volvió a susurrarle el monstruo que estaba encerrado en su interior.

Al quitarse el preservativo, se dio cuenta de que un nuevo problema se sumaba a la lista que parecía desbordarse de un momento a otro. El condón estaba roto. Unas pequeñas partes de Jorge viajaban ya por el interior de Laura luchando por llegar a su destino final.

«Sería muy mala suerte que esta idiota se quedase preñada de mí», pensó antes de quedarse totalmente dormido.

CAPÍTULO 12. MADRES DESESPERADAS

Aquella espantosa mañana, Mayte se había levantado de malhumor y con un dolor insoportable en todo el cuerpo. Normalmente siempre despertaba con buena energía y con unas ganas tremendas de desayunar, pero parecía que aquel día el universo pretendía alertarla de la tormenta que estaba a punto de entrar en su preciado hogar.

El timbre de la puerta sonó impidiendo que le diera el primer bocado a su segunda tostada de la mañana. De mala gana, Mayte se levantó de la silla arrastrándola y provocando un desagradable sonido que le arañó los tímpanos. Se limpió las manos y la boca con una servilleta mientras se preguntaba quién demonios se atrevía a molestarla.

Natalia, la madre de Luis, esperaba al otro lado de la entrada. La falda de tubo blanca y la blusa dorada junto a grandes cantidades de maquillaje no podían eclipsar sus ojeras que le llegaban hasta los pies. Parecía que había envejecido unos cuantos años más de golpe. Siempre iba arreglada a todas partes, pero la desaparición de su hijo había dejado su vida patas arriba.

—¡Buenos días, Mayte! Perdona que te moleste a estas horas. ¿Puedo pasar?

—¡Claro que sí! ¡Buenos días! —respondió Mayte con una sonrisa falsa en su rostro e intentando ser lo más amable posible—. ¿Has desayunado?

—No. Llevo sin comer bien desde que desapareció mi hijo.

Mayte ni siquiera se molestó en recomendarle a Natalia que comiese algo. Le urgía acabar con ese asunto lo antes posible. Se sentaron en el sofá de aquel amplio salón que olía a jazmín. A Natalia le temblaban las manos mientras hablaba y Mayte, en cambio, intentaba sofocar el nerviosismo que devoraba sus entrañas.

Natalia sacó de su bolso *Chanel* negro un papel blanco y arrugado, como si miles de manos lo hubieran agarrado una y otra vez. Mayte esperaba curiosa para conocer lo que había en esa especie de carta escrita a ordenador.

—¿Está tu hijo en casa? —soltó Natalia mirando hacia los dormitorios.

—No. Hoy ha pasado la noche en casa de su novia. ¿Qué necesitas, Natalia? Ya han hablado todos con la policía y no sacaron nada en claro. Solo que Luis llevaba un tiempo bastante… despistado.

—Anoche no podía dormir, como otras tantas noches, y he rebuscado por todo el dormitorio de Luis. No he parado hasta encontrar esta nota debajo del colchón… ¡Qué mierda es esta! —dijo enfurecida.

—Dímelo tú. ¿Qué es?

Natalia le ofreció el trozo de papel.

Mayte observó con detenimiento todos los detalles de aquella carta, aunque lo último que le apetecía era leer.

No sé ni cómo empezar…

Sé que voy a haceros mucho daño, pero no me queda otro remedio.

Me siento perdido y necesito encontrarme.

Quizás busque trabajo en otra ciudad o quizás vuelva lo antes posible. No lo sé…

Tengo la cabeza hecha un lío.

Estaré bien, no os preocupéis.

Os quiere,

Luis.

—¡Qué mierda es esta! —repitió Natalia—. ¡Esto no lo ha escrito mi hijo ni de coña! ¿Marcharse de casa porque tiene la cabeza hecha un lío? Mi hijo no sabe ni hacer la cama, por el amor de Dios. ¡Cómo coño se le va a pasar por la cabeza…!

Natalia rompió a llorar y Mayte fue con desgana a la cocina a por pañuelos.

—Bueno… Parece que has encontrado algo importante. Creo que has descubierto la solución al acertijo de Luis.

—¡Que no, joder! —dijo Natalia dando un pequeño golpe en la mesita del salón como si fuera suya. Y lo peor de todo es que no se disculpó.

—Tranquila, Natalia. Sé que estás pasando por un infierno, pero por lo menos sabes que está sano y salvo. ¡Ya verás como pronto se da cuenta de su error y vuelve a casa, mujer! Nuestros hijos son muy jóvenes para independizarse.

—No tiene sentido. ¿No te das cuenta? Si mi hijo hubiera escrito esta carta, la habría dejado en su escritorio, en mi dormitorio o… en un lugar en el que yo la viera nada más entrar a casa. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Ahí llevaba toda la razón. Esa carta no tenía ninguna lógica y Mayte no podía hacer otra cosa que darle la razón a aquella madre desesperada. Ella estaría en la misma situación si Alfonso desapareciera.

Mayte intentó calmar a Natalia con delicadas palabras, pero consiguió el efecto contrario. Natalia se levantó del sofá como si algo en su interior le impidiese estar tranquila, como si un pequeño gusano la estuviera consumiendo por dentro. Se paseaba de un lado a otro sin

parar, generando una exagerada ansiedad y poniendo nerviosa a la dueña de aquella casa.

—Esto no me cuadra. Estoy convencida. Alfonso y los demás tienen que saber algo. Ellos estaban juntos siempre y no me creo que mi hijo no les haya contado su plan.

Natalia se llevó la mano a la cabeza en señal de cansancio físico y mental.

Mayte ya no sabía qué hacer con aquella mujer histérica. Se había levantado con el pie izquierdo y tenía que morderse la lengua constantemente para no estallar. En su cabeza, imaginaba cómo la estrangulaba con sus propias manos para que se callase de una vez.

De pronto, Natalia estaba justo delante de ella preguntándole si la estaba escuchando, agitando sin parar aquel trozo de papel con la mano. Lo siguiente que escuchó Mayte fue que iría de nuevo a comisaría para enseñarles la supuesta carta de Luis.

—Si crees que lo mejor es llevar la carta a la policía, yo te apoyo, cariño. Aunque te puedo asegurar que los chicos no saben nada. He hablado con ellos y me han asegurado que lo único sospechoso es que Luis se comportaba de manera extraña y que no soltaba prenda.

—Sí… en casa se portaba de la misma manera.

Parecía que Mayte había conseguido encontrar la manera de calmar a la primera visita del día.

—Llevaba semanas, incluso meses que apenas nos miraba a la cara y siempre hablando lo justo. Su padre intentaba hablar con él y no conseguía sacarle nada en concreto. Y a su padre siempre le cuenta todo. Tienen una relación maravillosa. —Aquellas últimas palabras parecieron herirla.

—Bueno… es algo normal entre los jóvenes. Tienen sus movidas, como ellos dicen. Yo estoy convencida de que Luis volverá pronto. —Mayte agarró de la mano a Natalia para reducir su tensión—. Seguro que se ha ido con alguna chica o algo por el estilo.

—No haría eso sin decirnos nada —dijo rendida.

Parecía que la situación estaba extinguiéndose, pero una pequeña recaída volvió a incendiarlo todo.

—No sé, Natalia… Lo único que se me ocurre es que… se enfadase contigo o con tu marido y se fue de casa.

—¡Cómo se te ocurre pensar eso! Nuestra relación es de lo más normal. Ambos trabajamos demasiado y no pasamos mucho tiempo con él, pero eso no es motivo para que se marche de casa.

Natalia no paraba de hablar y Mayte observaba con asco la pequeña

verruga que tenía muy cerca del labio superior. Le daba grima y necesitaba que cerrase el pico y que se marchase de su casa.

Natalia se marchó rota y sin conseguir su objetivo principal: encontrar alguna pista sobre el paradero de su hijo.

Mayte respiró aliviada y soltó un pequeño bufido al haber recuperado la tranquilidad de su hogar… Aunque por poco tiempo. El timbre de la puerta volvió a sonar. Cerró los ojos y, molesta, volvió a la entrada pensando que Natalia habría olvidado algo.

Abrir aquella puerta lo cambiaría todo y pondría en riesgo la muy poca estabilidad emocional que le quedaba. Sus manos temblaban sin parar y la que agarraba el pomo amenazaba con perder las fuerzas y caer.

Natalia solo había sido el amargo aperitivo de aquella mañana con nubarrones dibujados en el cielo. Su verdadera pesadilla la miraba de pie en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO 13. ¡CUÁNTO TIEMPO!

Mientras Mayte temblaba de miedo, el hombre misterioso empujaba la puerta para colarse en la casa. Parecía tratarse de un juego de fuerza. La partida estaba bastante reñida e incluso Mayte estuvo no solo a punto de ganar, sino también de pillarle la mano a la segunda visita del día.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Mayte sin parar y llena de miedo.

El hombre empujó con todas sus fuerzas a Mayte hacia atrás y, después de entrar en la casa, cerró la puerta con rapidez.

—Tranquila. Solo quiero hablar contigo.

Mayte se sentó aterrada en el sofá sin la suficiente fuerza como para enfrentarse a su pasado. Estaba encerrada en casa con su peor pesadilla y no podía escapar. Por primera vez en su vida, su cuerpo no le respondía. Se sentía como un pajarillo encerrado en una jaula demasiado pequeña. Sus manos seguían temblando y el hombre se paseaba por la casa como si nada.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Mayte con una voz casi apagada.

El hombre salió de la cocina con un vaso de agua y se lo ofreció.

—Eso no importa ahora. Aunque he de reconocer que me ha costado muchísimo encontraros a Alfonso y a ti.

Al mencionar a Alfonso, Mayte cayó en la cuenta de lo que podría ocurrir si su hijo entraba en ese mismo instante por la puerta. Se puso de pie con tanta fuerza que le dio un susto de muerte a aquel invitado inesperado. Su cabeza le dolía cada vez más y sentía que una avalancha de rocas se le echaba encima.

—¡Vete de aquí antes de que vuelva Alfonso! ¡Te lo pido, por favor!

—Alfonso está jugando al fútbol con sus amigos. No te preocupes.

Mayte se dio cuenta de que aquel fantasma los tenía bien controlados. Se le pusieron los pelos de punta al imaginarse el tiempo que llevaba siguiéndolos y observándolos.

—Déjame hablar y te quedarás más tranquila.

—¡Tú estás muerto para nosotros!

Mayte golpeó sin querer la mesita del salón y derramó el vaso de agua que se le había ofrecido anteriormente. La mesa parecía que no iba a sobrevivir a aquella mañana.

La conversación siguió elevándose y los gritos saltaban por las

ventanas. Mayte bajó la voz para evitar que los vecinos se enterasen de todo. Lo único que le importaba era que Alfonso no se enterase de quién les había visitado.

—No tienes derecho a volver ahora después de tantos años. Alfonso cree que estás muerto y no voy a permitir que nos separes. Haré lo que tenga que hacer, créeme.

—Es que no quiero separaros. No vengo a destrozar vuestras vidas. Quiero continuar con la mía. Por eso estoy aquí, porque necesito… algo importante.

Mayte se sintió más dolida aún con aquella respuesta. En el fondo, necesitaba oír una disculpa de su —todavía— marido. No estaba preparada para que volviera con ellos, pero se había imaginado cientos de veces que caía rendido de nuevo a sus brazos.

Habían pasado veinte años desde la última vez que lo vio. Desde aquel terrible día que descubrió que le mentía y que… Mayte no era capaz de recordar aquella aberración.

Soñaba todas las noches con que le perdonaba porque él se arrepentía y volvían a formar una preciosa familia. Las noches pasaron y Emilio, su marido, no volvía. Los celos, la rabia y la frustración se mezclaron creando una nueva versión de Mayte.

Al huir de la casa que con tanta ilusión había comprado con Emilio empezó una nueva vida y escapó hacia otra zona libre de pecados y malos recuerdos. Fue exactamente un año después cuando se rindió y se dio cuenta de que su marido jamás volvería con ellos. Hasta ahora. Aquella mañana tan larga, su marido estaba de pie en el salón y ambos se miraban a los ojos envueltos en una extraña sensación. Mayte parecía un poco más calmada y lo observaba detenidamente. Tenía un poco más de barba de lo habitual, vestía de manera elegante y parecía que por su rostro no había caminado el tiempo. Lo veía mejor de lo que esperaba y eso le jodía demasiado. Estaba más guapo y feliz que cuando estaba con ella. Lo odió con todas sus fuerzas por eso. No era justo que, con todo lo que ella había sufrido, su marido fuera feliz.

—¿A qué coño has venido entonces? —preguntó Mayte cansada de discutir y gritar—. ¿A qué has venido si no es para recuperar a tu familia?

En lugar de responder, Emilio se dirigió hacia el mueble que había en la entrada y revisó una por una todas las fotografías de su hijo. Había de todo tipo: Alfonso meses después de nacer, Alfonso disfrazado de Peter Pan, Alfonso en su graduación… Emilio sonrió y se le iluminaron los ojos con un brillo de emociones mezcladas.

—Lo has criado bien —confesó Emilio—. ¿Sabes qué? Lo reconocí la

primera vez que lo vi.

Mayte no tenía ganas de seguir escuchando a su marido, pero Emilio parecía dispuesto a hablar durante un rato.

—La primera vez te vi a ti sola. He conducido por toda la ciudad. He perdido días y noches buscándoos por distintos barrios, fui al norte a hablar con tu padre…

—¿Hablaste con mi padre? —dijo Mayte molesta.

Emilio cerró los ojos unos segundos. No quería confesarle que su suegro fue el que le dijo que seguían viviendo en la misma ciudad.

—Fui a visitarle hace unas semanas. Le supliqué que me diera alguna pista sobre vuestro paradero. Le prometí que solo hablaría contigo para pedirte un favor y retomaría mi vida. Puedes estar tranquila porque no le dije la razón de nuestra separación.

—¡No te vuelvas a acercar a mi familia, me oyes! —dijo Mayte amenazante.

Ya no parecía tan nerviosa y había recuperado parte del control de su cuerpo. Poco a poco volvía a ser tan peligrosa como siempre.

—Después de verte por la calle por primera vez —continuó Emilio—. Te seguí hasta esta casa. Días después vi salir a nuestro hijo del edificio.

Las palabras *nuestro hijo* se hundieron como un puñal en el corazón de Mayte.

—Sabía perfectamente que era él. La última vez que lo vi era un enano y ahora lo he visto convertido en un hombre. Un montón de imágenes aparecieron por mi mente en escasos segundos. Fue inevitable que me recordase a mí de joven.

—No te atrevas a compararte con Alfonso. —Mayte se puso de pie junto a Emilio—. Mi hijo no tiene nada que ver contigo en absoluto. Él es un hombre de verdad.

—Tienes razón… En el fondo me encantaría conocerle, pero lo mejor es que siga pensando que estoy muerto. Si sirve de algo, quiero decirte que debes estar orgullosa de…

—¿Vas a seguir haciéndome la pelota o me vas a decir de una puta vez lo que quieres? Porque estoy bastante intrigada, la verdad. Si no quieres conocer a tu… A Alfonso, no se me ocurre otra cosa que necesites de nosotros. ¿Acaso te estás muriendo y quieres mi perdón?

—Siento decepcionarte, pero no se trata de eso.

—¿Entonces?

—Necesito que me firmes los papeles del divorcio. Voy a casarme de

nuevo.

Mayte sintió otra punzada en el corazón. Hubiera preferido que Emilio tuviera una enfermedad terminal o que quisiera conocer a Alfonso.

—Te prometo que si me das el divorcio, no nos volveremos a ver.

Mayte no sabía si reír o llorar. No podía prometer que pudiera permanecer de pie y volvió a sentarse en el sofá.

—¿Vas a casarte con… otra?

—Sabes perfectamente que no es así —dijo Emilio molesto.

—Así que sigues en las mismas. Sigues metido en eso.

El rostro de Mayte reflejó una expresión de lástima en su máximo esplendor.

—No estoy metido en nada, Mayte. Y sí, me siguen gustando los hombres. Voy a casarme con otro hombre. —Emilio remarcó con fuerza esa última frase, pero sin la intención de herir o provocar a su mujer.

Mayte respiró profundo para esquivar las náuseas que habían viajado desde su estómago hasta su garganta. Se llevó la mano a la frente y no pudo evitar reírse.

—Siento mucho que seas así. No sé qué fue lo que te pasó para abandonar a tu familia y tener esa vida tan… Eres un desgraciado a pesar de vestir elegante y arreglarte cada mañana para que tu futuro marido marica te vea atractivo.

Mayte escupió a Emilio con rabia.

—¡Arderás en el infierno y nunca serás feliz! ¡Puto desgraciado de mierda! ¡Ojalá cojas la peor de las enfermedades y te consumas poco a poco! ¡Me das asco!

Mayte miró a su alrededor en busca de algún objeto para lanzarle a su enemigo a la cabeza. En el último momento pensó que nada de lo que tenía merecía ser destruido. Su marido no valía la pena.

Emilio se acercó a la puerta huyendo de los insultos de su mujer. No quería ni le convenía enfurecer a Mayte aún más. Estaba lejos de conseguir su propósito y si la amenazaba con hablar con Alfonso corría el riesgo de espantarla y perderlos de vista de nuevo.

—En unos días volveré con los papeles. Solo tienes que firmarlos y me perderás de vista. No te pido nada más. Es lo mejor para los tres.

Antes de salir por la puerta, Emilio volvió a coger una de las fotos de Alfonso, la guardó en su abrigo y salió por la puerta sin apartar su mirada de los ojos destrozados de su mujer.

—Y no vuelvas a huir, por favor.

Pasado y futuro se habían revuelto como la arena de una playa después de un oleaje. La casa se quedó en silencio en comparación con la mente de Mayte. Odiaba perder y, automáticamente, estaba trazando un plan para darle la vuelta a la partida.

CAPÍTULO 14. EL PARTIDO DECISIVO

La televisión estaba más alta de lo normal y Beca empezaba a perder la paciencia. Por el contrario, Alfonso miraba hipnotizado el partido más importante de la temporada. Pero aquella noche, se iba a disputar algo más intenso que eso.

Cuatro latas de cerveza permanecían recostadas y aplastadas encima de la mesa, acompañadas de bolsas de patatas con muy pocos restos en su interior. Beca miraba su móvil agotada y aburrida. Odiaba ver los partidos de fútbol. De vez en cuando, le lanzaba a su novio miradas despectivas. Cuanto más gritaba, más asco le daba.

—¿Puedes bajar un poco la puta tele? —pidió amenazante.

Para evitar discutir y que la voz de Beca no le dejase escuchar el partido, Alfonso bajó el volumen de inmediato. Aun así, Beca tenía ganas de bronca.

—¿Ha dicho algo más tu madre sobre Luis? Estoy aburrida. Necesito acción y continuar con nuestro propósito. No ha servido de nada todo lo que hemos conseguido. El vídeo hizo efecto, pero ya ni existe. Los pacientes andan a sus anchas y a saber si nos van a denunciar.

—¿Quieres callarte, joder? No escucho nada.

Pero Beca no quería callarse.

—¿Dónde están las carpetas de los pacientes? ¿Dónde escondiste todo por si la policía registraba este local?

—¿De verdad tienes que darme el coñazo ahora, en medio del mejor partido del año?

Cruzaron miradas desafiantes cargadas de fuego. Por un momento parecía que Alfonso había ganado la partida. Hasta que Beca agarró el mando de la televisión y cometió el error de pulsar el botón de apagar. Alfonso se levantó de golpe del sofá e intentó arrebatárselo. Luchaban con la misma intensidad con la que follaban. Para evitar que Alfonso se lo quitase, Beca estrelló el mando contra el suelo, el cual salió disparado en varios pedazos.

—¿Estás contenta, cariño?

Finalizó en ese momento la primera mitad del partido y Alfonso tenía unos minutos para tranquilizar a su chica y que lo dejase en paz. El alcohol circulaba por su sangre y permanecer de pie se le hacía un mundo.

—Necesito que tu madre nos deje actuar.

—¿No entiendes que hay que esperar un poco más? Solo hasta que la policía deje de buscar a Luis.

—¡Hijo de puta! —gritó apretando sus puños con fuerza—. Sabía que ese capullo nos iba a joder los planes.

—Esperemos que no hable con la policía ni le cuente nada a su familia.

—¿Dónde se ha podido meter? ¿Qué pretende? ¿Se ha ido, así como así?

—No tengo ni idea… ¿Tenemos que hablar ahora de eso?

La impotencia de estar paralizados en aquel momento se convirtió en frustración. Alfonso vio demasiado triste a su novia y pensó que tendría tiempo de contentarla antes de la segunda parte del partido.

—No te preocupes. Todo va a salir bien. El tonto de Luis volverá con el rabo entre las piernas. Jorge y yo le daremos una buena paliza para que sepa que esto no es un juego. Su madre dejará de joder y podremos volver a la caza. Piensa que, gracias al vídeo, ya hay muchos como nosotros por todo el país. Hemos conseguido algo grande.

—Te recuerdo que la idea fue mía —dijo acercándose un poco más a Alfonso.

—La policía lo eliminó rápido, pero no lo suficiente para que tu gran idea diese un gran resultado.

Se acercaron cada vez más. Alfonso pensó que sería buena idea atacar el cuello de Beca, pero ella se apartó.

—No te hagas de rogar —dijo Alfonso persiguiéndola.

—¡Que no quiero!

Beca intentó escapar de las manos fuertes de Alfonso sin éxito. Parecía como si el alcohol le hubiese dado unos puntos extras de fuerza. La estampó contra la pared como tantas otras veces lo habían hecho en ese mismo local. Aunque esta vez no acabaría de la misma manera, pero sí con la misma intensidad.

—¡Suéltame! —Beca se liberó de su captor.

—Sabes perfectamente que no quieres que lo haga —dijo Alfonso pensando todavía que se trataba de un juego.

Continuaron forcejeando. Parecía como si Beca en realidad no quisiera follar con él. Y eso le enfureció. Sintió por su cuerpo algo parecido a aquella noche en la que agredió a aquel paciente y acabó reventándole el jarrón en la cabeza. Esa sensación era exactamente igual. En aquel preciso momento podría ser capaz de matar a su novia, por accidente, provocado por su furia. ¿De dónde había nacido aquel instinto asesino? ¿O había estado impregnado siempre con ese sentimiento?

El arañazo que le propinó su novia en la cara le despertó de aquellos

breves pensamientos.

—¿Qué haces, zorra? —Alfonso llevó su mano a la mejilla.

—¡Te he dicho que no quiero!

—¿Desde cuándo no quieres? En todo este tiempo que llevamos juntos no te has negado ni una sola vez.

—En cambio, tú lo has hecho bastantes veces y yo no me he quejado.

Alfonso tuvo que guardar silencio porque Beca había soltado una gran verdad. No podía perder de aquella manera, tenía que darle un giro.

—¿Por qué no quieres?

—¡Joder, pues porque no me apetece! ¡Porque estoy enfadada contigo! —Beca intentó huir de la mirada de su chico, pero Alfonso la agarró de nuevo.

—Mírame a los ojos.

Alfonso consiguió justo lo contrario. Beca rehuyó aún más su mirada.

—¿Te estás follando a otro tío?

Beca lo miró a los ojos desafiante y en silencio.

—Sabes que no soy de esas…

—Puede que no lo hayas hecho todavía, pero lo tienes en mente. Te conozco de sobra y lo sabes.

Beca estaba empezando a cansarse de aquella situación y tenía ganas de volver a casa y liberarse de aquel lastre.

—Has bebido demasiado. Vete a casa a terminar de ver el partido, anda —dijo Beca con suavidad para no enfurecer más aún a la bestia interior de Alfonso.

—No, no me voy a ir hasta follarte —dijo sonriendo y acercándose más a su chica.

Volvieron a forcejear, impactando golpes el uno contra el otro. No solo ellos resultaron heridos, sino que algunos muebles se destrozaron en aquella trifulca.

Alfonso no pudo evitar que Beca cogiese unas tijeras que estaban en la misma estantería donde debía estar la carpeta con la información de sus pacientes.

—¡Aléjate de mí, borracho de los cojones! No te acerques o te juro que te clavo las tijeras —gritó Beca saboreando el miedo en sus labios.

—No tienes lo que hay que tener para hacer eso a tu novio. Follaremos cuando yo te diga porque para eso eres mía —dijo expulsando un fuerte olor a cerveza por su boca.

—Sabes perfectamente que sí soy capaz de hacerlo. ¿Y sabes qué te

digo, imbécil? A partir de ahora ya no eres mi jodido novio ni soy tuya. ¡Se acabó! ¡Ya no te soporto más!

Las carcajadas de Alfonso rebotaban en el local hasta que intuyó que Beca iba completamente en serio. Aquella novia obsesiva y celosa le acababa de dejar y ese no era el final que esperaba. Había pensado cientos de veces en aquella ruptura, pero nunca la había imaginado de esa manera. Siempre era él el que terminaba cortando aquella relación tan dañina.

Había hablado con Jorge siempre sobre el carácter tóxico de Beca y le preocupaba que se volviera loca de celos y rabia. Así que cuando Beca dijo aquellas últimas palabras en la noche que se retransmitía el mejor partido del año, se sintió aliviado. Y no solo eso, lo mejor de todo era que no le importaba en absoluto quedarse soltero. Sintió como si hubiera conseguido desatascar una tubería interior llena de mierda y de sentimientos frustrados.

Ninguno de los dos dijo nada más. Alfonso comprobó que aún le quedaba algo de cerveza. Se la bebió de un trago, la estrujó y la tiró en la mesa, junto a las otras. Miró hacia la televisión y vio que la segunda parte del partido iba a comenzar. Ya no le importaba si su equipo perdía o no porque él había salido ganando aquella noche.

Le dedicó una última mirada a su ya exnovia que parecía estar congelada como una estatua y con las tijeras todavía en la mano, pero que ya no las agarraba con tanta fuerza, como si ya estuviera a salvo. Sabía que su ruptura traería problemas y que su grupo se había roto en mil pedazos. Aun así, salió de aquel lugar aliviado y con una sonrisa.

CAPÍTULO 15. NAUSEABUNDO

Laura llevaba unos días extraña y triste. Aunque aquel día era especial porque iba a hablar con Mario por videollamada. Algo era algo, ya que no podían verse en persona. Habían hablado un par de veces por teléfono desde que se marchó y tenía muchas cosas que contarle. Y con muchas cosas se refería a Jorge y que seguía yendo a terapia. Pero no quería aburrir a su amigo con eso. Había pasado más tiempo del que esperaba y Mario no tenía pinta de volver.

«Si no vuelve, Mercedes llamará a la policía», pensó preocupada.

¿Debían haberlo hecho ya? La situación era muy incómoda. Sentía que cada una de ellas habían continuado con su vida y habían olvidado lo más importante: encontrar a los asesinos de Álvaro. Sabía que Nerea se estaba encargando de encontrarles, pero… Si los policías estaban metidos en el ajo no iban a conseguir grandes cosas. ¿Qué demonios podían hacer? Rápidamente la voz de Nerea le dio una respuesta: *Haremos justicia nosotras*. No quería verlo, pero el día que encontrasen a los asesinos, si los encontraban, se desataría una guerra entre dos bandos. No había otra solución de por medio.

El sonido de la videollamada la sacó de golpe de sus pensamientos. Al otro lado de la cámara le esperaba Mario que no paraba de saludar con la mano. Era inevitable darse cuenta de lo cansado y deteriorado que estaba. A pesar de la baja calidad de la cámara, se notaba también que le costaba mostrar una sonrisa y que sus ojos luchaban por no llorar.

—¡Cariño, te echo tantísimo de menos! —dijo Laura emocionada—. ¿Cuándo vas a volver? Tengo que contarte muchas cosas.

Por un momento sintió que estaba agobiando a su amigo. La ilusión hizo que atropellara a Mario con preguntas.

—¿Qué tal todo? ¿Tus padres están bien?

Mario se emocionó y agachó la cabeza unos segundos.

—La cosa se ha complicado y no voy a poder volver aún… Por favor, habla con Mercedes y dile que me dé algo más de tiempo.

—Tranquilo. En el fondo no creo que sea capaz de denunciarte. Tampoco se fía de la policía.

—Yo no estoy tan seguro, la verdad. Y lo entendería.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Laura para cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Por qué no puedes volver?

Mario puso al día a su mejor amiga. Volver a contar lo que le ocurría a

su madre se hacía cada vez más doloroso. Laura no conocía mucho a los padres de Mario, pero era inevitable emocionarse al conocer por lo que estaban pasando. La madre de Mario no solo estaba empeorando, sino que ella misma había decidido no seguir con el tratamiento.

Laura necesitaba abrazar a su amigo, estar con él en aquellos momentos tan duros. La muerte la acechaba de nuevo. Estaba en cada rincón, en cada momento del día. Por suerte, y gracias a terapia, hablar de la muerte ya no le provocaba el mismo sufrimiento. Aunque en aquel preciso instante lo que de verdad sintió fueron náuseas.

—Espera un momento tengo que…

Laura no pudo explicar a Mario lo que le ocurría. Tuvo que salir disparada hacia el cuarto de baño mientras su amigo esperaba impaciente. De camino, su abuelo le preguntó qué le ocurría y estuvo a punto de pisar a su gata. Llegó a su destino tapándose la boca con la mano y a punto de expulsar el vómito antes de lo planeado.

Después de aquel vergonzoso momento, se lavó la boca deprisa y volvió a su cuarto.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó su abuelo.

—Sí, sí. Me ha debido sentar algo mal. No sé…

Le dio un beso a Agustín para que se quedase tranquilo y volvió a su cuarto. Mario había ido a por una bolsa de patatas y estaba mirando el móvil.

—Perdóname. No sé lo que me ha pasado.

—No estarás preñada, ¿no? —bromeó Mario para quitar hierro al asunto.

—Imposible. Llevo sin follar desde antes de que… —pensó muy bien lo que iba a decir a continuación—. Antes de que matasen a Álvaro.

A pesar de que a ambos les doliera, era algo de lo que debían hablar con normalidad. Desde que se conocieron años atrás, sintieron una enorme unión, como si estuvieran conectados por un hilo rojo.

—Yo sé que no soy el más apropiado para decirte esto, pero necesitas salir y conocer a gente, Laura. Retomar tu vida.

—Eso intento. ¿Y tú? —preguntó Laura apenada.

—Yo voy a estar junto a mi madre hasta el final. Y cuando todo termine… sinceramente, no sé qué hacer con mi vida. Pero basta de hablar de cosas tan tristes. Algo bonito te ha debido pasar estas últimas semanas, ¿no?

Laura no quería ilusionarse demasiado y no quería contarle a Mario su relación con Jorge, pero en el fondo se moría de ganas de hacerlo.

—¡Ay! Pues estoy muy pillada de un chico que acabo de conocer. Ya sabes que siempre me ilusiono muy pronto. Siento pereza y miedo por partes iguales. Empezar una relación nueva siempre es arriesgado. Una lotería. Aunque por ahora, la verdad, es que va la cosa muy bien.

—¡Necesito detalles! ¡Cuéntame más! —por fin la conversación parecía estar viva.

—Pues lo conocí hace unas semanas por redes sociales y empezamos a quedar hace poco. La verdad es que me trata superbién y no parece un cabrón como tantos otros que he conocido. Por eso te digo que no me quiero ilusionar demasiado y acabar como siempre. Iremos poco a poco.

—¿Cómo es?

—Pues un poco más alto que yo, pelo castaño, muy mono…

—¡A ver! ¡Enséñame una foto!

—Si te digo la verdad… No tengo ninguna.

—¿En serio? ¡No te creo! ¿Cómo no vas a tener ninguna? Mira en sus redes sociales.

Laura le explicó que Jorge no usaba ninguna red social porque pensaba que eran una auténtica mierda. Y la foto que usaba en Tinder no enseñaba su rostro. Notó cómo la cara de su amigo se puso más seria de lo normal.

—Lo siento… no he podido evitar acordarme de lo que pasó… La última vez que quedé con alguien de una página de ligues mira cómo terminó…

—Entiendo que te sientas así, pero no todo el mundo es malo, Mario.

Ambos permanecieron en silencio como si estuvieran haciéndose la misma pregunta: *¿Todo el mundo era malo?*

—Me parece sospechoso que alguien no ponga su rostro en redes o que no las use… —soltó Mario sin cortarse un pelo. El miedo se apoderó de sus palabras.

—Me ha costado mucho quedar con alguien después de mucho tiempo y tú te empeñas en echármelo a perder.

La conversación se fue calentando y ninguno de los dos quería discutir.

—Lo siento. No quería hablarte así…

—Perdóname tú a mí, Laura. No tenía que haberme puesto tan negativo.

Volvieron a decirse lo mucho que se echaban de menos. Laura le propuso ir a visitarle y apoyarle en esos momentos tan duros. Y Mario

la necesitaba sin dudarlo.

—¡Laura! ¡Es hora de comer! —gritó Agustín desde la cocina.

—¡Voooy! Tengo que dejarte por ahora, guapo. Hablamos pronto, ¿vale?

La despedida fue dura. Laura sentía que dejaba a Mario con un terrible dolor y que no podía hacer nada para ayudarle. Antes de terminar la videollamada, Mario necesitó contarle algo.

—¿No te ha dicho Nerea nada?

—No. Apenas nos vemos. Desde que te fuiste ya nada es lo que era. Solo tengo contacto, y no mucho, con Mercedes. Todo cambió cuando…

Laura quiso decir cuando confesaste que en parte eras culpable de que mataran a Álvaro, pero necesitaba a su amigo a su lado y ya había comprendido que Mario solo era otra víctima de esos canallas.

—¿Qué debería haberme contado? —dijo Laura con curiosidad.

Mario miró hacia un lateral y Laura intuyó que no quería contarle lo que sabía.

—Si te sientes cómodo, dímelo. Yo creo que después de tanto tiempo sin hablar tenemos que liberarnos de muchas cosas.

Y así fue como Mario soltó la bomba.

—El otro día Nerea me mandó una foto de los asesinos. Los ha encontrado.

Laura se quedó pálida. La noticia volvió a provocarle una especie de arcadas. Aun así, un rayo de esperanza había entrado en sus vidas y miles de preguntas sin formular.

—¡Dios mío! ¿Y qué se supone que va a hacer ahora?

Presa del pánico, Laura necesitaba contactar con Nerea de inmediato. No podían permitirse que le ocurriese algo malo a ella también.

—He intentado volver a llamarla para que me informase de lo que había hecho y el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Joder! Nerea se ha metido en un buen lío, seguro. Ha debido ir a por ellos y le ha pasado algo malo.

Laura no esperaba acabar así la conversación con Mario. Aunque necesitaba seguir hablando con él, su abuelo la esperaba para comer. Hasta su gatita entró en la habitación para avisarla de que la esperaban.

Al principio pensó que el malestar que sentía en el estómago era provocado al imaginar que Nerea estaba en peligro. Así que cuando se levantó de la mesa con el plato medio lleno le dijo a su abuelo que

necesitaba echarse un rato.

Tumbada en la cama las preocupaciones consiguieron marearla, como de costumbre. Parecía un lugar maldito en el que los demonios aprovechaban su debilidad para atormentarla. Era en esos momentos cuando recaía y temblaba de miedo. No podía dar un paso atrás con respecto a su salud mental, pero debía entender que era normal tener días malos y de bajón. No le quedaba más remedio que dejarlos pasar.

Su cabeza no solo le daba vueltas por el tema de Nerea. Había algo más en la conversación que tuvo con Mario que hacía que estuviera rondándola. Era la frase: *No estarás preñada, ¿no?* Y era estúpido que se sintiera así. Aún no había tenido relaciones sexuales con Jorge, pero tenía varios síntomas que le daban a entender que podría estar embarazada. No solo las náuseas, sino que también el periodo no había hecho acto de presencia aquel mes. Y eso nunca fallaba.

Era cierto que tenía lagunas de la última cita con Jorge. Habían bebido bastante, pero aun así estaba convencida de que no habían follado. Era imposible. Jorge le habría comentado algo o… no sabía muy bien ya qué pensar.

—Mario solo me ha metido dudas en la cabeza.

Se sintió mal por pensar de esa manera, pero es que la conversación había sido un tanto tóxica. Mario había implantado de nuevo el miedo y la duda en su cuerpo. Y si seguía así, como su terapeuta le había recomendado, debería apartarle de su vida.

Las dudas y las náuseas la consumían a la misma velocidad que el cáncer a la madre de Mario. Y, a pesar de estar convencida de que era imposible estar embarazada, pensó que lo más lógico era comprar una prueba de embarazo para salir de aquella tormenta de pensamientos que la angustiaba.

Avergonzada, la compró en la farmacia mientras miraba a un lado y a otro para asegurarse de que ningún vecino chismoso la veía e iba corriendo a contárselo a su abuelo. La gente podía ser muy dañina y no quería darle un disgusto a nadie antes de tiempo.

«¡Soy tonta! Tenía que haber ido a una farmacia más lejos de casa», sentenció Laura. «No te castigues más. No pasa nada».

Últimamente necesitaba usar todos los trucos que había aprendido en terapia. Y a veces le parecía que tenía pocas herramientas. Estaba viviendo demasiados momentos extremos y no le bastaba solo con respirar con profundidad y decirse cosas bonitas frente al espejo.

Cuando llegó a casa no pudo usar la prueba de embarazo hasta que su abuelo se marchó a hacer recados. Y aun así le costó mucho tomar la decisión. Se encerró en el baño mientras Bagheera arañaba la puerta

para que le abriese. Normalmente, Laura dejaba a su gata entrar a todas partes, pero lo que iba a hacer a continuación era demasiado íntimo.

La espera se le hizo eterna. A pesar de seguir estando convencida de que el resultado sería negativo, su cuerpo parecía conocer una respuesta totalmente diferente. Un par de minutos después, en los que Bagheera no había parado de rascar la puerta del baño, Laura miró el resultado con los ojos abiertos de par en par.

—¡Mierda!

Se quedó una hora sentada en el suelo del baño hasta que pudo reaccionar.

Prometieron darse un respiro, pero a ella le apetecía seguir con su objetivo principal. Su ángel de la guarda se había quedado dormido en el sofá. Al principio pensó en despertarle para que descansara mejor en la cama, que con tanto cariño le había cambiado las sábanas. En lugar de eso, no pudo evitar mirarle detenidamente. Era tan dulce, con los ojos cerrados lucía como un niño tan lindo… Aunque le doliese en parte, lo amaba como a su propio hijo. ¿Podía permitirse eso o era parecido a un pecado? Suspiró y apartó la mirada.

Puso el foco en su portátil, el cual amenazaba con agotar el cinco por ciento de batería que le quedaba. Mientras en la pantalla aparecía un recordatorio para cargarlo, ella buscó el cargador en el mueble de la televisión. Abrió el cajón muy despacio para no hacer ruido. No quería asustar o despertar a su angelito.

Antes de empezar, sintió las ganas de prepararse un té de frutos rojos.

—Es un poco tarde, pero me apetece uno —pensó poniendo rumbo a la cocina.

Parecía como si estuviera retrasando el momento de seguir buscando información. Quizás tenía todo lo necesario y no era justo seguir sufriendo con las crueldades que encontraba.

—Para hacer un discurso no hace falta tanto, ¿o sí?

Tenía todo listo. El té quemaba aún, así que empezó con la búsqueda de noticias. Necesitaba una historia diferente a las demás. Quizás no era lo que realmente necesitaba en ese momento, pero encontró algo terrible. Algún loco hijo de puta —se negaba a llamarlo de otra manera— había entrado a un bar LGTB con una pistola y había vaciado el cargador en las pobres víctimas que tuvieron la mala suerte de estar en el lugar y la hora equivocada. Llevó sus manos a la cara y respiró con fuerza. Sentía que se ahogaba.

En aquella noticia había imágenes de padres que se habían despertado de madrugada con una espantosa llamada. Padres y madres como ella, que sufrían el asesinato de sus hijos. Al pensar en esas familias su piel se erizó como intentando escapar de sus brazos.

El asesinato de su hijo no era un caso puntual. En Estados Unidos, por ejemplo, estaba a la orden del día. Malditas armas, malditos psicópatas que pagaban sus sufrimientos internos con inocentes. Su sangre hervía con sed de venganza. Y no le gustaba sentir eso. En el fondo de su alma sabía a la perfección lo que necesitaba: justicia y venganza.

Muy a su pesar, siguió leyendo aquella noticia que parecía no tener fin. La policía sostenía que el atacante había cometido aquella salvajada por odio hacia el colectivo. De nueve personas, tres habían muerto en el acto y el resto luchaban por su vida en el hospital. El asesino entre ellos.

—Ojalá sufra y se retuerza en el infierno.

Esas palabras escaparon de su boca como si las hubiese vomitado. Apretó los puños con fuerza antes de dar el primer sorbo a su té. Ahora no le apetecía tanto tomárselo, una pena. Se le revolvía el estómago al pensar que los médicos también luchaban por salvarle la vida al asesino. Lo suyo sería dejarle morir. Fin. Sus pensamientos consiguieron que ni ella misma se reconociera. Una parte salvaje y primitiva de su interior había mostrado su verdadera cara. Y seguía sin gustarle esa actitud.

Era normal que al principio se sintiera así, pero ahora que tenía a su ángel… Quería justicia, por supuesto, pero pensaba que la ira la había abandonado para siempre.

En otro titular pudo leer que el asesino acabó muriendo también y, por suerte, no hubo más víctimas mortales aquella aterradora noche. Volvió a sentir algo extraño. Bueno, sabía perfectamente que se trataba de felicidad mezclada con un toque de venganza, pero le costaba sentirse así.

El portátil no estaba totalmente cargado cuando decidió apagarlo. Notaba un gusto amargo en su boca y no era precisamente por el té, sino por…

—¡Ah! —gritó asustada—. Su angelito se había despertado y aunque intentó moverse despacio para no asustarla consiguió el efecto contrario.

—Lo siento.

—Ya debería acostumbrarme a esto.

Sonrieron.

—¿Has seguido sin mí? —preguntó el ángel dolido.

—No tenía sueño y me apetecía echar un vistazo más. He leído algo muy desagradable y no sé si podré dormir esta noche. Pero vamos a la cama, es tarde.

Como ella esperaba, no durmió casi nada esa noche. Cada vez que cerraba los ojos imaginaba a un asesino con mil caras distintas disparando una pistola mientras su rostro se transformaba en rabia. Su cabeza giraba y giraba pensando en varios detalles. Uno de ellos era en los rostros del asesino. No pudo evitar hacerse una pregunta… ¿Conocería o se habría cruzado alguna vez con el asesino de su hijo? Comenzó a llorar por culpa de las frases que aterrizaron en su mente:

—No quiero morirme sin conocer al desgraciado que te hizo daño… No puedo seguir viviendo sin satisfacer mi venganza.

CAPÍTULO 16. UNA CARTA Y UNA MISIÓN

Su vida había dado un giro inesperado y ahora se encontraba en la misma casa, pero con bastante más dinero.

Poco después de enterrar a su tía en el pueblo, Mercedes recibió la llamada del notario. Debía presentarse en una semana para leer el testamento. Era la primera vez que vivía algo parecido.

El mismo día que quedó con el notario, entró en la sala y se sintió extraña y sola. Fue inevitable acordarse del día que tuvo que elegir la urna para su hijo. Todo volvió a removerse de nuevo, pero con un aire más pacífico y esperanzador. Cerró los ojos por un momento y volvió a ver la bandera arcoíris tremolar, lenta pero con fuerza. Intentaba atar cabos. ¿Qué quería decirle aquella bandera gastada por el sol? ¿Qué quería decirle Álvaro a Herminia en aquel sueño? Sentía que tenía la clave delante de sus narices y que una espesa niebla no le dejaba ver la solución.

El notario llegó a la sala con su traje negro impoluto y su expresión seria. Se presentó y comenzó a sacar papeles de una carpeta azul.

—¿No viene nadie más? —preguntó Mercedes.

—Usted es el único familiar que le quedaba.

Mercedes se sintió estúpida. Sabía eso de sobra, pero pensó que quizás había dejado herencia para alguien del pueblo. Incluso a alguna cuidadora que hubiese tenido en sus últimos días o algo por el estilo.

El notario sacó primero una carta que previamente había estado encerrada en un sobre color crema. Por lo visto, antes de morir, Herminia le llamó por teléfono y le pidió que la escribiera. Después de beber un sorbo de una botella pequeña de agua que había encima de la mesa comenzó a leerla ante la mirada atenta de Mercedes.

Querida Mercedes:

Siento muchísimo no saber escribir para hacer esto yo misma, pero seguro que Eduardo, el notario, sabe expresar bien mis palabras.

Me duele en el alma dejarte sola en estos momentos tan dolorosos. Ojalá hubiésemos vivido más cerca para aprovechar más el tiempo.

Sabes que siempre he sido un poco bruja y creo que el destino nos ha unido al final por alguna razón. Soñar con tu hijo significaba algo importante y por eso pido que escriban esta carta.

Desde el principio sabía que el dinero que tengo ahorrado y la casa del pueblo debían ser para ti, sangre de mi sangre. Te dejo todo como única heredera para que encuentres la manera de ayudar a tu hijo. O, mejor

dicho, a las personas como tu hijo que te necesitan.

Gracias por permanecer a mi lado en los últimos momentos de mi vida.

Te quiere mucho,

Tu tía Herminia

Mercedes contuvo la respiración incluso segundos después de que Eduardo terminara de leerla. Un puño agarró su pecho y no paraba de llegarle la idea de que se encontraba totalmente sola en el mundo. Su tía acababa de morir, su único hijo había sido asesinado, las amigas de su hijo parecían retomar sus vidas y apenas las veía y Mario… Solo con pensar en él su cuerpo rebosaba furia por todos lados. Aún pensaba que debía ser interrogado por la policía. Y no sabía cuánto tiempo más podría esperar para realizar su próximo movimiento. Algo tendría que hacer porque si no explotaría. Vivía en un bucle de pensamientos sobre Mario y la policía.

La única persona que podría estar a su lado en ese momento podía ser Julio, pero lo apartó de su vida justo antes de ver aquel horrendo vídeo y de pensar en tirarse por la azotea.

«Maldita sea la hora en la que aparté a Julio de mi vida», pensó arrepintiéndose casi al instante.

Se sintió desesperada y por un segundo olvidó el daño que Julio le había hecho. ¿Estaba dispuesta a perdonarle con tal de no estar sola? Sus pensamientos intentaban volverla loca.

—¿Está usted bien? —preguntó Eduardo que seguía frente a ella, mirándola preocupado.

Se había olvidado completamente de dónde estaba y de que el notario esperaba que escapara de sus pensamientos.

—Aquí puede ver todo lo que le ha dejado Herminia. Mírelo con detenimiento y si tiene cualquier tipo de duda, dígamelo sin problema. Para eso estoy.

—Es la primera vez que recojo un testamento —dijo nerviosa.

No le gustó nada como había sonado la palabra *recojo*, pero no se le ocurrió nada mejor. Leyó lentamente aquel documento que le cambiaría la vida y le daría una misión más concreta. Herminia no solo le había dejado la casa, como le había comentado en la carta. Su tía tenía ahorrado una buena suma de dinero que Mercedes pensó que era la propia herencia de la familia de Herminia.

—Debe haber un error en esta cantidad de dinero —dijo Mercedes convencida de que aquello era imposible.

—No hay ningún error, Mercedes. Toda esa cantidad de dinero es para usted.

Mercedes se despidió de Eduardo y cuando salió a la calle sintió que el sol calentaba más de lo normal y el oxígeno la purificaba por dentro. En breve tendría el dinero y la casa, la cual podía vender para sacar más dinero aún. Se sintió avariciosa y sucia al pensar de aquella manera, pero aprovecharía la mayoría de ese dinero para algo bueno. Algo que todavía no tenía claro.

Decidió ir caminando hasta su casa para pensar en lo que iba a hacer. El paseo le sentó de maravilla y lo que más feliz le hizo fue que ya no sentía tanto miedo y rencor. Todo parecía estar lleno de señales de esperanza y de luz entre tanta oscuridad.

Dos chicas que parecían ser hermanas pasaron hablando al lado suyo. Tendrían la edad de Álvaro, aproximadamente, y una de ellas le comentaba a la otra que habían echado de casa a su amigo Pablo. Por lo que pudo oír Mercedes, los padres del chico le habían echado por ser *gay*.

«Malditos padres desagradecidos», pensó. «No sabían la suerte que tenían de tener a su hijo con vida y lo echaban a la puta calle».

De camino a casa no pudo parar de pensar en ese pobre chico. ¿Dónde estaría en aquel momento? Seguramente se quedaría en casa de alguna amiga, pero su voz tóxica no paraba de gritarle que estaba en la calle tirado, pasando hambre y penurias. Y no sería la única persona en hacerlo. Días atrás había visto en las noticias que otro chico había recibido una paliza de muerte por parte de su padre y de su hermano mayor por ser *gay*. Su cuerpo se llenó de rabia y no quería sentirse así. Era tan injusta la vida…

Ojalá pudiera ayudar a esos chicos jóvenes y sin hogar cuyas familias los odiaban por no entenderlos y por miedo. Y en ese mismo pensamiento se le encendió una enorme bombilla en la cabeza. Su mente comenzó a trabajar sin parar, casi iba a mil por hora. Con ese dinero podría ayudar a esos pobres jóvenes. Cuidaría a cualquier persona LGTB que lo necesitase. Era la única manera que se le ocurría para salir hacia adelante.

Como vivía completamente sola podría meter en casa a un par de personas. ¿Por qué solo en casa? Podría alquilar o comprar alguna casa para que viviesen allí. De repente, se sintió ilusionada por aquel gran proyecto, como si hubiese llenado de combustible su motor interior. Una dulce sonrisa decoraba su rostro como un hermoso amanecer después de una aparatosa tormenta.

«Gracias por la ayuda económica», pensó mirando hacia el cielo. «Gracias, Álvaro, mi niño bonito, por las señales que hacen que siga hacia adelante. Gracias por impedir que me

TIRASE POR AQUELLA AZOTEA».

Sus lágrimas saltaban de los ojos como si escapasen de un incendio interior.

Ahora, ya con esa misión clara, buscaba por internet información sobre cómo acoger a personas que lo necesitasen. Tenía mucho trabajo que hacer y necesitaba definir el proyecto de su vida.

CAPÍTULO 17. SIN ALCOHOL Y CON MUCHOS PROBLEMAS

Aquella misma tarde, mientras iba de camino a casa de Mercedes, Laura envió un mensaje a Jorge. Escribir aquellas breves palabras resultó de las cosas más difíciles que tuvo que hacer en su vida. En el fondo, era una tarea difícil, pero no sabía muy bien cómo expresarse. Solo le bastaba utilizar las frases equivocadas para espantarlo. No podía decirle, así como así, que podía estar embarazada. Aún se negaba a aceptar que lo estuviera y una pequeña parte de su cerebro seguía pensando que aquella prueba de embarazo estaba equivocada, estropeada.

—Necesito verte pronto.

Escribió finalmente de manera simple y escueta.

Añadió también un corazón para que la frase no sonase tan agresiva. Miró el móvil varias veces esperando una contestación, pero Jorge ni siquiera lo había leído aún. O no había querido leerlo. No podía creerse que Jorge fuera como los otros chicos y que hubiera desaparecido. Se sentía tonta de nuevo y se juró que si todo salía mal no volvería a confiar en un hombre. Algo tuvo que pasar la noche de la tercera cita y no conseguía recordarlo. Su mente estaba llena de lagunas, de niebla.

«¿Tanto bebí aquella noche?», pensó.

Laura salía de fiesta dos veces al mes como mucho. Bebía un par de copas de media y casi nunca había perdido la consciencia mientras lo hacía. Cierto era que esa noche, entre risas y besos, bebieron bastante cerveza, pero…

«¿Me drogaría?», pensó aterrada por un breve momento. «¿Me echó algo en la cerveza?».

Empezó a sentirse paranoica y ridícula. Seguro que Jorge estaba ocupado y que no había podido escribirle. Tenía que ser eso. Su inseguridad estaba atacándola de nuevo y estaba sacando las cosas de quicio.

Cuando se quiso dar cuenta ya había llegado a casa de Mercedes. Fue como si sus pensamientos la hubieran transportado en una nube densa y blanca.

No había entrado a esa casa desde la última comida en la que estaban todos. Todos menos Álvaro, por desgracia. Pensó que en aquel momento eran más felices. Estaban llenos de secretos y mentiras, pero en el fondo eran más felices. Pensamientos sobre las cenizas, los miedos y el dolor se mezclaron como una vorágine de fuego.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Mercedes nada más verla entrar por la puerta.

Laura le quitó hierro al asunto y se centró a lo que había ido. Se pusieron al día y, a pesar del dolor que aún sentían, Mercedes parecía estar muy ilusionada. Le habló de lo que tenía en mente para salvar a personas LGTB que lo necesitasen, que estuvieran en la calle o en situaciones similares. Laura se contagió de la ilusión de su amiga y se ofreció a ayudarla en todo lo que necesitara. La parte buena de la conversación había aparecido al principio, pero no tardó en complicarse.

—Tengo que hablarte de varias cosas… —comenzó a decir Laura.

—Yo también tengo que contarte algo más —contratacó Mercedes.

Iniciaron un juego absurdo para ver quién debía empezar. Al final de la batalla, Mercedes le pidió a Laura que empezara.

—Sé que le odias ahora mismo, pero ayer hablé con Mario —dijo Laura soltando aquella bomba pesada.

—¿Y? ¿Cuándo va a volver para ayudarnos a encontrar a esos asesinos? Le he dado demasiado tiempo ya para estar con su familia.

Solo hizo falta mencionar a Mario para que la mirada de Mercedes cambiase por completo.

—Bueno… La cosa se ha complicado un poco —Laura intentó hablar con mucho tacto, como si al hablar más fuerte de lo normal provocase la explosión de una mina.

—Y más que se le va a complicar como no vuelva. Aún me siento… sucia por no haberle denunciado o por no haberle arrancado la piel a tiras. —Laura se sorprendió al oír hablar así a su amiga. Era lo normal. Era una fiera a la que le habían matado a su hijo, en parte, por culpa de Mario—. Me siento mal cada día por no haberlo hecho —continuó Mercedes enfureciéndose cada vez más—. Pero en parte Nerea tiene razón. Si es verdad que la policía está metida en este asunto no serviría para nada. Mario es un as en la manga que no podemos perder. A veces pienso que nos sirve más estando con nosotras que siendo interrogado.

Mercedes se llevó las manos a la cara como si estuviera atrapada entre la espada y la pared. Laura le agarró la mano. Y ella sí que estaba atrapada entre dos seres queridos. Entendía a Mercedes y a Mario en partes casi idénticas. Los veía como dos víctimas que deberían unirse por un bien común, aunque estaba convencida de que eso tardaría en pasar. Si es que ocurría alguna vez.

—Mario volverá, estoy segura. Ahora tiene que quedarse con su familia.

—Le doy tres días más. Si no vuelve, llamaré a la policía y lo denunciaré —dijo tajante.

—Su madre se está muriendo —soltó Laura aguantando la respiración —. Tiene cáncer. Por eso Mario ha decidido quedarse más tiempo. Quiere ayudarnos, Mercedes, pero necesita tiempo.

Las dos mujeres se quedaron en silencio. En el rostro de Mercedes se podía leer sin dificultad que sentía haber hablado así. Un minuto pareció ser eterno, pero fue lo que ambas tardaron en pronunciar las siguientes palabras.

—Siento mucho lo que le está pasando a su madre. Y aunque lo odio por lo que le hizo a mi hijo, lo siento mucho por Mario. ¿Por qué tiene que ser todo tan doloroso?

—Lo sé… —Laura le agarró las manos con suavidad.

—Pero tiene que volver lo antes posible. Hay asesinos sueltos que no tardarán en cazar a otra víctima. No quiero que sufra nadie más. O, mucho peor, que se escapen.

—No tiene por qué volver. Tengo… —Laura respiró con fuerza antes de soltar algo tan importante para ellas—. Tengo otra noticia que darte. Nerea ha encontrado a los asesinos.

—¿En serio? —dijo Mercedes levantándose de un salto de la silla—. ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

—Al parecer, Nerea le mandó una foto a Mario para que confirmase que los había encontrado.

—¿Y qué va a hacer ahora Nerea? Dios mío, debe tener cuidado. ¡No podemos dejarla sola en esto!

—No está sola. Por lo visto, tiene la ayuda de un detective privado o algo parecido y en cuanto avance la investigación nos contará.

Conocían de sobra a Nerea e intuían que se lanzaría contra los asesinos como una kamikaze.

—¿Y qué va a pasar cuando los atrape o reúna pruebas? —meditó Mercedes—. ¿Qué podemos hacer si no podemos fiarnos de la policía?

—Ojalá tuviera la respuesta correcta. No lo sé y eso es lo que más rabia me da. Quizás podamos contactar con la policía de otra ciudad o denunciarlo públicamente… No todos los policías son malos.

—Llama a Nerea, por favor. Necesito que nos cuente todo. Hay que convencerla para reunirnos y trazar un plan en condiciones. Sin poner a nadie en peligro. —Su mente le mandaba unos diez pensamientos por segundo y sentía que se volvería loca.

—He intentado hacerlo varias veces, pero no lo coge.

Laura no tenía últimamente mucha suerte haciendo llamadas y recibiendo respuestas. Empezaba a estar harta de ser la que tenía que esperar.

—La llamaré desde mi móvil —propuso Mercedes.

Fue en vano. Volvió a intentarlo otra vez y tampoco hubo suerte. Ambas mujeres sentían miedo de que le ocurriese a Nerea lo mismo que a Álvaro.

—Pienso ir a su casa si hace falta y buscarla —dijo Laura.

—Es la única opción que nos queda. ¿Quieres que vayamos a su casa ahora?

—¿Ahora? Quizás debamos esperar unos días y si sigue sin contestar…

—La última vez que dije eso, Álvaro me esperaba muerto en el suelo de aquella casa. Quiero ir ya.

Con la prisa, a Laura casi se le cayó el móvil de las manos. Menos mal que pudo atraparlo al vuelo. La pantalla estaba encendida y un mensaje esperaba ser leído. Por un momento pensó y deseó que fuera de Jorge y llegó a estar convencida que así era.

—¡Es Nerea! —gritó Laura sin poder evitarlo.

—¿Qué dice? —preguntó Mercedes con un nudo en la garganta y sin saber muy bien qué esperar de aquel mensaje.

No puedo contactar con vosotras. Es demasiado peligroso. No me llaméis ni vayáis a buscarme a mi casa, por favor. Voy a cambiar de teléfono y, prácticamente, de vida. Cuando pueda y tenga algo concreto iré a buscaros. No os preocupéis por mí. Pronto haremos justicia. Os quiero.

Parecía que Nerea las hubiera escuchado hablar con un micrófono espía.

Después de leer el mensaje se sentaron de nuevo y el silencio reinó en aquel salón. Aquellas palabras las preocuparon más aún. Lo peor de todo es que estaban atadas de pies y manos. No podían hacer nada, ni siquiera impedirle a Nerea lo que estuviera pensando hacer. Parecía que si hacían un movimiento en falso, podrían delatarla y todo se echaría a perder. Estaban agotadas y se sentaron en el sofá. Tenían la sensación de que en cualquier momento podrían evaporarse.

—¿Quieres algo de beber, cielo? —preguntó Mercedes intentando salir de aquel agujero negro.

—No, no te preocupes. No tengo ahora mismo ganas de nada.

Mercedes hizo caso omiso a la respuesta de su invitada y le trajo una lata de cerveza fría.

—¡Toma! A ver si esto nos ayuda a despejar la mente tan saturada que tenemos. ¡Menuda tarde llevamos!

—No, de verdad. No puedo.

—¿No puedes? ¿Cómo que no puedes? ¿Estás tomando alguna medicación?

Laura agachó la cabeza intentando encontrar una buena excusa. Y no se le ocurrió ninguna.

—¿Pasa algo, Laura? —dijo mientras le agarraba la barbilla con suavidad.

—No quiero molestarte más. Hemos tenido una tarde muy intensa y no voy a agobiarte con mis problemas.

—¡Qué dices, chiquilla! Tus problemas son mis problemas y estoy aquí para lo que necesites. Es cierto que nuestras vidas están patas arribas, pero siempre hay sitio para que dos amigas se apoyen mutuamente. Dime, ¿qué ocurre?

Laura respiró profundamente y soltó lo que más daño le hacía en aquellos momentos.

—No puedo beber alcohol porque creo que… estoy embarazada.

Mercedes quedó sorprendida sin saber cómo reaccionar. No sabía si darle la enhorabuena o no. No tardó en darse cuenta de que algo iba mal. Todo iba mal.

Laura le contó que había conocido a un chico y que en la tercera cita debieron haber tenido relaciones sexuales, pero no lo recordaba.

—¿Abusó de ti o te drogó, cariño? —dijo Mercedes con una pizca de rabia en su voz.

—No recuerdo nada. Por eso estoy asustada y no sé qué hacer.

Mercedes le agarró la mano y no tuvo que decirle que estaba allí para lo que necesitase. Tanto si quería tener a ese bebé como si no.

—Estoy intentando dar con él, pero tampoco me contesta al teléfono.

—¡Menudo cerdo! ¿Hay algún hombre que valga la pena, joder? Empiezo a pensar que ni de coña.

Fue con esas palabras cuando Laura cayó en la cuenta de que Mercedes se veía reflejada en su situación. Ella también quedó embarazada joven y tuvo que criar a Álvaro sola. Al imaginarse con un bebé en brazos, no pudo evitar sentir unas horribles náuseas. Como no quería vomitar en casa ajena, decidió que lo mejor sería marcharse de allí. Un paseo al aire libre hasta casa le sentaría bien.

—Me tienes aquí para lo que necesites. Aún tienes tiempo para decidir qué hacer con el bebé. Si decides abortar, yo iré contigo, cuenta con ello. Porque entiendo que no se lo vas a contar a tu abuelo, ¿verdad?

—No, no —dijo Laura acelerada y asustada—. Por ahora no, claro.

Solo si decido tenerlo.

Laura se convirtió en la protagonista de aquella conversación y Mercedes se quedó con ganas de contarle los detalles de la herencia que acababa de recibir. Tenía que apartarse a un lado y estar como apoyo de su amiga. Ya se lo contaría todo cuando pasase aquella negra tormenta. Dicen que la calma llega tarde o temprano, pero cada vez veía ese momento más lejano.

Mientras esperaba el autobús de vuelta a casa, Laura volvió a mirar su móvil para comprobar si Jorge le había contestado, pero tampoco hubo suerte. Así que decidió escribirle otra vez con la esperanza de que al leer ese mensaje reaccionase y tuviera el valor —por no decir los cojones— de llamarla.

No sé cómo ha pasado, pero me he quedado embarazada.

Escribir aquel mensaje fue muy duro porque de alguna manera aceptó lo que hasta ahora no paraba de negar. Ya no había excusas. La primera prueba de embarazo que había utilizado en su vida no mentía. Un problema estaba ya creciendo en su interior y debía tomar una decisión lo antes posible. Sería la decisión más dura y la que marcaría el resto de su vida.

CAPÍTULO 18. COMO MOSCAS A LA MIEL

Después de la resaca de la fiesta en la que Beca se le declaró, todo parecía venirse abajo. Beca no paraba de escribirle. A veces para pedirle perdón por lo que había pasado y otras para intentar quedar con él. Se puso tan pesada que al final se decantó por verla. Su idea era dejarle las cosas claras: no iba a tener nada con la novia de su mejor amigo.

Se saludaron con dos tímidos besos y se sentaron en un banco con una distancia apropiada entre los dos. Por supuesto, no habían quedado en el mismo parque de siempre, sino que se vieron en otro a unas manzanas de allí.

—Lo he dejado —soltó Beca rápido y sin anestesia.

—¿Qué? ¿Estás loca?

Jorge fue consciente de que había hablado demasiado alto, pero no podía creer lo que estaba oyendo. Conocía de sobra a la chica que tenía sentada a su lado. Era envidiosa, vengativa e impulsiva. Por eso la preocupación no tardó en abordarle.

—No le habrás dicho que le dejas por mí, ¿no?

—No, no seas idiota. Lo dejé porque discutimos y no lo soportaba más. Se puso bastante agresivo.

—¿Te hizo daño?

Jorge se mostró muy preocupado y eso le gustó más a Beca.

—No. Solo me molesta un poco la muñeca. Estaba borracho y se le fue la olla. No te preocupes, a pesar de ese mal rato ahora me siento muy liberada. Ojalá lo hubiera hecho hace tiempo, la verdad.

Beca se sintió llena de confianza e inició de nuevo el intento de seducción. Tocó su pelo con delicadeza mientras se acercaba lentamente a Jorge.

—Estoy conociendo a otra chica. —Ahora era Jorge el que devolvía el golpe sin anestesia.

Jorge paró en seco a Beca. Por desgracia, pudo ver en primera persona cómo le cambiaba la cara. Furiosa, Beca le dio la espalda y apretó los puños.

—¡No me vengas con mierdas! ¡Acabo de dejar a Alfonso por ti!

—¡Qué cojones me estás diciendo! Acabas de decirme que no lo hiciste por mí.

—En parte sí fue por ti y lo sabes.

Jorge se estaba volviendo loco. Tenía la necesidad de marcharse. En el último momento se dio la vuelta para dejar las cosas claras.

—Yo nunca te he pedido que lo hicieras. De hecho, no te he dado a entender nada. Siempre he dicho que la amistad con mi mejor amigo iba por delante. ¡Siempre!

—¡Y una mierda! ¡Hemos tonteado! Nos hemos besado… —dijo Beca imitando un susurro.

La conversación iba a estallar en mitad de la calle y Jorge se llevó a Beca a un lugar más apartado. Solo faltaba que Alfonso se enterase de aquella discusión. Se cobijaron debajo de un pequeño puente de uno de los parques más conocidos de la ciudad. Beca no paraba de gritar enfadada y, si Jorge quería pararla, debía pensar muy bien sus palabras. Tenía poca probabilidad de conseguir su objetivo.

—Desde un principio te he dicho que mi mejor amigo estaba por encima de todo —repitió Jorge como si se hubiera convertido en un disco rayado.

—¡Que le den a Alfonso! Nunca me ha querido. Yo se lo he dado todo. He estado a punto de volverme loca por su culpa y él solo me quería para follar a lo bestia. ¿Sabes cuánto hace que no me besa mientras lo hacemos?

El rostro de Jorge se encogió porque no quería oír tanta información. Beca le gustaba, pero cada vez que pensaba en ella Alfonso se cruzaba por medio.

—¿Quién es esa zorra con la que estás? ¡Seguro que te lo has inventado! —soltó de repente Beca cambiando el rumbo de la conversación por completo.

—¡Claro que no me lo he inventado! ¿Por qué iba a hacer eso?

Jorge estuvo a punto de soltar una carcajada, pero eso encendería más la furia de Beca.

—¡Enséñame una foto! Quiero ver contra quién compito.

—No tengo ninguna foto aún.

—¿Ves? ¡Eres un jodido mentiroso! Si no quieres estar conmigo ten los cojones de confesarlo. No me pongas de excusa a tu amiguito ni a esa zorra inventada.

Lejos de que la conversación mejorase, Jorge hizo el amago de marcharse de nuevo. Beca lo agarró del brazo con fuerza como anteriormente había hecho Alfonso con ella. Se arrastró de tal manera que daba miedo la obsesión con la que lo miraba. Lo bueno —o lo malo— de todo aquello era que Jorge conocía perfectamente a aquella chica. No solo porque se conocían desde hacía años, sino también

porque Alfonso le había contado demasiadas cosas sobre ella. Daba por hecho que todo lo que le contaba su amigo era cierto: celosa, caprichosa, con carácter, posesiva, fogosa… En definitiva, un cóctel molotov. Y a pesar de que Jorge estaba abierto a estar con ella en un futuro, necesitaba que cambiase algunos aspectos.

—Perdóname, Jorge. —Beca se puso de rodillas—. Siento mucho haberme comportado como una niñata. Estoy pasando una mala racha. Entre los idiotas de mis padres y Alfonso… Creo que me estoy volviendo loca. Sé que tenemos una conexión muy fuerte y que vamos a estar juntos. Lo sé. Te daré el tiempo que necesites.

La última frase de Beca transformó todo lo demás en enfermizo. Mientras seguía de rodillas pidiéndole perdón, Jorge se llevó una amarga sorpresa. Al levantar la mirada vio a Mayte a unos pocos metros. Los miró y, sin decir nada, continuó su camino. Por un momento, Jorge pensó que le contaría a su hijo lo que acababa de ver, pero en el fondo sabía que no lo haría. Tenían varios secretos en común y sabía que podía confiar en ella.

—Levántate del suelo, por favor —le pidió Jorge con mucho tacto.

Por fin parecía que la conversación se iba calmando. Beca volvía a pedirle perdón y a recular en todo lo que había dicho. En ese momento, las palabras de Alfonso resonaron en la cabeza de Jorge: *No te fíes de ella, es muy teatrera. Siempre miente para conseguir lo que quiere. Es una jodida manipuladora.*

—Siento todo este espectáculo. Siempre la cago con los tíos. Supongo que todo es culpa de mis padres por cómo me han tratado y educado… No sé ni lo que digo.

Jorge se quedó pensativo e intentaba enlazar qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Siempre he tenido carencias afectivas con mis padres. Sobre todo, con mi padre. El muy cabrón no ha mostrado ni un síntoma de amor hacia mí.

Jorge empezaba a estar convencido de que Beca había bebido o se había metido alguna raya, cosa que nunca la había visto hacer. La notaba destruida y frágil y era la primera vez que la veía de esa manera.

«¿Estará actuando?», pensó.

—Creerás que estoy loca. Y en realidad… lo estoy. Loca porque se enamoren de mí y me cuiden. Loca por no ser simplemente el objeto sexual de un hombre que me usa solo para follar. Eso es lo que he sentido con Alfonso estos años. Estaba convencida de que le amaba, pero creo que lo que quería era estar con el jefe de la manada, para

ser importante. Me equivoqué.

Beca remarcó esas últimas dos palabras.

—Sinceramente —continuó Beca—. Aproveché la fuerte pelea que tuvimos Alfonso y yo para dejarle porque estaba convencida de que no dudarías en lanzarte a mis brazos. Parece que me volví a equivocar…

—No es eso… Es simplemente que ya estoy conociendo a esta chica y no puedo estar contigo desde el minuto cero en el que te quedas soltera. ¿Qué pasaría con mi amistad de toda la vida con Alfonso? ¿Qué pasaría con nuestro grupo? ¿Con nuestros planes y nuestro proyecto? Todo se iría a la mierda.

—¿Y acaso no merece la pena que todo se vaya a la mierda por mí? ¿No soy suficiente?

Beca se levantó de pronto de aquel banco desgastado del parque. Solo estaban ellos dos y, al fondo, varios niños jugando a la pelota.

—Y no me pongas de excusa a la chica esa que te estás tirando porque estoy segura de que ni te gusta. La estás usando para olvidarme. Ojalá que cada vez que la beses o te acuestes con ella pienses en mí todo el tiempo. Sé que lo harás.

—Lo mejor será que no nos veamos en unos días y aclaremos todo en nuestras cabezas.

—Eres tú el que no lo tiene nada claro.

Con esas últimas palabras, Beca pensó que había terminado por el momento y se marchó a casa. Jorge la miró sin decir nada más. La voz de Alfonso seguía repitiéndole, una y otra vez, que Beca estaba loca. Pero ahora más que nunca, al ver aquella declaración de amor, Jorge se dio cuenta de que estaba completamente enamorado de ella.

Su móvil no paraba de vibrar con mensajes de Laura deseosos de ser respondidos. Le había mandado varios, pero fue el último de ellos el que hizo que se derrumbara por completo.

—¿Embarazada? —susurró sin dar crédito a lo que acababa de leer.

De pronto sintió una fuerte presión en el pecho. Le costaba respirar y, a pesar de estar en la calle, sintió claustrofobia. El oxígeno no conseguía entrar en sus pulmones.

—¿Puede ir todo peor, joder? —gritó llevando sus manos a la cabeza para luego desembocar en su nuca.

Con unos ojos a rebosar de ira, buscó en el parque algo a lo que golpear. Los niños que jugaban a la pelota marcaron gol con tan mala suerte que el balón rodó veloz hasta chocarse con los pies de Jorge manchando sus zapatillas con un poco de barro. Agarró con rabia el balón y le dio una patada con la intención de embarcarla en el tejado

más próximo. Algunos niños lloraron y otros le gritaron e insultaron con palabras demasiado fuertes para la edad que tenían. En aquel momento deseó tener una pistola y dispararles a todos ellos. Odiaba a los niños. Y después de leer el mensaje de Laura más todavía.

Esa misma noche, mientras dormía, una leve brisa entraba por la ventana y mecía la cortina blanca de su dormitorio. Soñó que todos aquellos niños del parque le perseguían llamándole papá y le exigían atención. Las voces de todos ellos eran demasiado agudas y le hacían cada vez más daño en los oídos y, por más que intentaba librarse de ellos, aparecían más y más niños que se abalanzaban sobre él como moscas a la miel y no pararon hasta tirarlo al suelo. Le costaba respirar a causa de la montaña de niños gritones que le atacaban. Se despertó, por fin, con un grito que estuvo a punto de alertar a su padre y, mientras el sudor viajaba desde su frente, reponía fuerzas con la botella de agua de su mesita de noche.

Su sueño se había extinguido, pero los gritos de los niños eran como humo que se había quedado rebotando en las paredes de su cabeza. Seguían gritándole *papá, papá* con los rostros manchados de sombras.

Miró el despertador. Eran las cuatro de la mañana y agarró su móvil. Al instante, tuvo que bajar el brillo de la pantalla que amenazaba con cegar sus ojos. Leyó de nuevo los mensajes que Laura le había dejado con la esperanza de que también fueran otra pesadilla. Para su desgracia, aquellas palabras estaban escritas en el mismo orden y con el mismo significado.

Ahora era la voz de Laura la que rebotaba en su mente y sus palabras le herían como mariposas con alas afiladas. Su cabeza se movía de un lado a otro negándose a aceptar lo que estaba ocurriendo. Hasta que cayó en la cuenta de algo muy importante que había pasado por alto: se folló a Laura mientras ella estaba completamente dormida. Aquel condón roto le había traicionado.

«¿Y si le denunciaba a la policía?», pensó angustiado mientras el sudor caía con más fuerza. «¡Mierda! ¿Por qué todo está saliendo tan mal? Deberíamos estar dando lecciones a nuevos pacientes. ¡Me cago en la hostia!».

Aquel enfado no le dejó dormir mucho más. Su cabeza no paraba de intentar crear un plan. Algo para detenerla y que no llamase a la policía.

—No quiero tener un hijo ahora ni de coña. Y espero que ella tampoco. Tengo que convencerla de que estaba consciente cuando lo hicimos. Y, sobre todo, tengo que convencerla de que aborte. Sea como sea.

Jorge miraba el techo con una mirada cegada de miedo. Y cuando

alguien tiene miedo, ataca al primero que se le pone por delante.

CAPÍTULO 19. ES HORA DE CONSEGUIR ESE PAPEL

Rodeada de extraños, en una sala triste con paredes negras y escasos focos alumbrando la estancia, Nerea se miraba en un espejo enorme, protagonista de aquel espacio. Mientras la profesora de teatro explicaba algo a sus compañeros, Nerea luchaba por mirar a los ojos a su propio reflejo. No le gustaba lo que veía ni tampoco en lo que se estaba convirtiendo. Una chica de su edad no debería estar en su situación. Sus sueños se habían disipado. No había un futuro certero y la idea de enamorarse y construir una familia resultaba inexistente. Solo poseía un objetivo en la vida: vengar a su mejor amigo del cual estaba enamorada.

Ahora aprendía, lo más rápido posible, a interpretar un personaje. En clase había anunciado nada más llegar que la habían seleccionado para hacer un papel importante en una peli de la que no podía contar gran cosa. Enseguida, sus nuevos compañeros de clase empezaron a aplaudir y a vitorearla. No tuvo que hacer mucho más para convertirse en la estrella de aquellas cuatro paredes. Más de una compañera intentaba acercarse a ella y hacerle la pelota para intentar conseguir otro papel o aprender de ella. No todo era de color de rosa porque, como en cualquier lugar, siempre aparecía algún enemigo. Una chica llamada Blanca la miraba mal y con envidia, pero no tenía tiempo para darle más tiempo de lo necesario a aquella estúpida.

«No he hecho teatro en mi vida. ¿Cómo demonios voy a engañarles?», pensó.

Salvo alguna tontería que había hecho de pequeña en el colegio. No creía que su papel de paje en el belén de su clase le fuera a ayudar mucho.

Y tras esa pregunta apareció de la nada su propia respuesta: *empieza el juego de la mentira*. A partir de ese momento tenía que ser otra persona diferente. Tenía que tomárselo como un calentamiento antes de enfrentarse a la prueba final.

En clase eran siete chicas y un chico. Al principio pensó que Rubén, el único hombre de aquella sala, era *gay*. Siempre había escuchado que todos los artistas eran *gays*. Pero no paraba de mirarla a todas horas. Era bastante mono, ojos verdes y tenía la cabeza rapada al cero.

En el curso intensivo de interpretación intentó absorber toda la información posible. Todo lo relacionado con lo que iba a necesitar en su nueva misión. Trabajó especialmente la construcción de personaje, pero le vinieron muy bien los ejercicios de relajación. Sabía que tenía que calmar su ira. Con ella al cien por cien el fracaso estaba

asegurado. Su objetivo principal era ligarse al chico moreno que vio en el parque. Y para ello, debía cambiar un poco el estilo y su manera de ser. Tocaba convertirse en una chica nueva, un monstruo nuevo.

Días después sorprendió a la clase con su nuevo peinado: un lateral de su cabeza estaba rapado y el pelo tintado de color morado. Al entrar, sus compañeros la aplaudieron. Ya todos sabían en qué consistía el papel que debía representar en aquella supuesta película: una joven que se infiltraba en el grupo de asesinos que mataron a su pareja. Sí, Nerea no dudó en usar la trama de verdad para parecer más convincente.

Dado que su compañero Rubén parecía estar enamorado de ella, aprovechó eso para pedirle a su profesora que le diera una escena juntos para trabajar ese detalle en concreto.

—¿Qué te parece si improvisáis algo sobre la marcha y de ahí escribes una escena corta? —propuso la profesora—. No hace falta que sigáis el texto al pie de la letra. Lo que queremos es aprovechar la improvisación inicial para descubrir datos importantes de tu personaje.

A Nerea le encantó la idea porque así podría enfocarlo a su manera. Estaba encantada con su profesora. En muy poco tiempo había aprendido bastantes cosas interesantes. Una pena que no tuviera en mente ser actriz. ¿Cuándo toda esa pesadilla acabase podría retomar su vida y dedicarse a ello? Sería una gran opción.

Con Rubén usó sus armas de seducción y se dio cuenta de que podía llegar más lejos de lo que imaginaba. El pobre chico se confundió y Nerea tuvo que dejarle las cosas claras.

—Estoy muy enfocada en… mi próxima película. No tengo tiempo ahora para el amor.

Las últimas tres clases fueron muy productivas y Nerea, impaciente, estaba decidida a emprender su misión lo antes posible. Aunque una voz interior le decía que no estaba preparada, que sentía mucha rabia y la descubrirían nada más poner un pie en aquel grupo de asesinos.

Durante días estuvo entrenando a solas con su profesora. Le había pedido clases intensivas.

—Pagaré lo que necesites —suplicó Nerea.

—No es por dinero. Es simplemente que creo que necesitas tomarte esto con más calma. Ya sé que es un papel importante y que todos nos volvemos locos por conseguirlo, pero… Empiezo a pensar que hay algo turbio en todo esto. ¿Estás bien, Nerea?

Sintió de nuevo que estaba a punto de cagarla. Recordó aquella vez cuando su profesor de kárate la expulsó de clase porque consideraba

que era demasiado violenta. Se encontraba en el borde del precipicio de nuevo y su profesora podría echarla de clase. Otra vez. Sin embargo, ya no era la misma. Estaba dispuesta a mentir todo lo posible para seguir aprendiendo. Tenía que acostumbrarse a fingir, a engañar a todo el mundo.

—Te prometo que me tomaré las clases con más calma. Siempre me he comprometido mucho con mis objetivos y eso me ha hecho perder. Te aseguro que esta vez pienso ganar.

Su rutina diaria era ir a clases de teatro y cuando llegaba a casa trabajaba los ejercicios de respiración y relajación que había aprendido. Por la tarde, sobre las ocho, daba su paseo diario hacia el parque donde se reunían aquellos malnacidos. Hasta ahora solo había conseguido encontrarse a los dos chicos. Le pareció extraño no ver a más de ellos. Se había imaginado unas cuantas caras más. Si solo estaban metidos en el ajo unos pocos, podría acabar su tarea mucho antes de lo previsto. A veces tenía claro qué hacer con ellos una vez llegara el momento, pero otras… No podía improvisar en algo tan gordo y peligroso.

No todos los días coincidía con ellos, pero casi siempre iban a beber cerveza al mismo banco.

«En serio, esos cerdos tienen un problema con la bebida», pensó.

Y como era de esperar, aquella tarde estaban allí sentados con su bebida favorita y sus risas escandalosas. Soñaba todas las noches con asfixiar aquellas risas con un almohadón blanco y gigante. Pensó que sería mejor que empezase a verlos de otra manera, que empezase a mentir. Sobre todo, a mentirse a ella misma. Si seguía insultándoles se llenaría de rabia y no podría engañarlos.

Se había aficionado a esconderse tras los coches, con mucho cuidado de que nadie la viese, y desde allí los analizaba poco a poco. Estaba segura de que aquellos… chicos tendrían la sangre todo el día en sus pollas y que podría seducirles fácilmente. Esa era la manera en la que entraría en sus vidas. Ligándose al primero que cayera de los dos. Ya conocía más o menos sus gustos. Aunque parecían mirarle el culo a cualquier chica que pasase delante de ellos.

Levantó la cabeza entre los coches y meditó si era el momento de entrar en escena. ¿Estaba lo suficientemente preparada? Nunca lo estaría del todo. Una vez que empezase su misión no habría marcha atrás. Era impaciente y por eso salió de entre los coches con la intención de hacer un primer acercamiento. Cuando estaba al descubierto, un sonido estridente que provenía de su bolsillo derecho de los vaqueros alertó a sus objetivos. Ambos jóvenes miraron hacia

los coches y estuvieron a punto de pillarla observándolos.

Volvió a agacharse con rapidez y se dio un leve golpe en el codo con la rueda del coche que le servía de escudo. Un molesto calambre recorrió todo su brazo provocando que Nerea se quejase. Sacó el móvil del bolsillo con dificultad y lo puso en silencio. Era su madre.

—¡Qué oportuna! —susurró Nerea con rabia.

Una madre que casi nunca la llamaba, y que pasaba de ella por completo, había decidido contactarla en el peor momento. Por lo menos se preocupaba de que económicamente no le faltase de nada. Era la única manera que tenía de demostrarle que todavía la quería. Y estaba agradecida por ello. Ahora necesitaba más el dinero que el amor maternal.

Volvió a guardar el molesto móvil mientras una figura masculina se le acercaba por su lado izquierdo.

—¿Qué tal, guapa? ¿Te has perdido?

Ese fue el preciso momento en el que Nerea conoció a Alfonso directamente. Su corazón comenzó a palpitar más rápido que nunca, a la vez que la primera sonrisa falsa entraba en escena. El tiempo se detuvo y, mientras ella seguía sentada en el suelo, su mayor enemigo la observaba allí de pie. Sus ojos permanecieron estáticos y desafiantes. Si no desviaba la mirada podrían provocar una fuerte explosión. No le gustó en absoluto cómo la estaba mirando. Estuviera lo suficientemente preparada o no, el juego había comenzado.

CAPÍTULO 20. ODIO LOS HOSPITALES

Mario había escapado de un infierno para meterse en otro. Si tuviera que elegir en cuál de ellos permanecer elegiría aquel del que acababa de huir. Haría lo que fuera por ver a su madre sana y salva. Deseaba con todas sus fuerzas dar su vida a cambio de una buena salud para su madre. Por desgracia, nada iba a cambiar.

Odiaba los hospitales, como todo el mundo, suponía. Intentaba mantener una sonrisa en la cara para que su madre no lo viera triste. Era tan jodidamente difícil… Ella, sin embargo, era la que intentaba animar a padre e hijo.

Nacho, su padre, estaba incluso más triste que él. Mario lo miraba y llegaba a la conclusión de que había heredado su actitud al completo. Observarle era como ver a su yo del futuro. Y no le gustaba como iba a acabar. Su padre tenía cincuenta años y Mario no creía que llegaría a tanto. Ni lo quería. A veces deseaba no vivir más. Era como si se le hubiese agotado su energía interior. No podía continuar al son de la vida porque a veces iba demasiado rápido y con demasiados obstáculos. Sus pensamientos negativos le embriagaban, a veces, con tanta fuerza que pensaba que el oxígeno no sería suficiente.

—Nacho, ¿puedes traerme algo de beber fresquito de la cafetería?

Su padre obedeció inmediatamente con una sonrisa en la cara al pensar que su mujer estaba mejorando.

—¡Claro! Mario, ¿tú quieres algo? —preguntó Nacho mientras sacaba su cartera del bolsillo de la chaqueta.

Una vez solos, madre e hijo aprovecharon para hablar entre ellos.

—¿Quieres jugar a las cartas, cariño? —preguntó Noelia, la madre de Mario.

—¡Claro que sí, mamá!

—Y mientras podemos hablar un poco, ahora que tu padre nos ha dejado solos —sentenció picarona.

—¿De qué quieres que hablemos? —Mario intuía por dónde iba su madre. Solo pedía que no le preguntase si tenía novia o algo por el estilo.

—De ti, cariño. Desde que llegaste por sorpresa no hemos hablado de cómo te va, de qué haces en esa ciudad, de tus amigos, por ejemplo. Te echamos tanto de menos… Tu padre también, aunque no lo muestre tanto. Ya sabes cómo es.

Las lágrimas en los ojos de Mario se desbordaron.

—No llores, mi niño. Ahora tienes que cuidar de tu padre en mi lugar.

—No hables como si te fueras a ir, mamá.

En la habitación se originó un silencio incómodo.

—Sabes muy bien lo que va a pasar, Mario. Todos lo sabemos. Tienes que ser fuerte.

Mario estaba cansado de esa maldita frase. Él no quería ser fuerte. Él quería llorar porque su madre se estaba muriendo en sus narices y no podía hacer nada para impedirlo. Le surgió la necesidad de sacar la cabeza por la ventana y gritar que el cáncer era una puta mierda. Lo justo sería que el cáncer se llevara por delante a los hijos de puta y no a gente buena.

—No soy fuerte, mamá. Nunca lo he sido —retomó Mario.

—¡Claro que sí! Solo tienes que creértelo. —Noelia hizo una pausa para beber un poco de agua. Su garganta parecía un desierto—. Prométeme que cuidarás de tu padre. Sé que no tenéis la mejor relación posible, pero él te quiere muchísimo.

En la cara de Mario se reflejó una clara expresión de duda.

—No te puedes imaginar lo que lloramos los dos cuando te marchaste de casa.

—¿Papá llora?

Madre e hijo emitieron unas leves carcajadas.

—Más de lo que tú te imaginas. Y le duele que no tengáis tanta confianza. Echa mucho de menos hablar contigo, como antes.

—Antes era un niño.

—¿Qué te ha pasado, Mario? ¿En qué momento cambiaste con nosotros?

—No quiero hablar de eso ahora.

—No nos queda tiempo, cariño. A mí ya no. Tenemos que hablar de todo lo que podamos.

Una espada fabricada con verdad atravesó el corazón de Mario.

—¿Hay algo que necesites contarme antes de…?

Mario se sintió acorralado y se dio cuenta de que aún tenía en sus manos la baraja de cartas. Esa partida que jamás empezaría, sustituida por el juego de la verdad. No tenía ganas de hablar y mucho menos de situaciones que le dolían. Fue en ese momento cuando…

—¡Hola, guapo! —dijo una voz a su izquierda—. ¿Me echabas de menos, bebé?

Otra vez estaba allí aquella horripilante versión del que fuera su gran

amor.

—Pensabas que te habías librado de mí por huir de esa manera, ¿verdad? Por otro lado, quería darte la enhorabuena por ser el cobarde del mes.

El fantasma de Álvaro empezó a aplaudir con fuerza y a fingir que se limpiaba unas lágrimas provocadas por la emoción.

—¿Estás bien, Mario? —preguntó Noelia notando algo extraño en su hijo.

Realidad e imaginación se entremezclaban para intentar volverle loco.

—Pobre mujer… Si supiera la mierda de hijo que tiene… —El fantasma seguía escarbando hasta hacer sangre.

—¡Cállate! —susurró Mario sin ser consciente de que él solo delataba su locura.

—Cariño… ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

Mario cerró los ojos y empezó a confundir las palabras y las voces de aquella blanca y triste habitación de hospital. Hasta aparecieron las voces, los insultos y amenazas de *Los Extraños* que le habían acosado poco tiempo atrás.

—¡Cuéntale a tu madre lo cobarde que eres! ¡Cuéntaselo! Aunque, ahora que me paro a pensar, debe saberlo de sobra. A una madre nunca se le escapa ni una.

Cada vez se sentía más enclaustrado entre voces, podía sentir el peso de todas aquellas palabras. Hasta que una mano se posó en su hombro.

—¡Mario! ¡Mario!

Apartó con un golpe seco la mano de su madre. Al ver lo que acababa de hacer, rompió en llanto. El fantasma de Álvaro volvió a desaparecer tras una ráfaga de carcajadas. Después de ver la cara de preocupación de su madre, decidió que debía ser sincero por una vez. Y valiente.

Cuando se disponía a abrir la boca y contarle a su madre una versión *light* de su vida fuera de casa, Nacho entró en la habitación con un refresco. Si hubiese sido alcohol, Mario se lo habría arrebatado de las manos y se lo hubiera bebido de un solo trago. Su padre hizo más difícil aquella declaración, pero ya que había encontrado una pizca de valentía no se podía echar atrás.

—Mamá… Papá… Soy *gay*.

Lo que acababa de hacer era algo muy duro. Su madre estaba en sus últimos momentos y ya había demasiado sufrimiento como para destapar también el asesinato de Álvaro y todos los horribles

acontecimientos que le prosiguieron. No era el momento apropiado. Quizás nunca lo sería.

—Ya lo sabíamos, tonto —soltó Noelia de golpe—. Por eso yo te preguntaba tantas veces si tenías novia porque quería que me dijeras algo.

—¿Y qué problema hay? —dijo Nacho sorprendiendo con su reacción a Mario—. ¿Por eso te has apartado de tus padres, hijo? Nos duele mucho que no hayas confiado en nosotros.

Noelia tocó el brazo de su marido para que no fuera tan duro con su hijo. Mario se sorprendió al escuchar las palabras de su propio padre, al cual tenía como a un hombre que no le aceptaría nunca. ¿Habría cambiado algo si se lo hubiera contado antes? Intuía que la respuesta era negativa.

—No tengas miedo, Mario. ¡Nunca! —pronunció su madre con cierta debilidad—. Prométeme antes de irme que serás valiente y que siempre serás sincero con tu padre. Si tienes algún problema, cuéntaselo a tu padre, cariño.

Noelia le había pedido muchas veces esa tarde lo mismo, pero Mario seguía sin complacerla. Las siguientes palabras de Mario salieron arañando su garganta, pero al final consiguió sacarlas.

—Te lo prometo, mamá —dijo por fin Mario siendo consciente de que había cosas que no podía contarle a Nacho. Todavía no. Había mostrado un pequeño atisbo de valentía, pero necesitaba tiempo y confianza en sí mismo para soltar la bomba que agarraba con el corazón. Aquellas palabras invocaron a las lágrimas en sus ojos. Padres e hijo lloraban mientras se fusionaban en un dulce y cariñoso abrazo. Los tres deseaban con todas sus fuerzas que fuera eterno.

Aprovecharon aquella soleada tarde para jugar a las cartas, reír recordando viejos y divertidos momentos y para repartir besos como si no hubiera un mañana. Y es que, en realidad, no lo había.

Nacho se quedó dormido en la pequeña e incómoda butaca escasos minutos. Sus ojos luchaban por permanecer abiertos, pero no consiguieron vencer esa batalla. Ya no podían más. Desde que Noelia ingresó en el hospital no había dormido más de cuatro horas al día. Cada minúsculo ruido escondido en la noche hacía que se despertara sobresaltado pensando que le ocurría algo a su mujer. Le agarraba la mano constantemente, no muy fuerte, por si le hacía daño. La veía tan frágil y tan… No sabía ni cómo describirla. No paraba de pensar que no haría nada sin ella. Cuando falleciera se iría una parte de él para siempre. No volvería a ser el mismo hombre.

No paraba de ir al baño a llorar. Sabía que su mujer no era tonta y que sus ojos rojos llenos de tristeza le delataban en cada momento.

Nacho despertó de aquella breve cabezada y miró a su alrededor. Estaba solo con su mujer, ya que Mario había ido a casa a descansar. Tuvo una extraña sensación, como si aún siguiera en un agradable y misterioso sueño. Estiró la espalda que ya le avisaba de que no tenía edad para dormir en sitios tan incómodos y se puso de pie. Pensaba que su mujer estaba dormida, pero no era así. Se miraron por unos segundos, enamorados hasta el final.

—Nacho… —dijo Noelia cansada, pero con unos ojos que brillaban al mirar a su marido.

—Dime, cariño mío. —Nacho se sentó en la cama y le agarró la mano como tantas otras veces.

Se miraron. No necesitaban decir nada más porque se amaban como el primer día. Noelia sonrió con dulzura mientras su mano se iba debilitando y soltaba la de su esposo. Finalmente, cerró los ojos y su vida se consumió despacio. Nacho se llevó las dos manos a la cara y lloró como un niño pequeño antes de llamar a la enfermera a gritos.

CAPÍTULO 21. UN ÁNGEL DE LA GUARDA

Mercedes y Laura se encontraban de nuevo rodeadas de varias pancartas. Estas eran diferentes a otras que habían escrito con un mensaje esperanzador en busca de justicia. Justicia que parecía no llegar jamás. En todos los rincones del mundo los asesinos, maltratadores y violadores parecían salirse con la suya. ¿Es que siempre van a ganar los malos?, se preguntaban constantemente.

Las pancartas eran distintas, aunque habían sido escritas con los mismos colores, con los mismos rotuladores y con las mismas manos. Pero las mujeres que las habían creado tampoco eran ya las mismas. Mercedes luchaba por ser una madre fuerte e imparable que huía de la idea de rendirse y Laura, a pesar de que pensaba que su vida cogía ritmo y había encontrado el amor, ahora estaba embarazada de un chico que ni siquiera le contestaba a los mensajes.

Dos mujeres llenas de coraje que se apoyaban mutuamente salieron decididas hacia la calle. Su propósito era maravilloso y, desde que Mercedes lo vio en televisión, estaba decidida a hacerlo. Formaba parte de la lista que había creado de cosas que hacer antes de morir.

Fueron al centro de la ciudad, a una de las calles más transitadas. Buscaron un hueco en una esquina, asegurándose de que no molestaban a nadie. Nerviosas miraban a las personas que caminaban delante de ellas que vivían en busca de distintos objetivos: parejas agarradas de las manos, ancianos con bastón con la mirada perdida al frente, niños que corrían sin parar… Las dos amigas se miraron fijamente y con una sonrisa en la cara. Cada una de ellas desenrolló con cuidado su pancarta, presentando así al mundo los mensajes que habían escrito.

En la de Laura se podía leer: «Abrazos gratis». Mientras que en la de Mercedes estaba escrito en letras negras y en mayúscula: «Si eres diferente y necesitas ayuda, cuenta conmigo». La palabra *diferente* era la única que estaba escrita con los colores del arcoíris.

Todo el mundo que pasaba, como era de esperar, se les quedaban mirando con caras extrañas. Algunas juzgaban más que otras lo que tenían ante sus ojos.

Laura y Mercedes escucharon cómo un señor de unos sesenta años susurraba la palabra *frikis*. Mercedes estuvo a punto de dirigirse hacia a él y ponerlo en su sitio, pero Laura la detuvo.

—No merece la pena —dijo Laura agarrándola del brazo con delicadeza—. Hemos venido a llevarnos una experiencia agradable.

Hay que pasar de este tipo de imbéciles.

Mercedes notó en las palabras de Laura un gran enfado. Sabía perfectamente que tampoco estaba pasando por su mejor momento.

Llevaban una hora allí paradas cuando Laura sintió unas leves náuseas.

—¿Estás bien? ¿Quieres que volvamos a casa? —preguntó Mercedes preocupada.

—Ni de coña. Estoy bien. No te preocupes.

Si en ese preciso instante se hubieran marchado no habrían ocurrido dos cosas: una buena y otra mala. La primera que ocurrió fue la buena.

En escasos sesenta minutos habían abrazado a un par de personas que aseguraban estar muy mal, con ansiedad y depresión. Laura no pudo evitar recomendarles que fueran a terapia y les contó, con la mayor brevedad posible, por lo que habían pasado. Las personas que abrazaron siempre les respondían lo mismo: el problema es que no tengo el dinero para ir a terapia.

Cuando estaban a punto de hacer una parada en uno de los bares de al lado, Mercedes reconoció a dos chicas que se dirigían hacia ellas.

—¿Podemos daros un abrazo? —dijo la chica que llevaba gafas y una trenza bastante larga.

—¡Claro que sí, cariño! —replicó Mercedes emocionada.

—Mi amigo está pasando por una mala racha —dijo la otra chica—. Su padre le ha echado de casa por ser *gay*.

—¿Cómo es tu nombre? —preguntó Laura al chico.

—Pablo. Me llamo Pablo —respondió con una asombrosa timidez.

—El otro día me crucé con vosotras por la calle y no pude evitar escuchar vuestra conversación. Hablabais de… del problema de Pablo —dijo Mercedes dándose cuenta en aquel mismo instante de que el chico podría sentirse mal hablando del tema.

—El problema es que se está quedando en nuestra casa, pero somos demasiados y no podrá quedarse mucho más tiempo. Necesitamos un sitio para que esté a salvo.

La conversación se ponía cada vez más incómoda. Mercedes no quería ver a Pablo sufrir. Sin pensarlo demasiado, le propuso algo.

—Pablo, cielo, sé que no nos conocemos de nada y que lo que voy a decirte es algo un poco… raro. Pero, si quieres, puedes quedarte en mi casa. Vivo sola. —Mercedes quiso decir que necesitaba a alguien para hacerle compañía, pero reculó a tiempo antes de que sonase

demasiado extraño.

Las amigas se miraron y permanecieron en silencio escasos segundos.

—Bueno… —empezó a decir la chica con gafas.

—Mira, te dejo en este papel apuntado mi teléfono y mi dirección. Cuando estés preparado estaré esperándote para ayudarte. Me gustaría crear una especie de asociación para proteger a personas del colectivo LGTB que sufren homofobia. Quiero que sepas que no estás solo, cariño. Te puedo ayudar a superar este mal trago y seguir con tu vida. Porque estoy segura de que te esperan cosas maravillosas.

Laura miraba con orgullo a su mejor amiga después de escuchar aquel lindo discurso.

—Lo pensaré —dijo Pablo con su característica timidez antes de marcharse con sus amigas.

Mercedes abrazó a Laura mientras algunas lágrimas escapaban de sus ojos. A pesar de que los problemas no las soltaban de la mano, estaban muy ilusionadas con su nuevo proyecto.

Una vez en el bar, mientras descansaban, Mercedes le contaba a Laura la idea que tenía en mente. No se quitaba de la cabeza una casa para recoger a víctimas de homofobia. La casa tendría varias plantas con habitaciones llenas de literas. Aquel espacio se llenaría, poco a poco, de personas con una vida difícil, pero que con el tiempo tendrían una sonrisa permanente en la cara. No paraba de imaginarse rostros extraños a su cargo. Hacerlos felices era lo que la animaba a levantarse cada mañana.

—Me encanta verte así de animada —dijo Laura cogiendo de la mano a Mercedes.

—Necesito agarrarme a algo positivo para seguir viva. Te parecerá una tontería, pero noto que cada vez me cuesta menos respirar. Es como si algo en mi interior se hubiera arreglado.

Estuvo a punto de comentarle su casi trágico capítulo en la azotea, pero se había prometido no volver a hablar de ello.

—Dejemos de hablar de mí. ¿Tú qué tal estás?

Laura soltó un suspiro antes de hablar.

—Muy preocupada, la verdad. Tengo un nudo en el estómago que no me deja ni probar bocado. Es una pesadilla…, pero no quiero manchar este día con mis problemas.

—Tus problemas son los míos, Laura. —Mercedes le acarició la mejilla —. ¿Sabes algo de ese canalla?

—Nada. El desgraciado no me ha contestado aún a mis mensajes. Y eso que le amenacé con llamar a la policía.

—Deberíamos ir a la policía y denunciar todo.

Laura sabía que Mercedes no solo se refería a denunciar a Jorge.

—No sé qué hacer… Tengo miedo.

El calor del final del verano seguía asfixiándolas, pero aquel descanso, acompañadas de unas cervezas frías, les ayudó a recargar fuerzas. Decidieron estar un rato más junto a las pancartas. Esta vez cambiaron de lugar y se refugiaron en la sombra.

Y fue ahí donde ocurrió la parte mala.

Los árboles bajo los que se cobijaron estaban llenos de pequeños gorriones que observaban a cada una de las personas que por allí pasaban. Atentos a cada respiración, a cada movimiento, que pudiera darles a entender que algún humano fuera a tirar un trozo de comida al suelo. Y, como esperaban, un anciano no tardó en sentarse en uno de los bancos próximos a descuartizar un trozo de pan de tamaño considerable. Todos los gorriones salieron disparados para coger el mejor pedazo. El árbol estuvo a punto de quedarse solo, salvo por una urraca que permanecía en las primeras ramas observando cómo aquellos pajarillos se peleaban por la comida. Ella ya tenía el buche lleno de saltamontes y, como de costumbre, permanecía allí quieta observando algo en concreto y con toda su atención: las mujeres que sujetaban las pancartas. Empezó a graznar con la intención de anunciar que alguien iba a llegar.

Cada vez se les acercaban más personas en busca de abrazos gratis. Lo que les llamó la atención, era que lo hacían, sobre todo, jóvenes de entre veinte y treinta años. La sociedad se estaba yendo a la mierda, poco a poco, y la juventud lo estaba pagando con su salud mental. La gente no entendía que no se trataba de una generación de cristal, se trataba de que no se podía seguir así.

—¡Hola, guapa! —dijo una voz de mujer adulta y que a Mercedes le pareció familiar al instante.

Al girarse, Mercedes se reencontró con su nueva amiga, pero de la cual no recordaba el nombre. Era una situación muy incómoda para ella.

—Soy Mayte. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Claro, mujer! ¡Por supuesto! —respondió Mercedes dando gracias a que salió de aquel apuro.

Mercedes le presentó a Laura y le contó cómo y dónde conoció a Mayte. El destino estaba siendo un cabronazo y ellas no se estaban enterando de nada, ni de lo que se les venía encima al hacerse amigas de la asesina de Álvaro.

Pusieron a Mayte al día de lo que estaban planeando hacer y le

enseñaron las pancartas con una ilusión que no parecía tener fin.

—¡Ay! ¡Qué gesto tan… maravilloso! —dijo Mayte fingiendo estar emocionada, como ya empezaba a ser costumbre—. ¿Se sabe algo más sobre el asesino de tu hijo, Mercedes? ¿Sirvió de algo la pista que tenía la policía?

—Aún nada. Eso fue una falsa alarma. Al parecer se trataba de un hijo de perra que quedaba con chicos a través de una aplicación y los envenenaba. Actuaba solo y empezó a hacerlo a raíz de ese vídeo espantoso que subieron de mi niño. —Mercedes apartó la mirada a un lado para que no la vieran llorar.

—Vaya… No quería incomodarte, Mercedes. He sido una estúpida por preguntarte sobre eso… Discúlpame, de verdad.

—No te preocupes, mujer —replicó Mercedes acariciándole el hombro —. Gracias por preguntar y por preocuparte.

—Espero que la próxima vez que nos encontremos hayan cogido al culpable —dijo Mayte antes de retomar su camino.

Mercedes y Laura volvieron a abrir las pancartas cuando se dieron cuenta de que Mayte volvía hacia ellas.

—He pensado que sería buena idea sacaros una foto a las dos con las pancartas para hacer toda la publicidad que pueda. Espero que pronto tu sueño se haga realidad y ayudes a muchos jóvenes.

A Mercedes y a Laura les pareció buena idea y posaron sonrientes e inocentes. Ahora sí, Mayte retomó su camino, borrando aquella falsa sonrisa nada más darles la espalda. Después de aquella fotografía, el camino entre aquellas tres mujeres volvió a separarse… Por el momento.

—¿Qué te parece esta historia?

Se la mostró en el portátil y la leyó con atención.

Sofía y Carmen esperaban en la cola del supermercado junto a su hija de cuatro años. El día era perfecto para hacer planes al aire libre y la niña no se cansaba de proponer ideas. Delante de ellas había otro matrimonio de unos cincuenta años que no paraban de estar atentos a la conversación de las mujeres.

—Mamá te prometió que si te portabas bien iríamos al parque de atracciones —dijo Carmen regañando a su hija.

El hombre giró su cabeza hacia ellas y las miró de arriba abajo como si se tratase de un escáner. Su expresión agria se detuvo en cada una de ellas. No tardó en murmurar algo a su mujer.

La cola no avanzaba demasiado rápido aquella mañana, por lo que la tensión se fue inflando poco a poco. Sofía se había dado cuenta de que el matrimonio no paraba de mirarlas y estaba a punto de estallar. Carmen intentó detenerla colocando la mano en su brazo, pero no obtuvo ningún resultado positivo.

—¡Quiere dejar de mirarnos, caballero!

Esas fueron las palabras para iniciar una pequeña pelea en el supermercado. El matrimonio no paraba de insultar a las madres.

—¡Dónde se ha visto algo así! ¡De toda la vida de Dios el matrimonio es entre un hombre y una mujer! ¡Pobre niña, menudo futuro le espera!

Y claro… Sofía no tenía mucha paciencia en este tipo de casos. Estaba cansada ya de las miradas de toda la gente que las juzgaba por ser dos madres que cuidaban a una niña. Soltó toda su ira contra aquel matrimonio. Una ira que llevaba acumulando desde que tenía uso de razón. El supermercado se convirtió en una batalla campal. Paquetes de chicles, dulces y hasta botellas de agua pequeñas volaban muy cerca de las cajeras. Hasta llegaron a las manos bajo la atenta mirada de aquella niña que no tenía culpa de nada.

Aquella injusta disputa acabó con las madres y la niña siendo expulsadas del supermercado, insultadas y vejadas. Simplemente por ser una familia diferente.

El problema no solo fue la situación en sí, sino que aquella familia sufriría ese tipo de agresiones durante toda su vida. Por suerte, Carmen y Sofía tenían fortaleza suficiente para vencer todos los obstáculos.

—¿Qué te parece esta historia? —preguntó el ángel de la guarda levantando la mirada del portátil.

—Es diferente a las anteriores… Menos trágica. Pero supongo que también hablaré de Sofía, Carmen y su pequeña. Es otro tipo de agresión que

servirá como ejemplo para concienciar a los asistentes.

Ambos se quedaron con mal sabor de boca. Sobre todo, ella. ¿Cuántos tipos de insultos habrían acompañado a su hijo en su corto periodo de vida? ¿Cuántos sucesos «pequeños» de ese estilo habría vivido solo por ser diferente? Nunca iba a saberlo. Quizás era lo mejor de todo. Salir del fango del pasado para mirar de frente y con ilusión al futuro. Un futuro al que debía agarrarse con fuerza y con esperanza para avanzar.

—¿En qué piensas? —preguntó su ángel sacándola del barro de su imaginación.

—En lo injusta que es la vida…

Su salvación le acarició el hombro y le dio un beso en la frente.

A pesar de lo mal que se había portado la vida con ella, debía agradecerle el regalo que le había entregado. Porque su ángel no era otra cosa que eso, un regalo.

CAPÍTULO 22. HOMBRES ENAMORADOS, HOMBRES DÉBILES

Alfonso no podía parar de mirar a su nueva conquista. No solía creer en los flechazos a primera vista, pero en aquel caso había sido increíble. Desde que vio a Nerea agachada entre los coches sabía que se enamoraría de ella. Que tuviera el pelo de una manera similar a la de Leticia, su primer amor, parecía ser el desencadenante.

Pasaban el tiempo juntos casi todos los días. Parecían compenetrarse bastante bien, mucho mejor que con Beca. Había estado atascado demasiado tiempo en aquella relación tóxica y volvía a respirar con normalidad. Aunque no podía evitar preocuparse. Estaba demasiado embobado con ella y no quería enamorarse tan pronto. Quería salir de fiesta con sus amigos y follar con todas las tías que se pusieran por delante. ¿Por qué tenía que aparecer ella ahora? Fue en su cita número seis cuando decidió que Nerea valía la pena.

—No te flipes —dijo Nerea—. No somos novios ni nada por el estilo y puedes follar con quien quieras.

—¿Estás celosa? —preguntó Alfonso mientras le hacía cosquillas en su cintura.

Los dos permanecían en la cama después de unos apasionados polvos. Lo que había provocado que Nerea vomitase un par de veces desde que empezó a acostarse con él. Si continuaba a ese ritmo tendría graves problemas. Su estómago no podía aguantar aquella mezcla de presión, nervios y asco.

—Nos acabamos de conocer… Yo también acabo de salir de una relación horrible y no quiero nada serio. Quiero pasármelo bien contigo, Alfonsito. —Nerea jugaba a entrelazar sus dedos con el pelo de su amante, provocando que Alfonso volviera a ponerse a cien.

—Puedes jugar conmigo cuando quieras. Hasta que te aburras.

—Nos lo vamos a pasar de maravilla, ya lo verás. —Nerea continuaba inmersa en una partida en la que solo ella conocía las reglas.

Alfonso aprovechó que Nerea iba a mear de nuevo para coger su móvil. Empezaba a preguntarse qué le ocurría a Nerea para ir tanto al baño. Pensó que quería ir cada dos por tres para comprobar que estaba guapa o algo por el estilo. Su mente tampoco trabajaba demasiado en rebuscar una razón más compleja.

Alfonso llamó a Jorge, pero seguía sin contestarle. ¿Qué le pasaba? Su mejor amigo estaba distanciándose poco a poco. Quedaban con

normalidad, pero le notaba muy cambiado. Desde la desaparición de Luis los días fueron dando paso a las semanas y las aguas parecían haberse calmado. Llevaban un tiempo embarcados en sus propias vidas, en recolocar sus sentimientos. Aquella pausa en su misión principal les había hecho evolucionar en otros aspectos.

En el caso de Alfonso, había cambiado a la tóxica de Beca por una tía muy potente. No es que fuera espectacular físicamente hablando, pero tenía algo que lo conquistó sin darse cuenta. Y aquella tarde, Nerea dijo una frase clave para que aquella relación fuese a mejor todavía.

—¿Estás bien? —le preguntó Alfonso cuando volvía del baño.

—Bueno… Estaba meando y viendo Instagram cuando me han salido un montón de noticias sobre… Da igual. No me quiero poner de mala hostia hablando del tema.

—¿Noticias sobre qué? ¡Cuéntamelo! —insistió Alfonso juguetón, agarrándole las bragas y obligándola a caer en la cama.

—¡Me las vas a romper!

—No lo haré si me cuentas por qué tienes esa carita tan triste —dijo burlándose de ella.

—Pues que el mundo cada vez me parece más mierda. Ojalá caiga pronto un meteorito y lo reviente todo.

—¡Vaya humor! ¿Qué te ha puesto así exactamente?

—Los putos maricones y bolleras que cada vez dominan todo. ¡Qué asco les tengo! Lo siento… es que cuando me enciendo… No quería que me vieses así de enfadada. Será mejor que me vaya.

Alfonso se acababa de enamorar aún más de ella. ¿Podría existir la chica perfecta? Estaba convencido de que estaba en su cama en ese momento. Podía notar como sus propios ojos emitían un destello lleno de orgullo. Deseaba con todas sus ganas no separarse nunca de ella.

—Te diría que te quedases, pero mi madre está a punto de volver del hospital y no le gusta que haya desconocidos en casa.

—¿Del hospital? ¿Le ha pasado algo?

—No, no —dijo Alfonso entre risas—. Trabaja allí. Es enfermera. Algún día te la presentaré.

—Seguro que me llevo genial con ella.

Alfonso la acompañó hasta la puerta y le dio un buen beso antes de observar cómo se subía al ascensor y le lanzaba una sonrisa picarona.

Estuvo a punto de confesarle a Nerea todo: su misión, el odio que les tenía a esos depravados, el vídeo… Todo. Sería maravilloso que Nerea también fuese parte de su grupo. Su mente comenzó a divagar y a

imaginarse el futuro con ella. Solos ellos dos y quizás también estaría Jorge. Su ruptura con Beca lo complicaba todo. Aunque una vez que se paraba a pensarlo, solo había sustituido a Beca por Nerea. Y si Luis aparecía en algún momento, todo volvería a la normalidad. Estaba tan feliz que sería capaz de perdonar a su traicionero amigo. Todos actuarían juntos bajo las órdenes de su madre, el *Ente Oscuro*.

Estaba deseando ganar confianza con Nerea y poder contarle todo.

—¡Joder! Pero no le puedo contar todo a la primera tía que se me ponga por delante. Debo tener paciencia —susurró bajo la atenta mirada de su cama desecha.

Volvió a tumbarse mientras sus pensamientos revoloteaban en su mente. Echaba de menos a su mejor amigo y decidió que volvería a llamarle.

Jorge no contestaba porque estaba ocupado y, además, se sentía como un sucio rastrero. No paraba de recibir mensajes de Laura. Aquellas letras amenazadoras se entremezclaban junto a la nueva aventura que se estaba desarrollando entre él y Beca. Si solo fuera eso podría manejarlo, pero es que todo estaba jodiéndose desde la desaparición de su amigo Luis. Guardaba un secreto que le quemaba a fuego lento por dentro, como si se hubiera tragado una cerilla encendida que no se apagaba nunca. Les ocultaba a todos el paradero de Luis. Lo había sabido desde siempre, desde el principio. Había colocado aquella carta debajo de la cama de su amigo con torpeza… Tenía que enfocarse pronto o acabaría perdiendo el rumbo. Su cabeza parecía querer estallar y acabar con esa horrible confusión en la que se ahogaba. Alfonso no paraba de llamarle, Laura y Beca no paraban de escribirle y Mayte… Mayte estaba en medio de todos. Aquellas caricias y miradas que brillaban le ponían nervioso. La madre de su mejor amigo le ponía nervioso en general.

No era capaz de contestar a nadie y empezaba a hartarse. Ni siquiera podía jugar con sus pacientes. Necesitaba atacar a alguien, sentirse poderoso. Necesitaba acabar con Mario por atreverse a huir de aquella manera. Necesitaba demasiadas cosas que no estaban a su alcance. Lo que sí tenía a su alcance era una litrona de cerveza. Pensó en bebérsela en el banco de siempre, pero eso le llevaría a pensar en su mejor amigo y no le atrajo en absoluto la idea. Así que decidió que se la bebería mientras caminaba sin un rumbo fijo. El alcohol iba tomando el control de todas sus articulaciones, de su mirada, de su destino. La cabeza le daba vueltas, y eso que no estaba tan borracho como otras veces. Secretos, mentiras, su conciencia… todos ellos se removían como si estuvieran atrapados en un enorme tornado. Y como si se tratase de Dorothy en *El Mago de Oz*, aquel tornado le dejó en la entrada de un edificio que conocía muy bien. Miró hacia arriba, hacia

una terraza llena de macetas. Algunas de las plantas estaban secas y no pudo evitar sentirse identificado con ellas. Se sintió triste y frágil. Se prometió que no podía mostrar signos de debilidad porque hacía unos meses Alfonso hizo lo mismo y perdió puntos a una velocidad vertiginosa. Él era un tío fuerte pasando una mala racha y podía con todo. Acarició su cabello como si fuera a cámara lenta y volvió a mirar a las plantas secas.

En ese piso vivía Beca con sus padres.

No entendía cómo había llegado hasta allí. Sus pies, compinchados con su cabeza y con su corazón, le habían llevado hasta tal destino. Sin pensárselo dos veces llamó al porterillo.

—¿Sí? —preguntó Beca con la voz cansada, quizás de llorar o de dormir.

Silencio. A Jorge le costaba pronunciar hasta un simple monosílabo.

—Soy Jorge… ¿Podemos hablar?

—¿Ocurre algo? —Beca parecía preocupada.

Abrió la puerta y Jorge trepó como pudo las escaleras hasta que llegó al ascensor. A la salida le esperaba su amiga en chándal. Hasta eso le quedaba *sexy*.

—¿Se puede saber por qué razón estás borracho? ¡Son las ocho de la tarde! —pronunció Beca entre risas.

—No lo sé. Ni siquiera tenía pensado venir hasta tu casa.

—¡Anda, pasa! Tienes suerte de que mis padres no estén aquí.

La luz del pasillo era tenue y creaba una cierta sensación de intimidad.

—Te ofrecería algo de beber, pero veo que ya te has servido tú.

Beca no pudo terminar ni siquiera aquella frase. Jorge se le había echado encima y la besaba torpemente, emitiendo un horrible toque a cerveza. Los pelos de la nuca de ambos se erizaron debido a la sensación eléctrica que recorría sus cuerpos.

—¿Qué haces? —Beca lo apartó escasos centímetros—. No hagas nada de lo que te vayas a arrepentir. Estás borracho.

—Tengo la puta cabeza hecha un lío. ¡Me va a estallar, joder!

Los dos se sentaron en el pasillo con las espaldas apoyadas en la pared. Jorge murmuraba algo que Beca no podía entender del todo.

—Pues cuando te aclares y no hayas bebido, me dices.

—No estoy tan borracho.

—No, pero no sabes ni a qué has venido y me estás volviendo loca. No quiero que la primera vez que nos enrollemos sea porque te has

bebido unas cuantas cervezas.

Jorge se enamoraba cada vez más de Beca, de aquella chica que hasta hacía bien poco era la novia de su mejor amigo. Una chica prohibida a la que nunca se había atrevido ni a mirarle el culo. Una chica de la que sabía demasiadas intimidades gracias a la información que le pasaba Alfonso. Ahora estaba borracho, sentado en el pasillo de su casa, intentando liarse con ella. Prácticamente declarándose y, de rebote, declarándole la guerra a Alfonso. Todo iba a saltar en mil pedazos: su amistad, su grupo, su misión… Todo cambiaría con una simple decisión. ¿Valía la pena cargarse todo por estar con ella o solo era un calentón? Ya no sabía ni qué pensar.

—No sé qué hacer…—dijo Jorge tumbándose por completo en el suelo de aquel pasillo frío, pero limpio como una patena.

—Cuando te aclares, organices tu vida y de verdad quieras estar conmigo con todas las consecuencias, entonces hablamos. Ahora prefiero que te vayas, la verdad.

Muy a su pesar, y con la cabeza llena de voces, Jorge salió de casa de Beca triste y confuso, pero con una misión clara. Lo primero que tenía que hacer era cerrar su historia con Laura. Solo así, desenredando su vida, podría salir de aquel espantoso bucle que le torturaba.

CAPÍTULO 23. UN ADIÓS NO ES PARA SIEMPRE

Laura por fin había recibido una respuesta de Jorge. Habían quedado por la tarde en un lugar apartado. La verdad es que Laura no había estado nunca en aquella zona. Era un parque precioso lleno de rincones para hacer fotografías y subirlas a redes sociales. Antes estaba poco interesada en ese tipo de aplicaciones y en la necesidad de demostrar al mundo lo feliz que era, pero ahora intentaba sumarse a las modas, a lo que hacía toda la gente de su edad. No quería seguir siendo la *rarita*.

Llegó la primera a la cita. Esperaba impaciente en un banco y movía sus piernas sin parar mientras imaginaba varios desenlaces posibles. ¿Abortar o no abortar? He ahí la cuestión. Se imaginaba a ella misma como un Hamlet femenino y mirando fijamente a una pastilla abortiva enorme entre sus manos. Lo fácil era abortar y olvidarse de todo, incluso de la falsa idea del príncipe azul que se había montado. El tiempo se agotaba y en sus sueños aparecía un reloj de arena gigante. Ella estaba en la parte de abajo del reloj y siempre se despertaba justo antes de ser enterrada viva. Pasadas unas cuantas semanas más no podría abortar. La parte difícil, tanto si Jorge aceptaba tener al niño como si no, vendría después. Tendría que contarle todo a su abuelo. Eso era lo que más le preocupaba. Agustín la apoyaría en todo momento, pero sentiría la vergüenza sobre sus hombros.

Miró su reloj y su cita llegaba tarde. Todo había dado un giro drástico. En sus primeras citas, Jorge siempre era puntual, detallista y caballeroso, pero ya no se molestaba ni en llegar a la hora. Laura volvía a sentirse como una tonta, aunque en el fondo esperaba una explicación.

Todos los transeúntes que caminaban por el parque parecían querer molestarla adrede. Paseaban matrimonios felices con carritos de bebé, jóvenes tortolitos con los ojos rebosantes de enamoramiento, parejas que corrían juntas… Parecían querer provocarla. Volvió a mirar la hora. Diez minutos tarde. No pudo evitar sentirse una estúpida de nuevo y pensó que la habían dejado tirada.

—¡Hola! Perdona el retraso… —dijo Jorge con una sonrisa amarga en la boca.

La voz que estaba esperando la sacó de pronto de sus pensamientos. Laura le dio un par de besos y se sentaron cada uno en un extremo del banco. Fueron los besos más incómodos que había regalado. Ninguno de ellos sabía cómo empezar, hasta que Jorge cortó el silencio en dos.

—No quiero ser brusco contigo, pero no tengo tiempo para esto.

Siento mucho que haya ocurrido ese accidente.

—No recuerdo lo que pasó aquella noche. No recuerdo…

—Lógico. Ibas muy pedo —dijo Jorge cortante—. Yo estuve a punto de parar, pero tú insististe en que estabas bien. No debí haberte hecho caso.

—Nunca me ha pasado algo así… Debí perder el control por completo.

Jorge escondió el rostro bajo sus manos para que no notara su sonrisa. Estaba ganando terreno con aquella boba. De allí tenía que marcharse con la seguridad de que no le iba a denunciar por violarla o algo por el estilo.

Por otro lado, Laura seguía confusa. No podía quitarse la idea de la cabeza de que Jorge se había aprovechado de ella. No podía demostrarlo de todas formas. Era su palabra contra la suya. Lo miraba a los ojos y ya no podía verlo de la misma manera. Quizás estaba equivocada y eran paranoias suyas, pero en su corazón sonaba una fuerte alarma con destellos rojos. Se sentía incómoda y con miedo por partes iguales.

—Lo único que recuerdo es que me quedé dormida poco después de llegar a tu cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge con una mirada muy distinta. Estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. ¿No me crees? ¿Crees… que te violé?

Laura se quedó paralizada por un momento. No esperaba que Jorge se pusiera tan agresivo de repente.

—No. No es eso. Es que no…

—Así que eres como todas esas zorras que fingen que los hombres nos aprovechamos de ellas y van de monjitas de la caridad, ¿no? Luego se acojonan y nos ponen denuncias falsas. No esperaba esto de ti.

—No te voy a permitir…

—Aquella noche gozaste tanto como yo. No me vengas ahora con mierdas. Lo que tienes que hacer es abortar antes de que sea demasiado tarde. Porque de ninguna manera voy a dejar que tengas a ese niño.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Laura con la misma cantidad de miedo que de valentía.

—No quiero un hijo mío por ahí, ¿lo entiendes?

Laura empezó a temblar y sacó fuerzas para tomar la decisión de marcharse. Jorge la agarró del brazo y fue consciente de que aquello se le iba de las manos. Debía tener cuidado.

—Lo siento —soltó Jorge con el rabo entre las piernas—. No sé qué me ha pasado.

—¿Ahora lo sientes? ¡Estás loco! ¡Estás mal de la cabeza!

Jorge volvió a sentarse en el banco para intentar arreglar la cagada que acababa de cometer. Volvió a hablar con suavidad.

—Creo que lo mejor es que no tengas a ese niño. Y si lo tienes, quiero que seas consciente de que lo tendrás sola. Te amargarás tu propia vida.

—Aún no sé lo que haré. Es una decisión muy importante para decidir a la ligera.

Ambos permanecieron un par de segundos callados, sin miradas ni acercamientos. La gente los miraba, se podía ver a la legua que estaban envueltos en una gruesa capa de dramatismo. Y a todos nos gusta mirar cuando el conflicto lo tienen otras personas. Jorge se levantó de pronto sin decir nada. Laura pensó que ya habían dicho todo lo que tenían que decir y que se iba sin más, pero solo iba a beber agua a una fuente cercana. Tuvo que esperar a que un señor de pelo blanco y gafas le diera agua a su perro. Aquella tarde parecía ser una broma de mal gusto.

Laura no apartaba su mirada de Jorge. No sabía si volvería hacia a ella o se marcharía para siempre. Pero Jorge volvió. Se limpió los restos de agua de la boca con la mano y después se limpió en la parte trasera del pantalón. Dio unos pasos y se puso delante de ella con la intención de terminar la conversación.

—He conocido a otra persona y quiero empezar algo con ella.

—¡Vaya! ¡Qué rapidez!

—Es una chica que conocía desde hace tiempo, una amiga. Es una historia muy larga y no creo que quieras escucharla.

—En absoluto —respondió Laura con sorna y sin mirarle a la cara.

Una lágrima estuvo a punto de caer de su ojo izquierdo. Laura hizo lo posible por aguantar la rabia y no llorar delante de aquel cerdo. Tenía muy mala imagen de él y eso que no sabía ni la mitad. No sabía que Jorge estaba implicado en la muerte de Álvaro.

—Solo he venido aquí a darte mi decisión. No quiero volver a verte ni a ti ni… ni a ese niño si decides tenerlo, ¿ok?

—Pensaré con calma lo que hacer. Pero tranquilo, no me vas a volver a ver nunca.

Comenzaba a atardecer cuando Laura y Jorge se dijeron adiós con la intención de no volver a verse.

Volvió de camino a casa llena de dudas. Acababa de abrir los ojos para

descubrir a un verdadero monstruo que solo la había engañado para llevarla a la cama. No quería tener un hijo de ese hombre, pero la criatura que ya crecía despacio en su interior tampoco tenía la culpa. Si decidía abortar todo acabaría y esa decisión la acompañaría el resto de su vida. Si continuaba con el embarazo, sería madre soltera y le costaría encontrar un chico que aceptase hacerse cargo del niño y, posiblemente, nunca encontraría el amor con el que tanto tiempo llevaba obsesionada.

«¿Necesitaba a algún hombre en su vida? ¿Había alguno que valiese la pena?», se preguntaba a escasos metros de su casa. «¿Acabaría sola y rodeada de gatos?».

Esa pregunta tan tonta por lo menos le sacó una leve sonrisa.

Al pensar en su futuro, no pudo evitar acordarse de Mercedes y Álvaro. Si Mercedes hubiera abortado, jamás habría conocido a uno de sus mejores amigos. Y era una persona maravillosa. Aunque veintidós años después de su nacimiento, un loco hijo de puta entraría en su casa para quitarle la vida.

«El mundo está demasiado desequilibrado como para traer a un niño a la vida», pensó.

¿No quería traer a un niño a este mundo tan oscuro o era una excusa para justificar el aborto? En el fondo sentía que no quería abortar, pero tampoco se veía preparada para ser madre. ¿Acaso alguien lo estaba alguna vez? Las mujeres parecían estar obligadas a serlo, pero no todas nacían para ese cometido.

Llena de miedo y dudas entró en casa. Le dio un beso en la mejilla a su abuelo, como de costumbre. Le acarició el rostro y le miró con dolor. Lo tenía muy abandonado últimamente. Y encima le había dado de lado por un imbécil. Esa sensación provocó un vuelco en su estómago. Unas terribles náuseas mancharon aquel momento y tuvo que dejar a su abuelo con la palabra en la boca. Por suerte, llegó a tiempo al baño. Intentó que su vómito hiciera el menor ruido posible. Fracasó.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Agustín con un tono grave y preocupado.

—¡Sí, abuelo! No te preocupes. Me ha debido sentar algo mal —gritó Laura cayendo en la cuenta de que esa excusa la había utilizado demasiadas veces ya.

Agustín se quedó en silencio al otro lado de la puerta. Laura temía que empezara a sospechar algo porque no era la primera vez que la pillaba vomitando. Su abuelo era muchas cosas, pero ninguna de ellas incluía que fuera tonto. No habían hablado de nada en concreto, pero evitaba mirarle a los ojos porque acabaría descubriendo su secreto.

—¡Dios! Tengo que tomar una decisión ya —susurró tirada en el suelo de aquel baño frío ahogándose en sus pensamientos.

Laura estaba tan centrada en su vida, en Jorge y en su embarazo que no era capaz de ver cómo se encontraba actualmente su querido abuelo.

CAPÍTULO 24. UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

La noche amenazaba con dominar la ciudad mientras Mayte estaba embargada por sus pensamientos. Bebía agua en su taza favorita y su mirada se perdía por la ventana de la cocina. Casi nadie paseaba por allí ni había nada interesante que ver, aun así, se quedó embobada. Sin darse cuenta seguía bebiendo de una taza que llevaba segundos vacía. Estaba convencida de que todo iba a salir bien, pero no podía quitarse de la cabeza a su hijo, su niño. ¿Qué iba a ser de Alfonso cuando ella no estuviera? Lo había educado de tal manera que nunca había hecho nada en casa. Las tareas del hogar eran su trabajo, no podía ver a su hijo planchando, lavando, etc. Siempre le había dado miedo que saliese a su padre. Cada vez que tenía un gesto femenino, se encargaba de corregirlo a tiempo. Por suerte, ahora tenía en casa a un hombre hecho y derecho. Se le humedecían los ojos solo de pensar en su niño. Suspiró con fuerza y dejó la taza en el fregadero sin apartar la mirada de la ventana. Lo único que consiguió sacarla de aquel lugar lleno de esperanza, ilusión y nerviosismo fueron las llaves de Alfonso que se despedían antes de salir.

—¿Ya te marchas? —preguntó Mayte.

—Sí, me está esperando Jorge en su casa.

—¿Vas a casa de Jorge? —preguntó Mayte de nuevo con una pizca de preocupación.

—Te lo dije ayer, mamá —rechistó Alfonso—. No sé qué te pasa últimamente que estás como despistada.

Mayte estaba peor que eso. Era viernes por la noche y como cada fin de semana esperaba que su hijo saliese con sus amigos. Ya le había contado su ruptura con Beca. No podía evitar alegrarse, aunque una extraña sensación recorría su cuerpo. Le costaba aceptar que todo oliese a peligro. No se fiaba de Beca y quizás esa ruptura trajera más problemas, si es que podía haber más. Su hijo era más feliz sin ella, y eso era lo que le importaba en realidad. Que lo hubiera dejado Beca también la sorprendió. Alfonso ya había encontrado a otra persona, lo sospechaba. Conocía de sobra a su hijo como para saber que estaba enamorado de nuevo, mucho más de lo que estaba con Beca. El brillo de sus ojos le delataba.

—¡Mamá! ¿Me estás escuchando?

—¡Dime, cariño!

—¡Ves cómo estás en las nubes! —gritó Alfonso antes de darle un cariñoso beso en la frente.

—Pásatelo bien con Jorge. Dale un saludo de mi parte y dile que muy pronto seguiréis con vuestra misión. Dale un poco de esperanza.

—¿Seguiremos? —preguntó Alfonso extrañado—. ¿Acaso nos dejas a la deriva?

Mayte había cometido un error. Estaba tan obsesionada con sus propios planes que bajó la guardia ante su hijo. Tenía que concentrarse.

—¡Claro que no, cielo! Yo estaré siempre en las sombras para lo que necesitéis. Por cierto, hay que seguir vigilando a los pacientes actuales. Y no queremos más errores.

—No te preocupes, mamá. Todo saldrá bien.

Alfonso se disponía a abrir la puerta de la entrada cuando su madre le agarró la mano.

—Te quiero con locura, hijo mío.

—¡Y yo a ti más!

Alfonso agarró a su madre de la cintura, la elevó unos centímetros y se puso a dar vueltas como loco. Ambos acabaron un poco mareados, entre risas que no tardaron en extinguirse por culpa de la expresión que apareció en el rostro de Mayte.

—¿Estás bien, mamá? Actúas de una manera muy extraña.

—¿Por qué? ¿Por qué te he dicho que te quiero?

—No. Porque parece que te estás despidiendo de mí.

—¡Anda, anda! No digas tonterías, Alfonso —respondió Mayte de manera exagerada y acariciando la mejilla de su hijo.

Alfonso salió de casa dejando a su madre nerviosa porque en cualquier momento sonaría el timbre de la puerta. Un sonido estridente y molesto que no estaba acostumbrada a escuchar. No recibían demasiadas visitas y las últimas no habían sido muy agradables. La madre de Luis parecía refugiarse en su dolor y no la atormentaba desde hacía días. Parecía que ya había dado por hecho que su hijo se había marchado de casa, sin más. Esperaba que la tranquilidad con el tema de Luis aguantase bastante tiempo porque iba a tener cosas más importantes en mente. Un monstruo del pasado había vuelto para complicar todo aún más. El timbre sonó evaporando con un golpe brusco sus pensamientos.

«AQUÍ ESTÁ», PENSÓ INMÓVIL EN MITAD DEL SALÓN.

Abrió la puerta segundos después y miró hacia el rellano, para comprobar que nadie los veía, antes de dar paso a su todavía esposo. No pudo evitar pensar en su boda, en lo felices que fueron por un tiempo. No tardó en ser consciente de que todo había sido una gran

mentira. Ahora estaba mucho más guapo y eso le dolía. Le provocaba sentir una rabia inmensa por todos los rincones de su cuerpo. Ella se había descuidado y ni siquiera se había planteado recuperar su vida amorosa. Él, sin embargo…

—No te robaré mucho tiempo —dijo Emilio sacando los papeles del divorcio de un maletín pequeño y de color cuero.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Mayte con la mirada perdida.

Emilio la miró extrañado.

—Pensaba que preferirías que fuera rápido.

—Alfonso se acaba de ir y pasará la noche fuera. No hay peligro de que te descubra. Y, aunque te viera, no creo que te reconozca.

Emilio agachó la cabeza ante aquellas palabras afiladas y le pidió una bebida que tuviera alcohol. Necesitaba algo fuerte para soportar aquella situación. Mayte se dirigió hacia la cocina mientras seguían la conversación.

—Alfonso está enorme —pronunció Emilio con la intención de romper el hielo—. Suena ridículo que diga esto teniendo la edad que tiene, pero para mí ha sido un *shock* verlo tan cambiado.

La banda sonora de ese momento estaba protagonizada por un vaso y una botella chocando con la encimera de la cocina y varios muebles que Mayte cerraba y abría segundos después.

—Tranquila que cumpliré con el trato que teníamos —retomó Emilio —. En cuanto firmes estos papeles desapareceré para siempre. Esta vez sí, te lo juro. No quiero encariñarme con nuestro hijo y… lo mejor es que siga pensando que estoy muerto. Aunque me duela.

«Te importa una mierda tu hijo», pensó ella.

Mayte volvió de la cocina con dos copas de vino tinto llenas hasta la mitad. El vino, que había comprado a buen precio para ocasiones importantes, bailaba al son de los pasos de su dueña y, con cierta elegancia, le entregó su copa a Emilio. Él le explicó donde tenía que firmar para que estuvieran separados para siempre. Era injusto que un trozo de tinta sellase el destino de los dos como matrimonio. Aquel contrato era un hilo que los unía y era el momento de cortarlo.

Mayte agarró el bolígrafo con fuerza. No pudo evitar que un pensamiento de odio aflorara en su mente. Quería clavárselo a su marido repetidas veces y luego firmar esos papeles con su sangre. Merecía sufrir por lo que había hecho. Tantos años de noviazgo, tantas penurias y alegrías para nada… Era muy doloroso para ella.

En lugar de clavar la punta en la carne de Emilio, cambió la dirección en la que iba su mano.

—¿No hay manera de arreglar esto? —preguntó Mayte con la última gota de energía que le quedaba—. ¿No hay manera de que volvamos a estar juntos?

Emilio permaneció congelado ante esa actitud tan diferente de Mayte. Había cambiado tanto desde la última vez que la visitó. Ya no se mostraba tan agresiva, tan desquiciada. Lo peor era que aquel día daba más miedo estar en una habitación con ella.

—¿A qué coño viene esto ahora? Ya sabes que no —respondió Emilio con un tono de voz aterrorizado—. No alarguemos más este dolor, por favor. Firma y no me vuelves a ver en tu vida. ¿No es eso lo que querías?

Un par de firmas más y se acabó. Emilio saldría por esa puerta para volver a estar muerto y la vida, como un río, recuperaría su cauce. Mayte firmó la última página. Pudo notar como algo se rompía y los desconectaba para siempre. Cada uno iría por su lado.

Emilio se puso de pie para juntar los papeles y entregarle una copia a su ya exmujer. En un segundo había cambiado todo. Cerró los ojos y comenzó a marearse.

—Se ve que no estás muy acostumbrado a beber alcohol, cariño —dijo Mayte con una ironía pasmosa.

—No sé qué me pasa… No he bebido casi nada —dijo Emilio sin ser consciente todavía de lo que estaba ocurriendo.

—Has bebido lo suficiente, cariño. —Mayte se negaba a soltar aquella ironía.

Mientras Emilio iba cayendo despacio al suelo, arrastrando la silla con él, Mayte agarraba los papeles para romperlos en decenas de pedazos. Pensó en tirarlos al suelo, pero sería una lata tener que recogerlos y que algún trozo intentase escapar entre los muebles. No podía permitir que Alfonso encontrase la menor pista de lo que se traía entre manos. Estropear la sorpresa antes de tiempo sería terrible.

Observaba de pie a su —de nuevo— marido mientras estaba tumbado en el suelo. Emilio intentaba una y otra vez levantarse. Sin éxito. Cada vez se sentía más pesado y dormido.

—¿Qué has hecho? —preguntaba con dificultad.

Mayte lo miraba como si se tratase de la protagonista de la película *Misery*, una de sus favoritas. De ahí se le ocurrió la idea que estaba llevando a cabo.

—Tranquilo. No podía dejar que te fueras así como así. Necesitas mi ayuda más que nunca. Ahora que el destino nos vuelve a unir, tengo que salvarte. Cuando nos casamos, el cura nos dijo que debíamos estar para lo bueno y para lo malo. Y voy a hacer todo lo posible para

sacarte de ese infierno en el que has estado viviendo desde que nos abandonaste. Mira si has estado mal que fuiste capaz de abandonar a un niño de cinco años… Estabas cegado por el vicio y la perversión hasta tal punto que creo que no eres ni consciente de lo que haces.

Emilio se lamentaba y murmuraba palabras que luchaban por salir de sus labios.

—He creado durante estos días un plan maravilloso. Solo me queda conocer un dato para llevarlo a cabo. ¿Tu futuro marido… sabe que estás aquí? —Mayte cerró los ojos para evitar que la pregunta le hiciera tanto daño.

Encontraba dificultades para entender a Emilio.

—Necesito que pongas de tu parte antes de que las pastillas te dejen totalmente dormido. ¡Esfuérzate!

Por fin, y tras varios intentos, Emilio gesticuló con la cabeza un leve no. Luego, se quedó totalmente dormido, como si alguien lo hubiera desconectado.

—¡Genial! Espero que no me mientas. Otra vez.

Mayte apartó la mirada de Emilio y repasó el plan. Tenía que dejar todo atado. Antes de hacer la maleta, pensó que primero sería conveniente dejarle una nota a Alfonso. Cogió papel y boli y la dejó agarrada con un imán de Portugal que le había regalado una vecina.

Cariño.

Me voy unos días a la casa de campo del abuelo.

Tienes razón. Estoy un poco estresada y necesito desconectar.

He pedido unos días en el trabajo.

No te preocupes por mí.

No vayas a verme.

Necesito estar sola por un tiempo.

Te quiero.

Mayte releyó sus palabras varias veces como si se tratase de un borrador que debía enviar a una editorial importante. Respiró profundo, con satisfacción. Debía seguir preparando la maleta.

De vez en cuando, miraba a su marido como si tuviese miedo de que despertara en algún momento. No pudo evitar recordar el susto que se dio cuando aquel chico, Álvaro, al cual daba por muerto, se levantó de repente. Esta situación era muy parecida y tenía el mismo objetivo: proteger a su hijo. En este caso, Emilio no iba a levantarse porque aún le quedaban unas cuantas horas de sueño. Esperaba que las dos pastillas de regalo que llevaba el vino fueran suficientes. Tenía que

dormirlo, mínimo, hasta la madrugada, que era cuando tenía previsto mover a Emilio de allí.

Sentada en la cama, repasó todos sus movimientos y lo que le faltaba por guardar. Estaba tan ilusionada… Era una aventura nueva que reactivó sus ganas de vivir.

—¡Mierda! —dijo Mayte cayendo en la cuenta de que se dejaba atrás lo más importante.

Fue a la cocina y agarró el bote pequeño de *midazolam*. Lo agarró con fuerza y lo acercó a su pecho. Cerró los ojos y pensó que aquellas pastillas tan pequeñas serían sus amigas para calmar a la bestia. Las había robado del hospital donde trabajaba y tenía que aprovecharlas bien y usarlas lo justo. No podía arriesgarse a que la pillaran y estropearlo todo. Quizás no hacía falta usarlas más, pero los primeros días Emilio necesitaría calmarse hasta entrar en razón.

—¡Ay! —suspiró loca de contenta.

Estaba deseando poner rumbo a la casa de su padre.

Mayte pasó por encima del cuerpo de Emilio y cogió el teléfono con entusiasmo. Era hora de pedir refuerzos. Estaba feliz y se había convertido en una mujer aún más peligrosa. Lo fácil ya estaba hecho, pero dependía mucho del resultado de esa llamada.

CAPÍTULO 25. FRATERNIDAD INTOCABLE

Ambos amigos estaban tumbados en la cama de Jorge. Una cama desecha en un dormitorio descuidado, pero no le importaba en absoluto porque tenía la suficiente confianza con su mejor amigo. Jorge esperaba que su padre depresivo recogiera un poco la casa. Él no tenía casi nunca ganas de hacerlo.

Habían pasado horas y horas en aquella habitación jugando a la videoconsola. Entre risas y algún enfado, competían por ser el mejor en videojuegos de lucha y de carreras. Alfonso casi siempre perdía, lo que provocaba el nacimiento de una gran ira por todo su cuerpo, en especial sus brazos, que amenazaban con golpear algo cercano.

Los enfados no duraban más de veinticuatro horas. Al día siguiente salían a la calle como si nada. Porque los mejores amigos se perdonan siempre y nunca se ocultan secretos.

Ya no eran los mismos, ya no eran unos niños. Habían crecido en la calle y habían madurado a su manera. Poco a poco evolucionaron y cambiaron los videojuegos por el fútbol y las chicas. A veces coincidían y fijaban su mirada en el mismo objetivo femenino. Una vez, estuvieron a punto de romper su amistad por una joven morena guapísima. La más guapa del colegio. Desde ese momento prometieron no fijarse en la novia de ninguno de los dos.

—Nuestra amistad está por encima de todas esas putas —dijo Jorge sellando su promesa.

Por eso, el simple hecho de que Jorge estuviera colado de Beca, aunque ya no fuera la novia de su mejor amigo, le atormentaba y le hacía sentirse como una mierda. No iba a traicionar a Alfonso por nada del mundo. Hasta pensó que lo mejor sería volver con Laura y tener al bebé que esperaba. Solo de pensarlo notó cómo su cuerpo rechazaba la idea. A su edad, le parecía demasiado aburrido ser padre. Entre sus planes se encontraban seguir con la misión que habían empezado y sacarse de su cabeza a Beca.

Alfonso no paraba de hablar de la chica con la que estaba saliendo. Era tal la emoción que se había levantado de la cama y se paseaba de un lado a otro.

—Me arriesgaría a decir que es la mejor tía con la que he estado —dijo Alfonso mientras jugaba con una de las gorras de Jorge.

—Sí que te has pillado bien, sí.

—Le encanta que la ponga a cuatro patas y casi siempre con la luz apagada. Es tan misteriosa y *sexy*… —contó Alfonso escenificando en

todo momento cómo se follaba a Nerea.

—¿Cuándo nos la vas a presentar?

—¿Nos? ¿Pretendes que se la presente a Beca?

Alfonso estalló en risas.

—También es verdad… —Jorge también soltó una risa nerviosa.

—¿O todavía tienes la esperanza de que vuelva Luis? —preguntó Alfonso tumbándose de nuevo en la cama.

—No. Hace tiempo que perdí la esperanza en eso.

—En algún momento tendrá que volver. No puede estar por ahí acojonado toda su vida. No hay día que no le dé vueltas a la cabeza y piense dónde se ha podido esconder. Una vez me habló de que estaba conociendo a una chica, pero no creo que eso avanzara mucho más.

—Paso de ese capullo —dijo Jorge con desgana y con la intención de acabar con la conversación.

—Yo creo… que sigue en la ciudad. No me imagino a Luis muy lejos. Y mucho menos hablando con la policía. Aunque… ¿Y si está elaborando un plan con ellos para pillarnos a todos con las manos en la masa?

—¡Déjate de historias! ¡No empieces a acojonarte, joder! Ese no tiene huevos de ir a la poli. ¿No te das cuenta de que él iría a la cárcel también?

Como vieron que esa conversación les estaba jodiendo la tarde, volvieron a hablar del nuevo ligue de Alfonso.

—¿Pero sois novios ya o qué? Se va a liar cuando Beca se entere —dijo Jorge.

—No hemos etiquetado aún nuestra relación, pero quedamos casi todos los días y follamos como conejos.

Ambos chocaron las palmas de sus manos en señal de victoria.

—¿Y sabes qué hizo que me enamorase de ella?

—¿Sus tetas? —preguntó Jorge con cara de cerdo.

Las carcajadas de ambos volvieron a dominar aquel cuarto desordenado.

—No. Tiene mejor culo que tetas, la verdad.

Entraron en otro bucle de risas.

—¿Entonces el qué?

—Piensa igual que nosotros —pronunció Alfonso con orgullo.

—¿A qué te refieres?

Alfonso le miró fijamente a los ojos y le agarró del cuello.

—Creo que Nerea es una de los nuestros.

Hubo una breve pausa en las que sus miradas parecían un enfrentamiento entre espadas. Ya no había risas.

—No estarás pensando en contarle nuestra misión, ¿no? ¡Ni se te ocurra! —pronunció Jorge levantándose de la cama y levantando un poco más la voz. No se molestó en ocultar su enfado.

En ese momento se escuchó la puerta de su casa. Su padre acababa de llegar. Ya no tenían la libertad de hablar en voz alta. Lo único que faltaba es que ese idiota descubriera todo.

—Tranquilo —susurró Alfonso mirando hacia la puerta—. No le he dicho nada, ¿vale? Pero confío en ella y sé que en un futuro estará con nosotros.

—Eso hay que votarlo o meditarlo muy bien. Ni tu madre ni Beca van a permitir que Nerea entre en la misión.

—¿Y tú? ¿Tú tampoco? —preguntó Alfonso más dolido que enfadado.

—¡No te puedes fiar de la primera tía que te empieces a follar! ¡No puedes fiarte del primer coño que… te vuelva loco, tío!

—¡Que ya te he dicho que no le voy a decir nada todavía!

—¡Ves! ¡Todavía! Se lo vas a acabar contando.

Alfonso sintió el impulso de agarrar a su amigo del cuello, pero prefirió apretar sus puños con fuerza. Entendió a su mejor amigo por un momento. Las cosas se habían complicado en los últimos meses y no podían permitirse más errores.

—Te repito que sé que es demasiado pronto. Pero es que… me muero de ganas de actuar junto a ella. Te prometo que sería capaz de casarme con Nerea mañana mismo.

Jorge no pudo evitar sorprenderse de lo pillado que estaba Alfonso de esa chica. Tanto, que deseaba conocer a esa tal Nerea, pero había algo que tuvo que escapar de su boca con más interés. Una pregunta que le ayudaría a retomar su camino, a ilusionarse.

—Entonces… ¿Lo tuyo con Beca se acabó definitivamente?

—Por mi parte más que terminado. No sé qué tal lo lleva ella ni cómo está. ¿La has visto estos días?

—¿Yo? ¡Qué va! —respondió Jorge con una voz nerviosa y tragando saliva.

Por un momento, sintió miedo de que su amigo se hubiera dado cuenta de que mentía. Alfonso estaba tan hipnotizado con su enamoramiento que no le dio importancia.

—Solo espero que no pase como con Luis y que, por celos, se vuelva loca y joda nuestro plan. Si se le va la olla mi madre será capaz de matarla. Creo que le tiene muchas ganas.

Pidieron pizzas y pusieron una peli de terror. Jorge se alegró de que su amigo no escarbase con preguntas sobre su estado emocional, pero le hubiera venido bien que le diese pie para contarle su situación con Beca. Necesitaba quitarse un lastre. Uno solo, aunque fuera.

La película que estaban viendo era de las malas, una de serie B. Se llamaba *Ibiza Zombie*. Era tan cutre que ni siquiera les hacía gracia. De pronto, el teléfono de Jorge comenzó a sonar y provocó un miniinfarto a su dueño. Jorge dio tal bote que estuvo a punto de tirar el último trozo de pizza que esperaba en la caja. Alfonso empezó a reírse de él con sorna.

—¡Te has cagado vivo!

—¡Qué dices! ¡Si la peli es una mierda!

—¡Cagón! —gritó Alfonso tirándole la almohada y dando de lleno en la espalda de su objetivo.

Jorge miró la pantalla del móvil y vio que era su querido *Ente Oscuro*. No le gustaba que Mayte le llamase a esas horas porque no podía ser nada bueno.

—¿Quién es? ¿No piensas contestar? —dijo Alfonso parando la película. Aunque no iban a perderse nada de aquella ridícula trama.

—Nadie… Es la tía que me estoy follando ahora.

—¡Qué callado te lo tenías, cabrón! ¡Ahora me cuentas detalles y quitamos ya esta mierda de película!

Jorge cogió el teléfono mientras se dirigía hacia el baño. Cerró la puerta y contestó entre susurros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jorge esperando lo peor.

—Necesito que vengas a casa. Ahora.

—Pero estoy aquí con tu hijo. No puedo irme.

—Ya sé que está ahí contigo, pero necesito que vengas.

—¿Y qué hago con Alfonso? ¿Vamos los dos?

—¡Ni se te ocurra! —soltó Mayte masticando cada letra.

Mayte no parecía nerviosa, pero su tono de voz indicaba urgencia y pánico.

—Invéntate alguna excusa y ven cagando leches.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquilo. Esta vez no hay ningún cadáver —pronunció Mayte antes

de colgar.

CAPÍTULO 26. ¿DÓNDE ESTÁ LUIS GARRIDO?

El día que Alfonso se divertía reventando a patadas a un chico en su portal, Luis entró en pánico. Solo tenía una tarea que completar: vigilar. El chico que estaba en el suelo apenas intentaba defenderse, ni gemía de dolor. Luis le gritó a su amigo que parase, pero Alfonso parecía haber entrado en bucle o, como se dice en el mundo de los videojuegos, parecía que se había *bugeado*. Como si su cuerpo quisiera huir de ese lugar, Luis salió corriendo en dirección a su casa dejando tirado a su amigo y a la misión de aquella noche.

La calle estaba llena de voces de gente ebria y de música que se entremezclaban con la intención de provocarle más angustia. Las náuseas le obligaron a hacer una parada en uno de los árboles de la acera y vomitó todo, hasta la culpa. Por si fuera poco, el flato provocado por la carrera le provocó un dolor espantoso. No quería llorar, pero la ansiedad obligó a las lágrimas a saltar al vacío. Los escasos metros que le faltaban para llegar a casa se le hicieron eternos. La noche refrescaba a pesar de ser verano y su sudor comenzaba a enfriarse.

Llegar a su cama fue lo más parecido a una sensación de paz, como estar en el cielo. Sus pensamientos rebotaban en su cabeza y tardó en encontrar el sueño profundo. Sabía que le caería una buena bronca por haber dejado así tirado a Alfonso. Ya vería qué explicación daba. Una cosa tenía clara: no iba a seguir haciendo esas atrocidades.

En su móvil no paraban de llegar mensajes de Beca, Alfonso y Jorge. Mensajes que empezarían a amontonarse sin respuesta. Un aviso apareció en la pantalla anunciándole que le quedaba un cinco por ciento de batería. Luis miró su móvil unos segundos y decidió que no lo pondría a cargar. Necesitaba silencio absoluto.

«¿Y si vienen a verme a casa?», pensó Luis con una breve taquicardia que le taponaba la boca. «No pienso abrirles».

A las ocho de la mañana del día siguiente, su móvil estaba muerto. Sentía la necesidad de ver los mensajes. Todos estarían enfadados y preocupados y no le apetecía escuchar ninguna bronca a esas horas tempranas. Mientras Luis desayunaba junto a su madre, sus piernas no paraban de temblar.

—¿Puedes parar, hijo? ¿Me estás poniendo de los nervios?

Su madre se acababa de despertar y estaba hecha un desastre como su pelo rubio.

—¿Estás bien? Te noto como muy disperso últimamente.

—Estoy bien, mamá. No empieces… —sentenció Luis mientras metía la cuchara en su tazón de leche con cereales de chocolate.

Natalia eligió tener el desayuno en paz y no provocar a su hijo con sus dudas. Además, había bebido la noche anterior y no quería discutir con Luis. Lo que no sabía esa misma mañana es que se arrepentiría toda su vida de no haber hablado más con él.

Horas después, Luis fue consciente de que no podía estar escondido mucho tiempo. Se quedó solo en casa porque su madre tuvo que viajar por trabajo. Y daba gracias. Porque no solo su móvil no paraba de sonar y de recibir mensajes amenazadores, sino que también Alfonso y Beca se habían atrevido a ir hasta su casa y aporrear la puerta. Sus voces daban miedo desde el otro lado y por un segundo se sintió tan indefenso como sus víctimas, sus pacientes. Esos pobres chicos a los que tenían atemorizados. Y, en ese *tenían*, estaba incluido Luis. Ya nada de eso le parecía gracioso.

Mientras esperaba a que sus amigos, o lo que fueran ya, se cansaran, permaneció inmóvil junto a una de las ventanas de la casa. Cuando el timbre sonó estaba a punto de salir por la puerta. Alfonso y Beca no le descubrieron de milagro. Se quedó congelado porque intuía que eran ellos. No movía ni un solo músculo y, aunque le costaba cada vez más, controlaba el ritmo de su respiración.

Golpeaban la puerta y seguían llamándole a gritos. Parecía que no se iban a cansar nunca. Menos mal que su madre no estaba en casa.

«¿Ya no les importaba nada? ¿Estaban completamente locos?», pensó.

Parecía estar en una película de terror.

Poco a poco se fueron rindiendo. Antes de que se marcharan pudo escuchar a Beca susurrar algo.

—Vendremos en otro momento. No va a hacer nada porque es un *gallina* —gritó Beca.

Odiaba a Beca con todas sus fuerzas. Era algo mutuo. Esa chica era la serpiente más venenosa que había conocido nunca.

—No pararemos hasta que des la cara, capullo —susurró de nuevo Beca acercándose más a la puerta.

No podía creerse la pesadilla en la que se había metido. Aquellas personas de las que tenía miedo habían sido sus mejores amigos. Bueno… Beca no. Beca era la novia de su mejor amigo que tenía que aguantar en todo momento.

«Tenía que haber salido de este lío desde el principio, joder», pensó mientras se sentaba en el suelo derrotado.

En ese momento se prometió que acabaría con ese tedioso capítulo. Antes de que sus padres volvieran a casa, debía resolverlo todo. Eran sus amigos y debían entender su posición. Se le ocurrió que sería buena idea entrar en la boca del lobo para solucionar su situación.

Al día siguiente…

Luis se encontraba en el portal de la casa de su mejor amigo. Había estado allí cientos de veces. Él y Jorge esperaban a Alfonso para jugar al fútbol y charlar un rato. Aunque, como se veían casi todos los días, no había demasiada información que actualizar. En otras muchas ocasiones subían a casa de Alfonso para jugar a la consola y comer y beber todo lo posible. Hasta que Mayte, enfadada, les pidió que fueran a hacer ruido a otro sitio.

El local de Beca se convirtió en su nuevo lugar de reunión. Parecía como si aquel sitio lo hubiera cambiado todo, como si una densa nube negra los hubiera convertido en monstruos sin piedad.

Allí acumulaban su rabia y frustraciones y fueron creando poco a poco una vorágine de odio. Luis comenzó a tomárselo como una broma, lo de curar a homosexuales comenzó así, hasta que entró en escena Mayte. Siempre le había aterrorizado aquella mujer. A pesar de ser la madre de su mejor amigo, tenía algo en sus ojos negros que le alertaba. Jamás se sintió cómodo estando en su casa. Y mucho menos a solas con ella.

Por eso, aquella tarde, mientras estaba de pie en aquel portal y la voz que respondió al porterillo era la de Mayte, pensó en cambiar su destino. Al final no lo hizo.

—¿Está Alfonso?

—No, pero no tardará. ¿Quieres subir?

Silencio. Su respuesta acabó siendo afirmativa.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Mayte recibiendo a su visita.

Luis notaba que la madre de su mejor amigo mostraba una sonrisa que la hacía más aterradora aún. Aceptó una cerveza y se sentó en el sofá. Por más que lo intentaba no era capaz de relajarse. Sus hombros estaban tensos. Era algo lógico, ya que iba para romper de alguna manera un pedazo de su relación con Alfonso. Quizás la rompería completamente.

—¿Sabes si tardará mucho en volver? —preguntó Luis aferrando el botellín de cerveza entre sus manos.

—No tengo ni idea de a dónde ha ido. Aunque sé que lleva buscándote varios días. Estaba muy preocupado por ti —dijo Mayte alargando la palabra *muy*—. ¿Qué ha pasado, cariño?

Mayte se sentó a su lado y, aunque aparentaba una actitud dulce, su mirada actuaba de otra manera. Luis soltó el botellín para disimular un poco el temblor que emitían sus manos. Con torpeza, escondió sus manos entre las piernas.

—Alfonso me ha contado lo que ocurrió aquella noche. Cuando le dejaste tirado en aquella misión y le pusiste en riesgo. Nos pusiste en riesgo.

Luis decidió que tenía que preparar muy bien sus próximas palabras. Estaba en una encrucijada demasiado peligrosa.

—Me gustaría hablar con Alfonso y aclararlo todo. Dile que me llame cuando vuelva.

Luis intentó ponerse de pie, pero encontró como obstáculo el brazo de Mayte.

—Lo que tengas que hablar con mi hijo, puedes hablarlo conmigo. Recuerda que la que manda aquí soy yo.

De repente, en el ambiente se respiraba un oxígeno demasiado denso. Luis sentía que estaba ante una partida de ajedrez decisiva. Su próximo movimiento fue agarrar de nuevo el botellín y beber un trago. Eso le daría unos segundos para pensar qué hacer. Quizás sus palabras no fueron las más acertadas, pero necesitaba vomitarlas.

—¿Te estás rajando? —preguntó Mayte acercándose un poco más hacia su invitado.

—No es eso —respondió Luis haciéndose cada vez más pequeñito—. Vosotros haced lo que queráis, pero yo no quiero continuar con esto. Creo que se ha ido de madre.

—Si eso no es rajarse, dime tú a mí qué es.

La conversación se puso tan tensa o más de lo que había imaginado. Estaba cada vez más acorralado con aquella fiera y necesitaba escapar de la casa. Que llegase Alfonso sería también una buena opción. Cualquier vía de escape era válida. Ambos se levantaron de pronto y comenzaron a caminar por el salón debatiendo sin frenos.

—¡Sabías perfectamente lo que estaba en juego! ¡No me vengas ahora con estupideces de niñato!

—Precisamente pensaba que se trataba de eso, de un juego. Yo no soy un asesino.

—Nadie es un asesino —sentenció Mayte ofendida—. Eso fue un pequeño… desliz. Nadie quería matar a ese chico. Además, en los experimentos siempre hay algún ratón que acaba muriendo. Es algo normal.

Luis era incapaz de pestañear ante lo que estaba escuchando. Mayte

gritaba unas frases mientras susurraba otras peligrosas que no debían escuchar oídos extraños. Lo que más le asombró fue la confesión de Mayte en la que le contaba que fue ella la que tuvo que rematar a Álvaro para que no les delatara. Su voz estaba tan calmada que Luis sintió pánico. Estaban todos locos y él estaba justo en medio.

Luis había visto muchísimo cine de terror, ficción y *thriller*. Sabía que para salir de allí debería camelarse a Mayte. Tenía que hacerlo de manera que no fuera sospechoso. Su misión principal era salir de allí. ¿Y luego? Luego vendría lo más complicado. En su mente se paseaban tres opciones claras: seguir en la horrible tormenta en la que se había metido, confesar a la policía y que acabasen todos en la cárcel, o contarle todo a sus padres y salir de la ciudad. Sus padres no cambiarían su vida por su culpa, así que la descartó la primera. No quería acabar en la cárcel, por lo que solo le quedaba una opción: seguir en ese bucle de horror. Se negaba a…

—¿Me estás escuchando? —preguntó Mayte haciendo gestos con las manos.

—Sí, perdona.

Mayte seguía hablando como una ametralladora mientras Luis se preparaba para ganarse su confianza y escapar de lo que parecía un complicado *scape room*.

—Perdóname. Es que han pasado muchas cosas y tengo la cabeza hecha un lío. Me he dejado llevar por el pánico, lo siento.

—Pues desenrédate, cariño. Esto se puede poner muy peligroso y te necesitamos al cien por cien. ¿Me entiendes?

—Lo entiendo perfectamente —dijo Luis mientras Mayte le acariciaba su rostro.

El teléfono de la casa comenzó a sonar de repente alterando un breve silencio y las pulsaciones de Luis. Pensó que aquello era el momento ideal para marcharse. Así que, mientras Mayte se levantaba a atender la llamada, Luis aprovechó para poner rumbo hacia la puerta.

—¿Sí? —respondió Mayte haciéndole un gesto a Luis para que volviera a sentarse—. ¡Hola, cariño! ¿Te quedas a dormir en casa de Beca? Bueno… pues nos vemos mañana. Pásalo bien. Te quiero.

—¿No va a venir? ¿Por qué no le has dicho que estoy aquí?

—No quería amargarle la noche. Bastante tiene ya con arreglar su relación con esa loca. Ojalá que lo dejen ya y mi niño no sufra más. ¿No crees?

—Yo no me meto en eso —sentenció Luis—. Será mejor que me vaya. Hablaré con Alfonso otro día.

—Ya hemos hablado tú y yo, ¿no? Está todo claro. Tú sigues como siempre, con nosotros, y todos tan felices. Nada va a cambiar.

Luis sonrió tratando de ocultar la falsedad que sentía en ese momento. Iba a escapar por fin de allí. Lo que más le dolía era que tendría que huir, aunque fuera él solo, sin sus padres. No le quedaba otra. Abrió la puerta y por escasos segundos vio a la vecina salir de su casa con un carrito de bebé. No le dio tiempo a ver a la mujer con claridad porque Mayte volvió a dirigirse a él.

—¡Luis!

—¿SÍ? —preguntó Luis dejando la puerta entornada.

—Tú nunca hablarías con la policía ni ninguna tontería similar, ¿cierto? —susurró Mayte mientras se acercaba lentamente.

Luis no apartó la mirada de la puerta, incluso miró fijamente al interruptor de la luz que había justo al lado. No podía girarse y responder mirándola a los ojos. Escuchó cómo la vecina cerró la puerta de su casa y cerraba con llave. Una vuelta. Dos vueltas. Y hasta una tercera vuelta de llaves para proteger su vivienda. Luis se dio cuenta de que se había distraído demasiado y aún no había contestado.

—¡Por supuesto que no! Ya te he dicho que no quiero meterme en problemas, Mayte.

Su mirada seguía fija en el mismo objetivo: la salida. Su mano derecha agarró de nuevo el pomo de la puerta de la salida que permanecía ligeramente abierta. La vecina esperaba el ascensor.

—¿Me lo prometes? —preguntó Mayte con voz muy seria.

—Te lo prometo.

Luis abrió un poco más la puerta. La vecina dirigió una mirada sutil esperando que alguien saliera de la casa de Mayte. Pero eso no ocurrió.

—¿Sabes qué? —preguntó Mayte de manera sibilina.

—¿Qué?

—¡Mírame a la cara! —susurró Mayte para que su vecina no la oyese.

Luis se giró soltando el pomo de la puerta. La vecina introducía el carrito con dificultad en el ascensor y pulsaba el botón para bajar. El ascensor comenzó a cerrarse.

—¡No te creo!

Mayte se abalanzó sobre el joven con unas tijeras grandes en la mano que se clavaron en el pecho de Luis. Luego lo empujó y cerró la puerta de la entrada, provocando así un susto de muerte a la vecina que por

fin comenzaba a bajar por el ascensor sin ser consciente de lo que ocurría.

Mayte estaba ahora encima de uno de los mejores amigos de su hijo. Antes de que Luis se atreviese a gritar, Mayte atacó de nuevo mientras le tapaba la boca con la mano que tenía libre. Aquella mujer parecía tener una fuerza sobrehumana. Esta vez, incrustó las tijeras en su cuello, muy cerca de la nuez. Las sacó de la carne rápidamente con la intención de atacar de nuevo si era necesario. Luis intentaba emitir algún sonido, pero lo único que surgía de su garganta llena de sangre era una especie de gorgoteo espantoso.

Mayte, agotada por el esfuerzo, solo necesitó clavarlas una última vez en el cuello de su víctima, por debajo de la oreja derecha. No descansó hasta estar segura de que aquel muchacho no le daría ningún problema más.

Permaneció en el suelo lleno de sangre hasta que el timbre la pilló desprevenida. A cuatro patas, miró hacia la puerta, rezando para que estuviera bien cerrada. Por suerte, el cuerpo de Luis se había encargado de hacerlo antes de caer al suelo con una terrible expresión en su cara.

—Mayte, soy Paula. ¿Estás bien? Me pareció oír un golpe en tu casa antes de bajar por el ascensor. Hija, no podía irme tranquila hasta confirmar que estabas bien.

—¡Estoy bien, Paula! No te preocupes. Se me ha caído una estantería, pero todo bien. Muchas gracias, bonita.

Por suerte, se libró rápido de aquella petarda de vecina. Pegó su oreja a la puerta y no se quedó tranquila hasta oír bajar al ascensor. Se puso de pie y empezó a limpiar toda aquella sangre antes de que su recorrido la llevase debajo de algún mueble y le trajese problemas. Apartó el sofá con la misma rapidez con la que empezó a recoger la sangre.

Mientras escurría la fregona tintada de rojo, miraba el cuerpo inerte de Luis sin ningún tipo de remordimiento.

—Yo no soy ninguna asesina —se repetía una y otra vez—. Solo soy una madre que protege a su hijo con uñas y dientes. Esto lo hago por el bien de todos.

Y cada vez más impregnada con esa idea, decidió que tenía que pedir ayuda a uno de los suyos. Alguien que le guardase el secreto, que tuviera los mismos escrúpulos que ella, y que sabía que iría lo antes posible.

CAPÍTULO 27. UN MISMO DESTINO

Otra vez volvían a vivir lo mismo como si se tratase del día de la marmota. Viajaban en el mismo coche, sentados de la misma manera y en las mismas posiciones. La misma cantidad de gasolina, la misma velocidad, para no llamar la atención a esas horas de la noche. Si se tratase de un juego de encontrar las siete diferencias, se podría observar que en el primer viaje el cuerpo inerte de Luis viajaba en el maletero. Mientras que, en este viaje, el cuerpo de Emilio permanecía en posición fetal en el asiento de atrás, totalmente dormido.

La noche parecía haberles abierto el camino a Mayte y Jorge para que llegasen a su destino sin problemas. Desde fuera, parecían ser una madre y un hijo adorables rumbo a un viaje inesperado. Aunque las dos de la madrugada no era la hora más común para ir a ningún lugar. Jorge no paraba de mirar hacia atrás y Mayte no podía evitar ponerse nerviosa.

—¡Deja de mirar hacia atrás y enfócate en la carretera! Lo único que necesitamos ahora es tener un accidente y que todo se vaya a la mierda.

Jorge no veía el momento de llegar al final del trayecto. La situación estaba muy tensa y, para colmo, se moría de sueño.

—¿Estás segura de que no se va a despertar en cualquier momento?

—Cariño, soy enfermera. Créeme que a estas alturas de la vida sé que cantidad de pastillas debo suministrarle a mi paciente.

No hubo ninguna conversación destacable en el resto del camino. Prácticamente habían hablado todo lo que tenían que hablar cuando Jorge llegó a la casa de Mayte.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es este tío? —susurró Jorge nada más entrar por la puerta.

—Tranquilo. Ya te lo explicaré con calma.

Mayte no parecía muy convencida de querer contar demasiado porque estaba enfocada en sacar a su marido de allí sin que nadie los descubriera.

Jorge no paraba de pedirle explicaciones, pero Mayte le puso en su sitio en un par de ocasiones.

—No podemos cometer ningún error. Esto es algo personal y quiero que te tranquilices. Lo primero que tienes que hacer es llamar a mi hijo y decirle que tardarás en volver. De ninguna manera puedes dejar que salga de tu casa y que venga hacia aquí, ¿entendido?

Jorge afirmó con la cabeza y mantuvo la boca cerrada.

—Si todo sale bien, te prometo que te contaré la verdad. —Mayte no estaba muy segura de si iba a cumplir esa promesa o se inventaría otra historia para salir del paso. ¿Podía confiar al cien por cien en su cómplice?

Jorge afirmó de nuevo con la cabeza mientras pensaba rápidamente en una excusa que contarle a Alfonso. Los problemas no paraban de acumularse en una montaña y parecían querer acabar con él.

«¡JODER! ¿POR QUÉ TODO ESTÁ SALIENDO TAN MAL?», PENSÓ.

Se frotó la cara con las manos justo antes de darse un par de bofetadas para intentar activarse. Tenía que reaccionar con rapidez y ayudar a Mayte todo lo posible. Debía quedar bien delante de ella y no ser un cagado como lo fue Alfonso en su momento. Ya habían hecho algo parecido con Luis y nadie se había enterado. Todo volvería a salir bien si se enfocaba en ello.

—Voy a hacer café —dijo de pronto Mayte—. Nos espera una noche muy larga.

Mientras Mayte sacaba las tazas, Jorge sujetaba su móvil en las manos con la intención de enviarle un mensaje a su mejor amigo. ¿Qué podía inventarse? Alfonso le vio coger el teléfono cuando Mayte lo llamó y le dijo que no tardaría. Lo que no esperaba era encontrarse con aquella sorpresa. Su plan iba a ser ver una peli en casa y dormir hasta las tantas. Solo de pensar que tendría que conducir y cargar con una persona que no tenía ni idea de quién era le ponía enfermo.

Cuando Mayte llegó con los cafés bien cargados, a Jorge aún no se le había ocurrido nada en concreto. La presión de que Mayte estuviera observándole le ponía más nervioso todavía. Impaciente, la madre de su mejor amigo soltó las tazas y le quitó el móvil de las manos. Se detuvo apenas un par de segundos y comenzó a escribir. Al terminar, le devolvió a Jorge su móvil.

—Así de fácil —dijo Mayte vacilando a Jorge.

—Voy a tardar más de la cuenta. Voy a follarme a una zorrita.

Leyó Jorge en voz alta.

Dudaba de si Alfonso le iba a creer. Esperaba recibir pronto una contestación para que se quedase tranquilo y pudieran planear qué hacer con ese hombre que permanecía tirado en el suelo. La espera le llevó a mirar detenidamente al desconocido. Tenía la cabeza hacia un lado y las extremidades colocadas de tal forma que parecía como si se hubiera caído desde una gran altura. Era una lástima que la elegancia no le sirviera para nada en esa situación. Revisando cada rincón de su memoria, Jorge recordó que le había parecido verlo por el barrio en

una actitud sospechosa. ¿Los estaba espiando? ¿Era un policía que estaba investigándoles? Volvió a sentirse débil y los nervios le hicieron perder el control. Empezó a hacer preguntas a Mayte con la intención de descubrir la verdad. Hasta que varios mensajes llegaron a su móvil con prisa.

—Disfruta, cabrón. Yo me voy a mi casa entonces. Paso de estar aquí con tu padre en la habitación de al lado. Mañana me cuentas.

Jorge volvió a leer en voz alta. Mayte se puso como loca y le gritó que lo detuviera como fuera. Si Alfonso entraba por esa puerta… Todo explotaría en mil pedazos.

—¿Qué coño hacemos ahora?

—¡No lo sé! —gritó Mayte paseándose de un lado a otro del salón mientras sus manos temblaban.

Ahora los dos estaban fuera de sí. Aunque pensándolo bien, Jorge tenía menos que perder. Siempre que no se destapase lo que había ocurrido con Luis…

«¿Le importaría a Alfonso o se sentiría aliviado al descubrir que Luis no confesaría nunca?», pensó por un segundo.

No paraba de mirar a Mayte y su expresión estaba desencajada. Los ojos parecían estar a punto de lanzar fuego.

—Escríbele de nuevo o… o llámale. No puede entrar en casa de ninguna manera, Jorge. ¡Te lo pido por favor! ¡Piensa en algo!

Mayte comenzó a llorar de angustia. Era la primera vez que la veía llorar asustada. Fue consciente de que todos, por muy fuertes que aparentasen ser, sentían miedo.

—¡Joder! Le he preguntado si ha salido de casa y dice que viene de camino.

De repente, la cara de Mayte se iluminó por completo.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer!

Mayte corrió hacia la cocina y no tardó nada en volver con lo mismo que había utilizado para dormir a su esposo.

—¿Qué es eso?

—Escúchame con atención —dijo Mayte mirándole a los ojos y agarrándole la barbilla—. Llámale. Dile que te espere donde esté y que vuelves a casa.

—Pero no…

—¡Calla! Volvéis a tu casa y le das algo de beber. Le echas una pastilla en la bebida, una será suficiente, y, cuando se duerma, vuelves. ¿Entendido?

—Está bien.

Aquel plan improvisado no terminó llevándose a cabo. Jorge recibió otro mensaje que hizo que los dos respirasen con tranquilidad. Empezaba a ser una noche demasiado movidita. Alfonso le había escrito…

—¡Tío! Al final yo también voy a mojar ahora. Voy a dormir a casa de Nerea. Tengo que presentártela. Me tiene loco.

Después de aquel mal trago, lo que tuvieron que hacer fue esperar hasta la madrugada para que nadie los viera sacar a aquel hombre. Contaban con dos ventajas: solo tendrían que bajar en ascensor un pequeño tramo y si alguien los descubría Mayte había planeado fingir que estaba borracho y que lo llevaban a su casa. Por eso, derramó un poco de vodka en la camisa de Emilio. Era asombrosa la capacidad que tenía de improvisar con tal de salvar todo lo que había construido.

Todo salió a la perfección. No se cruzaron con nadie y no hizo falta el plan que había pensado. Jorge la miraba anonadado durante todo el trayecto. La temía y veneraba por partes iguales.

Por fin, llegaron a la parcela de los abuelos de Alfonso. Jorge había estado allí un par de veces, aunque nunca de noche. En la oscuridad, aquella pequeña casita de campo irradiaba algo siniestro, como si estuviera repleta de acontecimientos paranormales.

Minutos después de llegar, aquella pareja tan especial miraba desde la puerta de uno de los dormitorios a aquel misterioso hombre que permanecía dormido y atado con unas cuerdas grandes y viejas. Era algo provisional. Mayte tenía pensado rescatar una cadena de perro que había en algún lugar de la finca. Jorge se ofreció a buscarla, pero era inútil hacerlo en la oscuridad.

Mayte preparó otro café y ambos respiraron con más tranquilidad.

—No quiero que te duermas por el camino de vuelta, aunque creo que lo más sensato es que te quedes a dormir aquí.

Jorge no tenía ganas de volver a conducir, pero menos ganas tenía de quedarse en aquel lugar tan tétrico lleno de secretos y mentiras.

Sin esperarlo, Mayte se sentó a su lado con la intención de explicarle todo lo sucedido. Se miraban a los ojos de una manera diferente. En el pasado, sintieron una extraña atracción de la que ninguno se atrevía ni siquiera a mencionar. Jorge ya no sentía nada por Mayte y esperaba lo mismo de ella.

La noche empezaba a refrescar y Mayte acababa de encender la chimenea. La temperatura allí era muy distinta a la de la ciudad. Las llamas comenzaron a ganar terreno e iluminaban sus rostros colmados de seriedad.

—¿Quién es este tío? —preguntó Jorge sin aviso—. Creo que merezco saberlo.

—Tienes que jurarme antes que no vas a decir ni una sola palabra. Es algo muy personal y yo soy la dueña de ese secreto. Solo yo puedo desvelarlo, si llegara el momento.

—Te lo juro. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Acaso no te lo he demostrado ya lo suficiente?

No hizo falta que Mayte respondiera. Bajó la mirada unos segundos. Uno de los troncos de la chimenea se resbaló entre las llamas y estuvo a punto de caer fuera. Ninguno de los asistentes se molestó en esa nimiedad. La situación era demasiado tensa para eso. Mayte levantó de nuevo su mirada antes de materializar el secreto que tanto daño le había causado.

—Si le dices algo a Alfonso, te juro por Dios que te mato con mis propias manos.

Jorge no esperaba esa reacción y se quedó paralizado unos segundos. Mayte lo quería como a un hijo y aquella amenaza cambió su relación en ese mismo instante. Jorge se temía lo peor, hasta que escuchó como se detonaba la bomba.

—Ese hombre es el padre de Alfonso. —Las palabras salieron de la boca de Mayte arañando sus labios y llevándose todo por delante.

—¡¿Qué?!

Jorge no podía creer lo que estaba escuchando. Sintió el peso de aquel secreto instantes después de conocer la verdad. ¿Cómo iba a ocultarle eso a su mejor amigo?

—¿Y qué piensas hacer con él? ¿Cómo es que está vivo? ¿Por qué le has mentido?

—Creo que cuanto menos sepas mejor, ¿no? Sé lo complicado que va a ser ocultarle a Alfonso esta verdad. No quiero causarte más problemas.

—Pero…

—Gracias por traerme —sentenció Mayte.

A Jorge le quedaban muchas incógnitas y quería saberlo todo, pero Mayte tenía razón. No debía profundizar más en aquellas arenas movedizas. Se echó las manos a la cara y pensó que debía volver a casa antes de que el sueño lo dominase por completo. Ese maldito café no parecía hacer efecto.

—Antes de irte —dijo Mayte poniéndose de pie—. Necesito saber que te tengo ahí si hace falta.

—Eso siempre —contestó Jorge sin pensárselo dos veces.

—No quiero que te vayas con este mal sabor de boca, querido. Quiero que sientas algo de esperanza. ¿Sabes qué? Muy pronto podréis seguir jugando a vuestro juego favorito. Ya tengo pensada nuestra próxima misión.

Mayte sonreía de manera pícara y eso le gustó bastante a Jorge. Por fin buenas noticias. Ella iba a tener mucho lío con su nuevo paciente y le vendría de maravilla que su hijo y los demás estuvieran entretenidos.

Al salir de la casa, Jorge notó el frío de la madrugada y echó de menos el calor de la candela. Por suerte, entró rápido en el coche. Encendió las luces y no le gustó nada a lo que alumbraban. Al lado de la casa había unas enormes zarzas. Aún podía sentir el escozor de los arañazos que le provocaron la noche que enterraron a Luis allí. Sería un huésped secreto en aquella parcela para siempre.

Arrancó el coche y salió de aquel lugar con la intención de no volver. Necesitaba enfocarse en su relación con Beca y tenía que practicar cómo ocultar sus mentiras a Alfonso. Pero por más que intentaba enfocarse en lo positivo que había en su vida, su conciencia le decía que todo saldría mal y que acabaría cayendo cuesta abajo y sin frenos por un precipicio.

Cada vez que indagaban, aparecían más noticias desgarradoras. Algunas mejores que otras, con finales trágicos o menos dolorosos. Ella había dejado de leer noticias hacía un par de días. Era su ángel de la guarda el que preparaba todo para no hacerla sufrir más de la cuenta. Bastante había pasado ya, y eso que no conocía la historia completa.

—Déjame continuar a mí.

—¿Seguro? Lo puedo hacer yo y así te ahorras leer barbaridades —contestó el ángel.

—Yo voy a leer el discurso y me gustaría conocer a los protagonistas a fondo. Sé que voy a encontrar más situaciones espantosas, pero no me puedo esconder.

Su ángel le pasó el portátil y continuaron con su tarea. Quedaba muy poco para tener la idea inicial preparada. Faltaban escasos días para que ese discurso fuera escuchado, gritado.

Ella retomó la historia que había abierta en una de las ventanas de noticias. Contaba el testimonio de Joaquín, un joven de treinta años que vivía en un pueblo de la zona norte del país. No se especificaba el lugar, seguramente para no meterse en más problemas. Junto al testimonio aparecía una foto del chico dando la espalda. Lo que más le molestó fue que la víctima era la que permanecía escondida, tapada, como si tuviera que sentir vergüenza por lo que contaba. Su verdad.

Joaquín había vivido con su familia en el pueblo al que adoraba. De pequeño había sufrido insultos y risas de sus compañeros de clase.

—¡Eres un bicho raro! ¡Eres un monstruo! —le gritaban con crueldad los niños—. ¡Nunca serás feliz, maricón!

Le habían dicho esas barbaridades cada día de su vida, en cada lugar que pisaba. Esas frases las había interiorizado y se las creyó por completo: Nunca sería feliz porque él no era normal.

La infancia pasó sin darse cuenta y todo apuntaba a que había dejado una mala racha atrás. Se equivocaba. Las miradas y cuchicheos en el pueblo se expandían y se hacían cada vez más grandes. No solo negaba lo que los demás le decían, sino que también se engañaba a sí mismo. Hasta que se lanzó al vacío en busca de la felicidad. No avanzó hasta que su abuela le dio las alas para salir de aquel horrible pueblo lleno de mentes anticuadas.

—Bonito, sal de aquí. Busca una vida mejor y sé feliz. No hay nada más valioso en el mundo que conocerse a uno mismo y luchar por su felicidad.

Las palabras de su abuela lo emocionaron y no pudo contener las lágrimas. Era la única persona de su familia con la que podía ser él mismo. Durante los siguientes días, las palabras de su yaya intentaban auparle para llegar a su decisión final.

Agarró sus maletas y cogió el autobús hasta la ciudad. Su nueva historia

comenzaba llena de temor y de angustia. Recordó una frase que escuchó años atrás: si tienes miedo antes de hacer algo nuevo, es buena señal.

Se sentía perdido, sin una dirección concreta. Llevaba ahorros suficientes para aguantar unos meses, así que lo esencial era encontrar trabajo. Alquiló una habitación pequeña, pero coqueta. Se prometió conseguir algo mejor en cuanto pudiera.

En la ciudad todo era distinto, hasta las personas. Por fin se libró de las miradas rancias que le juzgaban con asco. Allí cada uno vivía como le daba la gana. Era como vivir en una película de Disney.

En la actualidad, contaba Joaquín en el periódico, tengo una vida maravillosa. Encontré rápido un trabajo estable y allí conocí a mi marido. A los tres meses de estar juntos, nos fuimos a una casa más grande y adoptamos a un perro que había sido maltratado por su anterior dueño.

Así, los tres sanaron viejas heridas para construir un futuro lleno de felicidad. Joaquín recordaba aún las barbaridades que le decían en su infancia. ¡Nunca serás feliz, maricón! Esa frase estaba adherida a su mente, pero ya no le afectaba ni lo más mínimo. Cada vez que le venía a la cabeza, sonreía. Miraba a su familia tan especial y se sentía orgulloso de lo que había conseguido.

De repente, un nudo en la garganta le impidió seguir leyendo aquel artículo. Tenía un final feliz, después de todo, pero le había clavado una especie de aguja en el corazón. Su ángel, como de costumbre, se acercó a consolarla.

—Al menos tuvo un final feliz… Pero lo que me revienta es que el pobre chico tuviera que abandonar su hogar, su pueblo y su familia por los insultos y las miradas que le juzgaban. Tuvo que huir como si fuera un delincuente. Al final los que pagan son las víctimas. Siempre igual…

El llanto no la dejó continuar. Pero esas lágrimas la hicieron más fuerte, como si borrasen de su rostro los pocos signos de debilidad que le quedaban.

—Vamos a terminar este discurso y lo vamos a gritar bien fuerte para que no haya más víctimas y paguen los culpables.

Su ángel de la guarda la observó con admiración. De repente, había sacado una fuerza increíble para continuar con su lucha. Pero el ángel seguía sin conocer lo que le había pasado a su hijo, todo el dolor que había soportado. Y del dolor solo pueden resurgir dos cosas: la muerte o la venganza. Aunque en algunas ocasiones, caminan juntas de la mano.

CAPÍTULO 28. TERAPIA DE PAREJA

Emilio despertó en aquella habitación que emitía una ligera cantidad de humedad. Le dolía el cuello y en la espalda tenía clavado el gotelé de la pared. Al mover su mano derecha fue consciente de que estaba atado con una vieja cadena como un perro. No recordaba lo que había pasado ni cómo había llegado hasta aquel lugar. Todo permanecía demasiado oscuro como para ver detalles de la habitación. Oscuridad y humedad se calaban en sus huesos.

Cada vez que intentaba recordar algo, en su cabeza sentía un terrible dolor. Era como si un martillo estuviera golpeando un clavo en su cerebro. Lo único que se le ocurrió fue que le habían secuestrado. Poco a poco sus recuerdos llegaban reptando desde el fondo de su mente. Eran como militares en una misión de camuflaje. Recordaba haber ido a casa de Mayte y el momento en el que ella firmaba los papeles del divorcio. A partir de ahí todo estaba envuelto en un vaho como cuando sales de darte una ducha caliente. Emilio intentaba recuperar los recuerdos con todas sus fuerzas. Rescatar trazos de aquella noche era su misión principal. No tenía ni su móvil ni su cartera y lo más raro aún era que la ropa que llevaba no era la suya. Alguien le había puesto ropa vieja y con un olor desagradable.

Mientras luchaba por librarse de aquella cadena medio oxidada que lo ataba a la cama, la puerta se abrió despacio dando paso a un fogonazo de luz que provenía de otra habitación. La silueta que había abierto aquella puerta permaneció de pie por unos segundos. Emilio no tardó en reconocerla y los recuerdos se desataron de su mente al instante. ¿Conocía a aquella mujer que lo miraba desde el umbral o se había convertido en otra persona muy diferente?

Parecía mentira lo rápido que pasaba el tiempo. Veinte años atrás formaban un matrimonio feliz junto a su hijo de cuatro años. Todo parecía ir bien. Estaban ilusionados con su nueva casa y, por suerte, su hijo estaba sano, pero había un problema. Emilio no era como aparentaba ser y en el fondo vivía infeliz. Por un tiempo, fue el mejor amigo de las bebidas alcohólicas de todo tipo: ginebra, aguardiente, *whisky* solo y con hielo, vodka con limón bien cargado… Una noche se emborrachó tanto que puso en riesgo la vida de su hijo.

Su antigua casa tenía dos plantas. Una de esas noches que se emborrachaba para tapar las penas, decidió que era buena idea subir a la planta de arriba para acostar a su hijo. Lo llevó en brazos y hasta ese momento no fue consciente de lo rápido que pasaba el tiempo y de lo mucho que había crecido su ya no tan pequeño. En el último escalón, el alcohol y su equilibrio decidieron enfrentarse en un duelo a muerte. Estuvo a punto de caer al suelo con el niño en brazos.

Alfonso no se despertó. Hubiera sido terrible tener que volver a dormirlo, era una misión difícil de conseguir cada noche. Lo metió en la cama y lo tapó solamente con la sábana. No una sábana cualquiera, sino una de Spiderman, su superhéroe favorito.

Mientras el niño dormía ajeno a lo que había ocurrido, el cuerpo de Emilio cayó despacio al suelo y apoyó su espalda contra la cama. Y lloró en silencio. Lloraba porque se vio atrapado en una gran farsa. Estaba harto de fingir. ¿Cómo iba a destrozar aquella familia? ¿Por qué no había actuado antes de que la mentira hubiese crecido tanto? Tenía dos opciones: ser valiente y cambiar su vida o morir como un cobarde. La segunda opción era la más fácil, pero llevaba consigo una mala noticia: moriría siendo un infeliz y haría infelices también a su familia. Porque la verdad siempre se las ingenia para encontrar la luz.

Desde niño sabía perfectamente lo que sentía, quién era. Había elegido el camino que sus padres y la sociedad le habían marcado. Estaba harto de ser un títere y si quería cambiar el rumbo de sus días, tenía que actuar.

«Si no estuviera tan borracho, haría las maletas y me iría esta misma noche», pensó.

Se puso de pie y miró a su hijo. Sus lágrimas escapaban de sus ojos transformándole en un monstruo despiadado. Sus planes no eran para menos. No le quedaba otra alternativa que huir como el cobarde que era.

Tumbado ya en su cama, pensó que nunca se atrevería a hacer algo así. Dejar a su mujer y a su hijo pequeño era algo que no se perdonaría jamás. ¿Cómo iba a seguir vivo después de eso?

«Son pensamientos provocados por la borrachera», pensó. «Mañana seguro que se me pasa».

Pero no se le pasó.

Al día siguiente, las palabras que pronunció Mayte nada más despertarse le provocaron una devastadora ansiedad.

—Creo que es momento de darle a Alfonso un hermanito, ¿no?

Mayte le acariciaba el pecho con la intención de excitarle, pero lo único que consiguió fue espantarle. Y ahí fue cuando Emilio decidió parar aquella mentira.

Eran las cuatro de la mañana cuando Emilio ya tenía las maletas en la puerta y, con mucho silencio, recogía las últimas pertenencias que le quedaban en la parte de abajo. De vez en cuando, miraba las escaleras que llevaban hacia una madre y a un hijo que pronto llorarían destrozados. Y recordó que aún le quedaba por escribir una nota. Aunque fuera cruel, sería muy escueto. Quizás en algún momento

llamase por teléfono a Mayte o algo similar. No lo tenía nada claro aún. Entró a la cocina para coger un bolígrafo y un trozo de papel y al salir al descansillo Mayte le esperaba en mitad de las escaleras, provocándole un susto tan grande que Emilio no pudo evitar soltar un grito de lo más ridículo.

—¡Joder!

—¿Qué significa esto, Emilio? —dijo Mayte con la cara inundada de horror y los ojos llenos de lágrimas. Miraba las maletas, incrédula.

Emilio soltó el papel y el bolígrafo encima de la mesa y miró hacia abajo como si le pesasen los párpados. No levantó la mirada en ningún momento. Solo se enfocó en soltar todo lo que sentía. Toda su verdad. Pidió perdón unas siete veces mientras Mayte le gritaba sin importarle la hora que era. De los insultos pasó a arrodillarse y suplicarle que no se marchase.

—¡No puedes abandonarnos, por favor! ¡No puedes hacerle esto a tu hijo! ¡Le destrozarás la vida! ¡Me la destrozarás a mí!

—¿Prefieres que me quede aquí y que vivamos en un mundo de fantasía? Eso es peor que abandonaros.

—Tú nunca has sido así. Tienes que estar confundido o… yo qué sé. Pero no puedes hacer esto. No te puedes cargar en un segundo nuestro matrimonio. ¡Piensa en tu hijo, por Dios!

La discusión continuó unos minutos más y parecía ser infinita. Así que Emilio agarró sus maletas y escapó corriendo mientras la noche los observaba con mucha atención. Mayte hubiera seguido gritándole, pero no quería que sus vecinos se enterasen de aquella vergüenza que la acompañaría para siempre. Desde esa noche, y para todo el mundo, Emilio había muerto.

En la actualidad, la mujer a la que había abandonado entraba en aquella habitación para abrir las persianas y dejar que cada rayo de luz se colase por la pequeña ventana. Fuera, la hierba seguía empapada por el rocío de la mañana. Una sonrisa tétrica adornaba su rostro y Emilio sintió miedo. Aquella mujer ya no era la misma. Mayte estaba completamente loca.

—¿Qué tal has dormido hoy, cariño? —preguntó Mayte sin borrar su sonrisa—. Sé que vas a estar un tiempo enfadado conmigo y lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Pero esto es lo mejor para nuestra familia.

—Has perdido la cordura, Mayte —susurró Emilio con lástima en su tono de voz.

Emilio intentaba no solo escapar de aquella cadena que lo ataba a la cama, sino también del pensamiento de que Mayte estaba loca por su

culpa. Él había fabricado a aquel monstruo que lo observaba sonriente como si nada.

—¿Qué quieres conseguir con esto? ¡Suéltame ahora y no diré nada! ¡Te lo juro! Solo quiero el divorcio y desapareceré de tu vida.

—¿No te das cuenta de que has vuelto con un propósito? El destino nos ha vuelto a unir. No podemos desaprovechar esta bendición.

—¡Que me sueltes, jodida loca! —Emilio perdió los nervios y probó otra táctica, mostrar su lado agresivo, aquel que nunca solía escapar de su interior.

Mayte le dio una bofetada y el silencio se paseó unos instantes por la minúscula habitación.

—Es normal que estés irascible, pero tienes que poner todo de tu parte para que esto funcione. Hay que tener paciencia. Al principio va a ser duro porque vas a sentir la… necesidad de pecar con otros hombres, pero no te abandonaré. Esta vez no te voy a dejar escapar. Juntos superaremos esta condena que llevamos sufriendo durante años.

—No te vas a salir con la tuya. Alguien vendrá y te descubrirá. Mi novio denunciará mi desaparición y estarás acabada, loca de los cojones.

—Mi novio… —repitió Mayte con una mezcla de asco y sarcasmo.

La tensión se podía coger a montones en el ambiente. Mayte se levantó despacio de la cama antes de hablar. Agarró con fuerza a Emilio de su melena negra y se acercó a su rostro.

—Punto número uno: este lugar está perdido en mitad de la nada y nadie va a pasar por aquí. Ni siquiera tu hijo suele venir. Además, le dejé una nota en la que le pedía expresamente que necesitaba desconectar. Y punto número dos: si el marica de *tu novio* se atreve a poner un pie en esta parcela, le corto el cuello *delante tuya*. A ver si así sufres lo mismo que me hiciste sufrir a mí y a tu hijo. Estaríamos empates.

Tiró más fuerte de la cabellera de su todavía esposo y le susurró al oído.

—No sería la primera vez que tengo que matar a alguien para proteger a mi familia. Así que no me toques los cojones y pon de tu parte. Sé un hombre por una vez en tu puta vida.

—No me creo que seas una asesina…

Mayte no movió ni un músculo. Solo estaba enfocada en mirar a su marido fijamente a los ojos. De tal manera que consiguió aterrorizarle. Aquellos ojos se habían transformado en el alma de un demonio. Estuvo a punto de confesarle todo lo que hacían con la gente como él,

pero en el último momento prefirió morderse la lengua. Y como si tuviera doble personalidad, Mayte se levantó de golpe de la cama, dibujó de nuevo una sonrisa en su cara y dijo:

—Voy a preparar algo rico para comer. No quiero que enfermes en tu primer día de terapia.

Emilio tardó en recuperar el ritmo de su respiración. La puerta se cerró de nuevo dejando que la luz del sol entrase por aquella ventana solitaria. Sus manos empezaron a temblar y sintió como si estuviera atrapado en una novela de Stephen King. Aquello no parecía real y la idea de tener un final feliz cada vez se hacía más pequeña. Lo único que podía hacer era enfocarse en la manera de salir de allí y vencer a aquel monstruo que lo tenía secuestrado. Sus pensamientos estaban colapsados y no era capaz de crear un plan de escape.

Por primera vez sintió que su vida estaba en peligro.

CAPÍTULO 29. EL SUSTITUTO

Todo iba a cambiar para mejor, o eso era lo que esperaba con toda su alma. Ya no volvería a estar sola, aunque no sabía con claridad si sería por mucho tiempo o por escasos días. Una nueva persona había entrado en su vida y estaba sentada en su sofá. Mercedes intentaba que la situación fuese lo más cómoda posible, pero en el ambiente se respiraba lo contrario.

—Quería agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Pablo, el chico con el que habló en la calle y al que le ofreció su casa, la miraba con una sonrisa en los labios y con unos ojos manchados de tristeza. Por más que intentaba mostrarse bien no lo conseguía.

—No tienes por qué agradecérmelo —respondió Mercedes—. Sé que la situación es extraña, pero ya verás que poco a poco te sentirás como en tu casa. ¡Ven! Te enseñaré tu nuevo cuarto.

Mercedes le guio hasta el que había sido el dormitorio de Álvaro. Intentó no modificarlo demasiado para no faltar a la memoria de su hijo. En el fondo de su cabeza había una vocecita que la criticaba por lo que estaba haciendo. Otra, sin embargo, le decía que estaba haciendo algo maravilloso. Esa voz era indudablemente de Álvaro.

Pablo y sus maletas entraron en aquella habitación con la ayuda de Mercedes. La incomodidad seguía palpándose en el ambiente como si fuera la pieza de un puzle que no encajaba. Las sonrisas de ambos se notaban forzadas, sobre todo, la de Pablo.

—¿Quieres que te ayude a guardar tus cosas? —preguntó Mercedes abriendo cada cajón para mostrarle a su invitado todos los rincones libres de los que disponía.

—Prefiero hacerlo solo, si no te importa.

Mercedes no esperaba esa respuesta y en la mirada de Pablo pudo ver que no era su intención ofenderla. Mientras Pablo terminaba de guardar sus cosas con tristeza, Mercedes esperó en la cocina. Estaba todo recogido y buscaba una nueva tarea en la que entretenerse. Estaba nerviosa e ilusionada a partes iguales. Se encontraba en el inicio de algo muy importante, un acto de amor puro hacia un desconocido. Sus nervios la llevaron a pasar de vez en cuando por el nuevo cuarto de Pablo para comprobar que estuviera a gusto y no necesitara nada. El chico había terminado de guardar sus pertenencias y miraba pensativo por la ventana. Se giró hacia la puerta y Mercedes huyó para no ser descubierta. No quería espantar a su invitado nada más empezar. Debía tener paciencia para que todo saliera bien.

«Será mejor que vaya a preparar algo de comer», pensó.

Al poner rumbo hacia la cocina de nuevo, no pudo evitar verse reflejada en uno de los espejos. Le sorprendió descubrirse contenta. Una sonrisa radiante volvía a su rostro a pesar de todo lo que había sufrido. Jamás volvería a plantearse el suicidio por culpa del mundo en el que vivía. Pablo sería el primero de muchas personas que necesitaban su ayuda. Sería la madre de todos ellos. Estaba tan embobada mirándose al espejo que tardó en darse cuenta de que Pablo la observaba desde la puerta del dormitorio.

—¡Ay! ¡Qué susto! —gritó sintiéndose avergonzada al instante.

—¡Lo siento, no pretendía asustarla!

—No me llames de usted, por favor. Llámame… Mercedes, Merche o… como tú quieras.

Estuvo a punto de decirle que podía llamarla mamá, pero era demasiado pronto para eso. No quería espantarle con esas tonterías. No quería que su ilusión le jugase una mala pasada.

Durante la comida tampoco surgió una conversación muy destacable. Debía tener paciencia con aquel chico que estaba sufriendo demasiado para la edad que tenía. Era más pequeño que Álvaro. Se dio cuenta, en ese mismo momento, que aún no conocía muy bien su historia.

—¿Es demasiado pronto para preguntarte lo que ha ocurrido, cielo?

Pablo agachó la mirada y permaneció unos segundos en silencio.

—Lo siento… No debí… —se lamentó Mercedes.

—No pasa nada. Quizás me venga bien hablarlo con alguien. Bueno… ya se lo he contado a mis mejores amigas varias veces, la verdad.

—Desahógate, cariño.

—Mi padre es un salvaje. Hasta mi hermano pequeño está en mi contra por su culpa. Le ha comido tanto la cabeza que parecen ser la misma persona.

—¿Y tu madre? —preguntó Mercedes temiendo hurgar más en la herida.

—Ella no hace nada por miedo, pero sé que me quiere tal y como soy.

—¿Y ni siquiera hizo nada para evitar que tu padre te echara de casa?

Pablo volvió a quedarse en silencio y miró hacia un lado aguantándose las lágrimas.

—No podía competir contra mi padre y mi hermano.

—¿Qué edad tiene tu hermano?

—Dieciséis años.

—¿Y con esa edad ya está tan lleno de odio hacia su propio hermano?

—Ya te he dicho que mi padre le ha comido la cabeza con toda esa mierda de ser un hombre y de cómo tiene que comportarse… Un puto machista, vaya. Da miedo solo con oírle hablar. Es un monstruo.

—Lo importante es que ya ha pasado esa pesadilla y a partir de hoy comienza un nuevo día. Un nuevo futuro. Quiero que sepas que conmigo no te va a faltar de nada y que si quieres estudiar o lo que sea, yo me hago cargo de esos gastos.

Pablo intentó darle las gracias, pero estaba tan emocionado al ver a alguien que quería cuidarle de aquella manera que las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Y empezó a temblar. Mercedes le agarró las manos y esperó unos segundos a que se tranquilizase.

—Todo lo que necesites, por favor, pídemelo. Si crees que necesitas ir a terapia o cualquier cosa, dímelo.

Le pareció muy cínico escuchar eso de su boca, ya que ella no se había atrevido a ir al psicólogo. Falta le hacía. Ahora más que nunca antepondría el bienestar de Pablo al suyo propio. Era lo único que le daba esperanza en ese momento.

Los días pasaron lentamente, aunque ambos se iban conociendo. Pablo sonreía cada vez más y eso provocaba el mismo efecto en los labios de Mercedes. Aquello motivaba a su mente y empezó a investigar. Tenía un gran proyecto entre manos. Si quería ser una especie de superheroína y rescatar a más jóvenes necesitados, era consciente de que no podía hacerlo sola. En su casa no cabían muchas más personas, un par más como mucho. Aunque estaba dispuesta a comprar varias literas o algo por el estilo. Su casa siempre había estado ocupada solo por dos personas y el cambio iba a ser significativo. Soñaba con llenar de vida su hogar.

«Frena tu cabeza», pensó Mercedes intentando calmar su motivación.

Hasta que no recibiese la esperada herencia de su tía Herminia, no podría ayudar a mucha más gente. Por eso, inició el proceso de búsqueda de asociaciones LGTB con las que pudiera contar, incluso con las que se pudiera fusionar de alguna manera. Había apuntado el nombre de un par de ellas y su siguiente tarea era hablar con los creadores o los encargados de dichas asociaciones.

De pronto, sus espléndidos pensamientos fueron interrumpidos por un leve llanto.

—¿Pablo? ¿Estás bien, cariño?

Mercedes entró en la antigua habitación de Álvaro y vio a Pablo sentado de espaldas en el escritorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mercedes siendo consciente segundos después de que todo en la vida de ese chico iba mal. Lo normal era que no parase de llorar.

—He discutido con mis amigas.

—¿Y eso?

—Estaban deseando que me fuera de su casa. Era un estorbo para ellas.

En ese instante, la luz que entraba por la ventana fue obstruida por varias nubes. Parecía que el llanto de aquel chico era capaz de cambiar el tiempo atmosférico.

—A lo mejor me meto donde no me llaman, pero piensa que debía ser una situación complicada para su familia. No creo que se sientan aliviadas por haberte ido de su casa, cielo.

—No lo sé… Quizás tengas razón. Últimamente pienso que soy un estorbo para todo el mundo. Quizás lo mejor sea que desaparezca.

—¡Ni se te ocurra volver a decir o pensar eso! —gritó Mercedes agarrándole de los hombros con una pizca no deseada de violencia.

El ambiente se volvió tenso y romperlo fue más difícil de lo que parecía.

Mercedes dejó en paz a Pablo por unos minutos, pero lo que no la dejó tranquila fue la última frase que le escuchó decir. Tenía miedo de que aquel pobre chico, al que ya quería con toda su alma, hiciera alguna locura. No sería el primero, por desgracia. Estaba harta de oír en las noticias que se habían suicidado jóvenes a causa del *bullying* que sufrían en los colegios o por culpa de sus padres. No iba a permitir de ninguna manera que le pasase algo a Pablo. Merecía una vida nueva, ser feliz.

—Voy a salir a tomar el aire —dijo Pablo asustando de nuevo a Mercedes—. No pretendía asustarte otra vez.

—No es culpa tuya —dijo Mercedes con una sonrisa tonta—. Tengo que acostumbrarme a que ya no vivo sola.

Ambos comenzaron a reírse. Aquel sonido relajó por fin el ambiente de la casa.

—¿Te importaría traerme varias cosas del supermercado?

Mercedes apuntó lo que necesitaba en un trozo de folio blanco y se lo entregó junto a un billete de veinte euros.

—Hay de sobra. Puedes comprarte lo que te apetezca, Álvaro.

—¿Álvaro? ¿Quién es Álvaro? —preguntó Pablo extrañado.

—¿Cómo?

—Me acabas de llamar Álvaro. Es alguien…

—¿Ah, sí? Me estoy haciendo mayor y ya sabes que las cabezas…

—Voy a comprar. Enseguida vuelvo.

Mercedes sintió el impulso de darle un beso antes de que se marchara, pero el chico ya había abierto la puerta y se disponía a salir. Cerró los ojos, preocupada. No se le quitaba de la cabeza la idea de que estaba haciendo algo mal, que estaba confundiendo la situación.

—Llévate las llaves de casa, si quieres —gritó con la intención de que sus palabras alcanzaran a Pablo antes de que la puerta los separase.

—No te preocupes, llamaré cuando vuelva. No quiero acabar perdiéndolas.

Ambos volvieron a sonreír.

El supermercado estaba a escasos diez minutos de allí y, si todo iba bien, Pablo no debía tardar más de treinta en volver. Pero no volvía.

CAPÍTULO 30. OTRO MONSTRUO

Los minutos corrían y Pablo seguía sin aparecer. Mercedes le había escrito varios mensajes y no contestaba. ¿Estaba siendo exagerada? ¿Lo estaba agobiando y había decidido no volver jamás? Todas las pertenencias de Pablo estaban en su dormitorio, así que tenía que volver tarde o temprano. ¿Le habría pasado algo?

«¡Basta, Mercedes!», pensó. «Estás volviéndote paranoica otra vez. Lo único que vas a conseguir es espantarlo».

En algún recoveco de su memoria encontró una de las frases que dijo Pablo antes de marcharse: *Voy a salir un rato a tomar el aire*. Eso la tranquilizó. No solo iba a comprar al súper, sino que se daría un paseo para relajarse. Se sintió como una estúpida por preocuparse tanto.

Tenía que tranquilizarse si no quería echar esa nueva relación a perder. Era complicado porque desde que creó un nuevo vínculo con Pablo, como si fuese su hijo, solo pensaba en que algún monstruo le haría daño. Quizás el mismo que acabó con la vida de Álvaro. No pudo evitar acordarse de un libro que leyó hace tiempo. Era uno de sus favoritos y en esa historia una madre acababa volviéndose loca y encerraba a sus trillizos en jaulas para que nada ni nadie pudiera hacerles daño. Ese libro, como otros muchos, se lo regaló su hijo. Necesitaba recuperar la lectura en algún momento. Y las series. Sería una muy buena idea empezar una serie con Pablo. Una sonrisa nació en su rostro. Nueva serie, nuevo comienzo.

Miró de nuevo su reloj de pulsera y ya habían pasado otros diez minutos. Su corazón volvió a acelerarse un poco más. Necesitaba concentrarse en otra cosa. Abrió el catálogo de Netflix y comenzó a buscar series. Tenía preferencia por las que ya habían terminado, para verlas del tirón y no tener que esperar mínimo un año para ver la siguiente temporada. Algunas series acababan con un final impactante y te dejaban con las ganas de más. La sociedad evolucionaba de tal manera que el ser humano cada vez se volvía más impaciente. Se quieren las cosas ya, sin esperas. Y Mercedes empezaba a impacientarse. Necesitaba que Pablo entrara por esa puerta de inmediato.

Sintió un pellizco en el pecho. Su voz maligna le susurró al oído que estaba sustituyendo demasiado pronto a su hijo. Aquel terrible pensamiento la obligó a ir hasta su dormitorio y coger una de las fotos de Álvaro. Entre lágrimas le pidió perdón y le susurró que lo único que estaba haciendo era ayudar a otras personas. La conversación fue corta, pero difícil de asimilar. Aquel dormitorio estaba lleno de

pertenencias de otro joven. Todo había cambiado.

Hace unos meses devoraba las cenizas de Álvaro sin darse cuenta. Después de meditar sobre ese acontecimiento tan traumático llegó a la conclusión de que lo hizo con la esperanza de volver a tener a su hijo en su interior. Esperaba volver a quedarse embarazada de nuevo. Era algo esperpéntico, pero la mente podía llegar a esos extremos. Mercedes lo sabía muy bien.

Justo cuando planeaba darle un beso a la foto de Álvaro, que aún tenía entre sus manos, unos gritos que provenían de la calle la pusieron en alerta. Se asomó por la ventana y vio a Pablo corriendo calle abajo mientras lo perseguía alguien. Frotó sus ojos con fuerza porque pensó que se trataba de su imaginación. Por un segundo pensó que estaba completamente loca. Pablo volvió a gritar y al ser consciente de que aquello era real, salió de casa disparada. Pulsó varias veces el botón del ascensor sin conseguir su objetivo.

—¡Está ocupado! —gritó la vecina de arriba.

No podía esperar. Bajó los treinta y siete escalones a toda prisa mientras su cabeza volvía a jugarle una mala pasada. Decenas de desgracias corrían delante de sus ojos provocándole náuseas, mareos y hasta un leve tropiezo en los últimos escalones.

Cuando salió a la calle, un hombre se llevaba a Pablo agarrado del brazo. No tardó en deducir que debía tratarse de su padre, el monstruo que lo había echado de casa. Pero eso no tenía sentido… ¿Lo había echado de casa y ahora se lo llevaba por la fuerza?

—¡Suéltalo ahora mismo! —gritó Mercedes acelerando el paso.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó el monstruo mientras seguía agarrando el brazo de su hijo.

Pablo aprovechó un descuido de su padre para conseguir escapar de sus garras. Ahora estaba junto a su salvadora de nuevo.

—¡Pablo, vuelve ahora mismo! ¡No me hagas repetírtelo otra vez!

—No se va a ir contigo a ninguna parte —replicó Mercedes.

—¿Pero se puede saber quién es… esta?

—No te importa quién sea. ¡Lárgate de aquí! —dijo Pablo furioso.

Parecía que los tres habían olvidado que estaban en medio de la calle. Sus gritos atrajeron a curiosos que necesitaban saber lo que ocurría para continuar con sus vidas. Atraídos, como polillas a la luz, cotilleaban sin escrúpulos.

—¿Primero echas de casa a tu pobre hijo y ahora vienes aquí llevándotelo a rastras? ¡Pero qué clase de sinvergüenza eres!

—¿Además de loca estás borracha o qué? Yo no le he echado de casa.

La discusión dio un alto el fuego. Pablo agachó la cabeza al sentir que tanto su padre como Mercedes lo miraban con la intención de esperar una explicación.

—¿Qué ha pasado realmente, Pablo? —preguntó Mercedes con un tono de voz muy dulce.

El monstruo se adelantó y respondió a esa pregunta.

—Pablo se escapó de casa y llevábamos días sin saber de él. Si no es por sus amigas, no sabríamos aún dónde está.

Mercedes se quedó en silencio y sin cartas para continuar aquella partida improvisada. Le habían mentido y estaba atrapada.

—¿Es eso cierto, cielo?

Pablo no fue capaz de levantar la mirada y guardó la respuesta entre sus labios.

—¡Vamos! ¡Muévete! —insistía el monstruo.

—No quiere irse contigo. Y no voy a dejar que te lo lleves.

—No me hagáis perder más el tiempo —gruñó el monstruo arrastrando cada palabra.

Pablo seguía mirando hacia abajo y lloraba a cántaros.

—No quiero volver a casa, Mercedes.

—Tranquilo, cariño. Eso no va a pasar —contestó Mercedes agarrándole suavemente la cara—. Tú eres mayor de edad, ¿no? Dime que eso sí es verdad, por favor.

—Sí, soy mayor de edad.

—Entonces de aquí no te mueve ni Dios. Puedes elegir con total libertad lo que quieres o no quieres hacer. Ponte detrás de mí, cielo.

Padre e hijo escuchaban atentamente a aquella mujer que dominaba la situación con entereza. Mercedes miraba al monstruo desafiante y protegiendo con su cuerpo a Pablo.

—Tengo a bastantes testigos. Tú no te vas a llevar a Pablo de aquí. Perdiste el derecho a tenerlo como hijo desde el momento en el que le hicisteis daño y no respetasteis cómo es en realidad.

—Por favor… —soltó el monstruo con sarna.

Mercedes miró hacia atrás y se dirigió hacia Pablo.

—Que te maltrataba también es verdad, ¿no? —preguntó Mercedes con un toque de comicidad que brillaba en aquel momento tan tenso.

Pablo solo se atrevió a confirmar la respuesta con la cabeza.

—Yo solo quiero lo mejor para mi hijo. Quiero que se le saquen esas mierdas y esas modas que tiene en la cabeza y que sea un hombre en

condiciones, no la burla del barrio. No va a decirme una chiflada cómo tengo que criar a mi hijo.

—Esta chiflada perdió a un hijo porque un homófobo hijo de puta como tú se metió en su casa y lo asesinó a sangre fría.

Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos, pero fueron incapaces de frenar su discurso rabioso. El monstruo era ahora el que agachaba la cabeza en señal de vergüenza bajo la atenta mirada de los cotillas que también permanecían en silencio. Pablo también lloraba mientras Mercedes gritaba al monstruo con tanta fuerza que sería capaz de destrozar los edificios cercanos.

—A mi hijo no pude salvarlo —continuó Mercedes con más tranquilidad—. Pero a este chico de aquí, no le vuelves a poner un dedo encima por mis ovarios. ¿Me has entendido bien?

—Pablo… Piensa en tu madre —continuó diciendo el monstruo, perdiendo fuerza—. Acaso no te importa tu madre. ¿La vas a abandonar sin más?

—Mi madre es la única que me importa de esa casa —contratacó Pablo—. Cuando quiera verme aquí estaré para ella.

El monstruo hizo un gesto de pasotismo y se dio la vuelta sin mirar a su hijo ni a la mujer que lo protegía con uñas y dientes. La muchedumbre comenzó a aplaudir y a vitorear, pero parecía que eso no calmaba la furia de Mercedes.

«En lugar de chismorrear las conversaciones ajenas y aplaudir como si fuera esto una función de teatro, podríais haber hecho algo más para protegerle», pensó Mercedes mordiéndose la lengua.

Mientras los desconocidos se dispersaban y retomaban sus destinos como hormigas, Mercedes le pidió a Pablo que entrase en casa.

—Siento mucho lo que acaba de ocurrir… —dijo Pablo avergonzado, incapaz de mirarla a los ojos.

—Ya hablaremos con tranquilidad —sentenció algo molesta.

La relación entre Mercedes y Pablo se había estropeado de manera considerable. Ambos intentaban aparentar una extraña normalidad, pero fallaban constantemente. Había mentiras de por medio como una grieta en la tierra.

—Mercedes, ¿podemos hablar un segundo?

—¡Claro, cariño! —Mercedes metió un montón de ropa blanca en la lavadora y escuchó con atención a Pablo.

Permanecieron de pie en la cocina, cada uno apoyado a un lado de la encimera, frente a frente. Pablo tardó en arrancar la conversación,

pero nada más empezar ya no se detuvo. Terminó pidiéndole perdón por lo que ocurrió con su padre.

—Tu padre es un… —Mercedes se detuvo, asombrada por no saber calificarlo.

No habían mantenido esa conversación en el momento oportuno, por lo que tenían mucha rabia contenida.

—¿Hay algún secreto o mentira que no me hayas contado? —preguntó Mercedes con la intención de crear una relación sana—. Necesito que seamos sinceros el uno con el otro para que todo funcione.

Mercedes sabía perfectamente que ella también tenía que contar sus propios secretos.

—Solo eso. Mis padres no me echaron de casa. Me escapé yo para que no me llevaran al psicólogo o algo peor. Solo de pensar que hubiera tenido que volver con ellos si fuera menor, se me pone la piel de gallina.

—Ya sabes que te puedes quedar aquí todo el tiempo que quieras. Esta ya es tu casa. No tienes que volver allí con esos monstruos. Aunque siento muchísimo que tu madre esté de por medio en todo esto. Ella puede visitarte siempre que quiera.

Se fundieron en un abrazo manchado con lágrimas. Mercedes fue la primera en separarse. Era su turno en aquel juego de la sinceridad. Antiguos recuerdos se removían en su cabeza: cuando se comió las cenizas de su hijo, el día que Mario les contó la verdad en el hospital, el dolor y el miedo, la impotencia… No podía contarle todo o lo perdería. Estaba haciendo trampas en un juego que ella misma había inventado, pero lo único que pretendía era dosificar tanta información.

Decidió que sería mejor que se sentasen. Iba a ser una charla larga y tediosa. Observaba cómo su invitado la escuchaba casi sin parpadear. Y eso que se había reservado la mayoría de los detalles. En resumidas cuentas, solo le dijo que su hijo había sido víctima de un crimen homófobo. Si le contaba que estaban investigando por su cuenta, lo perdería. Si pensaba que estaba loca, también lo perdería. ¿Estaba loca? Era una pregunta que llevaba tiempo haciéndose cada mañana.

Aguantó en silencio a que Pablo hiciera su próximo movimiento o articulase algún monosílabo. Lo único que hizo fue abrazarla de nuevo, sin juzgarla.

—No me puedo imaginar por lo que has pasado, Mercedes. Siento muchísimo lo que le pasó a Álvaro… Ahora entiendo por qué haces todo esto por mí. Quiero que sepas que eres mi superheroína y que yo estoy aquí también para ayudarte en lo que necesites.

Mercedes sonrió y le acarició la cara con suavidad, como de costumbre.

—Juntos vamos a hacer de este mundo un lugar más bonito, ¿vale? —dijo Mercedes sorteando su propio llanto—. ¿Sabes cómo vamos a empezar?

—¿Cómo?

—Vamos a visitar varias asociaciones LGTB y pediré ayuda para mi próximo proyecto.

Pablo escuchaba atento esa gran idea.

—Quiero construir un hogar para personas que, como tú, han tenido que huir de sus hogares y no tienen casa o situaciones similares. Voy a ser la madre de todos vosotros.

Pablo no pudo aguantar la risa y Mercedes se sintió ofendida al no entender de qué se reía.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó confusa.

—Perdona, no quería ofenderte —pronunció Pablo todavía entre risas —. Es que al decir que serás la madre de todos nosotros, me he acordado de Khaleesi, madre de dragones… ¡Es una tontería! No me hagas ni caso.

Sus risas bailaban al mismo son, ilusionados por enfocar su mente en un objetivo tan emocionante. Pablo estaba ilusionado y eso le ayudaba a olvidar un poco el desastre de familia que tenía y, por otro lado, Mercedes dejaba de pensar en el suicidio que la torturaba en sus momentos más agrios.

—¿Te apetece que empecemos alguna serie? —propuso Mercedes.

—Sería genial.

Juntos miraron el catálogo de Netflix en busca de una nueva aventura. Había series nuevas y películas clásicas añadidas recientemente. Aquella noche fueron incapaces de decidir por dónde empezar.

CAPÍTULO 31. BONNIE Y CLYDE

A casi un kilómetro de la ilusión de Pablo y Mercedes, estaba situada la casa de Beca. Sus padres estaban de nuevo de viaje romántico intentando salvar un matrimonio que llevaba tiempo podrido. Pero aquella noche Beca no estaba sola. Aunque pareciera un sueño, miró hacia su lado derecho y allí, en su cama, estaba Jorge. Por fin estaban juntos, en secreto.

Después de aquella tarde en la que Jorge se presentó borracho en su casa y le dejó las cosas claras, no había vuelto a saber nada de él. Pensaba que había sido un error y que no se atrevería a volver. Pero esa noche…

Llamaron a la puerta y Beca abrió sin pensárselo dos veces, como si un sexto sentido le aportase la información necesaria para saber que era alguien de confianza. Ni siquiera se molestó en mirar por la mirilla. En ese momento, la luz del descansillo se apagó y Jorge pulsó el interruptor desvelando su visita sorpresa.

—¿Estás sola? —preguntó Jorge.

En cuanto Beca le dio una respuesta afirmativa, Jorge se lanzó sobre ella. Se enredaron en un tremendo beso. Para sorpresa de Beca, los labios de Jorge no estaban impregnados de alcohol. Esta vez era como lo había imaginado tantas veces.

—No dejo de pensar en ti. Sé que lo nuestro va a ser complicado y puede que me cueste mi amistad con Alfonso. Pero si ese es el precio que tengo que pagar por ello, que así sea.

Parecía sincero y sus bocas volvieron a bailar una danza erótica. Sus lenguas se abrazaron como si se tratase de dos personas que se reencontraban muchos años después. Jorge intentó hablar más, pero Beca le tapó la boca con su dedo índice y corrieron hacia su cama. Estaban a punto de explotar de pasión y las consecuencias después de aquello no importaban en absoluto.

—Me muero por follarte —soltó Jorge lamiendo el cuello de Beca con sensualidad.

Beca lo paró en seco y lo miró a los ojos con la mayor seriedad posible.

—No quiero que me folles, quiero que me hagas el amor. Estoy harta de que me follen y me traten como a una mierda.

Existía una gran diferencia entre ambas opciones. Alfonso la trataba como a un objeto y el sexo salvaje se volvía agresivo. Tenía su punto

en ocasiones, pero se volvió peligroso. Muchas veces ni se preocupaba de que su chica terminase. Por el contrario, Jorge la trató con delicadeza. Sus besos la excitaban de tal manera que creía estallar en cualquier momento. Claro que le gustaba el sexo salvaje, pero por ahora necesitaba cariño.

Aquella noche de pasión parecía infinita y ninguno de los dos deseaba terminar. Era su primera vez y debía ser especial. Los amantes parecían no haber hecho daño a nadie. ¿El amor los había cambiado? Al contrario. Aquella unión los volvería más peligrosos aún. La gasolina y la cerilla encendida.

Terminaron a las cuatro de la mañana y, a pesar del calor de la noche, no rompían su abrazo. Eran dos almas desesperadas que llevaban mucho tiempo buscándose y prometieron no volver a separarse.

—¿Qué crees que pasará cuando Alfonso se entere? —preguntó Beca con cierta morbosidad y cargándose la energía de la madrugada.

—Ha conocido a otra chica y está como loco con ella. Sería muy egoísta por su parte que se enfadase. Ya hablaré con él con tranquilidad. Quiero que se entere primero por mí.

—Lo entiendo perfectamente…

Jorge notó cómo le cambiaba la cara a Beca.

—¿Estás celosa?

Beca negaba sentir celos por lo que acababa de descubrir. En el fondo de su cuerpo le jodía que Alfonso ya estuviera con otra, aunque ya no sentía nada por su ex.

—En absoluto. Espero que le vaya muy bien. De hecho, si está contento con esa tía nuestra misión podrá volver a ser lo que era. Sin el idiota de Luis, claro.

Pronto cambiaron de tema y se enfocaron en la misión que tan abandonada tenían. Jorge le contó que Mayte pronto les dejaría retomar lo que habían aparcado y les daría un nuevo objetivo.

—¿Cuándo te dijo eso? —preguntó Beca curiosa.

—Hace unos días, cuando fui a ver a Alfonso —mintió.

Jorge hablaba emocionado de los planes que tenía en mente. Necesitaba actuar ya. Lo que provocó que Beca se contagiase de la emoción de su nuevo amor. Ilusionados y tirados en la cama miraban al techo como si estuvieran viendo estrellas fugaces. Estaban sedientos de acción y de sangre y fantaseaban con ser una pareja de delincuentes que luchaban contra el sistema y contra todo tipo de personas que empañasen su ciudad y su país. Jorge, llevado por la felicidad que sentía, se puso de pie en la cama y empezó a dar saltos

como loco. Entre risas, Beca le pidió que parase.

—¡Lo último que quiero es que mis padres me echen la bronca por romperles su cama!

A Beca le ponía muchísimo hacerlo en la cama de sus padres. Era como una manera especial de joderles sin que lo supieran.

Jorge saltaba desnudo sobre la cama y, de un salto, llegó hasta la puerta del dormitorio.

—¡Podríamos ser como Bonnie y Clyde y cargarnos a todos esos cerdos! ¡Tus padres incluidos! —gritó Jorge como si estuviera disparando con una metralleta.

—¿Podríamos ser cómo quién? —preguntó Beca con cara de asco y confusión.

Jorge le explicó que se trataba de dos personajes de una película clásica que vio su padre hace unos días. Le había encantado a pesar de lo antigua que era, confesó.

—Tenemos que verla juntos un día.

—¿Yo? ¿Cine antiguo? Ni de coña.

—¡Que sí! Hay muchas películas que están genial.

—¿Desde cuándo eres tú experto en cine? —preguntó Beca burlándose de él.

Jorge se lanzó hacia ella y empezó a hacerle cosquillas. No tardaron en estallar en risas como dos adolescentes enamorados. Esas risas terminaron al mirarse a los ojos y al ser embriagados por el deseo mutuo. Volvieron a explorar sus cuerpos con pasión y delicadeza.

Al terminar, volvieron a mirarse con cara de bobos enamorados. Deseaban con todas sus fuerzas no abandonar nunca aquella habitación. Sería perfecto elegir ese momento para vivirlo eternamente, sin compromisos y sin terceras personas.

—¿Cómo acaban? —preguntó Beca de pronto.

—¿Qué?

—Bonnie y Clyde, o como se digan… ¿Cómo terminan en la película?

Jorge permaneció en silencio por un momento y prefirió inventar su propio final. Uno muy distinto al de aquella película.

—Se aman con locura y viajan de un lugar a otro robando bancos y matando a los que se cruzan en su camino, sobre todo, policías.

—Bueno… Podemos hacer algo parecido. En lugar de policías… maricas, mendigos, negros… Mandemos a la mierda a Alfonso y a su puta madre y vayamos por nuestra cuenta. Estoy harta de que me dirijan. —Beca acariciaba con sensualidad el torso desnudo de su

nuevo amante.

—Eso es algo que debemos preparar bien… —contestó Jorge con Mayte danzando en su cabeza. Ella no les iba a dejar abandonar la misión tan fácilmente, pero ahora Jorge tenía la sartén cogida por el mango. Conocía el gran secreto de Mayte y la podía amenazar con desvelarlo. Era algo a lo que no le gustaría llegar, lo guardaría como última opción. Su escapatoria estaba más cerca de lo que pensaban.

Dos polvos después, Beca despedía a Jorge en la puerta. No habían hablado más de su futuro juntos, pero sí de tener una relación sana y sincera. Y eso lo enturbió todo de nuevo. Algo en la mirada de Jorge se había transformado y apenas miraba a Beca a los ojos. Hasta que reventó.

—Hay algo que tengo que contarte.

—¡Sorpréndeme! —sentenció Beca siendo consciente de que no iba a oír nada bueno.

—Necesito que seamos sinceros desde el principio porque quiero que esto funcione. Porque te quiero con locura.

Beca se mordía las uñas mientras se preparaba para lo que estaba por llegar.

—Hace unas semanas conocí a una chica… Follamos sin protección y… La idiota se ha quedado embarazada.

—Pues que aborte. ¿Qué problema hay?

—Pues que… parece que quiere tener al bebé.

El corazón de Beca aceleró el pulso y cada vez le costaba más controlar su ira. Apenas le había molestado que Jorge estuviera con otra, era algo normal. Pero que un bebé suyo estuviera por ahí… Eso solo le podía traer problemas en su maravilloso futuro juntos. Estaría siempre unido a esa chica, a la que no conocía y ya odiaba con todas sus fuerzas. Jorge intentó tocarla, pero se apartó al instante.

—¡No me puedo creer que lo nuestro se joda nada más empezar! —gritó Beca dolida—. Ya me parecía que todo estaba yendo demasiado bien.

—No tiene por qué…

—Lo siento, pero no voy a empezar nada contigo hasta que no soluciones eso. ¡Dios! ¡Me has hecho daño!

Beca empezó a llorar desesperada y, rabiosa, llevaba su mano al corazón.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Jorge intentando domar a la fiera.

—Si de verdad me quieres, tienes que convencer a esa zorra de que aborte. ¡No quiero que haya un niño tuyo con otra por ahí! Eso nos perseguiría durante toda nuestra existencia. Jodería nuestra relación. ¡Siempre!

Beca empujó a Jorge fuera de su casa y dio un portazo que sonó en todo el edificio. No podía creer que su felicidad hubiera desaparecido tan rápido. ¿Habían roto antes de empezar su relación? Beca apretó los puños en lugar de destrozar el jarrón que tenía justo enfrente. No fue suficiente. Necesitaba romper o golpear algo. Se decantó por lo segundo. Le dio puñetazos a la pared con tanta fuerza que dejó pequeños restos de sangre en el gotelé. Parecía que aquello consiguió calmarla un poco. Pero había un pensamiento que la atrapaba como una telaraña: si descubría quién era la chica que quería quitarle a Jorge, sería capaz de matarla con sus propias manos.

CAPÍTULO 32. SOLOS

Mario necesitaba salir de aquella casa. Estaba impregnada de una espantosa tristeza y sentía que, poco a poco, le estrangulaba. Se sentía atrapado allá donde estuviese, como si su cuerpo se hiciera cada vez más grande y, por otro lado, la casa más pequeña.

Desde que falleció su madre, la relación con su padre era peor de lo que esperaba. Pasaban los días en silencio y de manera incómoda. En el fondo le dolía no tener ninguna conversación interesante con su padre. Mientras Mario estaba en *shock*, su padre lloraba a escondidas. Era una misión fallida, ya que los llantos ocupaban todo el hogar, si es que se podía llamar hogar, hasta llegar a los oídos de Mario. Eso provocaba que él llorase también con un efecto rebote.

Decidió poner rumbo hacia el cementerio donde pocos días atrás habían enterrado a su madre. Siempre había odiado ese tipo de sitios, pero necesitaba hablar con ella. Quizás ahora se atreviera a contarle todo por lo que estaba pasando.

«Cómo puede cambiar la vida de la noche a la mañana», pensó. «Hace pocos días hablaba con ella en una cama de hospital y ahora ya no existía, solo era un montón de recuerdos».

La relación con su padre siempre había sido fría y, más que eso, casi inexistente. A pesar de que Noelia siempre había sido cariñosa con él, Mario tenía una espina clavada en el alma. Le hubiese gustado tener algún hermano y que fueran la típica familia feliz, eso que vendían en cualquier anuncio de televisión. Ahora, la única persona que le había demostrado que le quería se la había llevado un maldito cáncer.

—Yo también te quiero —dijo una voz a sus espaldas—. No te olvides de mí porque siempre estaré a tu lado.

Era la voz de una persona que lo había querido con locura y ahora también estaba muerto. Por su culpa.

Mario intentó callar esa voz porque intuía que volvía para hacerle más daño. Comenzaría a burlarse de él y, lo que era peor, a burlarse de la pérdida de su madre. Y eso no se lo iba a consentir. Tenía que aprender a callar la voz de la culpa. Hasta ahora había conseguido que se disipase parcialmente. Se encontraba en una encrucijada entre el bien y el mal. Le vino a la cabeza una de las películas de *Star Wars* y se sintió absurdo por unos segundos.

Álvaro seguía susurrándole frases al oído. Algunas se oían demasiado bajo para ser escuchadas, pero entendió lo suficiente para llegar a una

conclusión. Algo había cambiado. Quizás la muerte de su madre o la tristeza le consumían como el fuego devora un trozo de papel. La voz del fantasma sonaba distinta, menos áspera y rencorosa.

—Eres tú el que controla mi voz y los momentos donde aparezco —dijo Álvaro apareciendo detrás de Mario y mirándole a los ojos—. Yo no quiero hacerte daño. Eres tú.

Humano y fantasma permanecían de pie frente a la lápida de Noelia. Al mirar la fecha de nacimiento y fallecimiento, Mario fue consciente de lo joven que había partido su madre. La vida era injusta. La vida era una mierda y cada vez se le hacía más duro continuar luchando. Era una lucha constante y no sabía muy bien cuál era su objetivo. Estaba más que perdido.

—Ya no tienes nada que hacer aquí. —El fantasma de Álvaro parecía contratacar de nuevo como si sufriera bipolaridad—. Tu madre está muerta y tu padre está demasiado hundido como para empezar a mostrarte cariño. Tienes que volver y luchar por mí. Hacer justicia de una vez. Ese es tu verdadero objetivo en la vida.

—Sabía que duraría muy poco tu lado bueno —sentenció Mario, confundido.

Mario había vuelto a quedar atrapado en una conversación fantasmal, como él las llamaba, y no fue consciente de que tres tumbas a su derecha, una mujer con el pelo canoso, ojeras hasta los pies y vestida completamente de negro, lo observaba con expresión rancia al verlo hablar solo. Al principio pensaba que hablaba a la lápida, pero Mario se dirigía hacia su izquierda, como si hubiera alguien de pie a su lado. La mujer parecía simbolizar *La Muerte,* aquella que se había empeñado en acompañar a Mario en los últimos meses.

Obviando todo lo que había a su alrededor, Mario recordó que apagar a Álvaro dependía de él. Tendría que encontrar en el interior de su mente un botón rojo pequeño que lo desactivara.

Un fantasma y su madre antes de morir le habían dado las claves para seguir: ser valiente y cambiar la voz interior de uno mismo para convertirla en un aliado. Parecía más fácil decirlo que hacerlo.

Mientras sus pensamientos se peleaban dentro de su cabeza y Mario intentaba salir indemne, cambió las flores secas por unos claveles que acababa de comprar en la entrada del cementerio.

—No puedo irme ahora y dejar a mi padre solo —pensó sentándose en la lápida.

—Otra excusa más —dijo Álvaro con una intención muy poco definida. El lado bueno y el malo parecían entremezclarse creando así una parte nueva y desconocida.

Para su sorpresa, aquella charla tan peculiar continuó sin ataques personales, lo que provocó que Mario se emocionase. A pesar del dolor que le provocaba parecía que estaba evolucionando a mejor. No paraba de preguntarse a qué se debía ese cambio repentino. ¿O había ocurrido tan despacio que ni él era consciente?

Antes de volver a casa, Mario se levantó de la lápida con la esperanza de que su madre apareciera de alguna manera y le diera otra respuesta, otro mensaje esperanzador. No ocurrió tal cosa. ¿Llegaría el momento en el que su madre se le apareciera como hacía Álvaro? Tras soltar un respiro llegó a la conclusión de que eso no iba a ocurrir.

De camino a casa, Álvaro parecía haberle dejado en paz de nuevo. Si la cosa seguía así se podía confirmar que había domado su voz interior, su culpa. Pero era demasiado pronto para cantar victoria.

Volvió a entrar en su casa. Ni las ventanas abiertas habían sido capaces de ventilar la tristeza.

—¿Papá? ¿Estás en casa? —preguntó preocupado al no encontrarle en la primera planta.

—¡Estoy arriba, hijo! —contestó por fin Nacho.

Mario subió las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Se sintió ridículo porque llegó agotado, casi ahogándose.

«Será mejor que haga algo de deporte si quiero llegar a los treinta», pensó.

Su padre se encontraba en el dormitorio que había sido hasta hace unos días de matrimonio. Ahora se trataba de una cama enorme para un hombre viudo. Mario se sentó junto a él. Tenía la necesidad de mostrarle apoyo de alguna manera, le valía con ponerle una mano en el hombro. Pero pensaba que su padre se sentiría incómodo por ello.

«Los hombres no muestran afecto ni debilidad», escuchó Mario en su cabeza.

No era una voz conocida, probablemente se trataba de algún señor mayor que había conocido en el pasado. Nadie importante.

Pensó que la masculinidad frágil era una mierda y que los hombres debían mostrar amor y debilidad ante sus hijos. Cada vez odiaba más la sociedad. No pudo evitar preguntarle a su padre si podía abrazarle. Lo miró con unos ojos inexpresivos inundados de lágrimas e hizo un gesto con los hombros que a Mario no le hizo ninguna gracia. Aun así, lo abrazó. El abrazo más raro y corto del mundo. Cada acto le jodía más que el anterior. Parecía como si el universo le estuviera gritando con todas sus fuerzas que aquella casa no era su sitio.

—Deberíamos donar las cosas de tu madre a la iglesia. Seguro que alguien las necesita.

Mario estaba presente en el momento en que Noelia les pidió a ambos que hicieran varias cosas. La primera: que donasen toda su ropa y joyas. La segunda: que rehicieran sus vidas lo antes posible porque ella los quería ver felices desde arriba. Era la más creyente de la familia y tenía la esperanza de que después de la muerte le aguardaba algo más.

No sabía si era el mejor momento, pero Mario necesitaba decirle a su padre que se marcharía después de ayudarle con los trámites que fueran necesarios. Su padre lo entendió y afirmó con la cabeza, de nuevo, de una manera muy seca.

—Me gustaría que siguiéramos juntos por tu madre, pero entiendo que debes continuar con tu vida, hijo.

—No digo de irme ya. Solo quiero que nos vayamos preparando para mi partida. No me iré hasta que no estés bien.

—Entonces no te irás nunca —dijo Nacho bajando la mirada—. No te preocupes por mí, de verdad.

Escapó de la mirada de su padre y empezó a reunir cajas. Aquello fue de las pocas cosas que hicieron juntos, y la más dolorosa. Salvo un par de objetos personales que querían guardar para ellos, todo fue guardado en seis cajas en total.

Acabaron agotados y más tristes de lo que habían empezado el día, si es que eso era posible. Pidieron unas *pizzas* y se las comieron sentados en el suelo de la habitación. La comida parecía haberse convertido en cemento y tragar lo más mínimo se convertía en una tediosa odisea. Por suerte, Mario consiguió sacar unas sonrisas a su padre basadas en recuerdos de Noelia y sintió la esperanza de que toda aquella pesadilla en la que estaban atrapados desaparecería algún día.

CAPÍTULO 33. ALGO INESPERADO

—¿Por qué no subimos a tu casa? Nunca me la has enseñado —soltó Alfonso de golpe dejando a Nerea en blanco.

Eran las siete de la tarde y, después de un día comprando de todo en el centro comercial, Nerea quería volver a casa a descansar y así librarse de su nuevo novio. Alfonso se empeñó en acompañarla mientras daban un paseo. Era insoportable y agotador estar fingiendo tantas horas seguidas. Jamás imaginó que se colaría tanto por ella. Cuanto más tiempo estuvieran juntos, más oportunidades había de decir algo inapropiado y joderlo todo. Improvisar era una tarea agotadora y empezaba a tener miedo de que alguien les reconociera por la calle. ¿Qué haría si se cruzaba con Mercedes o Laura? ¿Y si a Mario le daba por volver y los veía juntos?

—Es una casa… No hay nada que ver —dijo Nerea juguetona.

—¿Acaso tienes algo que ocultar ahí arriba? —preguntó Alfonso acercándose seductor y amenazante a su presa.

—¿Qué quieres hacer ahí arriba, pillín? —Nerea le siguió el juego para despistarle.

Aquella pregunta la formuló con la intención de que Alfonso no le pidiera que acabasen en la cama. Otra vez. Cada vez que lo hacían tenía que apretar con fuerza los puños para no asesinarlo. Su mente creaba un plan a una velocidad vertiginosa. En todas las opciones Alfonso acababa muerto empapando el suelo con su sangre. ¿No se cansaba nunca de follar? Nerea se parecía ya más a un objeto sexual que a un ser humano. En otro momento de su vida habría disfrutado de tanto sexo, pero ese cerdo solo le provocaba náuseas e instintos asesinos.

Al final no le quedó otra que subir con él. El camino del portal hasta su casa duraba unos quince o veinte segundos como mucho. Eso dependía de si se encontraba con alguna vecina o algún imprevisto. Ese era el tiempo que Nerea tenía para repasar mentalmente que no hubiera nada que Alfonso pudiera encontrar. Una vez subida en el ascensor, mientras su acompañante no paraba de decirle guarradas, analizaba estancia por estancia: la entrada, el salón y a la derecha los dormitorios y baños.

«¡Mierda!», pensó Nerea mientras abría la puerta del ascensor. «¿He guardado el cuaderno donde anoto todo sobre estos cerdos o lo dejé encima de la mesa?».

Estaba tan colocada la noche anterior que no sabía con certeza lo que

había hecho. Fingió que no encontraba las llaves para tardar más y pensar alguna excusa. Aunque lo más fácil sería llevárselo al dormitorio nada más entrar y evitar el salón. Luego, encontraría alguna treta para comprobar si había guardado el cuaderno y revisarlo todo con tranquilidad. Le tocaba improvisar de nuevo. Lo peor de todo es que no le quedaba otra que ir a la cama con ese monstruo para debilitarlo y dominarlo. Lo bueno de los tíos era que después de follar siempre se desconectaban.

Las llaves entraron en la cerradura, muy a su pesar, y abrió la puerta.

Mientras le agarraba de la mano y lo dirigía hasta su cama, no pudo evitar sentir una enorme frustración. Sabía que debía tener paciencia, pero es que no había conseguido nada de información. ¿Y si había sacrificado su cuerpo para nada? ¿Y si nunca descubría al verdadero asesino? Los labios de Alfonso devoraban su cuello y su pecho y no le quedó más remedio que comenzar a fingir. Alfonso la lanzó a la cama. Era absurdo negar que tenía mucha más fuerza que ella. Y eso no le gustaba en absoluto. Se quitó la camiseta y la lanzó al otro lado de la cama. Era una putada que aquel monstruo fuera el tío más atractivo con el que había estado nunca.

«¿Me estoy pillando de este cerdo?», pensó mientras Alfonso bajaba por su cuerpo con la lengua.

Jamás se lo perdonaría. Aun así, estaba segura de que solo sentía asco por él. Era su cabeza la que intentaba jugársela. No podía cometer el más mínimo error porque quería verle la cara a Alfonso cuando descubriera la verdad. Sería como introducirle una granada por la garganta y verlo reventar en mil pedazos. Estaba deseando que llegase el momento de destruirles a todos.

«Paciencia», pensó de nuevo. «Me estoy jugando mucho para cagarla ahora».

De pronto, Alfonso paró en seco y miró hacia la puerta del dormitorio. Nerea se quedó extrañada como si Alfonso fuera capaz de escuchar sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —preguntó Nerea desconcertada.

—¿No has oído algo? —preguntó Alfonso mientras sus dedos permanecían enganchados en las bragas de Nerea.

—Tranquilo. Estamos solos —sentenció Nerea con total tranquilidad.

Alfonso retomó lo que había empezado.

A los pocos segundos volvió a escucharse otro ruido y los dos pararon en seco. El rostro de Nerea se puso pálido al pensar que su madre pudiera presentarse allí después de tanto tiempo. Prefería que hubieran entrado a robar o algo similar.

—¿No decías que estábamos solos? —preguntó Alfonso poniéndose de nuevo la camiseta y dispuesto a salir por la puerta.

—¡Espera! Deja que salga yo primero.

Nerea se puso la primera camiseta que atrapó en la silla de su dormitorio. En la parte de abajo solo llevaba unas bragas rojas. Salió descalza de allí con la idea de que habían sido imaginaciones suyas. Hasta que llegó al salón. María, su madre, estaba recogiendo la basura que había en la mesa: un cenicero lleno de esqueletos de cigarrillo, latas de cerveza, bolsas de patatas y… el famoso cuaderno que podía haberlo arruinado todo.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —gritó Nerea sorprendida.

El tiempo pareció detenerse con la mirada que le lanzó su madre de arriba abajo. Una madre que prácticamente la había abandonado desde que había cumplido la mayoría de edad. Las dos estaban muy cambiadas. Nerea era otra persona físicamente, mientras que María parecía otra persona en apariencia y en carácter.

—¡Hija! Pero… ¿qué te has hecho en el pelo? Dios mío… ¡Estás muy delgada, cariño! ¡Estás horrible!

—Gracias, mamá —respondió con ironía.

Nerea vio cómo el llanto de su madre fue cortado de raíz con la aparición de Alfonso, que por suerte hacía su aparición estelar completamente vestido. El tiempo volvió a detenerse. Los tres permanecían congelados en el salón lanzándose miradas como si fueran láseres de colores. Nadie sabía qué palabras decir sin provocar un caos. Nerea intentó pronunciar las primeras, pero fue Alfonso el que rompió el hielo.

—¡Buenas tardes, señora! ¡Encantado!

Alfonso dio un paso hacia la que sería su suegra, pero Nerea lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Será mejor que nos dejes solas —sentenció Nerea sin mirarle siquiera a los ojos. Tenía el foco puesto en su madre. Y en el cuaderno.

Alfonso hizo el amago de darle un beso en la boca hasta que Nerea lo volvió a detener en seco. Ahorrarse un beso de aquel cerdo era un buen comienzo. Alfonso salió de la casa y el portazo pareció reactivar a madre e hija.

Se abrazaron y se besaron con fuerza. Aunque esas muestras de afecto no eran mucho menos falsas que las que le daba a Alfonso. Su madre la había abandonado y volvía de repente para poner en peligro todo. Ella siempre tan oportuna.

—¿Quién es ese chico que me ha llamado señora? —preguntó María

con sarcasmo.

—Nada… Un rollete sin compromiso.

—Hija… Siento muchísimo haberte dejado de lado. No he sido una buena madre.

Las lágrimas saltaron de sus ojos y se mezclaban con la culpa que la atormentaba.

—No pasa nada, mamá. Me las apaño bien. Pero no te negaré que te echo de menos.

—Creo que necesitas que te dé una explicación —dijo María mientras se sentaba en una silla como si estuviera agotada de tanto llorar—. No sé ni por dónde empezar…

—No hace falta que digas nada. Entiendo que tengas que cuidar de la tía. ¿Cómo está, por cierto?

—No levanta cabeza… Es muy duro verla tan enferma y que no pueda hacer nada por ella.

—Dale un beso de mi parte en cuanto la veas.

—Se lo daré, pero deberías ir a verla un día de estos. Lo antes posible, por si acaso. —María bajó la cabeza con tristeza—. ¡Ya verás cuando te vea con esas pintas!

Nerea estaba ya demasiado harta de las críticas de su madre. Intentó no perder el control. Por suerte, era algo que había entrenado bastante últimamente.

—¿Es una especie de muestra de rebeldía?

—Me apetecía un cambio de *look* —mintió Nerea—. No creo que me quede tan mal… A mí me mola.

La conversación tomó un ritmo tan normal que Nerea empezó a mosquearse. Estaba harta de esquivar las preguntas de su madre que englobaban su estado físico, la posibilidad de que ese chico fuera su novio y el estado de salud de sus amigos. Cada pregunta que salía por su boca se clavaba como una lanza en su alma. Necesitaba desahogarse de alguna manera.

«Mamá, he cambiado de *look* para infiltrarme en la secta que mató a Álvaro. Ese tío que ha salido de mi cuarto, y al que me estoy tirando, puede ser el asesino. Apenas hablo con mis amigas y les dejo cartas en sus buzones para que no me descubran. Bebo mucho alcohol y me drogo. ¡Ah! Y algún que otro porro cae también. A pesar de que me prometí no parecerme a mi padre todo apunta a que voy a acabar como él», pensó Nerea mordiéndose la lengua.

En el rostro de María se reflejaba algo oscuro, algo que necesitaba

soltar también o acabaría vomitando en la alfombra del salón. El silencio podía cortarse con unas tijeras de podar. Las dos intentaron hablar a la vez y estallaron en una leve risa vergonzosa.

—¿Pasa algo, mamá? ¿A qué has venido?

—¿No puedo venir a ver a mi hija?

—No has venido a verme desde que te marchaste de esta casa. ¿Qué ocurre?

La que sentía ahora que una lanza se le clavaba en el corazón era su madre.

—Efectivamente, cielo. Hay algo importante que he venido a decirte. Quiero que estés preparada.

«¿Preparada?», pensó Nerea como si ya no tuviera suficiente en su vida.

María respiró con fuerza y provocó el caos.

—Cariño… tu padre va a salir de la cárcel en unos días.

Nerea no dijo nada, pero su corazón parecía que iba a agrietarse en mil pedazos. El hombre que había maltratado a su madre físicamente, el hombre que la había maltratado a ella psicológicamente y había matado por accidente a un señor mientras intentaban escapar de aquella casa… Aquel hombre con el que compartía sangre y le había dado la vida, y se negaba a llamarle padre, iba a volver a estar en la calle. No necesitaba ese acontecimiento ahora mismo.

—¿Ya ha cumplido la condena?

—Le han reducido unos meses por buena conducta.

Miles de preguntas se amontonaban en la cabeza de Nerea, pero solo una fue la elegida para saltar al vacío.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—No importa, Nerea —dijo bajando la mirada, perdiendo así toda la seguridad con la que había entrado a su casa.

—Has ido a visitarle, ¿verdad? —susurró Nerea encendiendo así su llama interior—. Sabía que acabarías cayendo otra vez.

María le respondió con otro incómodo silencio.

—¡No me puedo creer que hayas sido tan tonta, joder! —Nerea se levantó del sofá y estuvo a punto de tirar la mesa pequeña que tenía justo delante—. ¡Hasta que no te mate no vas a aprender!

—Me llamó hace unos días a casa de tu tía para pedirme que fuera a verle. Me dijo que llamó aquí muchas veces y nunca lo cogías. Fui a verle y… físicamente tu padre está muy mal, pero le veo diferente. Yo creo que aquel sitio le ha cambiado…

—Te juro por mi vida que como vuelvas con ese monstruo no te vuelvo a hablar en la vida. ¡Te juro que muero para ti, joder! —Nerea no paraba de moverse por el salón, nerviosa—. De hecho, no lo pienso permitir. ¡Antes lo mato, me oyes!

Los ojos de María se abrieron en su máximo esplendor e inyectados en terror. Su marido no era el único que había cambiado. Nerea parecía haberse transformado en una bestia. Le dolió reconocer en su interior que había salido a su padre. Y todo por abandonarla. Todo por su culpa.

—No soy tan tonta, hija. Por supuesto que no voy a volver con él.

—Espero que tampoco se atreva a intentar entrar a esta casa. No sabría decirte cuál podría ser mi reacción. Puede que esta vez sea yo la que acabe en la cárcel.

—¡No digas eso, por Dios!

Su madre no hacía más que llorar. Estuvieron unos minutos sentadas cada una en un extremo del salón.

—Será mejor que te vayas —sentenció Nerea rompiendo el silencio—. Quiero estar sola.

Su madre no dijo nada más. Solo se limitó a mirarla a los ojos mientras cogía el bolso y salía por la puerta. En el último segundo, se acercó a Nerea para darle un beso en la frente con los ojos cerrados.

Una vez sola, Nerea se sentó en el suelo. Permanecía en silencio asimilando la horrorosa noticia que acababa de recibir. Los problemas se le acumulaban y no tenía tiempo para pensar en su padre. Tenía una misión que cumplir, el resto era simple morralla. Evitaría a toda costa volver a ver a su padre, pero la vida tenía preparado un reencuentro muy especial.

CAPÍTULO 34. EL BEBÉ

Su vida se había convertido en una maldita cuenta atrás como en una película que había visto hace años y cuyo nombre no podía recordar. Laura miraba su silueta en el espejo, preocupada. Estaba convencida de que ya se le notaba el embarazo. Siempre había escuchado que estar embarazada era de los momentos más felices de una mujer. En su situación resultaba todo lo contrario. Había empezado a aborrecer su cuerpo, a ese bebé que ni siquiera podía tocar. Se obligaba a pensar que cuando el niño naciera todo cambiaría a mejor. Era la única esperanza que le quedaba.

Por ahora, su abuelo no le había hecho ningún comentario al respecto. Sus tretas para ocultar su estado parecían surtir efecto. Aunque pronto tendría que tomar la decisión. Debía escoger de una vez por todas el camino que tomar en aquella encrucijada.

Recibió un mensaje de Mercedes en el que le preguntaba cómo se encontraba. El subtexto de ese mensaje era: *¿Vas a abortar o no, cielo?* Lo que provocó que su pulso se acelerase y desembocara en náuseas. Por suerte, solo quedó en eso.

Fue consciente en ese momento de las veces que había ido al baño a vomitar delante de su abuelo. Quizás se estaba oliendo algo y no quería preguntar nada por respeto. Pero eso tampoco le cuadraba. Si su abuelo lo hubiera descubierto, no se callaría. Últimamente le notaba como distraído. Y apenas la miraba a la cara.

«¡Madre mía! ¡Seguro que ya se ha dado cuenta y se avergüenza de mí!», pensó.

¿Se lo habría contado Mercedes? Estaba segura de que no porque se lo había prometido. Si no era eso, ¿qué le ocurría a su abuelo? ¿Estaba enfermo? Los miedos que Laura había vencido volvían para torturarla. Siempre lo hacían cuando estaba en momentos de bajón. En terapia había aprendido que sus temores formaban parte de ella y que acecharían en las sombras en sus momentos más críticos para atacarla. Y era muy cierto. Desde que su salud mental se vio gravemente afectada, notó que estaba marcada por una horrible sombra. Una marca que la acompañaría siempre. Era agotador estar siempre en alerta y preparada para combatir contra ella misma. Se había convertido en su peor enemigo.

Escasos segundos después recibió otro mensaje. Se acercó al teléfono confiada en que volvería a ser Mercedes, a la que aún no había respondido su anterior pregunta. Pero no era ella. El autor de ese mensaje era otra de sus pesadillas actuales: Jorge. El que parecía ser el príncipe azul que iba a rescatarla de su tormento, se había convertido

en el dragón del cuento.

En un primer momento decidió que no leería el mensaje, pero una chispa en su interior la impulsó a hacerlo.

Espero que hayas decidido abortar. Voy a empezar una relación con otra chica y no quiero cabos sueltos.

Las manos de Laura comenzaron a temblar tras leer aquella sutil amenaza. Su primer pensamiento fue bloquearle y pasar página, pero no podía hacerlo sin contratacar. Estaba harta de sentirse oprimida, de ser la víctima.

Tendré a ese niño si me da la gana, pedazo de gilipollas. No te vuelvas a acercar a mí o te denuncio a la policía.

Y lo bloqueó.

Sin ser consciente, su respiración cambió por completo, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

«Ojalá fuera todo tan fácil en la vida como bloquear a gente mala y tóxica», pensó. «¡Qué alivio!».

Decidió apagar el móvil para desconectar. Necesitaba pensar en la decisión final: tener al bebé o no. Se tumbó en su cama y empezó a leer un nuevo libro. Esperaba encontrar una buena historia que le hiciera viajar hasta otro lugar mágico. Necesitaba evadirse un poco de la realidad. Apenas consiguió leer diez páginas. No se concentraba en la historia, a pesar de que le había gustado el comienzo. Cerró el libro con rabia y lo colocó encima de la mesita de noche.

Una bombilla se iluminó en su cabeza haciéndola saltar de la cama para agarrar un cuaderno y un bolígrafo. Pensó en escribir pros y contras de ser madre. Le era complicado pensar en cosas positivas, así que decidió escribir primero todo lo malo que se le ocurriera.

No tengo ni idea de criar un niño.

Seré una vergüenza para mi abuelo.

No podré disfrutar de mi juventud.

El padre de mi bebé está loco y puede hacerme daño.

El mundo es una mierda.

La sociedad va de mal en peor.

Agobiada, rompió el papel en mil pedazos para que nadie pudiera recomponerlo nunca. Aquella maravillosa idea le había provocado dolor de cabeza y sembrado más dudas.

Intentó de nuevo leer un poco hasta que se quedó dormida. La mala sensación con la que había entrado en el mundo de los sueños la llevó hasta una terrible pesadilla que empezaba con el parto.

Entre dolor y gritos, Laura estaba tumbada en una camilla iluminada por un enorme foco amarillo. Sus piernas estaban completamente tapadas por una sábana que en algún momento había sido blanca. Ahora, llena de sangre, parecía tapar a un monstruo que no paraba de moverse. Metros y metros de cordón umbilical salían de sus entrañas dando paso a un estallido de llantos de bebé. Un médico, con cabeza de maniquí y en cuyo rostro la nariz era sustituida por una abolladura, le acercaba en brazos a su bebé. Era niño. O eso intuía al menos.

Cuando la pesadilla parecía haber acabado, Laura escuchó de nuevo otro llanto. Cada vez hacía más eco en aquella extraña habitación, hasta tal punto que tuvo que taparse los oídos. Se agachó para mirar debajo de la camilla y comprobó que el llanto venía de un bebé mucho más grande de lo normal que la miraba con ojos hinchados y un pulgar muy arrugado metido en la boca.

—¿Maaaaaamiiiiiiiii? —dijo el bebé gigante sacando el dedo lleno de babas de la boca.

Laura salió corriendo y gritando de esa habitación. Las paredes blancas del pasillo de aquel supuesto hospital se desintegraban como si fueran trozos de papel en el fuego. El bebé corría detrás de Laura mientras crecía más y más a cada instante. A pesar de su gran tamaño conseguía alcanzar una velocidad considerable. Laura se cansaba cada vez más, todo lo contrario que aquel engendro que mantenía el mismo ritmo.

Aceleró hasta conseguir alcanzar otra sala pequeña que parecía ser un almacén. A oscuras, miraba a través de una pequeña ventana situada en el centro de la puerta. Escuchaba aún las pisadas del bebé gigante, su respiración y los gritos desesperados que la llamaban sin pausa.

—¡Mamiiii! ¡MAAAAAMMIIIIIII! —gritaba el bebé mientras luchaba por no atragantarse con su propia saliva.

De pronto, el silencio ganó la partida.

Laura abrió muy despacio aquella puerta que en un principio pareció atascarse. Miró a ambos lados del pasillo y comprobó que ya no había nadie. Justo después de salir del almacén algo la agarró fuerte del cabello arrastrándola hacia atrás, lanzándola hacia el suelo. Laura se chocó con una estantería y tiró varios productos de limpieza. De la nada, Jorge se tumbó encima de ella y empezó a gritarle que iba a matar a su bebé. Los gritos de la pesadilla se fusionaron con los de la realidad.

—¡Laura! ¡Cariño! —gritaba Agustín en el mundo real.

Laura se levantó de un salto de la cama, entre sudor y gritos extintos. Al ver que su abuelo estaba sentado en la cama temió haber hablado de más por culpa de ese sueño.

—Tranquila, Laura. Solo era una pesadilla —dijo Agustín con una sonrisa en la cara.

Laura respiró de nuevo con tranquilidad al deducir que su abuelo no había descubierto con lo que estaba soñando. Las palabras como bebé o aborto no habían escapado de aquella horrorosa pesadilla.

Se levantó de la cama y bebió un par de vasos de agua en la cocina con la intención de purificar aquel malestar. Su abuelo y su hermosa gata la habían acompañado en todo el trayecto. La primera en llegar fue Bagheera, que estuvo a punto de ser pisada por su dueña.

—¿Hay algo que necesites contarme? —preguntó su abuelo más serio que nunca.

Laura aprovechó los escasos segundos en los que tragaba agua para pensar una respuesta creíble. Su relación con Agustín no tenía filtros y se contaban las cosas. No todo, pero si gran parte. Laura se había prometido no contarle nunca el problema que tuvo con la pornografía y tampoco iba a preocuparle con lo de su embarazo. Porque después de aquella horripilante pesadilla, había tomado una decisión. Iba a abortar.

Mercedes ya tenía listo, en un papel que amenazaba con romperse, el famoso discurso que tantos días llevaba preparando junto a su ángel.

—¡Toma! —dijo Pablo.

—¿Qué es esto? —respondió Mercedes mirando con atención el papel que le ofrecían.

—Es una nueva copia del discurso. Ese pobre papel no va a aguantar hasta que llegue el momento.

Mercedes le dio un beso en la frente como agradecimiento por toda su ayuda. Miró el reloj y se dio cuenta de que faltaba poco más de una hora para subirse al pequeño escenario que le habían preparado. Los nervios empezaron a consumirla y pensó que lo ideal sería tomarse una tila, a la que estaba ya tan acostumbrada. Le ofreció a Pablo una, pero él ya tenía un café entre las manos. A pesar de que Pablo no tenía que subir al escenario, los nervios también lo devoraban de pies a cabeza. De repente, el joven empezó a emocionarse e intentó darle la espalda a Mercedes para que no se diera cuenta. Fue en vano. El ruido que emitía su nariz lo descubrió.

—Pequeño, ¿estás bien? —preguntó Mercedes soltando la taza y levantándose de la silla.

Pablo seguía de espaldas intentando limpiarse las lágrimas con la mano. Mercedes lo giró y volvió a preguntarle. No paró hasta conseguir una respuesta.

—Nada, soy tonto. Me he emocionado al pensar en el gesto tan bonito que vas a hacer. Y, sobre todo, en lo que has hecho para salvarme a mí.

Ahora eran los ojos de Mercedes los que se empapaban de lágrimas.

—Has sido mi salvadora, Mercedes —continuó Pablo—. ¿Qué hubiera sido de mí si no me hubieras ofrecido tu casa? Me has abierto las puertas sin conocerme de nada, has confiado en mí desde el minuto uno… Jamás estaré lo suficientemente agradecido, de verdad. Has empezado un proyecto maravilloso y estaré a tu lado siempre que pueda.

Mercedes lo miraba emocionada. No era capaz ni de pronunciar un monosílabo. Tenía un nudo en la garganta y otro en el estómago. Empezaba a arrepentirse de haber tomado aquella tila. Una imagen espantosa de ella vomitando en el escenario atravesó sus pensamientos.

—No tienes nada que agradecerme, cielo. Has venido en un momento muy crudo de mi vida. Aquí el único salvador eres tú.

No sabía si fue por los nervios o por la necesidad de soltar uno de sus secretos por la boca, que Mercedes decidió contarle su intento de suicidio. Pablo no pudo cerrar la boca hasta pasados varios segundos. Se quedó paralizado y no sabía si abrazarla o no. Al final decidió hacerlo. Parecía que se hubieran pegado sin poder escapar el uno del otro.

—Lo siento… no quería… No debí haberte contado eso.

—Si lo has hecho era porque lo necesitabas. Me alegro de que hayas confiado en mí para hacerlo.

La conversación se atascó como si se hubiera perdido el límite entre lo que estaba bien decir y lo que estaba mal.

—No quiero que esto afecte a nuestra relación —retomó Mercedes con preocupación—. Te prometo que no voy a volver a pensar en hacer… otra locura. Tú me has dado las alas para enfocar mi vida en otra cosa más importante.

—No. Creo que eso ya lo hiciste antes de conocerme. Yo solo he sido el inicio de un gesto grandioso por tu parte.

Intentaron evitar conversaciones que pudieran poner más nerviosa a Mercedes y se centraron en el discurso. Lo leyeron un par de veces en voz alta y anotaron algunas correcciones. Tenía que salir lo mejor posible.

Silvio y los demás prepararon casi todo para el discurso y Pablo se sentía mal por no haberles ayudado. Salieron de la sala acristalada y los rayos de sol que se colaban por la puerta les cegó. Hacía un día estupendo, nada podía salir mal.

Y así fue. El evento salió bien. Muchas personas se acercaron a dar donativos y alimentos. Pero de todas las personas que escuchaban el discurso, había una muy especial que destacaba por encima de todos. Esa persona iba a amargar ese momento tan mágico.

CAPÍTULO 35. AÚN QUEDAN PERSONAS BUENAS

Ilusionados con su nuevo propósito, Mercedes y Pablo buscaban en internet información sobre asociaciones LGTB. Se sorprendieron al encontrar cuatro en toda la ciudad. Nunca habían oído hablar de ellas, pero se alegraron de que aún quedasen personas buenas dispuestas a ayudar a otras. La pena es que esas asociaciones o bien estaban escondidas o bien eran desconocidas para el mundo. O por lo menos, para ellos, así era.

Mercedes se sintió esperanzada. Estaba harta de ver en las noticias todo tipo de catástrofes, personas peleándose entre sí como si estuvieran infectadas por el primigenio virus del odio. Últimamente todo era violencia. Para escapar de la idea del suicidio necesitaba cobijarse en todas las cosas buenas que le podía ofrecer la vida. Y una de ellas era la ilusión de darle un futuro mejor a Pablo y a otros como él.

Decidieron que no volverían a ver las noticias en casa. Informativos comprados por políticos que no decían nada más que mentiras y repartían miedo por todos los hogares. Querían ver programas divertidos, series y películas. De hecho, ya habían comenzado a ver una serie nueva. Mercedes se sentía mal al pensar que estaba sustituyendo a Álvaro. ¿Trataba a Pablo como a su nuevo hijo? ¿Lo veía como un sustituto que la animaba a seguir adelante? Era mejor eso que comer cenizas, desde luego. Su conciencia la devoraba despacio y con decisión. No podía quitarse de la cabeza que lo que estaba haciendo tenía, en parte, un lado oscuro y peligroso.

—¡Mira esta, Mercedes! —gritó Pablo intentando que su voz alcanzase a su nueva madre hasta la cocina.

—A ver… —Mercedes se inclinó hacia adelante para leer el ordenador.

La asociación se llamaba Silvio Mendoza, como su creador. Con cada palabra que leía, Mercedes se iba emocionando cada vez más. Era muy parecido al proyecto que tenía en mente desde hacía tiempo. Además de cursos de formación, charlas para prevenir enfermedades de transmisión sexual y actividades de todo tipo, la asociación acogía a personas sin hogar. Y lo mejor de todo era que estaban en trámites para crear una casa de acogida.

Sin pensarlo dos veces, Mercedes apuntó la dirección y le dijo a Pablo que irían a visitar aquel maravilloso lugar. Miró el reloj y eran las once de la mañana.

«Buena hora para hacerles una visita», pensó Mercedes.

Parecía que iba a explotar de tanta energía que guardaba en su interior. Estaba feliz después de mucho tiempo. No paraba de imaginar las caras de chicos desconocidos siendo salvados por ellos. Por supuesto, en el fondo de esa felicidad, había una espina negra clavada en su corazón. El asesino de su hijo estaba suelto y no sabía nada de Nerea desde hacía demasiados días. Desconocía si estaba a salvo o si había atrapado a los culpables. Nada. Para tapar aquella angustia se refugiaba en su nueva meta. Evitaba a toda costa la realidad.

Tardaron unos veinte minutos en llegar, cinco más de lo previsto según Google Maps. La asociación estaba en un callejón muy estrecho y en una zona del barrio bastante denigrante. Las personas que paseaban cerca de allí no irradiaban muy buena energía. Sintieron miedo más de una vez cuando se les acercaba algún extraño.

—¡Cómo me jode que esté escondido en un lugar tan siniestro! —dijo Pablo enfurecido—. Siempre nos mantienen ocultos y en lugares deprimentes como si… como si fuéramos personajes segundarios de una película mala de sobremesa.

Mercedes lo entendía perfectamente y afirmó con la cabeza. Al llegar a la puerta de su destino todo cambió. Los tonos grises con los que estaba pintado el callejón se vieron reemplazados por colores llamativos y vivos. Colores que gritaban con fuerza que nadie podría con ellos. La energía cambió totalmente al entrar en aquel lugar que parecía mágico.

Había distintas salas y bastante gente en cada una de ellas. En una sala acristalada parecían estar impartiendo algún curso. Y en la recepción les esperaba una chica muy simpática vestida con un jersey verde pistacho. El ambiente olía a jazmín.

—¡Hola! ¿Os puedo ayudar en algo? —preguntó la chica con una sonrisa amplia, como si estuviera grabando un anuncio de pasta de dientes.

Pablo fue el encargado de hablar con ella y de explicarle con detenimiento lo que buscaban mientras Mercedes escuchaba en silencio. Estaba tan ilusionada que no quería hablar y meter la pata. O, lo que era peor, parecer una inculta.

Sus oídos escuchaban a Pablo y a la chica a la vez que sus ojos no perdían detalle del entorno y viajaban por todo el espacio que la rodeaba. Panfletos con información de todo tipo en el mostrador, una mesa pequeña con preservativos para llevar con un cartel que ponía *CUÍDATE.* Lo que más le llamó la atención fue una bandera arcoíris enorme que había junto a la sala acristalada. Parecía estar recién

colgada, nueva y con mucha vida. Le recordó a otra bandera descolorida que evitó que hiciera la mayor tontería de su vida en aquella azotea.

—Yo solo quiero ser miembro de esta asociación—soltó Mercedes de pronto—. Quiero ayudar económicamente para que pronto podamos tener ese hogar de acogida.

La recepcionista los llevó hasta otra sala más pequeña, pero igual de acogedora. Allí esperaron escasos minutos a Silvio, el director de la asociación. Hablaron durante una hora sobre proyectos futuros y la ilusión gobernó aquella estancia.

—Aún no dispongo del dinero que te comentaba, pero no debería tardar —dijo Mercedes.

—Os estamos muy agradecidos por vuestra ayuda. Ojalá nos visitaran personas como vosotros todos los días. Y no lo digo por el dinero. Esperamos conseguir pronto ese hogar de acogida para las personas LGTB que tanto lo están necesitando.

Desde ese momento, Mercedes, Pablo y Silvio empezaron una relación muy importante en sus vidas. Hablaron como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Lo más significativo era que tenían el mismo fin: ayudar a personas del colectivo y luchar contra tanto odio.

CAPÍTULO 36. MECHA ENCENDIDA

Aquel día iba a ser muy importante, así que Jorge, a pesar de los problemas y secretos que llevaba encima de sus hombros, puso rumbo a su destino. De camino al local de Beca, varias chicas le miraban a los ojos y lo tanteaban de arriba abajo. No era ninguna sorpresa para él porque siempre había sido un ligón. En otro momento, se hubiera detenido a tontear con las chicas y les habría pedido su número de teléfono. Pero parecía que ya no estaba en esa etapa. Había evolucionado como persona y, aunque le costase reconocerlo, estaba enamorado de Beca. ¿Siempre lo había estado?, se preguntaba todos los días.

Haberse enrollado con la ex de su mejor amigo le podía costar mucho y no era capaz de contárselo a Alfonso. Por si fuera poco, Beca le había dado un ultimátum: o conseguía que Laura abortara o no tendría nada más con ella.

—¿Qué espera que haga? —murmuró mientras caminaba entre la gente.

Pequeñas frases se le escapaban de la boca y sus pensamientos intentaban romper su cráneo con la intención de escapar. En su imaginación, Beca y Laura intercambiaban acciones ficticias, todas y cada una de ellas eran violentas.

En ese momento, como si por arte de magia la hubiese invocado, Beca apareció delante de él. Beca lo vio y aceleró el paso. Jorge hizo lo mismo para alcanzarla y no paró hasta que pudo agarrarle el brazo.

—¡Suéltame! ¡Aquí no! —susurró con fuerza Beca.

Ambos temían que Alfonso los viera en esa actitud en mitad de la calle. Decidieron apartarse a un callejón lleno de grafitis de colores y sin sentido alguno.

—Necesito que hablemos antes de la reunión —suplicó Jorge.

—No le voy a contar nada a Alfonso por ahora, si es eso lo que te preocupa.

—No es eso. Lo único que quiero es besarte.

Podría haber sido el momento cumbre de una empalagosa película romántica, pero se desinfló antes de tiempo. Jorge le explicó que quería estar con ella y que ya superarían todos los obstáculos. Beca no parecía entrar en razón. Permanecía tan cabezota como siempre.

—Ya te dije cuál era mi condición. No quiero empezar nada contigo mientras otra zorra se pone a parir un hijo tuyo. ¿O ha cambiado de

opinión ya?

No hizo falta que Jorge contestara. Su mirada cayó hasta el asfalto dando a entender una respuesta negativa. Beca continuó su camino mientras Jorge la seguía, intentando encontrar la frase que la hiciera cambiar de idea.

Una de las características de Alfonso no era ser una persona puntual. Pero ese día, que era el más inoportuno para Beca y Jorge, Alfonso ya estaba apoyado en la pared del local. Esperando. Por suerte para ellos, Alfonso estaba mirando el móvil con una sonrisa de tonto enamorado y no vio cómo Jorge perseguía a Beca e intentaba agarrarla del brazo de nuevo. Ambos disimularon y dieron gracias por no tener que dar una explicación inesperada. Debían hablarlo con calma y esa tarde se reunían para algo mejor. Algo que llevaban tiempo esperando.

Iniciaron su ritual: entraron al local, encendieron la luz y cerraron las puertas. En el ambiente se respiraba ilusión y ganas de actuar de nuevo. Era como si hubieran entrado en una cápsula del tiempo y hubiesen viajado poco tiempo atrás.

El local había estado cerrado todo ese tiempo y el polvo parecía haberse encargado de conquistar cada rincón. El padre de Beca no lo utilizaba en absoluto y eso era algo perfecto para sus planes. Entre los tres, limpiaron la mesa y las sillas entre risas falsas que intentaban disimular la incomodidad de la nueva pareja.

—¿Os pasa algo? —preguntó Alfonso sin rodeos—. Estáis raros y ni siquiera me miráis a los ojos.

Jorge pensó que sería mejor contarle todo y acabar con aquella presión que sentía en el pecho. ¿Era ansiedad? Se negaba a pensar que eso podría pasarle a él. Solo les pasaba a los débiles.

Decidió no contar nada hasta que estuviera seguro de que aquella nueva relación tuviera futuro. Le lanzaba miradas a Beca a escondidas de su mejor amigo y ambos pactaron no abrir la boca.

Volvieron a ponerse cómodos en el sofá. Un simple acto que les devolvía la energía para empezar. Ni Luis ni nadie podía pararles. Alfonso empezó a hablar como si se tratase de un gran discurso.

—Esto es un nuevo y maravilloso comienzo —dijo abriendo los brazos y girando sobre sí mismo—. Si Luis no aparece, que le den por el culo. No podemos detener más nuestra misión. Por suerte, la policía y la madre de Luis parecen haberse plantado. Hemos perdido mucho tiempo. Mi único consuelo ha sido el vídeo que subimos a las redes sociales y que tantos frutos nos ha dado en nuestra ausencia. Hemos conseguido que muchos como nosotros se unan a nuestra causa en la distancia. Y eso es algo de lo que debemos estar muy agradecidos. Os puedo asegurar que mi madre, el *Ente Oscuro*, está muy orgullosa.

El monólogo de Alfonso parecía no terminar nunca, pero Beca y Jorge estaban tan emocionados o más que él. Aquella ilusión eliminó las espesas nubes de sus cabezas. Los tres seguían juntos a pesar de todo y seguirían luchando por su objetivo principal. Aunque Beca y Jorge tenían ya en mente un futuro distinto. Un camino estrecho en el que solo cabían ellos dos.

—Mi madre se ha ido unos días al campo. Necesitaba despejarse un poco, según ella. Aunque yo creo que se ha llevado a algún amante y se lo está pasando en grande.

Beca y Alfonso reían a carcajadas. Jorge no tanto.

—Pero… Se ha ido dejándonos una cojonuda nueva misión —retomó Alfonso mientras sacaba su móvil del bolsillo—. Según me ha contado por teléfono, unas activistas o algo así quieren construir una especie de casa de acogida para gente depravada. Niñatos y niñatas que sus padres hayan echado de casa por no ir por el camino correcto. Como ya podéis suponer, mi madre quiere que acabemos con esa idea estúpida, si se lleva a cabo. Tenemos que estar muy pendientes de lo que hacen.

—Menudos cerdos —soltó Beca—. No podemos permitir que construyan esa mierda en nuestra ciudad y menos en nuestro barrio. Voto por poner una bomba cuando estén todos esos degenerados en la casa de acogida.

Jorge parecía estar más tranquilo y ahora sí que reía a carcajadas. Por poco tiempo.

—Lo de la bomba no es ninguna tontería —continuó Alfonso—. En YouTube seguro que podemos encontrar cómo fabricar una. Pero no nos adelantemos, ya lo pensaremos con calma. Recordad que la idea es curarles.

—¿En serio vamos a volver a lo mismo? —preguntó Beca sin ocultar su cara de asco.

—Por ahora sí. Esperaremos las órdenes del *Ente Oscuro*.

—¿Y qué va a pasar con los pacientes que ya tenemos? ¿Solo vamos a vigilarlos? Yo los mataría para hacer borrón y cuenta nueva —dijo Jorge mientras abría la nevera y descubría que no había ni una cerveza.

—Claro que no. Los que quedan en el barrio siguen encerrados y sin hablar con nadie. Son el claro ejemplo de que podemos conseguirlo poco a poco. Sé que hemos tenido un par de fracasos, pero es normal en estos experimentos.

Jorge dudaba de las palabras de su amigo. Ya se les había escapado Mario, el paciente número uno. Otro se había suicidado… No podían

permitir un error más. Mario era una espina que aún tenía clavada. Había prometido matarlo si volvía a cruzarse en su camino. Y esta vez no fallaría.

Aquella reunión parecía no tener fin. Hicieron un descanso para que Jorge y Alfonso fueran a comprar algo de beber. La charla les había dejado los labios secos. Alfonso no quería contarle a su mejor amigo lo que faltaba por hacer. Jorge lo conocía muy bien e intuía que tenía preparada una sorpresa.

Volvieron cargados de cosas cuando Beca ya había limpiado unos cuantos vasos y platos que estaban atiborrados de polvo. Alfonso miró la mesa y fue directo al fregadero a limpiar su jarra favorita. Jorge y Beca se miraron fijamente por unos segundos.

—Antes de que se me olvide… —dijo Alfonso sentándose junto a sus amigos y sirviendo cerveza para todos—. Mi madre me mandó una foto de las mujeres que van a crear esa casa de acogida para maricas. A una de ellas ya la conocéis.

La primera en coger el teléfono de Alfonso fue Beca. Jorge sintió celos al ver que sus dedos se rozaban por accidente. No le hizo gracia sentir aquello, pero no lo pudo evitar. Miró a Beca y esta, después de echar un vistazo y aguantarse las ganas de escupir a la pantalla, le pasó el teléfono. Jorge rozó sus dedos con los de ella, esta vez fue un accidente provocado. Agarró el teléfono y observó la foto. Sus ojos no tardaron en abrirse de par en par.

—No puede ser… —Otra vez no pudo controlar un leve susurro de espanto.

Amplió la foto. La mujer que salía a su derecha era la madre de uno de sus pacientes, pero no le importaba. Lo que realmente le interesaba era la chica que estaba a su lado, sonriendo. Volvió a ampliar la imagen para comprobar que era quien se temía. Intentó que no se le notara en su expresión, pero no pudo controlar que su cara se infectase de una palidez extrema. Tragó saliva y le pasó el móvil de nuevo a su dueño. Dio un buen trago a su cerveza y miró a Alfonso. Su mejor amigo volvía a poner cara de bobo ante la pantalla de su móvil.

«Bien. No se ha dado cuenta», pensó.

Aquel leve momento de felicidad murió pronto cuando miró a Beca. Ella sí había notado su reacción. Le apartó la mirada en un intento fallido de pasar página. Notaba cómo los labios de Alfonso se movían, pero era incapaz de escuchar lo que decía. Su visión parecía atrapada en una niebla y sentía que se estaba debilitando poco a poco. Tenía que salir de allí y pensar por un segundo.

—¿Tenéis un cigarro? —preguntó Jorge.

—Tiene que haber un paquete en el segundo cajón de ese mueble —señaló Beca con su dedo índice.

Por suerte, Jorge lo encontró con facilidad.

—Voy a salir a que me dé un poco el aire —dijo mientras se acercaba a la puerta con urgencia—. Ahora vuelvo.

—¡Espera! —gritó Alfonso dándole un buen susto que intentó ocultar de manera fallida—. Tengo otra sorpresa para vosotros y está a punto de llegar.

Jorge no estaba para sorpresas y decidió abrir la puerta.

—¿No me digas que ha aparecido el gilipollas de Luis? —dijo Beca levantándose de la silla de golpe.

—He perdido toda esperanza —dijo Jorge justo antes de chocarse con la sorpresa.

—¡Hola, cariño! —gritó como loco Alfonso, con los ojos iluminados. Dejó el móvil en la mesa y salió disparado hacia la puerta—. Os presento a Nerea. Mi novia.

CAPÍTULO 37. LA BOMBA EXPLOTA

Había llegado el día en el que iba a adentrarse más en aquella secta, no se le ocurría otro nombre. A partir de ahora no podía perder el personaje que había creado en esos meses por nada del mundo. Todo lo que había aprendido debía ponerlo en marcha. Acostarse con un ser despreciable, con un asesino, había sido el detonante de lo que vendría.

Muy pocas veces había estado nerviosa y temiendo por su vida. Incluso cuando le plantaba cara a su padre había sido más valiente. Aquella situación era extrema. No sabía lo que se encontraría al cruzar ese límite.

En la cama había convencido a Alfonso de que era tan homófoba como él y días después ya le quería presentar a sus amigos. ¿Serían esos amigos los cómplices? ¿Reconocería a alguno de ellos? Decenas de preguntas la colapsaban por completo, pero solo veía con claridad una respuesta: era muy probable que el asesino de su mejor amigo y el que apuñaló a Mario estuvieran en aquel local de mala muerte. ¿Serían la misma persona? Las preguntas volvían a acorralarla y decidió parar de pensar.

—¡Céntrate, joder!

La calle en la que se encontraba estaba prácticamente desierta y el calor parecía concentrarse en el asfalto. Esperaba con ansias que Alfonso le avisara para entrar a escena. Debía ser algo parecido a lo que sienten los artistas antes de subir a un escenario. Respiró profundamente varias veces. Estaba tan adentrada en el papel de su vida, y repasando todo lo que había aprendido, que recordó que le faltaba algo. Un pequeño detalle para la creación de personaje. Sacó un chicle de menta del bolsillo trasero de su vaquero y lo empezó a masticar con rabia. Volvió a llevar su mano al bolsillo y palpó su nalga. Estaba bastante contenta con el buen culo que le hacían esos pantalones. Alfonso ya le había avisado de que conocería a su ex. Si quería acabar con esos cerdos desde dentro, no había mejor manera de empezar que jodiendo a la ex.

Su nuevo móvil emitió un ligero pitido. Era el aviso que estaba esperando. Respiró con fuerza antes de entrar y rezó para que todo saliese como estaba planeado.

«No pierdas la cabeza, Nerea», pensó. «Mantén el control de tu ira».

Lo que no esperaba al entrar al local era chocarse de frente con uno de ellos. Nada más y nada menos que el chico de pelo castaño que vio junto a Alfonso en el parque. Se negaba a afirmar que era bastante

mono. Le dio asco solo de pensarlo.

—Os presento a Nerea. Mi novia —gritó Alfonso emocionado.

En ese mismo instante apareció la sonrisa falsa que tantas veces había ensayado delante del espejo. Se notaba un ambiente tenso, sobre todo, por parte de la chica. La ex. Sus miradas se cruzaron por un momento dando la sensación de que provocarían una enorme explosión.

Al primero al que le dio dos besos fue al mejor amigo de Alfonso. Nerea aún desconocía que era el mismo chico que apuñaló a Mario y había dejado embarazada a su mejor amiga. Luego, le tocó el turno de Alfonso, al que intentó darle un ligero beso en la boca, pero él la agarró de la cintura y grabó otro beso apasionado en sus labios. Con lengua. Ahora le tocaba saludar a Beca. Nerea colocó la mano en el hombro de la famosa ex y le dio dos besos. Fueron los más falsos que había dado en su vida. Apretó los puños con fuerza. Sentía que no era capaz de continuar con aquella farsa. Tenía que acabar con todos ellos.

Sin querer, el pelo de Beca se enredó entre los dedos de la nueva novia de Alfonso como si quisiera estrangularlos. Algo extraño y poderoso recorrió el cuerpo de Nerea y la llevó a agarrar con decisión un buen trozo de cabello y tirar hacia atrás. Todo pasó muy rápido y, antes de que Beca y los demás reaccionaran, Nerea sacó una navaja de la parte de atrás de su pantalón favorito y se la clavó en el cuello. Beca se desplomó con una mueca extraña a la vez que su garganta salpicaba sangre manchando todo a su alrededor. Alfonso se quedó paralizado mientras Jorge intentaba detenerla. Esta vez la navaja se clavó en el pecho de Jorge, rozando el corazón, y también cayó desplomado junto a Beca. Ambos amantes agarraban sus manos manchadas de sangre mientras sus vidas sufrían una inminente cuenta atrás. Nerea lanzó una mirada desafiante a Alfonso, amenazando con ir a por él y…

—¿Estás bien? —preguntó Alfonso impaciente.

—¿Eh?

—Te has quedado en blanco, tía —dijo entre risas de corta duración.

—Perdona, cariño. Me he quedado embobada.

Todos parecían estar flipando con la reacción de Nerea. Era como si hubiera perdido cobertura por unos breves segundos. Tenía que salir de aquel imprevisto lo antes posible.

Alfonso no paraba de tontear con ella. Besos y tocamientos debajo de la mesa de manera descarada acompañaban a las cervezas y la comida basura que se extinguía poco a poco. Además del olor a lugar cerrado en el ambiente se respiraba una incomodidad tremenda. Y no fue hasta que Beca abrió la boca cuando se supo el porqué.

—Se os ve superbién, chicos —dijo Beca fabricando veneno desde su garganta.

—¡Gracias! —soltó Nerea sonriendo y mirando a su falso amor.

—Solo espero que podamos llevar nuestra amistad de una manera… sana —dijo Alfonso mirando a Beca a los ojos.

—No te preocupes que no habrá ningún problema. ¿Sabes por qué?

El veneno de Beca ya había reptado hasta sus labios y podía saltar en paracaídas en cualquier momento. Miró a Jorge y este le devolvió la mirada como si quisiera hacerla callar. Beca habló igualmente.

—Yo también he rehecho mi vida. —Beca sonreía de manera exagerada.

Aquellas palabras estaban envueltas en un papel especial llamado celos. Jorge y Beca se miraban de nuevo. Lo que se acercaba era inevitable. Se apreciaba con claridad que iba a estallar algo y Nerea saboreaba una pequeña victoria.

—Beca y yo estamos juntos —gritó Jorge adelantándose a la acción de Beca—. Quería que te enterases por mi parte, hermano.

El silencio reinó en aquellos escasos treinta metros cuadrados. Jorge miraba con reproche a Beca mientras ella no quitaba la expresión de orgullo de su cara. Nerea miró con seriedad a Alfonso y temía salir herida de aquel descubrimiento. Sin ser muy consciente, separó la silla de la mesa por si tenía que salir de allí con un movimiento rápido. Nadie esperaba la reacción de Alfonso. Se levantó de la silla despacio. Los miró a todos, uno a uno, y de lo más hondo de su cuerpo brotó una carcajada grave. Beca y Jorge volvieron a mirarse extrañados, temiendo que hubiese perdido la cabeza por completo.

Alfonso rebajó su risa y se acercó primero a Beca y le dio un abrazo entre bromas y felicitaciones. Después, recorrió un pequeño tramo de la mesa y le pidió a Jorge que se pusiera de pie y le diera un abrazo. Le susurró algo al oído. Nerea pudo oír algunos pedazos como si se tratase de un enigma. Entendió algo así como: *Te llevas a una tóxica, hermano*.

Nerea estaba muy incómoda porque todos parecían mentir. Más que mentir, fingir que todo estaba bien. Desde fuera, ella veía celos, envidias y mentiras. Aunque ese fuera el ambiente, lo único que necesitaba era que se relajaran más de la cuenta para que entrase a matar. Mientras todos reían, Nerea no paraba de pensar en destruirlos. Por su mente circulaban miles de ideas sobre cómo hacerlo. Pero tenía claro que no podía volver a quedarse en blanco delante de ellos imaginando cómo los mataba uno por uno. Había conseguido entrar allí después de mucho tiempo y no podía permitirse ni un fallo.

Necesitaba averiguar cuál de ellos había matado a Álvaro. Ese lo reservaría para el final. Debía sufrir más que ninguno.

—¿Puedo entrar al baño? —preguntó Nerea con una amabilidad desbordante.

Beca le dio permiso para entrar. En cuanto les dio la espalda, relajó su rostro y al llegar al baño cerró con un pequeño pestillo oxidado. Apoyó la oreja en la puerta, pero no escuchó nada.

«¿De qué estarán hablando ahora? ¿De mí?», pensó aún pegada a la puerta.

Fue consciente de que sus manos temblaban. No por miedo, sino por impotencia de estar ante los asesinos de Álvaro y no poder hacer nada. Empezaba a acostumbrarse a observar su reflejo en espejos extraños.

—Lo estás haciendo increíble —susurró.

Se agachó para beber agua del grifo. A aquel lavabo le hacía falta que lo visitase una bayeta y un buen producto de limpieza. Cerró los ojos por un momento mientras el agua esquiaba hasta su estómago. Necesitaba algo más. Drogarse, por ejemplo.

—Tienes que estar al cien por cien. No puedes cometer más errores.

Sintió que un vacío la consumía como un agujero negro lleno de arenas movedizas. Echaba de menos a sus amigos, a los que tenía hacía un año, cuando eran felices. Intentaba ser optimista y agarrarse a la fantasía, al papel que estaba interpretando como si se tratase de un juego. Pero aquello no era un patio de recreo y tenía pinta de que iba a acabar muy mal.

Salir de ese sucio baño se convirtió en una odisea. Era como abandonar un lugar seguro para enfrentarse al apocalipsis.

CAPÍTULO 38. ENTRE SUSURROS

Los tres miraban a Nerea caminar hacia el baño. En cuanto la puerta se cerró:

—No le habrás contado nada a tu nueva novia, ¿no? —soltó Beca sin anestesia.

—¿A qué te refieres?

Alfonso jugaba a hacerse el tonto y eso siempre había cabreado a Beca. Mientras los exnovios discutían, Jorge se mantenía apartado como un mero espectador.

—Ni se te ocurra contarle lo que tramamos, Alfonso. ¡Ni se te ocurra!

—No soy tan gilipollas como crees. No voy contándole a cualquiera nuestra misión. Pero te puedo asegurar que confío plenamente en Nerea y mi intención es que se una a nuestra causa en un futuro… muy cercano.

—¿No habías dicho que no eras tan gilipollas? —preguntó Beca con ironía.

Jorge tuvo que meterse en la conversación porque se iba caldeando. Estaban levantando el tono poco a poco y Nerea podría escucharlos.

—¡Bajad la voz! —susurró Jorge.

—¡Nos vas a poner en peligro otra vez! ¡Ya verás! —sentenció Beca.

—Nerea me ha dejado claro que odia a esos depravados. Y, queráis o no, actuaremos juntos muy pronto.

Sus voces consiguieron mantener un mismo tono, aunque la conversación no iba a terminar ahí. Jorge lanzó una mirada tranquilizadora a su chica. Tenían pensado dejar atrás todo aquello y empezar algo nuevo, así que no debían molestarse demasiado por lo que hiciera Alfonso.

Eran conscientes de que había muchas cosas que tratar. Jorge se acercó a su amigo con la intención de hablar sobre la bomba que había soltado. Ahora era Beca la que los observaba con atención.

Nerea salió del baño y permaneció en silencio sentada en el sofá. Beca y ella ni se miraban. La incomodidad seguía creciendo tanto en el local que estaban a punto de quedarse sin oxígeno.

—Necesito saber que nosotros estamos bien —dijo Jorge arrastrando a Alfonso hacia la calle—. Es lo único que me importa.

—¡Claro que estamos bien, hermano!

Alfonso le dio un abrazo bajo la atenta mirada de las chicas.

—Estoy demasiado enamorado de Nerea y hace mucho que paso de Beca. ¡Toda tuya! Pero luego no digas que no te avisé de lo tóxica que es.

—Joder… No me digas eso, tío.

—¿Ya estás desanimado? Pero si acabáis de empezar, ¿no? —preguntó Alfonso entre risas amargas.

Jorge se dio cuenta de que Alfonso estaba enfadado, como había estado tantas veces cuando jugaban de pequeños. Eran uña y carne y no podían engañarse el uno al otro. Su amistad estaba por encima de todo. Lo habían prometido cientos de veces antes de terminar en un abrazo. Ninguna chica había roto su amistad y tampoco podría hacerlo ahora.

—¿Has estado siempre enamorado de ella? —contratacó Alfonso dándole una calada al cigarro de Jorge.

—Nunca me he fijado en Beca hasta poco después de que lo dejarais. Eso te lo juro yo por lo que más quiero, hermano. En la vida le he mirado el culo. Era intocable.

Jorge juró y perjuró tantas veces que Alfonso puso fin a esa conversación tan incómoda.

—Lo único que necesitaba saber era que no te habías liado con ella mientras…

—Ni se te ocurra pensar eso —sentenció Jorge de inmediato, más serio que nunca. Le dolía que pudiera creer que lo había traicionado.

Se dieron un abrazo para cerrar el tema y prometieron no volver a hablar de ello, pero cuando estaban a punto de entrar de nuevo al local Alfonso soltó algo que no podía guardar dentro mucho tiempo.

—Ten cuidado, hermano. No te enamores de ella porque creo que no vas a ser feliz.

Alfonso entró y dejó a su amigo en la calle con mal sabor de boca. Jorge dio una última calada antes de lanzar el cigarrillo con rabia, el cual viajó hasta caer en el tronco de un árbol. Allí, en una de las ramas, la urraca observaba con curiosidad a los dos amigos inseparables.

Beca se sintió aliviada al ver de nuevo entrar a los chicos. La situación no podía haber sido más incómoda. No paraba de mirar de reojo a aquella extraña que se había colado en sus vidas para quitarle el protagonismo. Beca siempre había sido la chica del grupo y le jodía tener que compartir ese amado título con… *esa*. Aunque Jorge tenía razón: no iban a tener que aguantarles mucho tiempo.

No habían cruzado ni una palabra. Solo se resguardaban en sus

móviles. En realidad, Beca era la que no había hablado nada. Nerea hizo el amago de arreglar aquel silencio, pero solo recibió onomatopeyas. Beca se levantó, fue a la nevera y sacó una cerveza. Ni siquiera se molestó en ofrecerle nada a Nerea. Tenía la esperanza de que Alfonso se cansase pronto de esa furcia y no iba a gastar su tiempo en caerle bien.

Alfonso y Jorge entraron y, por el reflejo que había en el rostro de su… ¿podía llamarle ya novio?, sabía que algo no iba del todo bien.

Beca y Jorge no tardaron en quedarse a solas para poder charlar. Tenían muchos temas pendientes. Ambos hablaban sobre lo que había ocurrido mientras sus mentes luchaban en otros lados muy distintos.

—¿Te has enfadado conmigo? —preguntó Beca mientras jugaba con su dedo meñique y sin mirarle a la cara.

—No —mintió Jorge—. Estoy molesto por cómo se ha resuelto todo. Yo quería contárselo a Alfonso con tranquilidad. Y, sin embargo, se lo he tenido que soltar a lo bestia para que no se enterase por ti.

—Menos mal que no estás enfadado…

—Me ha jodido, sí. Pero no quiero que discutamos otra vez. Quiero que esto salga bien.

—Lo siento, cariño. —Beca se acercó bastante cariñosa a Jorge—. Creo que era un peso que nos debíamos quitar.

«No. Lo hiciste porque sentiste celos al verle con otra», pensó Jorge siendo consciente de que si pronunciaba esas palabras acabarían discutiendo.

—No lo hice por celos —añadió Beca— si es eso lo que estás pensando.

—No quiero discutir, de verdad.

Ninguno de los dos tenía ganas de llevar a cabo otra discusión de pareja, sin embargo, sintieron la necesidad de aclarar lo que eran. Nunca habían sentido nada igual y tampoco habían empezado una relación a los pocos días de enrollarse por primera vez. Y, aunque no habían empezado con buen pie, se abrazaron en el sofá. Sellaron el inicio de lo que podría ser una maravillosa relación. Habían sido amigos y ahora todo había cambiado. ¿O se habían gustado desde el primer momento? Lo importante era que estaban juntos y Alfonso lo aprobaba, a su manera.

—¿Qué te dijo Alfonso en la calle? —preguntó Beca con miedo a cargarse aquel momento tan especial.

—Nada… Que está muy enamorado de esa chica y que… nosotros estamos bien. Nuestra amistad no corre peligro.

Beca intuía, al ver el rostro de Jorge, que se estaba guardando algo. Estúpidas palabras que solo harían daño a su relación.

Si se tratase de cualquier película, aquel momento romántico era perfecto para que acabase en sexo. Pero ninguno de los dos se encontraba bien mentalmente. El primero en destapar lo que le ocurría fue Jorge. Podía haberle contado lo que Alfonso le soltó antes de entrar, pero en ese aspecto deseaba demostrarle a su mejor amigo que estaba equivocado. Lo que de verdad le revolvía el estómago era aquella foto. Una imagen que se le había quedado grabada en las retinas y que estaba envuelta en oscuridad. Una foto que parecía ser insignificante, salvo que formaba parte de su siguiente movimiento.

—Tengo que contarte algo.

Beca se acomodó en el sofá esperando otra mala noticia que jodiese el momento que tanto le había costado mantener.

—Sorpréndeme —dijo Beca.

—Es sobre la chica que está embarazada.

—No quiero volver a hablar de eso. Hemos quedado en que la obligaremos a abortar. ¿O no me digas que ahora quieres tener el niño?

—No, no es eso. ¡Ni de coña! Claro que no quiero tener un niño con ella.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Jorge se levantó del sofá y caminó por el local como si fuese incapaz de estar quieto. Y lo soltó.

—Es la chica de la foto que nos ha enseñado Alfonso.

—¡No me jodas! —dijo Beca pronunciando cada palabra a la vez que se levantaba del sillón.

Por unos segundos se miraron a los ojos sin saber qué decir. Jorge temía que Beca se pusiera como loca y le mandase a la mierda, pero su reacción fue muy distinta. Beca se acercó a Jorge, le acarició el pelo y le susurró algo al oído.

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Nada ni nadie va a estropear lo nuestro.

Volvieron a tumbarse en el sofá hasta que Jorge se quedó dormido. Por el contrario, Beca no podía encontrar el sueño. No solo le preocupaba el tema de la chica embarazada, sino que no podía quitarse de la cabeza a Nerea. Apenas la conocía, pero ya la odiaba con todas sus fuerzas. Y, aunque le costase reconocerlo, sentía celos. ¿Seguía enamorada de Alfonso? Estaba casi segura de que eran otro tipo de celos. Nerea era guapa, pero no tanto como ella. Era cierto que

vestía más moderna y con un color de pelo muy chulo… No paraba de imaginarse cómo Jorge y Alfonso la miraban con deseo. Esperaba que Alfonso pronto se cansase de ella. Quería disfrutar de los últimos días del grupo sin ella. Jorge y Beca tenían claro que se marcharían, pero, siendo sincera con ella misma, necesitaban algo de dinero y un buen plan. Además, Mayte no les dejaría marcharse, así como así.

Si tenía que elegir, prefería que Luis volviera a cambio de quitarse a Nerea de en medio. Y si no ya encontraría la forma de librarse de esa carga. Había algo en ella que le provocaba una extraña sensación de peligro. Cuando estuvieron las dos solas sentadas en el sofá, no paraba de imaginarse una luz roja que parpadeaba alrededor del cuerpo de esa misteriosa chica. Y, por si fuera poco, no se quitaba de la cabeza una simple pregunta: ¿dónde había visto antes a la zorra de Nerea?

CAPÍTULO 39. LLEGÓ LA HORA DE SER VALIENTE

Entre lágrimas y sonrisas amargas, los días pasaron sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello. Mario ya tenía la maleta y su mochila preparadas y se disponía a repasar toda la casa, habitación por habitación, en busca de objetos que pudiera haber olvidado.

—No te preocupes si te dejas algo porque te lo puedo mandar por correo. Aunque entiendo que algún día volverás a verme, ¿no? —preguntó su padre con sonrisa picarona.

—¡Claro que sí, papá! —respondió con una sonrisa y el corazón encogido.

De repente, Nacho abrazó a su hijo de tal manera que le pilló de improvisto. Parecía que su relación empezaba a mejorar justo ahora que ponía rumbo hacia el infierno. La ciudad de la que Mario escapó lo llamaba con maldad.

—En cuanto arregle lo que tengo pendiente te prometo que vengo a pasar unos días. Incluso puede que vuelva para quedarme.

—Si lo haces, quiero que sea porque de verdad te apetece. No lo hagas por mí. Será duro estar solo, pero me acabaré adaptando.

—¿Quién ha dicho que vas a estar solo?

Nacho le miró confundido y esperaba con impaciencia una aclaración.

El timbre de la puerta sonó, pillándoles a ambos desprevenidos. Mario sonrió con picardía y abrió la puerta.

—Cierra los ojos, papá.

Después de confirmar que su padre cumplía su orden, le dio las gracias en silencio a su vecino y cogió con cuidado la caja grande de cartón que le entregaba.

—¿Puedo mirar ya? —preguntó Nacho, nervioso—. Se supone que el que debería darte una sorpresa de despedida era yo.

—No tiene por qué, papá.

Mario colocó la caja en el suelo, delante de los pies de su padre. Él estaba casi más nervioso que Nacho. Le encantaba preparar sorpresas para los demás, a pesar de que su mundo se había venido abajo.

—¡Ya los puedes abrir!

Nacho obedeció al instante. Apartó sus manos de los ojos y lo primero que vio fue a un cachorro blanco intentando escapar de una caja de cartón.

—¿Es para mí? —preguntó Nacho luchando contra sus lágrimas.

—Así me iré más tranquilo. No vas a estar solo, papá.

—¡Es precioso, hijo! —Sus lágrimas viajaban por sus mejillas sin pudor ni vergüenza. Estaba harto de aguantar las ganas de llorar—. Gracias, hijo. Es un regalo precioso. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto?

—Mi amiga Laura pasó por una mala época y su abuelo adoptó una gata negra preciosa. A ella le ayudó a luchar contra sus fantasmas y siempre se le iluminan los ojos cuando habla de su gata. Los animales son… un regalo de la vida. Y como siempre te han gustado mucho los perros, pues pensé que ahora era el momento perfecto para tener uno. Te hará compañía y, aunque estés triste, te obligará a salir a la calle a pasearlo. No te va a quedar más remedio.

Padre e hijo soltaron una carcajada al unísono. Ambos se abrazaron. El cachorro aprovechó para soltar un leve ladrido, lo que provocó de nuevo las risas de Mario y Nacho. Parecía que también quería un poco de mimos y atención.

—¿Cómo vas a llamarle? —preguntó Mario rompiendo con delicadeza aquel abrazo. El mejor que se habían regalado.

Aquella pregunta pilló a su padre desprevenido. Hasta que siete segundos después contestó:

—Otelo. Se llamará Otelo. Era la obra de teatro favorita de tu madre.

—Me encanta ese nombre.

El cachorro volvió a ladrar dando así su aprobación. Empacaron todas sus cosas en el coche y pusieron rumbo a la estación. Aquel sería el primer paseo con Otelo. Las despedidas nunca habían sido el fuerte de Mario y ahora que estaba mejor con su padre era más doloroso. Se dieron otro abrazo hasta que Nacho le agarró de los hombros y le preguntó algo inesperado.

—¿Pasa algo, Mario? ¿Hay alguien que te esté haciendo daño? Tus ojos gritaban de tristeza, antes incluso de que supieras lo de tu madre.

Mario negó lo más rápido posible, pero no lo suficiente para que su padre no sospechase nada.

—Me tienes aquí para lo que necesites. Ahora solo nos tenemos el uno al otro y necesito que sepas que… Te quiero mucho, hijo.

—Yo también te quiero, papá.

No había nada que costase más que aquellas dos simples palabras. Te quiero. Tan fácil de decir a la persona que empiezas a amar y tan vergonzosa de pronunciar cuando se refiere a tu familia. Gracias a eso, Mario pudo subirse al autobús con una humilde sonrisa y con el cuerpo cargado de esperanza. Su padre y Otelo se despedían de él

desde la parada de autobús. Luchaba por aguantar el llanto hasta que el vehículo arrancara. Un nudo en el pecho y en la garganta se lo pusieron difícil. Hasta que pudo estallar. Intentaba calmarse para no llamar la atención, pero cuanto más intentaba apagarlo, más fuerte brillaba su llanto. Tapó su boca con la mano, no quería que nadie le escuchara.

—¡Ánimo! —dijo el fantasma de Álvaro que estaba sentado en el asiento de al lado—. Necesitas todo el coraje para lo que viene ahora. Vas de cabeza hacia la tormenta y debes prepararte.

Mario ni siquiera giró la cabeza para mirarle. Simplemente dio las gracias por tener a aquella voz en su equipo. Era otra de las pocas cosas positivas que había conseguido en ese viaje: Álvaro ya no le torturaba, por lo menos de momento. Esa voz que le saboteaba desde dentro ahora parecía querer ser su amigo. Lo mejor de todo es que no sabía decir cómo lo había logrado. Poco a poco había comenzado a quererle.

El autobús inició su recorrido. Le esperaban largas horas acompañado de desconocidos. Intentó dormirse, pero era una misión imposible. Le embriagaba la angustia. Si encontraba a esos extraños, podían matarle. ¿Qué sería de su padre si eso ocurría? No lo superaría. Un cachorro de labrador no sería suficiente para tapar tanto dolor.

El miedo le torturaba para que diese la vuelta, para que huyera de su destino. Había perdido a Álvaro y a su madre, pero iba a hacer todo lo posible para llenarse de fuerza y valentía. Su misión era acompañar a sus amigas, limpiar su nombre y hacer justicia. Nerea podía estar en peligro y debía ayudarla. Tenía tantas ganas de ver a Laura y abrazarla…

Aunque volver allí pudiese costarle la vida.

CAPÍTULO 40. POR TODAS LAS VÍCTIMAS

Desde que Mercedes y Pablo habían llegado a la asociación, no paraban de entrar personas para ayudar. Se habían convertido en el amuleto de la suerte de los creadores originales. Aportaban numerosas ideas y, con permiso de Silvio, comenzaron a actuar por su cuenta. Pablo repartía *flyers* en la entrada de aquel triste callejón que comenzaba a tener algo más de vida. Por otro lado, Mercedes ayudaba dentro de la asociación. El dinero de la herencia ya estaba en su poder y comenzaba a aprovecharlo. Habían pintado una de las salas pequeñas y la habían llenado de literas para ir acogiendo a las personas del colectivo que lo necesitasen. Todos se habían puesto a trabajar con un enfoque distinto, pero con la misma misión.

Las personas que ya formaban parte de aquel lugar se habían contagiado de la esperanza que irradiaba Mercedes. Y no era para menos.

—¿Dónde está el micro y los altavoces, Silvio? —preguntó Mercedes.

—Ya nos los llevamos nosotros, no te preocupes. ¿Estás nerviosa?

—Un poco, la verdad.

Mercedes había terminado de escribir, con la ayuda de Pablo, un discurso para leerlo en la plaza que había cerca de la asociación. Necesitaban más ayuda que nunca, ya que parecían haber aumentado los casos de homofobia en particular y los de odio en general. Ya estaba todo casi listo. Como el callejón estaba apartado y junto a una calle poco transitada, consiguieron instalarse en una plaza cercana. Había varias casetas donde informaban a los transeúntes sobre la asociación y los proyectos futuros, entre ellos la futura casa de acogida.

Decenas de personas curioseaban por la plaza antes del momento en el que Mercedes se dirigía hacia el micrófono situado al lado de un árbol. Tuvo la sensación de que vivía un *déjà vu*. Y es que no era la primera vez que tenía que hablar en público. La primera vez fue uno de los días más difíciles de su vida, el día que tuvo que esparcir las cenizas falsas de su único hijo. El segundo lo vivió días atrás al enfrentarse al padre de Pablo. Aunque en ese caso no se dirigió directamente a otras personas, pero los curiosos se agolparon alrededor de aquel terrible espectáculo. Y no podía olvidarse del día en el que dudó si lanzarse al vacío y reunió a varias personas en el otro lado de la calle, las cuales miraban expectantes a que tomase una decisión.

Ya situada frente al micrófono, y después de que Silvio le hiciera una breve presentación, miró el papel doblado y estropeado por el sudor de sus manos. Ojos extraños y no tan extraños se agolpaban poco a poco frente a ella.

«No puedo hacer esto», —pensó.

Dobló el papel con delicadez y se decantó por decir lo que había escrito arrancando las palabras desde su corazón. Aquellos segundos en silencio se le hicieron eternos, así que empezó a hablar por compromiso. Palabras inundadas de vergüenza escapaban entre sus labios. No tenía muy claro cómo empezar, pero decidió lanzarse a la piscina.

—Hace unos meses asesinaron a mi pequeño Álvaro… y aún no han encontrado al asesino o asesinos. Por si fuera poco, el odio crece rápidamente y con fuerza hacia las personas del colectivo LGTB. A nadie parece importarle.

Mercedes tuvo que parar. Sentía una especie de bola de pelo negra en la garganta que le impedía continuar. Silvio, siempre tan atento, le acercó una botella pequeña de agua. Dio un par de sorbos y continuó.

—Hace también unos meses… Estuve a punto de suicidarme. No podía con el dolor de perder a mi hijo y encima ver un vídeo en el que lo hacían sufrir. Necesitaba algo de esperanza para aferrarme a la vida. Y apareció un ángel de la nada que me recogió del suelo.

Mercedes le dedicó una cálida sonrisa a Pablo, que la observaba con atención. Estaba emocionado al escuchar de nuevo aquella confesión de la mujer que le había dado tanto cariño en tan poco tiempo.

—Tengo las puertas abiertas de mi casa por si alguien del colectivo LGTB necesita un hogar. Si alguien me escucha quiero que sepa que si sus padres no le aceptan, aquí tiene a una madre que le querrá de por vida y le dará un futuro mejor. No solo estoy yo, por supuesto. No quiero llevarme yo todo el protagonismo. Esta asociación en la que acabo de aterrizar también ofrece su ayuda. No estáis solos. Aunque muchos se atrevan a haceros creer eso, no lo estáis.

Mercedes recurrió al papel que había doblado para nombrar a víctimas de homofobia y leyó:

—Hemos fallado como sociedad y como seres humanos a muchas víctimas de odio. Víctimas como Marcos, Elena y Darío… Niños de entre doce y quince años que se han suicidado porque no podían soportar el *bullying* de sus compañeros de clase.

Mercedes tuvo que parar un segundo para tragar su emoción. El público también lo hizo.

—Hemos fallado también a Candela. Una chica transexual que fue

apaleada hasta la muerte en mitad de la calle. Les fallamos a Sofía y a Carmen. Dos madres que fueron insultadas y agredidas por… simplemente por existir. Por ir a comprar juntas con su hija pequeña. Por suerte ellas están vivas. Igual que Joaquín, Jose, Almudena, Pablo… Vivos, pero amenazados y agredidos durante toda su vida. Algo estamos haciendo mal como sociedad. ¿Es problema de educación? ¿Problema de profesores, padres…? ¿De todos y cada uno de nosotros?

Volvió a beber agua y casi terminó con la botella. Cogió fuerzas para terminar aquel discurso tan agrio. Los asistentes ni siquiera se atrevían a pestañear. Les acababan de lanzar un jarrón de agua fría y nadie se atrevía a moverse de aquella plaza. Algunos carraspeaban sus gargantas para que las palabras de Mercedes consiguieran llegar hasta sus estómagos. Otros secaban sus lágrimas con pañuelos cuya vida se extinguía poco a poco. Una de esas personas lloraba a mares porque Mercedes era muy especial para él. Pablo también lloraba, sobre todo al descubrir que su nueva madre estuvo a punto de suicidarse.

—Si necesitas ayuda, repito, aquí tienes una familia que te defenderá con uñas y dientes. Lucharemos juntos por todos tus derechos. Si creéis que podéis ayudar a alguien del colectivo no dudéis en hacerlo. También podéis hablarle de nuestro dulce hogar: La Asociación Silvio Mendoza.

Mercedes terminó de hablar y los oyentes tardaron en empezar a aplaudir porque primero tuvieron que digerir el discurso.

Varias personas se acercaron a Silvio. Algunas compraron alimentos en el supermercado más cercano para entregárselos y otras se apuntaron en un listado para ofrecer toda la ayuda posible.

Mientras tanto, Mercedes, Pablo y los demás comenzaron a recoger todo el material, emocionados y con una sonrisa llena de orgullo en su rostro. Ojalá todo aquello sirviese para que no hubiera más víctimas y los culpables de Álvaro cayeran pronto. Pero la vida no se lo iba a poner tan sencillo.

—Ha sido maravilloso, Mercedes —dijo Pablo dándole un abrazo en la recepción.

—Siento mucho no haber leído el discurso tal y como lo habíamos planeado —se disculpó Mercedes—. Estaba muy nerviosa y… no sé ni cómo he tenido el valor de soltar por la boca que intenté…

—Has sido muy valiente —sentenció Pablo agarrándola de los hombros—. Me pilló de sorpresa tu confesión. Quiero que sepas que yo también estoy aquí para lo que necesites. Pídeme ayuda antes de cometer una locura, por favor.

Se unieron en un abrazo.

—Espero que todo esto sirva para concienciar a unos pocos —continuó Mercedes rompiendo el abrazo con suavidad y cambiando de tema—. Con que lo haya escuchado una persona que necesite ayuda yo soy feliz.

—Seguro que sí. Por lo menos espero que esta asociación gane fama y vengan más personas a ayudar.

Respiraron profundamente sin apartar sus miradas cargadas de esperanza.

—Dejémonos de sentimentalismos y terminemos de recoger —dijo Mercedes.

—Quédate aquí. Ya voy yo.

Mercedes se disponía a guardar lo que habían utilizado cuando de repente volvió a entrar Pablo, llamándola.

—¿Ocurre algo?

—Hay un chico bastante mono que pregunta por ti —susurró Pablo con una sonrisa picarona.

—¿Por mí?

—Sí. Ha debido escuchar tu mensaje y quizás venga a ayudar. O necesite ayuda, claro.

—Dile que entre, no dejes ahí al pobre chico.

Pablo salió corriendo hacia la entrada y dio paso al invitado especial. Mercedes no esperaba encontrarse con aquella sorpresa. No estaba preparada para verle.

—Os dejo para que habléis —dijo Pablo sin saber lo que iba a provocar aquella visita.

Mercedes y Mario permanecían de pie uno frente al otro, sin decir nada. Por la puerta entró una leve brisa que erizó la piel de ambos.

Mercedes había soñado casi todas las noches con aquel encuentro. Las veces que no lo mataba con sus propias manos, imaginaba cómo le hacía sufrir o incluso le gritaba con tanta fuerza que a veces provocaba que su cabeza estallase. Había imaginado cientos de combinaciones, pero en ninguna reaccionaba como en la realidad, tranquila y sin atacarle, aunque su corazón era el que iba a reventar.

—Un discurso increíble —dijo Mario siendo consciente de que había sonado con un tono rancio, sin sentido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mercedes sin mirarle a la cara y guardando el micrófono en un pequeño armario situado cerca de recepción.

—Siento haber tardado tanto. Supongo que Nerea o Laura te han

contado…

—Siento mucho lo que le ocurrió a tu madre —sentenció Mercedes con total sinceridad—. De verdad que lo siento.

Las lágrimas de ambos caían por la impotencia de sentir lo que sentían en aquel momento. Deberían formar un equipo y no odiarse, pero eso parecía una misión imposible.

—De Nerea hace mucho que no sé nada… Lo último fue que tú le habías ayudado a encontrar a los asesinos y que, junto a un detective, está reuniendo pruebas para incriminarles.

Ninguno de los dos creía toda esa parafernalia del detective.

—Gracias por no haberme denunciado a la policía —dijo Mario, incapaz de mirarla a los ojos. Parecía un perro culpable que temía recibir una reprimenda de su dueño.

—¡Ni se te ocurra darme las gracias por eso! —susurró Mercedes entre dientes—. Todavía no sé por qué no lo he hecho. Supongo que… No. No lo sé…

Mercedes miró a la recepcionista, la cual parecía no haberles escuchado. Agarró a Mario del brazo y entraron a la sala pequeña. Mercedes cerró la puerta y bajó la persiana de la única ventana que había. Continuaron con su conversación mordiendo cada grito para que no escapara. Ambos estaban llenos de dolor y de cosas por decirse. En el fondo se querían y eso les dolía más aún.

—He vuelto para ayudaros en todo lo posible. Vamos a cazar a esos hijos de puta que me amenazaron, me humillaron y… mataron a Álvaro. Te lo prometo. Es lo único que puedo hacer para encontrar la paz. Aun así, me cuesta creer que mi vida vuelva a ser igual.

Mario se encargó de remarcar que él también había sido una víctima. Por si a su amiga se le había olvidado.

—Más te vale que Nerea aparezca pronto con buenas noticias y esos canallas acaben en la cárcel. Porque si no iré a la policía y les contaré todo.

—Te recuerdo que supuestamente hay algún policía metido en este asunto. Eso es lo que más miedo me da. No sé en quién podemos confiar. Todo está podrido de odio.

A Mercedes no le quedó más remedio que guardar silencio. Otra vez se sentía atrapada. Se acercó despacio hacia su visita, clavando sus ojos como si fueran dardos y las pupilas de Mario la diana.

—¿Y cómo sabemos que ese dato no te lo inventaste para mantenerte a salvo?

—¡Jamás haría algo así!

—No has parado de mentir desde que mataron a mi hijo. ¿Por qué debo creerte ahora? ¿Cómo sé que no estás con esa gentuza?

—¡Hasta ahora he sido un cobarde y he tenido mucho miedo, pero quiero acabar con esta pesadilla lo antes posible! Vengo con fuerzas de sobra para hacerlo.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué ahora eres tan… valiente? —dijo Mercedes con una gran cantidad de ironía.

Mario prefirió mantener su boca cerrada antes que decirle a su exsuegra que había hecho las paces con el fantasma de Álvaro. O lo que era lo mismo, había hecho las paces consigo mismo. Eso y que la muerte de su madre parecía haberle dado un empujón.

—Quiero ayudaros con esta asociación. Juntos vamos a hacer justicia, te lo juro.

—No quiero verte por aquí. No hasta que no medite la situación. Quiero que te largues de mi vista. No sé de lo que soy capaz cuando te miro.

—Déjame ayudar, por favor —insistió Mario.

Mercedes volvió a cogerle del brazo y lo sacó con delicadeza hasta la puerta de la calle. No quería que ninguno de los allí presentes descubriese que estaban discutiendo.

—No quiero verte —volvió a susurrar Mercedes—. Vete de aquí y consigue que atrapen a esos asesinos. Ayuda a Nerea. Aquí no necesitamos tu ayuda.

Tras el silencio de Mario, Mercedes le dio la espalda con la intención de seguir trabajando. Mario solo tuvo que pronunciar las palabras mágicas para detenerla en el acto.

—Si no permites que me quede a ayudaros… solicito refugio para vivir en esta asociación. Si vuelvo a la casa donde me torturaron, me matarán.

Mercedes giró ciento ochenta grados y volvió a mirarle a los ojos, sabiendo que Mario había ganado aquella partida.

—No puedes negarme eso —sentenció Mario como broche final de la conversación.

Y bajo la atenta mirada de todos, Mercedes dejó que se quedase allí, a salvo. No tenía sentido dejarle abandonado cuando acababa de gritar a los cuatro vientos que ayudaría a cualquier persona LGTB que lo necesitara.

—¡Claro que puedes quedarte con nosotros! —gritó Mercedes para que Pablo y los demás la escuchasen.

Arropados por aplausos efusivos, Mercedes abrazó a Mario con la

intención de susurrarle algo al oído.

—Nadie puede saber quién eres y qué ha pasado. Harás todo lo que yo te diga mientras vivas aquí.

Mario solo afirmó con la cabeza sin pronunciar ni un sonido, mientras Mercedes luchaba por mostrar su sonrisa más falsa. Iba a ser muy duro tener a Mario de nuevo en la ciudad.

CAPÍTULO 41. ESA ENERGÍA NEGRA

Mercedes había quedado con Laura en la cafetería más cercana a la clínica. Pensó que lo mejor sería que se relajaran, si es que eso iba a ser posible, antes de que Laura tomase una de las decisiones más importantes de su vida. Mercedes movía en círculos la cucharilla en su café con leche y no pudo evitar ponerse nerviosa con el movimiento de piernas de su acompañante. Laura estaba al borde del infarto y su frente sudaba a mares.

Ningún tema de conversación parecía salir con vida de allí, así que Mercedes agarró las manos de Laura con delicadeza. Como si hubiese pulsado algún botón de emergencia, Laura empezó a ahogarse en su propio llanto. Por suerte, la cafetería estaba prácticamente vacía y solo las observaba la camarera, una rubia con aparato en los dientes.

—¿Y si me equivoco? —preguntó Laura con el espanto dibujado en la cara.

—Todavía tienes algo de tiempo para tomar la decisión, cariño.

Con algo de tiempo se refería a poco menos de una hora. Cincuenta y dos minutos para decirle adiós para siempre al bebé que esperaba o seguir adelante con todas las consecuencias.

—Tenía la certeza de que estaba decidida, pero no paro de darle vueltas y no sé qué hacer. Cuando parece que el nudo está desenredado vuelve a complicarse de nuevo. Si tú hubieses abortado no hubiéramos conocido a Álvaro, por ejemplo. Tampoco te hubiéramos conocido a ti…

A Mercedes le dolió aquel comentario y la llenó de recuerdos por partes iguales. Amargos y dulces. Buenos y muy malos.

—Sé que el niño también me va a traer cosas buenas, pero…

—Tienes que ver lo que es mejor para ti. Y si tú crees que no estás preparada…

Entre lágrimas, Laura decidió seguir con lo que tenía planeado hasta ahora. Mercedes pagó el café y le pidió a la camarera un vaso de agua para Laura. De tanto sudar parecía estar deshidratándose.

Al salir de la cafetería el sol apretaba con fuerza y las chicharras gritaban provocando más agobio en ambas mujeres. Los últimos días de verano querían despedirse a lo grande. Cuando quisieron darse cuenta, estaban a pocos metros de la clínica y podían ver con claridad el letrero de la entrada.

Había un grupo de personas en la misma puerta y pensaron que había pasado algo. Varias personas agarraban con fuerza unas pancartas y,

aunque no podían leer con claridad lo que había escrito, no tardaron en darse cuenta de que debían cruzar por delante de ellos. Eran antiabortistas que gritaban y movían las pancartas con rostros llenos de ira.

Mercedes miró a Laura y no necesitaron hablar para notar su preocupación. Laura bajó la mirada y Mercedes la agarró de la mano. Serían increpadas antes de llegar a la puerta. Había personas de todas las edades, pero destacaban las de entre cuarenta y sesenta años. Mercedes miró al frente tirando de Laura. El bullicio y las caras de odio se mezclaban unas con otras y, por un momento, Mercedes sintió que estaba dentro de un cuadro grotesco de Goya. Bocas abiertas que vomitaban insultos y miradas afiladas las acorralaron.

—¡Queréis dejar vivir a la gente, coño! ¿No tenéis otra cosa que hacer? ¡Iros a tomar por culo! —gritó Mercedes con fuerza.

En lugar de calmar la situación, los gritos de aquellas personas que se aburrían en su día a día estalló como si hubiesen lanzado petardos dentro de una hoguera. Laura iba agarrada a su brazo y se sintió orgullosa de la amiga que tenía. Por fin, consiguieron entrar en la clínica. Mercedes no tardó en pedirle a la recepcionista que llamase a la policía.

—Llamamos casi todos los días y creo que ya pasan de venir —respondió la chica mientras masticaba un chicle de fresa que ya había perdido su sabor.

Las acompañó hasta la sala de espera que estaba tan vacía como la cafetería de la que acababan de salir. Laura empezó a respirar profundamente para intentar escapar de un ataque de ansiedad. Mercedes ya no sabía qué más podía decirle. Se había acomodado en agarrarle la mano y acariciarle el pelo con delicadeza. Sentía un enfado enorme por toda esa gente que las había molestado.

«¡Con lo que me había costado tranquilizarla y han tenido que llegar esos gilipollas!», pensó Mercedes bastante enfurecida.

Había notado un gran cambio en su personalidad. La depresión y las ganas de suicidarse habían dado paso a una fiera capaz de llevarse por delante a quien fuera. Le alteraba todo lo que veía en las noticias, todas las injusticias. Los seres humanos se estaban convirtiendo en monstruos egoístas, maleducados y con todos los malos adjetivos que se le ocurriesen. Su sangre se incendiaba y tenía ganas de agredir a toda esa panda de imbéciles.

—¿Estás bien? —preguntó Mercedes escapando de su furia.

—No lo sé, la verdad.

—No dejes que esos… —Estuvo a punto de volver a insultarlos, pero no quería dejarse llevar de nuevo por el odio.

Laura miró su reloj y descubrió que solo quedaban quince minutos para su cita. Contando con que fuesen puntuales, claro. A la clínica no paraban de llegar chicas de unos dieciséis años acompañadas de sus madres. En el rostro de las jóvenes podía ver reflejado su propio horror. Al intentar abrocharse los cordones de sus botas negras, Mercedes vio como a Laura le colgaba un colgante que intentaba escapar del cuello que lo mantenía prisionero.

—¡Qué bonito! —dijo Mercedes intentando llevar la conversación por otro camino.

—¿Cómo? —preguntó Laura extrañada.

—El colgante que llevas puesto con tu nombre, ¿es nuevo?

—Me lo ha regalado mi abuelo.

El colgante brillaba, demostrando así su corto periodo de existencia.

—¿Qué tal está tu abuelo, por cierto? —preguntó Mercedes con miedo a que esa pregunta pusiera más triste aún a su amiga.

—¡Bien! Le he notado un poco extraño estos días, pero de salud parece estar bien. Creo que ha descubierto lo que me pasa y no se atreve a decírmelo. Sus ojos me muestran algo que no soy capaz de descifrar… Y yo me siento fatal por estar mintiéndole.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, cariño.

Laura volvió a bajar la mirada. Le costaba aceptar que las palabras de Mercedes tuvieran razón.

—Tenemos una cena importante esta noche. Tiene algo que contarme.

—¿Y qué crees que puede ser? ¿Crees que va a sacar el tema?

—Espero que no. Y si lo hace, no me quedará más remedio que decirle la decisión que he tomado. Ojalá que no tenga nada que ver con esto.

Laura acarició su abdomen por inercia, aunque no tardó en arrepentirse. No quería tener ningún contacto con su vientre. Ya no había vuelta atrás y no podía encariñarse.

—¡Ojalá que sea para decirme que ha conocido a alguien! —bromeó Laura.

Ambas mujeres rieron con picardía.

—Me encantaría que rehiciese su vida —continuó Laura—. Se lo merece. No solo porque es un abuelo maravilloso, sino porque ha sufrido mucho. Se ha volcado en mí para evitar pensar en las muertes de mis padres y de mi abuela. Espero que encuentre a una mujer tan increíble como él y que le haga feliz el resto de su vida.

Mercedes escuchaba a Laura hablar con ilusión y esperanza. Por primera vez en aquella tarde, la vio feliz y sonriente. No pudo evitar pensar en lo injusta que había sido la vida con todos ellos. Estaban impregnados con una mala racha que no tenía fin. Su tía Herminia le dijo una vez que había familias que entraban en un bucle de oscuridad, como una maldición, y que nunca paraban de ocurrirles cosas malas. ¿Esa oscuridad era creada por un ser maligno o eran los propios humanos los que se estancaban en esa mala energía? Mercedes sonrió al imaginarse a ella misma pensando como su tía. Se negaba a pensar que a ellos les pasaría lo mismo. Era el momento de ser felices de una vez.

Los últimos minutos antes de la cita parecían ser infinitos. Como si un dios macabro hubiera estirado cada segundo para torturarlas. Mercedes miró por la ventana y vio cómo la policía desalojaba a aquellos antiabortistas.

«Por fin sirve la policía para algo», pensó.

La calle volvió a quedarse vacía.

—A la salida no nos van a molestar, cariño.

Laura sonrió con dulzura y gratitud antes de llevarse un susto de muerte. La recepcionista apareció en la sala de espera, esta vez sin chicle en la boca.

—¿Laura Pardo? —preguntó la chica.

Laura afirmó con el terror de nuevo tatuado en la cara. Las demás mujeres le dirigieron una triste mirada desde sus asientos. Todas conocían su destino.

—Ven conmigo, por favor.

Laura se despidió de Mercedes como si no se volviesen a ver en la vida.

—¿Puedo entrar con ella? —preguntó Mercedes en el último momento.

La chica afirmó con la cabeza, pero fue Laura la que prefirió entrar sola.

Mercedes no tuvo que esperar demasiado, pero fue lo suficiente para que su mente viajase al pasado y se viese en el lugar de Laura. Era como vivir aquel momento desde otra perspectiva. Si Mercedes hubiese abortado cuando era joven, no estaría sufriendo ahora el asesinato de su hijo. No pudo evitar sentirse sucia y egoísta al pensar en ello. Solo quería recordar los buenos momentos que le había regalado Álvaro.

«¿He sido buena consejera?», pensó. «¿Debía haber impedido

que Laura abortase? ¿Qué pensará Agustín si se entera de lo que ha pasado?».

Signos de interrogación enterraban su mente para intentar volverla loca, si es que ya no lo estaba suficiente. El único pensamiento que consiguió tranquilizarla fue que Laura era la única dueña de su cuerpo y solo ella podía decidir qué hacer con él. Era mayor de edad para tomar la decisión correcta. Además, si el padre del bebé era tal y como Laura le había contado, se quedaría sola como le ocurrió a Mercedes. El rostro de Julio viajó hasta su cabeza. Al pensar en él no solo le venían recuerdos, sino que era consciente de que seguía enamorada de él. Lo supo desde el día que volvió a verlo en la heladería. Eso no significaba que lo fuera a perdonar. Mercedes no perdonaba con tanta facilidad. De hecho, Julio había vuelto a desaparecer de su vida. La última vez que estuvo con él fue el día que la entrevistaron en televisión. Lo mejor era que no se volvieran a encontrar.

Cuando quiso darse cuenta, Laura volvía a entrar en la sala de espera.

—Ya está hecho —dijo con una sonrisa amarga.

Mercedes le dio un abrazo y sintió que abrazaba a su yo del pasado. Otra Mercedes de algún multiverso que optó por parar su embarazo.

—¿Qué tal estás, cariño?

—Extraña. Creo que es la vez que más rara me he sentido.

—¿Quieres sentarte un poco aquí? —propuso Mercedes.

—No. Necesito salir de este lugar —sentenció Laura justo antes de ponerse a llorar.

Mercedes permaneció callada. No tenía ni idea de qué podía decir y se decantó por agarrarla con fuerza de la mano. La acompañó a la salida y caminaron juntas hasta la parada de taxis más próxima. De repente, Laura se detuvo y estalló de nuevo en lágrimas. Soltó la mano de su amiga y respiró profundamente mientras giraba sobre sí misma. Mercedes no se atrevió a detenerla. Escasos minutos después, Laura volvió a respirar con normalidad.

—¿Estás mejor, cielo?

—Uf… No lo sé. Estoy como… como en *shock*.

—¿Qué quieres hacer ahora? ¿Qué necesitas? —preguntó Mercedes con impotencia.

—Yo voy a ir andando hasta casa. Quiero estar sola y respirar aire puro antes de ver a mi abuelo. No quiero que sospeche nada.

—No creo que sea buena idea, Laura. Estás muy débil. Lo mejor es que vayas en taxi.

Mercedes no tardó en convencerla. Laura apenas tenía fuerzas para

hablar.

—¿De verdad que no quieres que te acompañe?

—Estoy bien. Necesito estar sola y llegar a casa. Ya me inventaré algo para cancelar la cena con mi abuelo. Es lo último que me apetece, la verdad.

—¿Hablamos mañana?

Laura afirmó con la cabeza.

Se despidieron con un abrazo difícil de romper mientras el taxi llegaba a lo lejos. Laura subió al coche, acompañada de aquella sensación tan vacía. Mercedes tenía la necesidad de abrazarla, de susurrarle que estaba allí para lo que necesitara. Sentía una enorme impotencia al no poder consolarla. Era como si ayudar a las personas se hubiese convertido en lo que la impulsaba a seguir respirando. Y no poder consolar a Laura era devastador.

Mientras Mercedes viajaba en autobús hacia su casa, había algo que no se le borraba de su cabeza. Aquella mala racha, esa energía negra… sentía que crecía cada vez más. Se desarrollaba ya con tanta fuerza que la sola idea de vencerla era agotadora.

CAPÍTULO 42. LA LARGA ESPERA

Agustín tenía la mesa preparada para la cena y empezaba a impacientarse. Laura le había asegurado que sería puntual. Aprovechó la espera para darle su comida blanda a Bagheera y recogió el arenero.

Aquella no era una noche cualquiera. Hacía muchísimo tiempo que Agustín no preparaba una cena con tanta ilusión. Se sorprendió a sí mismo cantando de camino a la cocina. De pronto, el timbre de la puerta sonó, interrumpiendo así la melodía que estaba improvisando. Había llegado la nueva razón de su reciente felicidad. Comprobó el estado de su cabello, bastante denso para su edad, y si su camisa estaba bien planchada antes de abrir la puerta.

En el rellano le esperaba Rosario con un vestido rojo y una botella de vino en las manos. Su sonrisa iluminaba toda la estancia y el corazón de Agustín.

Se habían conocido en una de las asociaciones de mayores en las que hacían actividades como competiciones de juegos de mesa y bailes de salón. Rosario fue más lanzada que él, enseguida se presentó y le pidió que fuera su compañero de baile. Sin apenas darse cuenta, sus pies iban al compás de la música y sus corazones latían al mismo son.

Agustín había perdido la práctica a la hora de ligar. Desde que se quedó viudo, no había conocido a ninguna otra mujer. Tampoco es que hubiese dado pie a ello. Respetaba mucho a su esposa y al principio se sintió extraño, como si la estuviera engañando. Si no hubiera sido por Rosario, toda esa felicidad que sentía no hubiera nacido jamás.

—Ya no tenemos edad para andarnos con rodeos —le soltó Rosario antes de darle el primer beso—. Discúlpame. No quería molestarte.

—No me ha molestado en absoluto, pero necesito ir despacio. —Agustín parecía ser un adolescente con miedo al compromiso—. Hace mucho que no estoy con ninguna mujer y se me hace extraño.

—Lo entiendo, guapo —dijo Rosario mientras le acariciaba el hombro.

Poco a poco, y en secreto, se enamoraron perdidamente. Tenían miles de planes en mente porque, aunque doliese, Rosario tenía razón cada vez que le decía que no tenían tiempo que perder.

Mantuvieron su romance a escondidas de Laura varias semanas y Agustín odiaba mentir. Más que mentir, ocultar información en este caso. Habían planeado todo al detalle, aunque no habían empezado con buen pie. Eran las nueve de la noche y Agustín esperaba que su nieta estuviera en casa antes de que llegase Rosario, pero no

importaba.

Se dieron un apasionado beso, sin lengua, y entraron al salón. Bagheera se asustó al ver a una extraña en su territorio y se escondió debajo de una de las sillas caobas del salón. Agustín sabía cómo hacer que eso cambiase. Le dio a Rosario un poco de comida, o premio como lo llamaban en casa, y la gata se acercó despacio atraída por el olor de su manjar favorito.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —preguntó Rosario amable y cariñosa.

La pareja terminó de preparar la cena entre risas, canciones y bailes improvisados. Por fin aquella casa emitía felicidad por cada rincón.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Agustín.

—Para nada. ¿Y tú?

—Un poco, la verdad. Algo me dice que mi nieta se lo va a tomar muy bien y otra parte que puede ser algo que le pille… muy de sorpresa.

—Seguro que es una chica maravillosa como su abuelo.

Volvieron a besarse como dos adolescentes y Bagheera maulló como si intentase felicitarles por su unión.

Agustín miró el reloj y un escalofrío recorrió su cuerpo de punta a punta. Laura no aparecía y decidió llamarla al móvil.

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.

Agustín no se rindió y continuó llamando. Bagheera maullaba sin descanso, esta vez parecía que también estuviera preocupada. El móvil de Laura seguía dando la misma respuesta, así que decidió llamar a Mercedes.

«Quizá esté con Mercedes y se le haya ido el santo al cielo a esta chiquilla», pensó con inocencia.

Mercedes contestó rápido, pero desgraciadamente no le dio la respuesta que necesitaba. En realidad, Mercedes no la había visto desde que la acompañó a la clínica para que abortase y había prometido no contarle nada a Agustín. Solo le contó que habían pasado la tarde juntas y que se despidieron sobre las siete. De eso habían pasado ya más de dos horas.

Agustín se asomó por la ventana con la esperanza de ver a su nieta llegando a casa. Empezó a ponerse demasiado nervioso y decidió sentarse junto a la mesa que había preparado con tanta ilusión.

—Tranquilo, rey —dijo Rosario sentándose a su lado—. Seguro que se ha entretenido más de la cuenta y se ha quedado sin batería en el móvil.

A pesar de las dulces palabras de su nueva compañera de vida,

Agustín no paraba de sentir una extraña sensación por todo el cuerpo. Por desgracia, no era la primera vez que notaba ese escalofrío. La primera vez fue el mismo día que perdió a su hijo y a su nuera. No podía evitar recordar todos esos días amargos, una y otra vez, como si estuviera en una noria a alta velocidad que intentaba provocarle el vómito. Rosario le trajo un vaso de agua y se contagió de su angustia.

—Su amiga Mercedes dice que se despidió de ella sobre las siete.

—A lo mejor se encontró con alguien más y se despistó.

—Le dije que esta noche era muy importante para mí y que fuese puntual. —Agustín volvió a beber agua para intentar domar su preocupación—. Es una niña muy responsable y no me fallaría. Aunque últimamente está como muy dispersa, muy rara.

—¿Crees que te oculta algo? —Rosario se arrepintió de formular aquella pregunta. Solo iba a preocupar más a Agustín y quería conseguir justo lo contrario.

—Si no aparece en media hora, llamaré a la policía.

En el fondo, sabía que eso no serviría de nada. Como buen aficionado a ver las noticias en televisión sabía que la policía no movería un dedo hasta que no pasasen veinticuatro horas desde la desaparición. Solo habían pasado más de dos horas y se sentía ridículo. ¿Estaba exagerando más de lo que debía? Se calmó un poco y sintió que se le había contagiado la preocupación que sufría Laura meses atrás.

—Tienes razón, Rosario. Vamos a esperar un poco más y ya vemos lo que podemos hacer.

Llamó de nuevo a Laura y le esperaba la misma amarga respuesta. El buzón de voz seguía quitándole lo que de verdad quería oír: la voz de su nieta que siempre había sido como su hija, su niña. Pasó una hora más y Agustín recaía en la locura. Aquel sentimiento que le gritaba que su pequeña estaba en peligro y él no hacía nada. Volvieron a su cabeza las noticias de chicas que desaparecían y cuyo cuerpo era encontrado días después, desnudo y entre matorrales. Como un perro al que han atropellado en la carretera y han apartado en la cuneta.

Rosario le acarició la espalda con suavidad. Sus uñas rojas y elegantes se sentían ridículas en ese momento tan angustioso. La cosa se había puesto más seria de lo que esperaba. La ilusión y la alegría se rompieron en mil pedazos como si la hubieran metido en una trituradora de papel. No era justo que aquella noche tan especial se enturbiase con la desaparición de Laura.

Agustín vio como la cena que había preparado se enfriaba y empezaba a estropearse, impaciente por la espera. No quería pensar en eso, pero algo le decía que su nieta no iba a aparecer esa noche.

A unos metros de allí, Mercedes caminaba por la calle con los pies doloridos. Buscaba desesperada a su amiga. Se sentía tan culpable… ¿Dónde demonios se había metido esa chiquilla? Mercedes recorrió las calles partiendo desde la parada de taxis donde vio a Laura por última vez. Allí le preguntó a uno de los taxistas que esperaban la llegada de clientes.

—¿Usted ha recogido a una chica morena, de unos veintidós años y piel clara? —preguntó Mercedes frotándose las manos con fuerza.

El taxista miró hacia un lado mientras intentaba recordar. No tardó en hacer memoria, ya que la tarde estaba tranquila y no tenía demasiados clientes.

—Me acuerdo perfectamente de ella porque iba muy callada y triste. Intentaba darle conversación y no había manera. Juraría que incluso lloraba.

Era normal que Laura llorase después de salir de la clínica. ¿Estaba tan triste que necesitaba dar una vuelta al aire libre? Ese era el pensamiento positivo que tapaba el que pensaba en realidad: ¿se encontraba tan triste y avergonzada por lo que había hecho que prefirió hacer una tontería antes de mirar a su abuelo a la cara? Imágenes horribles corrían por la mente de Mercedes a cámara rápida, de tal manera que se mezclaba su intento de suicidio en la azotea con imágenes de Laura cometiendo locuras. Estaba tan embriagada en sus pensamientos que olvidó que aún mantenía una conversación con el taxista.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llamemos a la policía?

—Voy a buscarla un poco más y si no aparece llamaré.

El taxista le apuntó su móvil por si necesitaba algún dato más, aunque ya le había informado de todo lo que sabía. Mercedes se despidió del taxista con la intención de continuar su desagradable ruta. Pero en el último momento, entre tanta confusión, cayó en que se le había escapado una pregunta.

—¿La dejó en la puerta de su casa? ¿La vio entrar al portal?

—No, la dejé muy cerca de la dirección que me facilitó. Había un atasco enorme y me pidió que la dejara unas calles más atrás. Supongo que continuó caminando.

—¿Puede apuntarme aquí dónde la dejó exactamente?

Mercedes le ofreció el papel donde le había anotado el móvil y se marchó con ese nuevo dato. No le hizo ninguna gracia descubrir eso último. La noche caía y empezaba a refrescar un poco. Escribió a Laura y al no recibir respuesta pensó en volver a llamar a Agustín.

—¿Ha llegado ya a casa?

—Aún no… —respondió Agustín con una voz que temblaba de angustia.

—Solo han pasado unas horas. Estoy convencida de que está bien y de que pronto volverá a casa. Seguro que solo necesitaba dar un paseo para tranquilizarse.

—¿Por qué dices que necesitaba tranquilizarse?

Al escuchar esa pregunta, Mercedes se dio cuenta de que había cometido un error. Agustín no podía saber, y menos por su boca, que Laura acababa de abortar. Era ella y solo ella la que debía contárselo algún día.

—¿Me escuchas, Mercedes?

—Sí, disculpa —respondió Mercedes totalmente en blanco y sin saber qué responderle—. Voy a llamar a Nerea. A lo mejor están juntas.

Mercedes escapó de aquella conversación como pudo. Lo suyo no era improvisar. Hizo llamadas y caminó hasta la calle donde el taxista dejó a Laura. Preguntó en un bar cercano si la habían visto. Nada. Se le acababan las ideas, pero no podía parar. Llamó a Pablo y le pidió que se reuniera con ella para ayudarla. Empezaba a estar desesperada. Todo el espanto volvió a removerse dentro de ella. Esta vez no iba a esperar como hizo con su hijo. No descansaría hasta encontrar a su amiga.

—Por favor, Laura. Si escuchas este mensaje, llámame. Estamos muy preocupados. Sé que lo que acabas de hacer es doloroso, pero necesito que… necesitamos que nos des señales de vida. Ven a mi casa si quieres, por favor. Te quiero.

Respiró profundo y estuvo a punto de guardar su móvil en el bolsillo, pero pensó que sería más cómodo tenerlo en la mano. Podía recibir una llamada o mensaje en cualquier momento. Eso era lo que esperaba al menos.

Su mente volvió a jugarle malas pasadas. Solo se imaginaba la ciudad llena de carteles en busca de Laura. Había visto muchas personas desaparecidas a lo largo de su vida y siempre se preguntaba qué sería de ellas. El vello de sus brazos se erizó al imaginarse cientos de cuerpos perdidos, abandonados. Historias que no encontraban un final, familiares que fallecían sin conocer el paradero de sus hijas… Se negaba a aceptar que Laura fuera una de esas chicas desaparecidas. No aguantaría otra tragedia en su vida. Era ya demasiado dolor.

«No seas dramática, Mercedes», pensó. «Solo han pasado unas horas. Seguro que está bien».

CAPÍTULO 43. LO SIENTO, ESTOY PERDIDA

La urraca revoloteaba por el frío bosque en busca de un lugar donde dormir. Había encontrado varios lugares que ya eran su lugar favorito, pero le apetecía probar rumbos nuevos. Volaba entre los árboles, libre y con la extraña sensación de que le quedaba poco tiempo de vida. Cansada, se posó en la rama de un pino que había sufrido el impacto de un rayo semanas antes. Era cómodo y el aspecto que tenía el tronco herido lo hacía especial. Además, en ese lugar estaba a punto de ocurrir algo interesante.

Desde aquella rama, buscaba alimento de un lado a otro y no veía nada que le apeteciera. A lo lejos, una ardilla trepaba rápidamente por el tronco de una encina para alcanzar alguna bellota. La urraca encontró una agradable distracción viendo cómo la ardilla agarraba con sus patitas la bellota y le daba pequeños mordiscos.

Por otro lado, una lechuza también observaba a la ardilla y a la urraca. Parecía que, poco a poco, se iban agolpando animales de todo tipo para celebrar algún evento o reunión importante en el bosque.

La urraca miró a la derecha y vio a un ratón que huía de otra lechuza. El pequeño roedor no llegó a tiempo al agujero de otro pino por unos segundos y se convirtió en la cena de la lechuza, cuyas garras lo agarraron con ansia. A la izquierda, sin embargo, un perro sucio seguía llorando después de que lo hubieran abandonado en el bosque días atrás. Sin quererlo, se había convertido en parte de aquella familia animal. Aunque aún no fueran ni siquiera amigos unos de otros.

De pronto, las luces de un coche se aproximaban por la carretera. La mayoría de los animales salieron espantados y huyeron. Todos menos la urraca y el perro abandonado. *Lucky* salió corriendo ilusionado y moviendo desesperado el rabo de un lado a otro. El pobre animal pensaba que volvían para recogerlo.

Mientras *Lucky* llegaba a la carretera, la urraca no había movido un solo músculo y seguía en la rama del árbol. Desde allí tenía la visión perfecta para no perder ni un detalle del espectáculo. El perro llegó a su destino justo antes de que el coche se detuviera. Una chica ocupaba el asiento del conductor y un chico de poco más de veinte años era el copiloto. El coche era oscuro como el de sus dueños, pero *Lucky* acabó llevándose una tremenda decepción al descubrir que no eran las mismas personas que esperaba. A pesar de todo no se rindió. Comenzó a dar vueltas alrededor del coche en busca de un rostro conocido y, desesperado, comenzó a ladrar.

El chico salió del coche y abrió la puerta de atrás. Intentaba sacar algo con dificultad, pero empezaba a cabrearse por los molestos ladridos de aquel chucho asqueroso. *Lucky* seguía ladrando cada vez más fuerte y el ruido parecía rebotar entre las montañas creando un eco estridente.

Cansado de escucharle, el chico agarró la primera piedra que encontró en el camino y se la lanzó al perro. Por suerte para el animal, la piedra solo le rozó la cola. *Lucky* comenzó a aullar y salió corriendo con tristeza al darse cuenta de que nadie iba a volver a por él.

Ahora, la urraca era la única testigo de lo que iba a ocurrir. Más que valiente, parecía importarle todo un bledo. Voló de rama en rama para acercarse aún más a la escena del coche. Era como si una vecina cotilla se hubiera reencarnado en aquel pájaro de mal agüero.

El chico sacó por fin lo que claramente era un cuerpo mientras la mujer mantenía el motor encendido. Miró hacia un lado y a otro de la carretera para asegurarse de que no aparecía ningún otro coche, aunque era casi imposible que alguien condujera hasta allí a esas horas.

Tiró el cuerpo hacia el bosque en una especie de cuesta rodeada de arbustos. El cuerpo rodó escasos metros hasta aterrizar en su terrible destino.

—¡Vamos, date prisa! —dijo la voz femenina.

—¡Está demasiado cerca de la carretera! —susurró el chico enfadado —. ¡Baja del puto coche y ayúdame!

La chica salió dando un portazo, sin importarle nada en absoluto. Agarró con fuerza el bulto y juntos se adentraron en el bosque. La chica llevaba una camiseta de tirantes negra y sintió el fresco de la noche por cada rincón de su cuerpo.

—¡Vámonos! ¡Tengo frío, joder!

Los jóvenes volvieron a entrar en el coche con urgencia y desaparecieron, no sin antes despedirse de aquel lugar con un tremendo frenazo.

El bosque se quedó de pronto en silencio. En la zona solo se encontraban la urraca y aquel cuerpo que acababan de abandonar. Aunque poco a poco los animales volvían a su hogar, asegurándose de que nadie volvía a molestarles.

La urraca voló hasta el cuerpo. Se acercó lentamente, curiosa, y pudo ver cómo surgía un leve arroyo de sangre de la boca de la chica. La urraca se manchó el pico de sangre sin darle mucha importancia. Picoteó un par de veces hasta quedarse satisfecha. El sabor a sangre no era su favorito, pero si no había otro alimento mejor… Sin duda, prefería el sabor de las yemas frescas. Cansada, decidió salir volando

de nuevo hacia la rama del pino.

El siguiente animal en acercarse al cuerpo fue *Lucky*. Caminaba con precaución, provocando que la cadena que llevaba al cuello con su nombre se balanceara de un lado a otro. *Lucky* sintió al instante una conexión con aquel cuerpo. Los dos habían sido abandonados en mitad del bosque y la chica también llevaba una cadena al cuello parecida a la suya. Se trataba de un colgante de plata y el nombre que aparecía escrito en ella era el de Laura.

EPÍLOGO. LA PUERTA VERDE

El coche iba más rápido de la velocidad permitida y Nerea temía por su vida. Alfonso no era muy buen conductor y eso la ponía más en alerta de lo que ya estaba.

«Para que luego digan que las mujeres conducimos mal», pensó.

La mano de aquel monstruo permanecía encima de su pierna casi todo el trayecto, acompañado de una mirada de bobo. Aún no podía creerse lo fácil que había sido conquistarlo. Aquello a veces le subía el ego y otras le hacía dudar si todo era verdad.

Sus sudas empezaron cuando Alfonso le propuso llevarla a la parcela de su abuelo.

—Creo que lo suyo es que ahora te presente yo a mi madre —propuso Alfonso con su peculiar cara de felicidad.

Nerea se quedó pálida tras la propuesta y no pudo disimular.

—Si te apetece, claro.

Lo único que le apetecía a Nerea en aquel momento era reventarle la cabeza y terminar con aquella farsa, pero apenas había avanzado nada. Ni siquiera le había hablado de lo que habían hecho, del asesinato de Álvaro… ¿Y si no se lo contaba nunca? ¿Cuánto tiempo iba a pasar hasta descubrir toda la verdad? ¿La descubriría algún día? Decenas de preguntas se amontonaban y caían en su cabeza con tanta fuerza que olvidó que tenía delante a Alfonso.

—¿Otra vez despistada?

—Perdona… es que me ha pillado desprevenida.

—Es algo absurdo, no quiero que te espantes. Mi madre te va a caer de maravilla. Además, si vienes conmigo a conocerla, te contaré un secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Nerea con rapidez.

¿Iba a contarle lo que hacían en las sombras? ¿Iba a adentrarse más en el peligro? No podía despistarse otra vez con tantas preguntas. Debía estar más concentrada que nunca. Y poco a poco lo conseguía gracias a las pastillas que estaba tomando para la ansiedad. Por lo menos, así se obligaba a no probar nada de alcohol. No quería acabar como una estrella de cine. Vivía feliz en una burbuja imaginaria que la protegía del mundo. De una realidad que cada vez era más densa y dolorosa, como si estuviera atrapada en una red de espinas.

—No lo sabrás hasta que no vengas.

Y había llegado el día de hacer aquel viaje improvisado para conocer a la que, sin querer, era su suegra.

El camino estaba lleno de curvas peligrosas. Cientos de árboles y arbustos parecían formar una lona para arroparles en caso de que se saliesen de la carretera. Nerea tuvo que cerrar los ojos en más de una ocasión para evadir los mareos a los que empezaba a acostumbrarse. Alfonso hablaba con una sonrisa permanente sin ser consciente de que su chica apenas le escuchaba. Estaba demasiado enfocada en no vomitar.

—¿Falta mucho? —preguntó esperanzada.

—¿Tantas ganas tienes de ver a mi madre?

—Es que no sé si podré aguantar muchas curvas más, cariño.

La expresión de Alfonso irradiaba más felicidad al escuchar ese *cariño*.

—¡Ay, mi niña! ¡Que es muy pequeña y no puede aguantar un par de curvas!

A Nerea no le sentó muy bien aquella frase y tuvo que sonreír para no responderle borde.

«Soy capaz de aguantar más de lo que crees, gilipollas. Follarte a ti, por ejemplo. No me tomes por imbécil porque estoy haciendo contigo todo lo que me da la gana. Lamentarás haberme subestimado cuando haya acabado con todos vosotros, pedazo de mierda», pensó sin borrar una sonrisa dulce de su cara.

Los últimos minutos de viaje permanecieron en silencio. Alfonso concentrado en la carretera y Nerea visualizando el paisaje. La compañía era horrorosa, pero las vistas eran extraordinarias. Sacó el codo y la cara por la ventanilla y cerró los ojos. Intentaba que el aire que le abofeteaba el rostro purificase todo lo horrible que la rodeaba.

Volvió a su cabeza, como una estrella fugaz, un pensamiento que la ponía en alerta. ¿Alfonso la había descubierto y pensaba acabar con ella? ¿Y si aprovechaba ese viaje para matarla y enterrarla en mitad de la nada? No quería ni podía tener esos pensamientos tan negativos. Necesitaba mostrar seguridad y no decaer en su misión. Pero no estaba de más permanecer atenta a cualquier paso en falso. Debía realizar el primer movimiento antes de perder la partida.

Por fin, llegaron a su destino. Una pena que no pudiera disfrutar de un buen día en el campo por culpa de la situación.

Mayte estaba tendiendo la ropa aprovechando el buen día que le regalaba el destino. Cantaba feliz, a pesar de que Emilio seguía sin dar su brazo a torcer. No había evolucionado nada a pesar del empeño de Mayte, pero estaba en un buen momento de su vida. Imaginaba por

primera vez, después de muchos años, que su familia volvería a ser lo que era. Tenía mucho trabajo por delante con su marido. Y lo más importante… ya vería como le explicaba todo a Alfonso.

Cuando se disponía a recoger la última sábana blanca, un ruido bastante reconocible hizo que su corazón saltase por los aires. Era un coche blanco que se aproximaba. Todo su cuerpo se erizó de pronto y puso sus cinco sentidos a la espera de ver quién era. Esperaba que se tratase de Jorge o de algún idiota que se había confundido de carretera. Había otras parcelas cerca, pero ese camino de tierra solo conducía hasta ella y al secreto que tenía atado con unas cadenas a la cama.

Cuando los reflejos del sol se lo permitieron, pudo distinguir su propio coche. Y, a no ser que un desconocido lo hubiera robado, la persona que lo conducía era su hijo. El único al que quería lejos de allí.

Soltó el cesto de la ropa en el suelo y corrió hacia su dormitorio. Tenía escasos segundos para comprobar el estado de su marido antes de que el coche llegase hasta la casa.

Emilio llevaba dormido unas horas. Mayte le había dado una buena dosis para que se calmara, había dado mucha guerra por la mañana. Tenía que asegurarse de que Alfonso no entrara al dormitorio. Tenía que librarse de su hijo lo antes posible. Agarró el candado para cerrar el dormitorio, pero…

—¡Mamá! ¡Te traigo una sorpresa! —gritó Alfonso desde el aparcamiento.

Mayte tiró el candado al suelo y salió deprisa. No estaba para estúpidas sorpresas. Salió de la casa con un nudo en la garganta que intentaba asfixiarla y no tardó en descubrir la sorpresa a la que se refería su único hijo. Alfonso y otra chica de pelo corto y de colores, desconocida para ella, se dirigían hacia ella, abrazados.

«¡JODER!», PENSÓ ENFADADA. «¿QUIÉN ES ESTA CHICA?».

Respiró con profundidad y le pidió a Dios que no descubrieran a Emilio. No sabía lo que podría pasar. Algo estaba claro: debía librarse de ellos ya.

Lo primero que le llamó la atención a Nerea fue la casa. Estaba muy cerca de ser la típica casa de una película de terror, pero lo único que la salvaba era la cantidad de hierba que la rodeaba. No había ni una flor, eso sí. La casa necesitaba una buena mano de pintura blanca y algunos arreglos en el tejado. Se trataba de un buen lugar para pasar el fin de semana, pero Nerea no podía dejar de sentir un escalofrío debido a aquel lugar. Era como si la casa gritase que había peligro. O, más bien, como si un aura maligna envolviese todo.

La madre de Alfonso se acercó a ellos nerviosa y demasiado feliz. Forzada. Parecía una mujer agradable y Nerea sintió lástima por ella. ¿Qué pasaría cuando se enterase de que su hijo era un asesino hijo de puta? ¿O ya lo sabía y era tan hija de puta o más que él?

—¿Y esta sorpresa, hijo? ¡Esto se avisa!

—Quería presentarte a Nerea, mi novia. No podía esperar más.

Mayte se volvió loca de contenta al conocer a su nueva nuera, aunque no era el lugar ni el momento oportuno. A pesar de que lo intentaba ocultar, las manos de Mayte no paraban de temblar. No sabía qué hacer para evitar que estallara la bomba que, cada vez, tenía la mecha más corta.

—Tengo la casa patas arriba, hijo. Creo que lo mejor es que vengáis en otro momento.

—No te preocupes, mamá. No pretendía enseñarle la casa. Hemos venido para pasar el día contigo. En plan pícnic. Estoy deseando que Nerea vea las vistas y el pequeño lago.

Mayte respiró aliviada. Después de una breve presentación, Nerea y Alfonso se dieron un largo paseo por el lago.

—Uno de mis sueños eróticos es follar en mitad de la nada —soltó Alfonso mientras llevaba a Nerea a un terraplén lleno de matorrales.

—¿Aquí? ¿No crees que nos pueda ver alguien?

—Esa es la gracia.

Alfonso se lanzó a su cuello perdiendo de vista la mirada que lanzó Nerea. Ya estaba acostumbrada a los besos de Alfonso. No es que no sintiera asco, es que apenas sentía. Era como un robot o una muñeca hinchable que simplemente esperaba a que el horror envuelto en besos, saliva y penetraciones acabaran pronto. No le apetecía en absoluto desnudarse en mitad del campo y mancharse de tierra. Además, esto provocó que recordara una película gore en la que un grupo de hombres violaba a una chica en mitad de un bosque. Quizás en otras circunstancias le hubiera dado morbo, pero se negaba por completo.

—No me encuentro bien, cariño. Creo que me va a venir la regla.

Para su sorpresa, Alfonso no se lo tomó nada mal. Se mostró comprensivo y solo le dijo algo al oído:

—Me debes un polvo, muñeca.

Odiaba que la llamara así.

«Ya veremos», pensó Nerea siendo consciente de que no podría poner muchas más excusas o sospecharía de ella.

Pusieron rumbo a la casa de nuevo donde les esperaba su nueva suegra. Mayte había preparado una mesa pequeña y tres sillas fuera para que estuvieran cómodos. Y para que Alfonso no descubriera el secreto que escondía, claro.

—Muchas gracias por preparar esta comida tan… *cuqui* —dijo Nerea arrepintiéndose al instante de pronunciar aquella palabra tan horrible.

Recordó uno de los trucos que aprendió en clase de teatro: el vocabulario de cada personaje es único. Si quería representar a una loca homófoba dispuesta a todo no podía decir algo tan estúpido como *cuqui*. No estaba interpretando a una niñata pija.

—¿Te ayudo a traer algo? —propuso Nerea.

—Ni te molestes, guapa. Sois mis invitados y solo quiero que estéis como reyes.

Comieron de todo un poco hasta reventar. Mayte preguntó con sutilidad hasta qué hora tenían pensado quedarse. No consiguió formular la pregunta sin que se notase que quería que se marcharan lo antes posible.

—¿El baño? —preguntó Nerea poniéndose de pie.

—Voy contigo —dijo Alfonso haciendo el amago de levantarse de aquella silla de plástico incómoda.

—¡No! —gritó Mayte casi de un salto—. Es que no he podido limpiar bien el baño y me da vergüenza que lo veáis.

—Mamá, no seas tan perfeccionista.

—Mirad todo el campo que hay, podéis hacer vuestras cosas en cualquier sitio al aire libre.

Los tres se quedaron en silencio ante lo que parecía ser el peor chiste de Mayte. Alfonso rompió a reír y contagió a Nerea con una sonrisa incómoda. La situación era surrealista. Al final, Nerea entró sola a la casa mientras Alfonso y su madre la esperaban. Mayte intentaba mantener la compostura. Se enfocó en apretar los puños y rezar para que todo acabara con final feliz.

Alfonso aprovechó para poner al día a su madre. Le contó que Beca y Jorge estaban juntos.

—¡Ese giro de los acontecimientos no me lo esperaba! Me alegro de que ya no estés con Beca. Esa chica está loca de remate, pobre Jorge. Me parece que no sabe dónde se ha metido.

—He intentado advertirle, pero… Espero que esa tontería se le pase pronto.

—Sin embargo, esta chica me gusta más. Está tardando mucho, ¿no?

Mayte no paraba de mirar hacia la casa disimulando lo mejor que podía ante su hijo. Lo que parecía ser un día soleado y lleno de esperanza se había convertido en una auténtica pesadilla. Veía a su hijo mover los labios, pero era incapaz de seguir escuchando lo que decía. Los latidos de su corazón cada vez golpeaban más fuerte y le taponaban los oídos. Necesitaba que se fueran de allí lo antes posible. Y, sobre todo, deseaba que su nueva nuera saliese de la casa. Si no lo hacía pronto, buscaría una excusa para entrar y sacarla de allí.

La puerta de la entrada hizo un ruido un tanto siniestro, como si le estuviera gritando que corriese lejos de ese lugar.

«Deja de emparanoiarte, Nerea», pensó.

Por dentro, la casa no tenía mucho mejor aspecto que por fuera. Era como una manzana podrida y con manchas en la superficie. La chimenea estaba apagada y notó como hacía más frío dentro que fuera. Cuernos de ciervo adornaban casi todas las paredes. Supuso que el antiguo dueño, el abuelo de Alfonso, era cazador. Eso era algo que su nieto había heredado, aunque no cazara, precisamente, animales.

El baño se podía distinguir desde la entrada. La puerta estaba abierta como si la invitase a pasar. Lo primero que vio fue el lavabo y una cortina de ducha azul claro de lo más simple. Cerró la puerta y se sentó en el retrete. Pudo observar que el baño estaba bastante limpio. Mayte les había mentido y eso no podía significar nada bueno.

«¿Por qué tiene tanto empeño en que no entremos en la casa?», pensó mientras tiraba de la cisterna.

Lavó sus manos con agua helada y, como era habitual en ella, miró su reflejo en el espejo. Otro escalofrío recorrió su cuerpo.

«Tienes que salir de aquí», le susurró su voz interna con urgencia.

Antes de huir de aquella vieja casa, se detuvo delante de una puerta que estaba situada a la derecha de la entrada. Era una puerta verde que necesitaba urgentemente una mano de pintura. No la había visto al entrar, pero ahora había cobrado importancia. Le pareció escuchar algo al otro lado. Sintió como si hubiese alguien escondido esperando a que se marchara. Afinó su oído dando la espalda a la entrada. Cada vez estaba más cerca de aquella puerta verde. En el suelo había un candado negro enorme, sin llave, de esos en los que hay que añadir una contraseña de cuatro dígitos. Era muy extraño. ¿Qué o quién había allí?

—¡Dios mío! —murmuró aterrada—. ¿Tienen a alguna víctima encerrada aquí?

De pronto, se le vino a la cabeza la imagen de una familia desquiciada

que torturaba a jóvenes homosexuales o algo por el estilo.

—¡Joder! ¿Mayte está tan loca como Alfonso?

Nerea estaba tan concentrada en ver qué sorpresa se encontraba detrás de la puerta verde que no escuchó entrar a Mayte en la casa. Y tampoco fue consciente de que su adorada suegra agarraba con suma lentitud un cuchillo de cocina.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

AGRADECIMIENTOS

No puedo empezar de otra manera que, agradeciéndote a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a este libro. Sin ti, este sueño no podría haberse hecho realidad.

Sé que la espera es dolorosa, pero me encargaré de que la tercera, y última parte de esta historia, valga la pena.

Gracias, sobre todo, a Sergio, como siempre, por sus correcciones y maquetación.

No me puedo olvidar de Azahara. Gracias por poner de nuevo cara a mi tercer libro. ¡Ah! Y enhorabuena por traer al mundo a esa preciosa Cloe.

Hasta casi el final del trayecto me acompañó Tania, mi psicóloga. Gracias por tu profesionalidad. Has hecho el camino más fácil y llevadero. Aprovecho para recordaros que es muy necesario cuidar nuestra salud mental.

Gracias a Manolo por ser mi lector cero y ayudarme con esas pequeñas erratas que quieren escaparse. Hemos trabajado duro para que este volumen estuviera a la altura del primero.

En especial quería agradecer a los lectores que me apoyan desde que publiqué ese libro de relatos llamado *A través de la mirilla*. Sois mi motor para seguir escribiendo.

Me encantaría que después de leer esta historia la comentásemos en redes sociales:

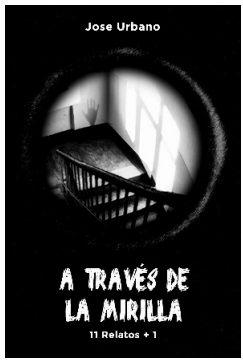
X: @joseurbano2

Instagram/Tik Tok: @actorurbano

Y si dejas una reseña o valoración en Amazon, me harías muy feliz.

BIOGRAFÍA AUTOR

Nació en Córdoba. Allí se licenció en Arte Dramático (2007-2011).
Llegó a Madrid en 2011 y desde entonces ha trabajado en publicidad y en varias compañías de teatro.
A partir de 2014, comenzó a escribir y dirigir sus propias obras de teatro y microteatro.
En noviembre de 2020, publicó su primer libro de relatos de terror, *A través de la mirilla*, el cual también se puede conseguir en Amazon en todos los formatos: tapa dura, tapa blanda y Kindle.
En 2022, publicó la primera parte de la trilogía *Nunca Digas Nunca*.



Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. LA URRACA Y EL NIÑO
CAPÍTULO 2. PASADO, PRESENTE Y FUTURO
CAPÍTULO 3. UN NUEVO COMIENZO
CAPÍTULO 4. HERMINIA
CAPÍTULO 5. AGUJAS
CAPÍTULO 6. EL TRÉBOL
CAPÍTULO 7. EL VIAJE DE UNA NARANJA CUALQUIERA
CAPÍTULO 8. ¿HOGAR, DULCE HOGAR?
CAPÍTULO 9. 5445LBV
CAPÍTULO 10. EL NACIMIENTO DE ALGO PELIGROSO
CAPÍTULO 11. TERCERA CITA (VERSIÓN JORGE)
CAPÍTULO 12. MADRES DESESPERADAS
CAPÍTULO 13. ¡CUÁNTO TIEMPO!
CAPÍTULO 14. EL PARTIDO DECISIVO
CAPÍTULO 15. NAUSEABUNDO
CAPÍTULO 16. UNA CARTA Y UNA MISIÓN
CAPÍTULO 17. SIN ALCOHOL Y CON MUCHOS PROBLEMAS
CAPÍTULO 18. COMO MOSCAS A LA MIEL
CAPÍTULO 19. ES HORA DE CONSEGUIR ESE PAPEL
CAPÍTULO 20. ODIO LOS HOSPITALES
CAPÍTULO 21. UN ÁNGEL DE LA GUARDA
CAPÍTULO 22. HOMBRES ENAMORADOS, HOMBRES DÉBILES
CAPÍTULO 23. UN ADIÓS NO ES PARA SIEMPRE
CAPÍTULO 24. UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD
CAPÍTULO 25. FRATERNIDAD INTOCABLE
CAPÍTULO 26. ¿DÓNDE ESTÁ LUIS GARRIDO?
CAPÍTULO 27. UN MISMO DESTINO
CAPÍTULO 28. TERAPIA DE PAREJA
CAPÍTULO 29. EL SUSTITUTO
CAPÍTULO 30. OTRO MONSTRUO
CAPÍTULO 31. BONNIE Y CLYDE
CAPÍTULO 32. SOLOS
CAPÍTULO 33. ALGO INESPERADO
CAPÍTULO 34. EL BEBÉ
CAPÍTULO 35. AÚN QUEDAN PERSONAS BUENAS
CAPÍTULO 36. MECHA ENCENDIDA
CAPÍTULO 37. LA BOMBA EXPLOTA
CAPÍTULO 38. ENTRE SUSURROS
CAPÍTULO 39. LLEGÓ LA HORA DE SER VALIENTE
CAPÍTULO 40. POR TODAS LAS VÍCTIMAS
CAPÍTULO 41. ESA ENERGÍA NEGRA

CAPÍTULO 42. LA LARGA ESPERA
CAPÍTULO 43. LO SIENTO, ESTOY PERDIDA
EPÍLOGO. LA PUERTA VERDE
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA AUTOR